25 julio 1992

La vuelta al mundo de España



Jordi Canal

Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 fueron considerados por muchos los mejores de la historia, y pusieron fin a casi un siglo de retraimiento e invisibilidad de España. Los esfuerzos por reintegrar el país al mundo, el inicio del final de los gobiernos socialistas, la remodelación de Barcelona —y de Sevilla, con la Expo—, el dominio del pujolismo en Cataluña, sus grietas sociales y el camino al provincianismo, y, evidentemente, el propio desarrollo de este momento histórico a partir de los cinco personajes que presidían la tribuna principal del Estadio Olímpico de Montjuic (Maragall, Pujol, González, Samaranch y Juan Carlos I) forman parte del amplio mosaico que ofrece este volumen.

Jordi Canal

25 de julio de 1992

La vuelta al mundo de España

La España del siglo XX en siete días 06

ePub r1.0
Titivillus 01.12.2021

Título original: *25 de julio de 1992*
Jordi Canal, 2021
Director de la colección: Jordi Canal

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO
COBI Y COVID

Cada Olimpiada tiene, como mínimo desde Múnich 72, una mascota oficial. Waldi fue la primera así reconocida, un estilizado perro de raza teckel escogido para la vigésima Olimpiada, celebrada en la República Federal de Alemania. Le sucedieron, en las ediciones de verano de los Juegos Olímpicos (JJ. OO.), el castor Amik en Montreal 76, el osito Misha en Moscú 80, el águila Sam en Los Ángeles 84 y Hodori, el tigre de Seúl 88. La mascota constituye, junto con los cinco aros del olimpismo, en un plano general, y el logotipo específico de cada evento, el símbolo y la marca de los JJ. OO. Resulta, asimismo, una operación de *marketing* y economía de muchísimos ceros. Cada sede elige su particular mascota, que está condenada a tener una corta e intensa vida de cuatro años, esto es, los que van desde su nacimiento y presentación en la Olimpiada inmediatamente anterior hasta la realización de los Juegos en cuestión.

De Seúl 88 a Barcelona 92, de Corea a España, el felino Hodori dejó paso, en 1988, al perruno Cobi. La mascota había nacido en enero de aquel año, llamada de forma provisional Perro Julián o Gos Juli, y fue bautizada definitivamente, en el mes de junio, con el nombre de Cobi. Cobi, como su padrino COOB, el Comité Olímpico Organizador de los Juegos de Barcelona en 1992. Era obra de Javier Mariscal, un artista y diseñador valenciano afincado en la Ciudad Condal. El COOB 92 había convocado, a finales de 1987, un concurso restringido con media docena de reconocidos participantes para elegir la mascota de los futuros Juegos. Mariscal presentó, en un primer momento y con muchas dudas —como explicaba su amigo, en aquel entonces, Miquel Barceló—, tres propuestas: Palmerito; Petra, que iba a convertirse en la mascota de los Juegos

Paralímpicos, y Gamba, una gamba con pinzas de langosta que acabó más adelante, en tamaño gigante, en el restaurante Gambrinus del barcelonés Moll de la Fusta.

En un segundo momento, después de una ampliación de los plazos del concurso, surgió la mascota en forma de perro, inspirada en el *gos d'atura* del Pirineo catalán, pero sin pelo —excepto tres en la cabeza— ni rabo, erecto, simpático, con gran movilidad y el don del habla. El cánido de Javier Mariscal fue el elegido, por delante del Sol Olo y del Gos Uau del artista Peret. Recibió un sustancioso premio en metálico, pero tuvo que ceder todos los derechos y *royalties* sobre su criatura al COOB 92.

No era un perro perro, aseguraba Mariscal, sino un perro humanizado, que rompía con la tradición Disney y la fórmula Naranjito y apostaba por la vanguardia y la modernidad. Las raíces de Cobi se encuentran en los cómics *underground* protagonizados por los Garriris y el perro Julián, que sí era, todavía, un perro perro. A partir de la decisión del jurado empezó el largo proceso de desarrollo de la propuesta, en el que Mariscal contó con la colaboración de Josep Maria Trias, que había resultado vencedor en el concurso paralelo para escoger el logotipo de los JJ. OO. de Barcelona, y del estudio Quod. Tenían cuatro años por delante y optaron por ir descubriendo sin prisas al público, a fin de no quemar la mascota antes de hora, las distintas caras y facetas cobianas.

Desde un punto de vista comercial, el perruno Cobi generó mucho dinero. Durante cuatro años estuvo en todas partes y bajo todas las formas. Era, en palabras de Miquel de Moragas, un producto redondo. Si en un primer momento no entusiasmó, al representar un cambio enorme en el mundo de las mascotas olímpicas, poco a poco el rompedor Cobi se hizo un lugar en el corazoncito de los españoles y de la familia olímpica. Acabó siendo un personaje muy apreciado. E, incluso, sobrevivió excepcional y parcialmente a los fastos del 92. Sea como fuere, a partir de 1989 iba a compartir presencia con Curro, la mascota de la Expo de Sevilla. Mariscal creó también la *troupe* de Cobi, que dio lugar a una serie televisiva de animación. Dos de sus componentes

adquirieron protagonismo en los Juegos Olímpicos de Barcelona: la ya citada Petra y Nosi, símbolo de la Olimpiada Cultural.

Como quiera que sea, Cobi fue y sigue siendo, en el recuerdo, un señor chucho de Barcelona, un *gos d'atura* catalán, un cánido español y un perro del mundo. Local y universal: una mascota *glocalizada*, con mucho de modernidad y algo de innovada tradición. Más allá de la mascota oficial de Barcelona 92, Cobi era un poderoso símbolo: el de una Barcelona moderna y no ensimismada, el de una Cataluña mestiza, bilingüe y no uniformizada y, finalmente, el de una España pujante y relativamente optimista, hija de una exitosa transición a la democracia, normal en la anormalidad, plural en la unidad y con nítida presencia en un mundo que estaba a punto de ingresar en un nuevo milenio.

Por todas estas razones, matar a Cobi iba a ser, según asegura Jordi Amat en *El llarg procés* (2014), uno de los grandes objetivos del proceso independentista del siglo XXI. Tiene mucha razón, aunque la proximidad y la lógica benevolencia, por aquel entonces, antes de la famosa confesión del fraude, de este autor por Jordi Pujol y su fundación no le permiten apreciar de forma adecuada que el *perricidio* empezó mucho antes. A los nacionalistas y a los nacionalizadores del hacer país, Cobi siempre les pareció feo y peligroso: representaba lo que no querían para una Cataluña de su supuesta propiedad.

Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, los de Cobi, se inauguraron el 25 de julio de 1992 en el Estadio de Montjuic. Correspondían a la vigésimo quinta Olimpiada de la era moderna, tras la recuperación fin-de-siglo del barón de Coubertin. La obra que el lector tiene entre las manos está dedicada a aquel día. No se trata exactamente de una historia de los JJ. OO. de Barcelona, pero, en parte, lo es también. A partir de un día se reconstruyen los días de una época, todos los días que confluyen en un día preciso. Entre muchos otros significados, la ceremonia de apertura de aquel evento deportivo y cultural, pero asimismo político, social y económico, encarnó la vuelta al mundo de España. Centenares de millones de personas de todo el planeta asistieron, a través de sus pantallas, a una función fantástica que presentaba a una Barcelona,

una Cataluña y una España modernas, creativas, poderosas y con mucho que hacer y decir en un mundo globalizado en pleno cambio. Nada que ver, en cualquier caso, con lo que había ocurrido a lo largo del siglo XX, del ambiguo 98 a la compleja Transición democrática.

Cinco capítulos, como los cinco anillos olímpicos, integran esta obra. En ellos se combinan aproximaciones generales con estudios más puntuales y minuciosos, la perspectiva biográfica —esta es una historia, por encima de todo, de hombres y mujeres concretos, de carne y hueso— con la más social y cultural, el análisis político y económico con el abordaje del deporte en sus distintas vertientes. Representaciones y sonidos adquieren un papel importante. No se ofrece una narración lineal, casi siempre demasiado artificiosa, sino fragmentada. Solamente la unión de todas las piezas, presentadas en variopintas formas, permite acercarse a una imagen más o menos nítida de aquel momento pasado. El 25 de julio de 1992 fue uno de los grandes días de España. Una jornada histórica que sintetiza y contiene la historia de una época.

Miguel Aguilar me convenció para que escribiera este libro, dentro de la colección «La España del siglo XX en siete días», que él mismo me propuso diseñar y dirigir. Aunque dudé un poco al principio, acepté el reto. Ahora, una vez terminado, le estoy muy agradecido. Él y Elena Martínez Bavière son dos excelentes editores. Algunos colegas y amigos han leído total o parcialmente el texto y me han hecho valiosos comentarios: Pedro Rújula, Scheherezade Pinilla, Iñaki González Casanovas, Alfons Jiménez. Y, como siempre, Mònica, además de revisar todas y cada una de las páginas, me ha ayudado, respaldado y animado en todo momento. En el encierro para escribir este libro, una pareja de perros perros, Leia y Luke, primos peludos del perruno Cobi, aunque de una galaxia no muy muy lejana, han estado siempre a mi lado.

Comparten tres letras del nombre, pero Covid, alias COVID-19, no forma parte de la simpática *troupe* de Cobi. Ha arruinado los Juegos Olímpicos del 2020 en Tokio, reprogramados, en el momento de escribir estas líneas, para el verano del 2021 —con muchísimas dudas, sin embargo, sobre la posibilidad de celebrarlos —. Se ha llevado por delante, desde hace más o menos un año, muchas vidas y empresas, muchas certitudes y autoestima, muchos

sueños y esperanzas. En momentos de profunda crisis y de negras perspectivas, como las que se están viviendo en todo el mundo en general y, en particular, en España, puede resultar algo esperanzador y reconfortante pensar que ya hemos sido capaces de vencer otras dificultades y de mostrar universalmente nuestra fuerza y nuestras capacidades. 1992, el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona, pero también de la Exposición Universal de Sevilla, de la capitalidad cultural de Madrid y de la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, constituye uno de esos momentos. El espíritu de Cobi se me antoja de utilidad, hoy como ayer, a fin de cuentas, para hacer frente a la materia de Covid.

Gerona-París, febrero del 2021

1
LOS MEJORES JUEGOS DE LA HISTORIA

I

Fa una nit clara i tranquil·la. Hi ha la lluna que fa llum.
Els convidats van arribant i van omplint tota la casa
de colors i de perfums.
Heus aquí a Blancaneus, en Pulgarcito, els tres porquets,
el gos Snoopy i el seu secretari Emili, i en Simbad,
l'Alí Babà i en Gulliver.
Oh, benvinguts! Passeu, passeu.
De les tristors en farem fum. A casa meva és casa vostra
si és que hi ha cases
d'algú.

En una noche clara y tranquila, con la luna dando luz, reza la preciosa canción en catalán de Jaume Sisa, comienzan a llegar los invitados, llenando la casa de colores y de perfumes. Bienvenidos, pasad pasad todos, les dice, puesto que mi casa es vuestra casa. «Qualsevol nit pot sortir el sol» («Cualquier noche puede salir el sol») es un tema de mágica belleza, que forma parte del álbum del mismo título, editado en 1975 por Zeleste-Edigsa. La letra y la música de los ocho temas eran de Sisa: «El fill del Mestre», «El setè cel», «Germà Aire» y «Maniquí», en la cara A; en la cara B, «Cançó de la Font del Gat», «Maria Lluna», «Senyor Botiguer» y, cerrando el disco, con una duración de seis minutos y cuarenta y tres segundos, «Qualsevol nit pot sortir el sol».

Desfilan por la canción Blancanieves, Pulgarcito, los tres Cerditos, Snoopy y su secretario Emilio, Simbad, Alí Babá y Gulliver. Con todos ellos las tristezas se convertirán en humo. Bienvenidos, pasad pasad. En las estrofas siguientes, a la casa se van acercando Jaimito, doña Urraca, Carpanta, Barba Azul,

Frankenstein, el Hombre lobo, el conde Drácula, Tarzán y la mona Chita, la Marieta de l’ull viu —acompañada de un soldado, como en los versos tradicionales catalanes—, los Reyes de Oriente, Papá Noel, el pato Donald, Pascual, la Pepa maca (bonita), Superman, King Kong, Astérix, Taxi Key, Roberto Alcázar y Pedrín, el Hombre del saco, Patufet, Charlot, Obélix, Pinocho, la Moños, la Mujer que vende globos, la familia Ulises, el Capitán Trueno —desplazándose en patinete—, el Hada buena, Cenicienta, Tom y Jerry, la bruja Calixta, Bambi, Moby Dick, la emperatriz Sissi, Mortadelo y Filemón, Guillermo Brown y Guillermo Tell, Caperucita Roja y el Lobo Feroz, el Caganer, Cocoliso y Popeye. Los personajes de los cuentos de ayer y de hoy, de los cómics y de los tebeos, del cine y de los seriales radiofónicos, de las novelas y de variopintas tradiciones más o menos tradicionales confluyen en un espacio extraordinario en el que todo el mundo puede tener su lugar.

Tanto el álbum como, especialmente, la composición «Qualsevol nit pot sortir el sol» fueron, desde el primer momento, un éxito de público y ventas. Todo ello sorprendió de manera muy grata al autor. Quien oía o escuchaba aquella canción se prendaba automáticamente de ella. Acabó formando parte de la educación sentimental de más de una generación de catalanes. Muchos artistas y grupos y, asimismo, no pocos individuos anónimos han interpretado o entonado, en uno u otro momento, alegres o melancólicos, este emblemático tema musical. Existe incluso una bonita y marchosa versión rumbera, confeccionada por Los Manolos.

En verano del mismo año 1975 se celebró en Canet de Mar la primera edición del festival Canet Rock. Las autoridades prohibieron la actuación de Sisa. Con el escenario vacío y solamente un micro iluminado, sonó por megafonía «Qualsevol nit pot sortir el sol», coreada, encendedor en mano, por miles de asistentes. Fue, según el cantante, «uno de los momentos más emocionantes de mi vida». En la película *Canet Rock* (1976), de Francesc Bellmunt, Jaume Sisa interpreta entre los restos de aquella fiesta, con grandes melenas y gafas, sentado en el suelo y con una guitarra, «El setè cel», el séptimo de esos cielos que constituyen, en realidad,

«paraísos mágicos y encantados».

En los años sesenta, el barcelonés Jaume Sisa, nacido en 1948 en Poble Sec se integró en Grup de Folk —con Jaume Arnella, Xesco Boix, Oriol Tramvia, Ovidi Montllor, Pau Riba y tantos otros— y actuó, en 1968, en el festival de este colectivo en el parque de la Ciudadela. Aquel año grabó, asimismo, su primer single, con «L'home dibuixat» —el genial hombre dibujado, hecho de papel, sin carne ni cuerpo— y «Orgia núm. 1». Tras una nueva aventura artística, con el grupo experimental Música Dispersa —junto a Albert Batiste, Selene y el Cachas (José Manuel Brabo)—, vio la luz, en 1971, el álbum *Orgia*. Participó, tres años después, con Manel Joseph y otros, en la fundación de la Orquestra Plateria. La carrera musical de Sisa no arrancó, sin embargo, hasta 1975, con la aparición del ya citado elepé *Qualsevol nit pot sortir el sol*. Afirmó, en una ocasión, que había sido como pasar de «la oscuridad al total deslumbramiento».

Jaume Sisa se integró en la órbita de Zeleste, la mítica sala de fiestas —amén de sello discográfico y agencia artística—, y de la denominada Onda Layetana. En 1976 apareció *Galeta galàctica* y, al año siguiente, *La Catedral*. La música y actitud vital de este admirador de Bob Dylan encajaban mal en las manidas etiquetas de la época, desde la nueva canción catalana (la Nova Cançó) hasta el cantautor comprometido o fuertemente politizado. De ahí la emergencia de lo galáctico como centro de una autodefinición, feliz hallazgo que ha acompañado a Sisa hasta hoy mismo. Se trata de una filosofía de vida, sostiene el cantautor galáctico, basada en siete principios: ironía, metafísica, sentimiento local personal, inocencia o actitud naíf, consciencia, mirada esférica y, por último, como consecuencia de todo lo anterior, discurso propio, inconfundible y reconocible.

En 1979 empezó una colaboración con el conjunto *pop-rock* Melodrama y, poco antes, con el grupo de teatro Dagoll Dagom, que dio como fruto dos exitosos musicales: *Antaviana* (1978) y, sobre todo, *Nit de Sant Joan* (1981). En la versión castellana de este último, *Noche de San Juan* (que «es noche de fiesta»), los textos y las canciones fueron traducidos y adaptados, respectivamente, por Juan Marsé y Jaime Gil de Biedma. Mucho tiempo después, en el

2013, Sisa iba a escribir las canciones y actuar en *Adiós a la infancia, una aventi de Marsé*, un montaje dirigido por Oriol Broggi sobre textos de Juan Marsé. El mundo de este escritor barcelonés, sostiene Sisa, toca directamente sus raíces sentimentales y biográficas.

El álbum *Barcelona postal* se publicó en 1982, fruto de una aventura junto con el artista conceptual Antoni Miralda; *Roda la música*, en 1983, y, al año siguiente, *Transcantautor. Última noticia*. En uno de los temas de este último elepé, «Cantautor català», este cantautor catalán, sin ningún compromiso, con el corazón limpio y claro y feliz, dice adiós a su país. Este trabajo constituyó la despedida de Jaume Sisa. Anunció, en rueda de prensa, la definitiva retirada de la canción y del espectáculo. El hecho iba a generar una cierta incomprensión, puesto que desaparecía en un buen momento de crítica y público. Necesitaba, sin embargo, un cambio.

Un tipo muy parecido a él, que respondía al nombre de Ricardo Solfa, debutó en 1986 en un concierto de Joaquín Sabina y Viceversa en Madrid, interpretando el tema «Hay mujeres» («de fuego y helado metal»). Desde el año anterior se había instalado en la capital de España, cambiando el cabaré galáctico de Zeleste por el Elígeme. A pesar de lo negado por su amigo Gato Pérez, en la canción «Barca, cielo y ola» (1986) —«Dicen que no es la que era, / que se ha vuelto provinciana, / que ha perdido el swing / y habla una lengua rara»—, la Barcelona de los ochenta ya no era una fiesta. Para Félix de Azúa se asemejaba al Titanic. A Donat Putx le contó Sisa, en un libro de conversaciones, que él asociaba el final de la alegría y de la fiesta barcelonesa de la segunda mitad de los setenta a la llegada de los políticos nacionalistas, encabezados por Jordi Pujol: en 1980 «apareció el Estado en forma de Generalitat, y la casta dirigente representante de la oligarquía catalana terminó con la fiesta y empezó el mito de la construcción nacional». La instalación en Madrid supuso, al fin y al cabo, una suerte de liberación.

En la biografía oficial de Ricardo Solfa se destaca que era un intérprete polifacético, nacido en alta mar, cantante melódico en variopintas y a veces oscuras orquestas, y bolerista, recuperador «del bolero y la tradición latinoamericana-europea contra el *rock*».

Intentó reactualizar y comercializar la canción sentimental española. Firmaba la mayoría de sus temas el compositor Armando Llamado, un «hombre solitario» al que había conocido supuestamente en 1979. Ricardo Solfa tuvo éxito de crítica, pero falló tanto en las ventas de discos como en el favor del público. «El fracaso más grande de mi vida», sostiene. Esto fue especialmente sangrante en Cataluña, en donde tuvo que soportar además acusaciones de traición, como otros artistas antes que él —Joan Manuel Serrat el primero de todos—, por haber pasado a cantar en castellano. Hizo televisión —la serie *España en Solfa*, en 1990—, teatro y colaboró en algunas películas.

Carlos Cano le dedicó en esa época —en la que era «vocalista de boleros de pasión, / de amores traicioneros que te parten el corazón»— una bonita y cariñosa canción, «A Jaume Sisa», que forma parte del álbum *Forma de ser* (1994), del cantautor granadino: «De Sisa, Solfa salió, / la cabeza, las orejas, / el rabo *poc a poc*. / Ya no canta en *català*, / como el Jordi Pujol. / Adivina, adivinanza, /
l'amore
hay que ver lo que cansa». La etapa madrileña nos ha legado tres álbumes, editados por Nuevos Medios: *Carta a la novia* (1987), *Cuando tú seas mayor* (1988) —con portada de Javier Mariscal, el mismo año del nacimiento del perruno Cobi— y *Ropa fina en las ruinas* (1992). Destacaban, en este último elepé, la marinera «Navegar por navegar», la juguetona «Tranvías caracoleando» o los aires toreros de «Mátame tú» («o te mato yo, con la ciega y absurda estocada de la sinrazón»).

Al año siguiente, Ricardo Solfa y Pascal Comelade grabaron el single «Yo quiero un tebeo» —«Yo quiero un tebeo, yo quiero un tebeo, / si no me lo compras, lloro y pataleo»—, un tema original de Mercedes Belenguer y Francisco Codoñer, que en épocas lejanas habían entonado Pepita Ramos «la Goyita», Trini Avellí o Antonio Palacios. Solfa se iba diluyendo. Vio la luz, en 1996, como una suerte de colofón de las vivencias de todos los yos del cantautor (Jaume Sisa y Ricardo Solfa, el compositor Armando Llamado y el crítico Ventura Mestres), presentados por un «viajante del comercio de las ilusiones», el cedé-libro *El Viajante*. Incluía, además de

fotografías de todos los Sisas de Sisa, un manifiesto galáctico.

Con el excelente *Visca la llibertat*, del 2000, reapareció Jaume Sisa tras más de tres lustros retirado, según contaba por aquel entonces, «apartado de la música y del mundo en una residencia del Maresme para personas con el alma cansada». El álbum, que contó con la colaboración de Pascal Comelade, se abre con «Tornar a cantar» —«volver a cantar, como antes»— e incluye temas como «Boletaires», «Himne galàctic» o «Innocents». La pieza que da título al álbum constituye un auténtico himno al elemento que seguramente articula la obra artística de este cantautor galáctico, irónico y onírico, heterodoxo y un pelín ácrata, sensible y genial: la libertad («Visca la llibertat. / Guarda la soledat. / Dona la fraternitat. / Visca la maria, / la rauxa i el vi. / Visca la vida, / ara i aquí»). Viva la vida, aquí y ahora. La libertad o el santo espíritu libre, como dijera en otra pieza posterior. Desde entonces, el artista no ha dejado de componer, cantar y grabar: *Bola voladora* (2002), *El congrés dels solitaris* (2005) —en la canción «Noi del barri», este chico del barrio se declaraba solidario con la pasión, trabajador de la pereza, partidario de la abstracción y patriota de ninguna nación—, *Ni cap ni peus* (2008), *ExtraSisa* (2013) o *Malalts del cel* (2016).

En septiembre del 2019 llegaron a las librerías los dos volúmenes de *Els llibres galàctics 1966-2018*. Se trata de un total de siete libros galácticos. En el primero se reúnen todas las letras de las canciones de Sisa —con algunos ineludibles textos del imaginado comentarista oficial del artista, Ventura Mestres—. El segundo está constituido por sus creaciones en verso y en prosa, el tercero por una recopilación de aforismos y el cuarto por documentos varios, desde discursos hasta artículos y correspondencia. «Intérprete polifacético», el quinto, incluye la tarjeta de visita de Ricardo Solfa, el único escrito de su autoría. En el penúltimo, «Cancionero y variedades», se incluye la obra de Armando Llamado. El séptimo libro —como los siete cielos de la canción primigenia o los siete principios de lo galáctico—, finalmente, reproduce la parte escrita del cedé-libro *El Viajante*. Sisa es, a fin de cuentas, uno de los artistas más geniales de su generación y de la música catalana contemporánea.

En el 2008, coincidiendo con su sesenta aniversario, el cantautor galáctico fue invitado por el Ayuntamiento de Barcelona a pronunciar el pregón de las fiestas de La Mercè —y a ofrecer un gran concierto, acompañado de sus amigos, desde el *cantaire* Pau Riba hasta Serrat—. Jaume Sisa habló de la ciudad, de su memoria y de su infancia, de una Barcelona «prodigiosa y codiciada, turística y doméstica, del diseño y la anarquía, centralista y desenfrenada», aunque él la preferiría «con menos turistas meones y más viajeros ilustrados, con menos chándales olímpicos de tres al cuarto y más cazadores de setas de desnuda inocencia con la cabeza en las estrellas». La Ciudad Condal es y será su amada casa. Puso fin al pregón, tras invitar a todo el mundo a pasarlo bien, con un fragmento de una canción dedicada a Barcelona que él mismo había versionado e interpretado, años atrás, en el álbum *Barcelona postal*: «Súbete a Colón, súbete a Colón, / y verás la gran Barcelona». En aquel elepé se recopilaban temas dedicados a la ciudad, en idiomas varios, precedidos por uno de Sisa, que daba título al conjunto. *Barcelona postal,* ha apuntado Miqui Otero, «es el mejor retrato que se le ha hecho a esta ciudad». Barcelona, reza dicha canción galáctica, «es turística y doméstica, es una postal».

Comoquiera que sea, desde esta ciudad postal llena de luz, en julio de 1992, con Jaume Sisa dentro de Ricardo Solfa e instalado en otro lugar de la península, se iba a dar la bienvenida, pasad pasad, a los personajes del mundo olímpico:

Oh, benvinguts! Passeu, passeu.
Ara ja no falta ningú…, o potser sí, ja me n’adono,
que tan sols hi faltes tu.
També pots venir si vols.
T’esperem, hi ha lloc per a tots. El temps no compta, ni l’espai.
Qualsevol nit pot sortir el sol[1].

II

La tarde-noche del sábado 25 de julio de 1992 salió, en efecto, no solo metafóricamente, el sol. El cielo olímpico de la ciudad de

Barcelona iba a llenarse, en la ceremonia de apertura de la vigésimo quinta Olimpiada, de luces y de colores, de colores y de perfumes. En algún momento se temió, sin embargo, que la lluvia hiciera acto de presencia. En junio y a principios del mes siguiente llovió bastante, incluso, algunos días, intensamente. No obstante, la previsión del tiempo para aquella jornada tan importante era más bien tranquilizadora, según el diario *La Vanguardia*: «Hoy no lloverá en Barcelona. Habrá en la Ciudad Condal alguna nubosidad matinal, con predominio del sol durante el día. Al atardecer, precisamente en la zona de Montjuic y todo el frente marítimo pueden penetrar algunas nubes bajas, que no provocarían precipitación. La humedad al atardecer podrá oscilar entre el 75 y el 85 por ciento. La temperatura se mantendrá entre los 24 y 26 grados». Acertaron. El cielo no descargó agua y los abanicos resultaron útiles antes de que anocheciera. La organización había hecho acopio de paraguas, pero, en puridad, no existía un plan B. El tiempo tampoco jugó malas pasadas en los días que duró la Olimpiada de Barcelona 92. La Agencia Estatal de Meteorología había ideado un plan específico de apoyo a los JJ. OO., puesto que, para ciertas competiciones, el control del clima resultaba esencial.

La ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Barcelona, así como la de clausura, fueron producidas y creadas por la empresa Ovideo Bassat Sport. Era el resultado de la fusión, para aquella ocasión y a sugerencia del Comité Organizador de los Juegos de Barcelona (COOB 92), de Bassat Sport —síntesis de la agencia del publicista Lluís Bassat y el diario deportivo *Sport*— y Ovideo TV. Lluís Bassat ocupaba la presidencia y en la estructura sobresalían Pepo Sol, como productor general de las ceremonias, y Josep Maria Casanovas. Se impuso en un concurso restringido a media docena de empresas barcelonesas, convocado en noviembre de 1989.

Antes, el COOB 92 había preparado un estudio en el que se fijaban algunas claves del evento: día y hora (al atardecer, por el calor y la humedad de la Ciudad Condal), duración de la ceremonia (alrededor de tres horas), lugar (Estadio Olímpico de Montjuic, aunque, por cuestiones de capacidad, se barajó la posibilidad de usar el Camp Nou) y conceptos básicos (modernidad, innovación, originalidad, mediterraneidad, europeidad, diálogo de culturas, música, folklore). Se asignó un presupuesto para las ceremonias de

dos mil millones de pesetas. La decisión final del COOB 92 sobre la empresa productora tuvo lugar en mayo de 1990, y en julio se formalizó Ovideo Bassat Sport. Empezaron a trabajar en los guiones después del verano. Quedaban por delante dos años intensos.

Desde el primer momento se concibió la ceremonia como un gran *spot*. Bassat lo tenía muy claro. El público que asistiera en directo era muy importante, pero los centenares de millones de personas que iban a ver el espectáculo en sus pantallas desde todas las partes del mundo resultaban fundamentales. La imagen que se ofreciera debía ser impactante. Era una ocasión única para presentar al mundo, por este orden, Barcelona, Cataluña y España, lugares en apariencia plurales, culturalmente fecundos y de normalizado mestizaje. Se necesitaba agilidad, ritmo y capacidad de sorprender constantemente. La modernidad debía dialogar con una tradición modernizada a través del ingenio y la innovación. La música iba a convertirse en el eje central.

Al cabo de poco tiempo se sustituyó en la dirección de las ceremonias a Bigas Luna por Manuel Huerga. En la época se comentó que el primero había abandonado por la firme oposición del Comité Olímpico Internacional (COI) —organismo para el que algunos autores prefieren la denominación de Comité Internacional Olímpico (CIO)— y de Juan Antonio Samaranch a una de sus ideas: una coreografía de la elaboración de una gran paella en el centro del Estadio Olímpico, con figurantes caracterizados como granos de arroz y un helicóptero desde el que se agregaba la sal. De hecho, Bigas Luna renunció al proyecto sobre todo, aunque no únicamente, para rodar la película *Jamón, jamón*, con Javier Bardem y Penélope Cruz. Constituye este caso un buen ejemplo de la permanente negociación que entrañaba el diseño de la ceremonia. Era imprescindible, ante todo, equilibrar lo barcelonés, lo catalán, lo español y lo europeo. Además, el COOB 92 y, en concreto, Josep Miquel Abad, que estaba pendiente de todo, se habían reservado un derecho total de supervisión. No aceptaron a Camarón de la Isla, por informal, aunque en febrero de 1992 se rumoreó que otras dos razones podrían haber influido en la exclusión: sus adicciones en el pasado y reducir el peso del flamenco en la ceremonia. Camarón murió unas pocas semanas antes de la inauguración de los JJ. OO. Tampoco dieron el visto bueno a la primera versión del «Amigos

para siempre», a cargo de David Lynch y Angelo Badalamenti, por ser demasiado triste, ni a un abultado presupuesto presentado por Ennio Morricone. El COI y su presidente intervenían con frecuencia: costó convencerles, por ejemplo, de la idoneidad del arquero paralímpico Antonio Rebollo para encender el pebetero. Y, asimismo, la Generalitat intentaba a veces imponer su criterio, aunque tuvo que tragarse una fiesta rumbera como final en lugar de un concierto de *rock* catalán.

Aunque no parezca muy ortodoxo tratar de lo no ocurrido, resulta aquí necesario hacerlo a fin de mostrar las complejas y contradictorias relaciones entre la historia y la memoria. Los ciudadanos que asistieron en directo o vieron por televisión las ceremonias de apertura y clausura de los Juegos de Barcelona 92 conservan en su memoria muchas imágenes. Algunas de ellas, tres en concreto, sin embargo, no tuvieron lugar en la realidad, aunque en algunos casos su existencia haya pasado al papel impreso o a las redes. La primera es la activa participación de Cobi en el espectáculo del 25 de julio. Es posible que su sobrepresencia en los meses anteriores en todos lados traicionara el recuerdo. La mascota solamente hizo su aparición, en tamaño pequeño y por poquísimo tiempo, en el retablo hispánico ideado por Javier Mariscal para la primera parte de la ceremonia inaugural. Algo parecido ocurre con la interpretación de «Barcelona» por parte de Freddie Mercury y Montserrat Caballé, que tan recurrente resultó durante un par o tres de años en toda alusión olímpica. No la cantaron en el acto del 25 de julio en el Estadio, ni en directo —Mercury ya estaba muerto— ni en una grabación. Cierto es que el Canal Olímpico reprodujo esta música para presentar la retransmisión de la ceremonia, algo que podría explicar en parte la confusión.

La tercera imagen errónea corresponde a la ceremonia de clausura de los JJ. OO., el 9 de agosto de 1992. Los Manolos actuaron aquel día en el fin de fiesta, pero no cantaron «Amigos para siempre», aunque muchas personas les recuerden supuestamente por ello. Ese día la interpretaron Sarah Brightman y Josep Carreras. La versión rumbera de este tema es posterior y no fue estrenada por el grupo catalán en el cierre de los Juegos Olímpicos, sino en el de los Juegos Paralímpicos, semanas después. Una y otra versión resultan, en teoría, inconfundibles. No obstante,

la memoria individual —y, más aún, si de veras existe, la colectiva — es con harta frecuencia traicionera.

En el caso de «Barcelona» puede afirmarse que, sin la desaparición del genial cantante de Queen, seguramente esta pieza se hubiera convertido en la canción o el himno de Barcelona 92. No pudo ser y compartió parcialmente este honor con el «Amigos para siempre», que solo sonó, sin gran protagonismo, en el acto de apertura y tuvo que esperar a los de clausura de los Juegos Olímpicos y de los Paralímpicos, en las versiones lírica y de rumba catalana, respectivamente, para su verdadero lanzamiento. Resulta interesante comprobar que uno y otro tema jugaban con la amistad: amigos para siempre o bien hasta el final, si Dios quiere («If God is willing / If God is willing / If God is willing / Friends to the end / Viva! / Barcelona!»). La música y la letra fueron creadas en origen por Freddie Mercury y Mike Moran, antes de mostrárselas a Montserrat Caballé en 1987, que se entusiasmó con una colaboración y empezó a trabajar en el proyecto. De hecho, ya el año anterior, el alcalde Pasqual Maragall le había pedido a la soprano una canción que hablara de la ciudad. Mercury y Caballé grabaron juntos. Interpretaban «Barcelona» en una interesante mezcla de ópera y *rock*, en inglés mayoritariamente, pero con frases en castellano: «Barcelona! / La música vibró / Barcelona! / Y ella nos unió».

El tema se convirtió rápidamente, desde su aparición, en un éxito, que todavía subió más en las listas, en 1992, con la amplia utilización que se hizo de la canción en los JJ. OO. Fue presentado en Barcelona, el 8 de octubre de 1988, en el festival La Nit (La Noche), organizado para recibir la bandera olímpica de Seúl 88. Presidían el espectáculo los reyes de España. El público estaba agrupado en la avenida María Cristina y el escenario se instaló delante de las fuentes de Montjuic. Freddie Mercury y Montserrat Caballé cantaron «Barcelona» en *playback*, con Mike Moran al piano y el agua iluminada de fondo. Una preciosa postal de la Barcelona postal. Resultó «una actuación inolvidable», opinaba la cantante lírica catalana. Freddie Mercury murió en noviembre de 1991. Ya tenía apalabrado con los organizadores de los Juegos de Barcelona que actuaría, con Montserrat Caballé, tanto en la ceremonia de apertura como en la de clausura. No pudo ser.

La ceremonia de inauguración de la XXV Olimpiada empezó con una cuenta atrás, reflejada en la gran pantalla del Estadio Olímpico de Montjuic y coreada por los sesenta y cinco mil espectadores que llenaban el recinto. Eran las ocho de la tarde del 25 de julio de 1992. El espectáculo constaba de tres partes: «Bienvenidos al Mediterráneo», «Empiezan los Juegos» y «Música y Europa». La bienvenida estuvo a cargo de las voces de la ceremonia, Constantino Romero e Inka Martí. Se repartieron las cuatro lenguas oficiales de esa edición de los JJ. OO.: catalán e inglés, él, y ella castellano y francés. Mientras tanto, Carles Santos dirigía la fanfarria olímpica: ochenta músicos vestidos con aires dalinianos, en un diseño de Antonio Miró, con inmenso predominio de los instrumentos de viento, en especial las tenoras.

El suelo del recinto deportivo estaba cubierto por una tela azul, símbolo del cielo y el mar. Centenares de figurantes evolucionaron en una coreografía encargada a Judy Chabola, con flores y pájaros amarillos en homenaje a las Ramblas barcelonesas. El diseño de vestuario corrió a cargo de Peter Minshall (espléndidos, en particular, los vestidos-escultura florales). Se movieron por el centro del Estadio, junto con otros figurantes de azul y unos personajes gigantes, hasta formar la palabra «HOLA», repetida y coreada por los espectadores hasta en ocho ocasiones. Las televisiones ofrecieron una impresionante vista aérea de este saludo multitudinario. Las letras se transformaron, acto seguido, combinando rojo, amarillo y azul, en otras figuras hasta concluir con el logotipo de Barcelona 92. Fue un comienzo auténticamente impresionante.

Ingresaron en el recinto, a continuación, tres banderas —española, catalana, barcelonesa—, situándose sus uniformados portadores frente a la tribuna de autoridades. Constantino Romero anunció, entonces, en castellano, la entrada de los reyes de España. Esta se hizo mientras sonaba el himno catalán, «Els Segadors». Fue muy comentada y sorprendió la elección, pero todavía estaba muy presente el bochornoso momento vivido tres años antes con motivo de la inauguración, tras ser remodelado, de aquel mismo Estadio Olímpico. El temor a que los nacionalistas volvieran a silbar o abuchear a la familia real era mitigado, de este modo, con la interpretación del himno de Cataluña. No era muy ortodoxo, pero sí imaginativo. Y dio excelentes resultados en aquel momento, sin

protestas y, en cambio, con muchos aplausos.

Esperaban a Juan Carlos I y a la reina Sofía, en el palco principal, cuatro presidentes: Felipe González (Gobierno de España), Juan Antonio Samaranch (Comité Olímpico Internacional), Jordi Pujol (Generalitat de Cataluña) y Pasqual Maragall (Comité Organizador y alcalde de Barcelona), junto con sus respectivas esposas. Tras los saludos al público y una vez instalados, fue interpretado el himno nacional de España. A su término, siete aviones de la Patrulla Águila de la Academia General del Aire surcaron el cielo de la Ciudad Condal dejando a su paso una estela de humo con los colores olímpicos.

Las cinco parejas de la tribuna principal tomaron asiento. En el centro se acomodaron los reyes de España, Juan Carlos I y doña Sofía, que lucía un elegante vestido blanco. A su derecha se situaban los marqueses de Samaranch, Juan Antonio Samaranch y Bibis Salisachs, y a la derecha de estos, Pasqual Maragall y su esposa Diana Garrigosa. Los reyes tenían a su izquierda a Felipe González y Carmen Romero, de blanco como la reina y como Salisachs. Más a la izquierda, únicamente desde un punto de vista posicional, se sentaban Jordi Pujol y Marta Ferrusola, esta última con un vestido chaqueta de verano de color azul. Todos los señores, como no podía ser seguramente de otra manera a finales del siglo XX, vestían traje —cruzado en Samaranch, cosa habitual en él — y corbata.

El palco real era el centro de un sistema de tribunas ideado para que todas las autoridades pudieran ser instaladas de forma adecuada, protocolariamente en función de su rango y posición institucional. Además de los representantes de la política y sociedad civil española y de los dirigentes del COI, hubo que acomodar a un número no pequeño de altos dignatarios internacionales. Buena parte de los jefes de Estado y de Gobierno que habían participado en la Cumbre Iberoamericana de Madrid se trasladaron a Barcelona aquella misma mañana, junto a los reyes, a Felipe González y a los respectivos séquitos, en dos aviones de Iberia, el *Romeo* y el *Julieta*, escoltados por dos cazas
F-18
del Ejército del Aire. Lluís Reverter tuvo un papel muy destacado, desde la Secretaría General de la Presidencia del Gobierno de

España, en la coordinación de todos los eventos del año 1992.

Estuvieron en la inauguración, entre otros, Fidel Castro, en uniforme militar, Carlos Menem, la nicaragüense Violeta Chamorro, Patricio Aylwin, Fernando Collor de Mello, Carlos Salinas de Gortari, el salvadoreño Alfredo Cristiani y el guatemalteco Jorge Serrano; entre los presidentes europeos, el de Francia, François Mitterrand, el alemán Richard von Weizsäcker y el de Andorra, Òscar Ribas. Ni los grandes duques de Luxemburgo ni el príncipe heredero de Tailandia o el heredero al trono de Japón, Naruhito, se perdieron la ceremonia. En el Palacio de Pedralbes se les había ofrecido a todos un almuerzo de gala —con más de doscientos comensales— presidido por los reyes de España y servido por Semon, con un menú compuesto por crema fría de trufas, ensalada de langosta, costillar con colmenillas y fresas con helado de vainilla. Descansaron en el hotel hasta pasadas las siete de la tarde y de allí se trasladaron al Estadio Olímpico de Montjuic.

Mientras se retiraban de la pista los figurantes de la gran coreografía de Judy Chabola, la voz de la ceremonia anunció a Montserrat Caballé y Josep Carreras, que hicieron su aparición en el escenario instalado en la puerta de Maratón, bajo el reloj del Estadio. Cantaron la sardana «Benvinguts» —«Sed bienvenidos / bajo el arco / del cielo azul, / que ahora nos reúne. / ¡Sed bienvenidos!»—, con letra de Lluís Serrahima y música compuesta por Joan Lluís Moraleda, que dirigió, asimismo, la Orquestra Ciutat de Barcelona, los coros de las ceremonias olímpicas (Coral Sant Jordi, Coral Càrmina, Orfeó Català) y una docena de integrantes de la cobla La Principal de La Bisbal. Mientras tanto, seis centenares de sardanistas vestidos de blanco formaron sobre el suelo azul cinco grandes círculos, que contenían otros más reducidos, para bailar la danza típica catalana. Al finalizar la sardana de bienvenida sonó el «Cant de la senyera». Los bailadores y bailadoras evolucionaron hasta formar un gran corazón blanco, que parecía tener vida gracias a los movimientos de brazos y a los pañuelos rojos que agitaban. Antes de que la música se apagara, más de mil palomas alzaron el vuelo.

Los sardanistas salieron de la pista y se inició la parte de la ceremonia titulada «Tierra de pasión». Más de tres centenares de tambores del Bajo Aragón descendieron por las gradas haciendo

sonar sus instrumentos hasta ocupar el centro del Estadio Olímpico. Los colores de la indumentaria singularizaban a los distintos grupos. Sin pausa ingresaron por la puerta contraria al escenario trescientos miembros de bandas valencianas y catalanas interpretando sus músicas. Al tiempo que iban reuniéndose con los tambores, formando entre todos cuatro grandes círculos, en un escenario instalado por encima del principal y del ocupado por la orquesta, se conformaba un retablo con motivos y personajes de las grandes obras de arte españolas, rediseñadas por Javier Mariscal: las Meninas y el propio Diego Velázquez; el ejecutado del 3 de mayo y Carlos IV y María Luisa de Parma, de Francisco de Goya; un ojo mironiano, chimeneas gaudinianas y una señorita de Aviñón de Pablo Picasso; don Quijote y Cristóbal Colón, e, incluso, un pequeño Cobi sonriente a lomos de un toro.

El tenor Plácido Domingo entonó la famosa jota zarzuelera «Te quiero, morena». Hizo entonces su entrada sobre un caballo negro Cristina Hoyos, con un traje rojo diseñado por Frederic Amat, acompañada de unas doscientas bailaoras. Estas, que habían dibujado una media luna, penetraron en los círculos formados por tambores y músicos de banda. Empezaba un baile flamenco, tanto en la pista como en el escenario, al que se dirigía Cristina Hoyos. Una vez allí, danzó por soleares con una docena de parejas de bailaores, acompañados de guitarras y palmas. Al terminar, se subió a la grupa del caballo, detrás del jinete, cruzando al galope todo el Estadio. Desde el escenario, Alfredo Kraus interpretó la canción clásica española «Del cabello más sutil».

Mientras los últimos tambores aragoneses abandonaban la pista azul, salió el sol. Decenas de figurantes vestidos de llamas por Peter Minshall se unieron en el centro del Estadio para formar un gran sol. Era el principio de la impresionante escenificación de La Fura dels Baus: «Mediterráneo, mar olímpico». Este grupo vanguardista catalán organizó el montaje, bajo la dirección de Àlex Ollé y Carlus Padrissa, a partir del personaje heroico y olímpico Hércules y su viaje de Oriente a Occidente, de la creación del mar Mediterráneo y de la fundación legendaria de la ciudad de Barcelona. Participaron más de tres mil extras. La música del macroespectáculo, de unos veinte minutos, fue expresamente compuesta por el japonés Ryūichi Sakamoto, que estuvo al frente de la orquesta en esta parte de la

ceremonia.

Hubo algunos momentos especialmente memorables: la gran figura metálica separando las llamadas columnas de Hércules, esto es, los continentes de Europa y África; la formación del Mediterráneo a partir de centenares de figurantes vestidos de azul o de olas —diseño también de Minshall— que cubrían todo el centro, también azul, del Estadio, tartán incluido; el barco que surcaba el mar, haciendo frente sus tripulantes a todo tipo de peligros y monstruos, así como el verismo de la batalla, supuesta sangre incluida, que hirió la sensibilidad y provocó protestas de bastantes telespectadores estadounidenses y japoneses; o, asimismo, la versión de Sakamoto del tradicional «Virolai» como forma de expresar el agradecimiento de los navegantes a los dioses por haber llegado a buen puerto. El espectáculo mereció grandes elogios y fue muy comentado y recordado. Ya nunca más las ceremonias podrían ser como antes.

En la vigésimo quinta Olimpiada participaron 172 delegaciones, que representaban a 183 comités nacionales. La diferencia entre una y otra cifra se explica por las doce exrepúblicas soviéticas integrantes del denominado Equipo Unificado. Atrás quedaban los grandes boicots olímpicos de Moscú 80 y Los Ángeles 84, resquicios terminales de la Guerra Fría, y los supuestos riesgos de bloqueo de Seúl 88, con el conflicto entre las dos Coreas de fondo. En sus memorias, lo recordaba Samaranch: «Me llena de satisfacción comprobar que los Juegos de Barcelona fueron los de la unidad, los Juegos del reencuentro del Movimiento Olímpico, ya que no faltó ningún país. Íbamos a celebrar los primeros Juegos de mi presidencia sin la larga sombra del boicot. Fueron los Juegos de la tregua olímpica». En el libreto de la ceremonia de apertura de los JJ. OO., aseguraba el mismo presidente del COI: «La naturaleza universal de los Juegos en Barcelona refleja la nueva era en la que el mundo está entrando. Las animosidades históricas están siendo abolidas y los antiguos antagonismos que desvirtuaban el espíritu olímpico de hermandad y paz ya pertenecen al pasado. La ciudad de Barcelona, mi ciudad natal, ofrece un escenario excelente para este nuevo clima de buena voluntad. Esta ceremonia de inauguración, con su esencia cultural, su mensaje de tolerancia y su carácter cosmopolita, será el más brillante escaparate de los ideales

olímpicos».

El desfile de las delegaciones olímpicas participantes empezó minutos antes de las nueve. Según el COOB 92, el número total de deportistas inscritos rozaba los diez mil, exactamente 9959: 7108 hombres y 2851 mujeres. El equipo con más participantes era Estados Unidos, con 578; España acudía a Barcelona con 489. Las delegaciones estaban precedidas por unas decenas de gimnastas rítmicas que, con sus maillots y cintas, combinaban los colores gris, blanco, azul, amarillo, negro, verde y rojo. La marcha que acompañaba esta parte de la ceremonia estuvo a cargo de Carlos Miranda y evocaba fragmentos musicales españoles universales. Cada equipo estaba encabezado por el abanderado o la abanderada y por una chica que portaba un original cartel con el nombre del país participante, vestida, en cada caso, con los colores de la bandera respectiva en un diseño de Antonio Miró.

Abría el desfile Grecia. Así lo establece la Carta Olímpica: primero la patria y matria de los Juegos Olímpicos en la Antigüedad y, al final, los miembros del Estado organizador. Entre una y otro, el resto de delegaciones por orden alfabético, según el protocolo olímpico, de inspiración francesa. Acompañaban a los deportistas en la pista algunos directivos y oficiales. Las dimensiones de cada equipo eran muy distintas, desde una persona hasta decenas y decenas de integrantes. Asimismo, la variedad resultaba muy evidente en las mil y una indumentarias exhibidas: ropa deportiva, uniformes, trajes, vestidos folclóricos. Esta parte de la ceremonia provoca siempre quebraderos de cabeza a las organizaciones olímpicas y al propio COI, puesto que si no se impone un buen ritmo y algo de disciplina a los participantes puede alargarse en exceso.

Sea como fuere, tras la delegación griega, las siguientes en pisar el Estadio Olímpico fueron las de Afganistán —solamente la abanderada, acompañada de la chica que portaba el cartel— y Sudáfrica. Los deportistas de este último país, ausente en los JJ. OO. desde Roma 60, vestían chándal verde y amarillo. El portador de la bandera fue el maratoniano Jan Tau, un atleta negro en un equipo mayoritariamente blanco. Las cámaras del Canal Olímpico enfocaron un momento a Nelson Mandela, sonriente en la tribuna de autoridades. En aquel momento era el líder de su formación

política, el Congreso Nacional Africano, pero simbolizaba ante el mundo el final del *apartheid*. Samaranch tuvo con él, durante su estancia en Barcelona, atenciones especiales. Le recibió a su llegada y se sentó a su lado en el autobús que el día de la inauguración condujo a las autoridades al Estadio Olímpico de Montjuic. De regreso al hotel, al final de la ceremonia, le acompañó, según contaba en sus memorias, en su propio coche.

Seguían a los representantes sudafricanos los de Albania, Argelia y Alemania, esta última con una numerosa representación. El muro había caído y la RFA y la RDA, una vez reunificadas, formaban un único equipo, encabezado en la procesión olímpica por el palista Manfred Klein. A continuación desfilaron Andorra, Angola, Antigua, Antillas Neerlandesas, Arabia Saudí, Argentina —chándal blanco y azul claro, como la bandera nacional—, Aruba, Australia, Austria, Bahamas, Bahréin, Bangladesh, Barbados, Bélgica, Belice, Benín, Bermudas —ellos con ídem rojas y ellas con falda del mismo color —, Bután, Bolivia y Bosnia-Herzegovina. Curiosamente, en el programa oficial impreso de la inauguración se olvidaron de este último país. En cualquier caso, recibieron muchos aplausos, que no eran ni única ni esencialmente de desagravio. La antigua Yugoslavia se había desintegrado y continuaban los combates y la barbaridad, que Sarajevo simbolizaba. Bosnia-Herzegovina, pero, asimismo, Croacia y Eslovenia, constituían ya flamantes comités olímpicos. Algunos atletas yugoslavos —serbios y montenegrinos, en esencia— y macedonios, cuyos países estaban sometidos al bloqueo de las grandes potencias, concursaron a título individual reagrupados bajo la bandera de los cinco aros.

Después de los atletas y directivos de Bosnia-Herzegovina les tocó el turno a los de Botsuana, Brasil, Brunéi —una representante y el abanderado—, Bulgaria, Burkina Faso, Islas Caimán, Camerún, Canadá, República Centroafricana, Chile, República Popular China —desfilando en estricto orden, casi marcialmente—, Chipre, Colombia, República Popular del Congo, Islas Cook, Corea, Costa Rica, Costa de Marfil, Croacia, Cuba —las cámaras de televisión mostraron a Fidel Castro, de verde olivo, saludando—, Dinamarca, Yibuti, República Dominicana, República Árabe de Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Ecuador —la yudoca María Cangá era la abanderada —, Equipo Unificado y Estonia. La desintegración de la Unión

Soviética hizo que la llamada Comunidad de Estados Independientes, formalizada a finales de 1991, participara en los JJ. OO. con el nombre de Equipo Unificado (código EUN), que integraba todas las antiguas repúblicas a excepción de las tres bálticas, ya reconocidas por el COI: Estonia, Letonia y Lituania. El abanderado del Equipo Unificado fue el luchador ruso Alexandr Karelin, con la enseña olímpica, al que seguían otros doce con las banderas de cada una de las exrepúblicas soviéticas (Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Kazajistán, Kirguistán, Moldavia, Rusia, Tayikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán).

Desfilaron, siguiendo a los estonios, los representantes de Estados Unidos de América —una muy numerosa representación, con las estrellas de la NBA—, Etiopía, Fiyi, Finlandia, Francia —el presidente Mitterrand aplaudió majestuosamente desde la tribuna de autoridades—, Gabón, Gambia, Ghana, Gran Bretaña, Granada, Guam, Guatemala, Guinea, Guinea Ecuatorial, Guyana, Haití, Honduras, Hong Kong, Hungría, India, Indonesia, Irak, República Islámica de Irán —solo hombres, incluso, caso excepcional, para portar el cartel con el nombre del país—, Irlanda, Islandia, Israel, Italia, Jamaica, Japón, Jordania, Kenia, Kuwait, Laos, Lesoto, Letonia, Líbano, Liberia, Libia, Liechtenstein, Lituania, Luxemburgo, Madagascar, Malasia, Malawi, Maldivas, Mali, Malta, Marruecos, Isla Mauricio, Mauritania, México, Mónaco, Mongolia, Mozambique, Unión de Myanmar, Namibia, Nepal, Nicaragua, Níger, Nigeria, Noruega, Nueva Zelanda, Omán, Uganda, Pakistán, Panamá, Papúa Nueva Guinea, Paraguay, Países Bajos, Perú, Filipinas, Polonia, Puerto Rico, Portugal, Qatar, República Democrática Popular de Corea, Rumanía, Ruanda, San Marino, San Vicente y las Granadinas e Islas Salomón.

A la anterior delegación les sucedieron los representantes de El Salvador, Samoa Norteamericana, Samoa Occidental, Senegal, Seychelles, Sierra Leona, Singapur, Eslovenia, Somalia, Sudán, Sri Lanka, Suecia, Suiza, Surinam, Suazilandia —desnudos de cintura para arriba, contrastando con las impecables chaquetas amarillas de Surinam y las clásicas y oscuras de los representantes sirios—, Siria, China Taipei, Tanzania, Chad, República Federal Checa y Eslovaca, Tailandia, Togo, Tonga, Trinidad y Tobago, Túnez, Turquía, Uruguay, Vanuatu, Venezuela, Islas Vírgenes, Islas Vírgenes

Británicas, Vietnam, Yemen —bajo la misma bandera, Yemen del Norte y Yemen del Sur—, Zaire, Zambia y Zimbabue.

Cerraba el desfile olímpico la numerosa delegación de España. El abanderado fue el príncipe de Asturias, Felipe de Borbón y Grecia, que participaba en el equipo de vela en la modalidad *soling*. No se cansó de saludar al público y a la tribuna, ni tampoco los espectadores de aplaudir. Fue un gran momento de comunión entre españoles de toda condición. La infanta Elena de Borbón lloró emocionada viendo a su hermano en la pista. Los representantes españoles vestían, ellos, americana oscura, pantalón claro y corbata rojigualda; ellas, chaqueta y bolso rojos, blusa amarilla y falda combinando los dos colores de la bandera nacional, además, en la mayoría de los casos, de guantes rojos. Todos con sombrero. En el palco las autoridades se pusieron de pie, aplaudieron y saludaron, unos más sonrientes como la reina Sofía o Felipe González y otros, como Jordi Pujol, algo más serios. El público vibró. La satisfacción era general.

Todas las delegaciones nacionales quedaron impecablemente instaladas, gracias a voluntarios y servicio de orden, en el centro del Estadio Olímpico. Se calculó, en aquel momento, que podían ser, en total, unas doce mil personas. Asimismo, las respectivas banderas estaban ya en el escenario. Principiaron los discursos oficiales. Los dos oradores bajaron a la pista, en donde se había instalado una pequeña y original plataforma, concebida por el arquitecto y diseñador Alfredo Arribas. Pasqual Maragall, como alcalde de la ciudad-sede y presidente del Comité Organizador, tomó la palabra, usando los cuatro idiomas oficiales de Barcelona 92. Recordó que allí mismo debería haberse celebrado, en 1936, una Olimpiada Popular y que el nombre de su presidente, Lluís Companys, estaba grabado en la antigua puerta de Maratón. Tanto el estadio como la ciudad, proseguía, estaban rehechos cincuenta y seis años después «con la ayuda de todos». Todavía en catalán dio la bienvenida a Barcelona a los presentes y a los miles de millones que lo estaban viendo u oyendo desde todo el mundo.

En inglés hizo Maragall un llamamiento público, a petición del secretario general de la ONU, para que se cumpliera el acuerdo de aquella institución, pocos días antes, sobre una tregua en la antigua Yugoslavia. Esta podría ser, aseguraba, la tregua olímpica de la

tradición clásica y, quién sabe, el principio de una «vuelta al sentido común y al comportamiento cívico». Agradecía, en francés, el esfuerzo de los sesenta mil trabajadores, la mitad de los cuales voluntarios, que habían hecho posibles los Juegos. Remarcaba, finalmente, en castellano, la europeidad de Barcelona y el internacionalismo de los JJ. OO., que posibilitaron, a lo largo del siglo XX, «reencontrarse cada cuatro años para hacer deporte, para luchar sin violencia y para hablar un lenguaje común». En el programa oficial de la ceremonia figuraba un texto suyo en el que definía Barcelona como «una ciudad europea viva, llena de color y de vitalidad mediterránea» e insistía en la pertenencia a la «gran patria europea», en un año clave para su futuro. La intervención oral en el Estadio se cerró con un «viva» a los Juegos Olímpicos.

El presidente del COI empezó su discurso en catalán: «Ha llegado el día que Barcelona tanto esperaba. El sueño de muchas generaciones se ha convertido en realidad. Barcelona ya es ciudad olímpica». Era «un día histórico». Tuvo palabras de gratitud para los organizadores, los colaboradores y los miles de voluntarios. Tras los aplausos, cambió al francés y al inglés, destacando, de manera especial, el número excepcional de delegaciones nacionales participantes. En castellano llegaron los agradecimientos institucionales y a las empresas, así como a los altos dignatarios presentes. El parlamento, quizá algo flojo, terminó con la invitación al rey Juan Carlos I —se oyó una gran ovación al citarle— a declarar abiertos los Juegos. El monarca, en la tribuna, se puso de pie y, ante un micro y en catalán, dio la bienvenida: «Benvinguts tots a Barcelona». Tras fuertes aplausos del público, continuó, ahora en castellano: «Hoy, 25 de julio del año 1992, declaro abiertos los Juegos Olímpicos de Barcelona, que celebran la vigésimo quinta Olimpiada de la era moderna».

Llegó el momento de la entrada solemne de la bandera de los cinco aros en el Estadio Olímpico de Montjuic. Ocho eran los portadores, seis deportistas (Blanca Fernández Ochoa, Jordi Llopart, José Manuel Abascal, José Luis Doreste, Eladi Vallduví, Lolo Ibern) y dos voluntarios, todos de blanco, que dieron una vuelta al recinto. En homenaje al símbolo olímpico, sonaba la música de Mikis Theodorakis, que dirigía también la orquesta, y cantaba la *mezzosoprano* Agnes Baltsa, acompañada del coro de ceremonias.

El izado de la bandera tuvo lugar mientras Alfredo Kraus interpretaba en *playback*, como en todos los casos durante la ceremonia, en catalán y castellano, el himno olímpico.

El tenor canario dejó paso a la música del compositor estadounidense Angelo Badalamenti. Eran las diez y media. En el escenario desfilaron veinticinco modelos ya que era la vigésimo quinta Olimpiada, con ropa creada para la ocasión, inspirada en temas barceloneses, por trece importantes diseñadores españoles: Antonio Miró, Devota y Lomba, Victorio y Lucchino, Chu Uroz-Armand Basi, Adolfo Domínguez, Lydia Delgado, Purificación García, Roser Marcé, Enrique Loewe —Judit Mascó llevó su vestido blanco de piel con motivos mironianos—, Jesús del Pozo, Ángel Schlesser, Roberto Verino y Manuel Pertegaz, que vistió a la *top model* Pat Cleveland como dama del paraguas. Inmediatamente después, a fin de seguir conmemorando las ediciones pasadas de los JJ. OO. modernos, tras su recuperación por parte del barón de Coubertin a finales del Ochocientos, se recordaron todas las sedes desde 1896, representada cada una por una bandera de los cinco aros.

En este punto de la ceremonia tuvo lugar el esperado ingreso en el Estadio de la antorcha olímpica y el encendido del pebetero. El diseño de la antorcha de Barcelona 92 fue encargado, en 1989, a André Ricard, que ya creó, unos años antes, el pequeño mueble que contenía el dosier de candidatura entregado al COI. En marzo de 1991 iba a ser presentada a los medios de comunicación: pesaba algo más de un kilo, era de aluminio cromado, funcionaba con gas —una autonomía de veinte minutos— y resultaba estéticamente innovadora. Se fabricó una para cada relevo. Ricard diseñó también las tres lámparas de seguridad para evitar la extinción del fuego.

Desde Olimpia la llama fue trasladada a Atenas y, en El Pireo, la embarcaron en la fragata *Cataluña*, que zarpó hacia España. Llegó a Ampurias el 13 de junio de 1992, en donde tuvo lugar una importante y, a la postre, polémica ceremonia. De relevo en relevo y de antorcha en antorcha, el fuego sagrado recorrió en las semanas siguientes Cataluña y una buena parte de España: seis mil kilómetros. Desde Palma de Mallorca llegó a la Ciudad Condal, a bordo del velero *Rosalind*, propiedad del conde de Godó, el 24 de julio. Con este motivo se organizó por la noche, en el Moll de la

Fusta, una gran fiesta de fuego y luz. Después de numerosos relevos por las calles de la ciudad, la llama quedó custodiada en el Ayuntamiento de Barcelona, a la espera del momento de salir el sábado día 25, de antorcha en antorcha, hacia Montjuic.

El fuego entró en el Estadio Olímpico de la mano del piragüista Herminio Menéndez, que obtuvo medallas en Montreal 76 y en Moscú 80. Hizo el penúltimo relevo dando una vuelta completa sobre el tartán, mientras sonaba de nuevo música de Badalamenti y la mayoría de las luces del recinto se habían apagado, lo que permitía focalizar la atención sobre el portador del fuego sagrado. En las gradas, el público agitaba en la oscuridad unos lápices fosforescentes azules y amarillos, colores de Europa, que habían sido entregados por la organización. Con su antorcha, Menéndez encendió la del baloncestista Epi, Juan Antonio San Epifanio, que se dirigió al escenario, corriendo entre las delegaciones olímpicas.

Allí le esperaba el medallista paralímpico Antonio Rebollo. Unas dos horas antes, Lluís Bassat le había comunicado que el elegido para aquel asunto iba a ser él y no Joan Bozzo, con el que preparó el tiro durante meses. Eran las 22.40. Tras encender la punta de una flecha, el arquero madrileño buscó la posición adecuada y la lanzó con precisión hacia el pebetero. Brotó una gran llama, recibida con grandes aplausos y exclamaciones admirativas y de júbilo. Fue un momento apoteósico, muy emocionante, que iba a ser destacado al día siguiente por los periodistas y muy recordado por todos aquellos que lo vieron en tiempo real o en las mil y una repeticiones ofrecidas por las televisiones del planeta entero. Aunque diera la sensación de que la flecha caía en el interior del pebetero, no fue así. Era un efecto óptico. Aquel ya estaba prendido, aunque al mínimo de gas, y al pasar la saeta se aumentó la potencia generando la ilusión del encendido. En realidad, la flecha cayó fuera del Estadio, en donde dos personas aguardaban para recogerla. Todo se había ensayado muchas veces. Lo había ideado el especialista en efectos especiales Reyes Abades, que controló hasta el más mínimo detalle, en especial la colocación estratégica de la única cámara oficial que iba a captar aquel momento.

Con el pebetero encendido, llegaba el momento del juramento de deportistas y jueces. En representación de los primeros, Luis Doreste, medalla de oro en Los Ángeles 84 en vela clase 470, con la

mano derecha levantada y la otra asiendo una bandera olímpica, proclamó en castellano: «En nombre de todos los competidores prometo que participaremos en estos Juegos Olímpicos cumpliendo con sus reglamentos, por la gloria del deporte y el honor de nuestros equipos». De igual forma, Eugeni Asensio tomó la palabra, en catalán, por los segundos: «En nombre de todos los jueces y el personal oficial prometemos que desarrollaremos nuestras funciones durante los Juegos Olímpicos con la más estricta imparcialidad, respetando y cumpliendo sus reglamentos y con auténtico espíritu deportivo». Los coros y la orquesta olímpicos interpretaron, acto seguido, en inglés, castellano y catalán, la canción «Amigos para siempre», creada por *sir* Andrew Lloyd Webber. Entretanto se desplegaba una enorme bandera que cubría todo el centro del Estadio, por encima de las delegaciones. De nuevo, las televisiones ofrecieron una impresionante vista desde el aire.

Terminaba la parte central de la ceremonia y principiaba la tercera y última, titulada «Música y Europa». En el tartán, rodeando a los deportistas, varios grupos (*colles*) de *castellers* construyeron una docena de torres o castillos humanos —una tradición originaria del sur de Cataluña que se había convertido, en años recientes, en la de todo el principado—, al son de las típicas *gralles*. Era un guiño catalán a Europa: doce castillos en honor de los Doce. El concierto operístico del final de la ceremonia de apertura corrió a cargo de Jaume Aragall, Teresa Berganza, Montserrat Caballé, Josep Carreras, Plácido Domingo y Joan Pons, que interpretaron, individual o colectivamente, varias piezas. Concluyeron, en este reencuentro de lujo, con un pequeño apunte de un oportuno «Ritorna Vincitor», de la *Aída* de Giuseppe Verdi. Dirigía la orquesta Luis Antonio García Navarro.

Se rozaban ya las tres horas de función y a algunas personas esta última parte se les antojó demasiado larga. Unos pocos espectadores se divirtieron lanzando lápices fosforescentes a la prensa y los atletas, que en algún caso intentaron devolverlos. La cosa, afortunadamente, no degeneró. A los cantantes de ópera se unió Eleazar Colomé, de trece años, y los coros de ceremonias para interpretar el himno europeo, la «Oda a la alegría». En el ínterin, pasadas ya las once de la noche, estallaron unos modestos fuegos artificiales que iban a clausurar aquella gran fiesta. A las once y

diez las autoridades y el público empezaron a abandonar el Estadio Olímpico de Montjuic. También lo hicieron las delegaciones deportivas, aunque más lentamente y por una única puerta, la sur, opuesta al escenario, lo que obligó a las voces de la ceremonia a pedirles orden, así como bastante paciencia a los miembros de la fanfarria, la orquesta y los coros, a los *castellers* y a las portadoras de carteles. El desalojo de la pista duró más de media hora.

¡Qué noche la de aquel día! Marcó un antes y un después en las ceremonias de las Olimpiadas. Se convirtió, para muchas ciudades candidatas o sedes, en un modelo que imitar. Barcelona, Cataluña y España adquirieron una renovada imagen en todas partes. El 25 de julio de 1992 regresaron al mundo. Era un día que sintetizaba muchos días, así como todo un conjunto de esfuerzos, trabajos y proyectos. Era, asimismo, un día que simbolizaba todos los días en los que se había llevado a cabo, en los últimos tiempos, un exitoso, a pesar de todos los obstáculos, proceso de modernización, crecimiento económico, democratización y reincorporación regional y nacional al panorama internacional. Los espectadores de todos los continentes miraron y lo que vieron les gustó. La mayoría de las críticas fueron positivas o muy positivas. Algunos cálculos cifran en cerca de tres mil quinientos millones los espectadores que pudieron gozar de la ceremonia de apertura de los Juegos de Barcelona. Quizá sea un poco exagerado, pero no invalida lo impresionante de la audiencia. El realizador de la transmisión fue un profesional de TVE, José Ramón Díez, que controlaba cerca de medio centenar de cámaras. Cada cadena, en todo el mundo, incorporó comentarios a las imágenes —en España, por ejemplo, se ocuparon de ello Matías Prats y Olga Viza, entre otros más—. En ocasiones ofrecieron útiles datos para entender los espectáculos, mientras que en otras no permitieron apreciar con total nitidez y detalle las evoluciones de actores, cantantes, bailadores y deportistas en el Estadio. Sea como fuere, aquella tarde-noche del día en el que se afianzó visualmente la vuelta al mundo de España, con Barcelona convertida en centro universal de atención y la ciudadanía de todo el país orgullosa y reconfortada, se hizo realidad un bonito sueño: cualquier noche puede salir el sol.

III

Atento a todo y a todos, sentado a la derecha de Juan Carlos I en la tribuna de autoridades del Estadio Olímpico de Montjuic, se encontraba, la tarde-noche del 25 de julio de 1992, el español, catalán y barcelonés Juan Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional. Le acompañaba su esposa Bibis. Desde el año anterior ostentaban el título, concedido por el monarca, de marqueses de Samaranch. Compartían palco con los Maragall, situados a su derecha, y con los González y los Pujol, que se ubicaban a la izquierda de los reyes de España. Samaranch quedó aquel día gratamente satisfecho, como declaró a la prensa: «Es una ceremonia maravillosa. La mejor ceremonia de apertura de unos Juegos Olímpicos que he visto nunca y eso que he visto bastantes. Me he sentido muy emocionado y creo que todo el mundo lo estaba. Ha sido algo muy importante para Barcelona». En sus memorias, aseguraba: «Yo mientras viva jamás podré olvidar el 25 de julio de 1992».

El 23 de septiembre de 1992, días después del final de los Juegos Olímpicos y de los Juegos Paralímpicos de Barcelona, Juan Antonio Samaranch leyó el pregón de las fiestas de La Mercè. Era un año muy especial para la Ciudad Condal. El alcalde Pasqual Maragall hizo la presentación del ilustre pregonero. Después de repasar los datos básicos de su biografía, afirmó: «Barcelona, Cataluña y España estarían en deuda con Joan Antoni Samaranch por el solo hecho de representar dignamente a nuestro país ante el mundo en el ejercicio brillante y eficaz de su cargo». Pero lo estaban por otros motivos. Sin su presencia al frente del COI, con notable dedicación y eficacia, seguramente no habría sido posible la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. De ahí que el Ayuntamiento le concediera, en 1987, la Medalla de Oro de la ciudad. Este barcelonés universal había acrecentado, sostenía Maragall, «el prestigio de la organización olímpica en todo el mundo y bajo su presidencia los Juegos han adquirido una nueva importancia como la primera manifestación deportiva del mundo y como la ocasión de encuentro, de paz y de fraternidad entre los atletas y los países».

Uno de los momentos de la vida de Samaranch recordados por Maragall era su paso por el Ayuntamiento de Barcelona como edil y responsable de deportes. Fue a mediados de los años cincuenta.

Accedió a la institución municipal, en 1954, a través del denominado «tercio corporativo». Se trataba de una coyuntura de ligero cambio, tras una larguísima posguerra y la huelga de tranvías de 1951. El gobernador civil Felipe Acedo Colunga impulsó la incorporación de nuevos perfiles. También resultaron elegidos Narcís de Carreras y Santiago de Cruïlles, que pertenecían al franquismo catalanista de raíces *lligaires*, y Santiago Udina Martorell. Samaranch era entonces un falangista sin carné. Al año siguiente se puso al frente de la Concejalía de Deportes, un puesto que iba a conservar hasta 1962, y fue nombrado diputado provincial.

Jaume Boix y Arcadi Espada, en su biografía del personaje, recuerdan que muchos le describieron como un hombre de la situación: «La letra de Falange le trajo siempre sin cuidado. Otra cosa pasó con la música, ambiental por supuesto, anotada con el ritmo que marcaban los años, el tiempo. Amigos y enemigos le calificaron siempre como "un hombre de la situación". Un hombre "de la situación" es un hombre sin pasado. Antes que razones éticas o estéticas, fue un profundo y biológico olvido el que le llevó a eludir, en la copiosa hemerografía periodística que sus palabras construyeron a lo largo de los años, su pertenencia militante a la Falange. En los años franquistas, Falange fue durante momentos brevísimos "la situación". Mientras lo fue, le sirvió. Ni por asomo se trató de un caso de un falangismo biológico. Olvido biológico, he aquí la filosofía de su praxis». Juan Antonio Samaranch fue, durante el Franquismo, a fin de cuentas, un convencido franquista.

Desde su lugar en el organigrama municipal le tocó lidiar con presteza, como miembro del Comité Organizador, con los II Juegos del Mediterráneo, celebrados en 1955 en la Ciudad Condal. Fueron calificados en la época como un éxito. Al ambicioso Samaranch le sirvieron para relacionarse con los medios deportivos internacionales. Aquel año debe ser señalado, asimismo, por su boda con María Teresa Salisachs Rowe, más conocida como Bibis, una mujer estilosa, políglota y muy influyente en la carrera de su marido. Nacida en 1931 en el seno de una familia de la burguesía barcelonesa, era sobrina de la escritora Mercedes Salisachs. Dejó los estudios de Periodismo al contraer matrimonio. Tuvieron dos hijos: María Teresa (Mo) y Juan Antonio. Cuentan Boix y Espada que

Acedo le había advertido, días antes de su entrada en el Ayuntamiento: «A mí, Samaranch, los concejales me gustan casados». Era una manera de acallar los rumores públicos sobre su díscola vida de señorito soltero.

Juan Antonio Samaranch Torelló —Joan Antoni, en algunos momentos y circunstancias— nació en Barcelona, en julio de 1920, en una familia de prósperos industriales del textil. Confeccionaban, sobre todo, colchas. Samaranch S. A. había sido fundada en 1931. Su padre acumuló, desde abajo, un considerable patrimonio. Antes de 1936, el hijo se acercó a las juventudes de la CEDA y, en la Guerra Civil, fue llamado a filas en la famosa «quinta del biberón», pero desertó en cuanto tuvo ocasión y pasó el resto del conflicto escondido. Tras el servicio militar y la convalidación de su título de perito mercantil, se incorporó a la empresa familiar.

Aunque practicó el boxeo y el fútbol, fue el *hockey* sobre patines su principal pasión deportiva. Jugó y entrenó, en los cuarenta, en el R. C. D. Español de Barcelona y llegó a ser seleccionador nacional. El equipo español obtuvo, en 1951, la victoria en el campeonato mundial, celebrado en la Ciudad Condal y organizado por una sociedad cuyo accionista mayoritario era el propio Juan Antonio Samaranch. Esto le dio una notable visibilidad en medios oficiales. Tuvo una destacada participación en la génesis de la Federación Española de Patinaje, desligándola de la de *Hockey* sobre Hierba. Fue su primer presidente.

Desde mediados de la década de los cincuenta las carreras política y olímpica avanzaron al unísono hacia más grandes glorias. Además de las ocupaciones en el Ayuntamiento, Samaranch rigió la Comisión de Deportes de la Diputación. Desde mediados de los sesenta presidió el Salón Náutico de Barcelona. En 1967 fue elegido procurador en Cortes por el tercio familiar y nombrado consejero nacional del Movimiento. El año anterior fue colocado al frente de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, en sustitución de José Antonio Elola-Olaso, con el que había colaborado como responsable del organismo en Cataluña. Desde este cargo, que mantuvo hasta 1970, impulsó la construcción de instalaciones deportivas y estuvo detrás de una campaña de fomento del deporte, de pegadizo eslogan, «Contamos contigo».

En su ascenso político y empresarial contó con la protección y

ayuda de dos manresanos: Mariano Calviño de Sabucedo, muy influyente hasta entrados los años sesenta en todas las tomas de decisiones en Cataluña y bastante escuchado en El Pardo, y Jaime Castell, industrial y financiero, igualmente bien relacionado e impulsor de La Piara, los Laboratorios Funk, el Banco de Madrid o el Banco Catalán de Desarrollo (Cadesbank). Samaranch formó parte del consejo de administración de ambas entidades financieras. Iba a estar al frente, asimismo, de Urprasa, con intereses en la zona del delta del Llobregat, o de Urbanizaciones Torre Baró, empresa constructora de Ciudad Meridiana en tiempos del desarrollismo porciolista. También fue accionista y consejero del diario *Tele/eXprés* entre 1964 y 1967.

Presidió la Diputación Provincial de Barcelona desde 1973 hasta 1977. En los inicios de la Transición democrática fundó Concordia Catalana, un partido posfranquista que no llegó a concurrir a las elecciones de 1977 —la UCD se hizo cargo de sus restos—. Ante lo que ocurría en España, Samaranch necesitaba reposicionarse. Además, Josep Tarradellas estaba por llegar y su presencia al frente de la Diputación era un escollo. En una manifestación que tuvo lugar el día de Sant Jordi de 1977 se gritó en la plaza de Sant Jaume, tras la negativa del presidente de la Diputación a recibir a los movilizados: «Samaranch, fot el camp!». La ocasión de *fotre el camp*, esto es, de largarse de allí, se la ofrecieron dos personas con las que mantenía excelentes relaciones: el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez. El Gobierno de España le nombró embajador en la Unión Soviética y Mongolia. Fue el primer representante diplomático español en Moscú, tras el restablecimiento de las relaciones españolas con aquel país.

En los artículos necrológicos que dos exalcaldes socialistas de Barcelona, Narcís Serra y Pasqual Maragall, publicaron a raíz del óbito de Samaranch, en el 2010, había una significativa coincidencia: ser un personaje clave de la Transición y del cambio en España. Sostenía Serra que su trayectoria era «la de uno de estos políticos que tuvieron una visión clara de las necesidades de evolución de nuestro país». Y, acto seguido, afirmaba: «Por ello figura por derecho propio en la galería de los personajes de nuestra transición». Maragall, por su parte, escribía: «Un hombre que salió del régimen anterior y fue uno de los impulsores del cambio, no

solamente deportivo, sino ciudadano, tenía que ser un hombre muy especial». Jordi Pujol hacía, el mismo día, un balance positivo del personaje, subrayando que una buena biografía, bien encuadrada en su tiempo y en su país, «nos ayudaría mucho a entendernos a nosotros mismos».

Miembro del Comité Olímpico Español (COE) desde 1956, Samaranch ocupó la presidencia de este organismo entre 1967 y 1970. Ejerció como jefe de misión del equipo de España en los Juegos Olímpicos de Cortina d'Ampezzo 56 —de invierno, no en los de Melbourne del mismo año, ya que el Gobierno español los boicoteó a raíz de la invasión soviética de Hungría—, Roma 60 y Tokio 64. Había asistido también a los de Helsinki 52, pero en aquella ocasión acreditado como periodista de *La Prensa*.

En Roma, en 1966, al tiempo que la candidatura de Madrid a organizar los JJ. OO. de 1972 fracasaba —la vencedora, Múnich—, Samaranch fue elegido miembro del Comité Olímpico Internacional. Mantenía unas excelentes relaciones con el presidente de la entidad, Avery Brundage, que ocupó este cargo entre 1952 y 1972. En 1968 le nombró jefe de Protocolo del organismo. Dos años después, accedió a su Comisión Ejecutiva y, entre 1974 y 1978, ya en la etapa de lord Killanin al frente del COI, ejerció como vicepresidente. En 1979 se integró nuevamente en la Comisión Ejecutiva.

En Moscú iban a celebrarse, en 1980, los Juegos de la vigésimo segunda Olimpiada, así como una renovación de la cúpula olímpica. El puesto de embajador constituía una excelente oportunidad para hacer realidad su gran sueño: convertirse en presidente del COI. En sus memorias, apuntaba: «Creo que mis dos misiones en Moscú podrían beneficiarse mutuamente. El llegar a la capital moscovita como vicepresidente del COI podía ser de gran utilidad para mi función diplomática al frente de la embajada y tender muchos puentes al servicio de los intereses españoles, tal como así sucedió. Y residir permanentemente en la ciudad que debía organizar los próximos Juegos, conocer el país y su cultura, establecer contactos con las autoridades de una superpotencia, con los directivos del comité organizador, me situaba en una atalaya excepcional para

observar el futuro». Desplegó, junto a su esposa, algunas de las cualidades y formas que siempre se les atribuyeron: amabilidad, agasajo, regalos caros, viajes, hiperactividad, diplomacia. La proverbial habilidad por las relaciones públicas guio toda su carrera. En las elecciones a la presidencia del COI se impuso claramente en la primera vuelta a los otros cuatro candidatos.

Durante la larga presidencia de Juan Antonio Samaranch, entre 1980 y el 2001, tuvieron lugar numerosos cambios en el olimpismo. El periodista británico David Miller se refirió a ellos como «revolución olímpica». Las cuestiones fundamentales pueden resumirse en los siguientes puntos: abandonar el ambiguo amateurismo exigido a los participantes olímpicos, no haciendo distinciones entre deportistas —modificación del punto 26 de la Carta Olímpica— y favoreciendo el espectáculo; separación temporal entre los Juegos Olímpicos de verano y de invierno, alternando años pares, lo que ocurrió por vez primera en febrero de 1994 en Lillehammer; unidad del movimiento olímpico (COI, federaciones internacionales, comités nacionales, atletas); incorporación de las mujeres en el deporte olímpico y en el propio COI —las dos primeras ingresaron en el organismo en el congreso de Baden-Baden de 1981, Pirjo Haggman, finlandesa, y la venezolana Flor Isava-Fonseca—; lucha contra el dopaje; participación de todos los países del mundo, superando los boicots políticos (de 144 comités olímpicos nacionales en 1980 a 200 en el 2001); creación del Museo Olímpico, uno de sus proyectos más mimados, en el que se invirtieron muchísimos millones, procedentes de cheques de empresas, estados y particulares, que se inauguró en 1993 mientras un coro de niños cantaba «Amigos para siempre»; abrir la puerta a los patrocinios comerciales y apostar por los derechos televisivos, y, por último, autofinanciación de los Juegos, mejora de las finanzas del COI y pago de desplazamientos y alojamiento de sus miembros, que hasta 1981 abonaban de su propio bolsillo —fruto de un carácter elitista— o a cargo de sus respectivos gobiernos, con el objetivo de favorecer la independencia de criterio. Samaranch visitó todos los países del mundo —algunos, muchas veces— que contaban con comité olímpico. A diferencia de los anteriores máximos directivos del COI, se instaló en Lausana.

El 17 de octubre de 1986 tuvo el placer de anunciar, en una

reunión del COI en Suiza, que la candidatura vencedora para organizar los Juegos Olímpicos de 1992 era «la ville… de Barcelona, España». Su influencia, discreta, sin presiones, pero eficaz, basada en su prestigio y buen hacer, resultó fundamental. Y se implicó profundamente en la organización, lo que provocó lógicas tensiones. En sus memorias no dejaba de reconocerlo: «Las relaciones con el equipo de Josep Miquel Abad fueron, a veces, tirantes, ya que me mostré en todo momento muy riguroso, exigiendo quizá demasiado». No consiguió, sin embargo, imponer su criterio de instalar la Villa Olímpica en la zona de El Prat, en donde tanto él como sus socios tenían importantes intereses inmobiliarios (Urprasa, ya citada, significaba Urbanizadora del Prat, S. A.). Se construyó en el interior de la ciudad. En el discurso de clausura de Seúl 88, en donde hizo entrega a Pasqual Maragall de la bandera olímpica, terminó diciendo: «Nous vous attendons, we await you, os esperamos, us esperem a Barcelona». En 1992 vivió y disfrutó de los Juegos Olímpicos en su querida ciudad.

Mientras ocupaba el cargo máximo del COI, fue elegido, en 1987, presidente de la Caja de Pensiones para la Vejez y el Ahorro de Cataluña y Baleares, una pujante entidad fundada en 1904. Era consejero de esta firma bancaria desde 1984. Con Josep Vilarasau pilotaron la fusión con la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona, que tuvo lugar en 1990, y el nacimiento de la Caja de Ahorros y Pensiones de Barcelona, La Caixa. En 1999 pasó a ocupar la presidencia de honor. Samaranch formó parte de numerosos consejos de administración de variopintas empresas. Fue un gran coleccionista de arte y de sellos, especializado en la filatelia olímpica.

Reelegido como presidente del COI en 1989 (Puerto Rico), 1993 (Mónaco) y 1997 (Lausana), tuvo que hacer frente, entre 1998 y 1999, a una crisis importante en el seno del olimpismo a consecuencia del escándalo provocado por los sobornos a miembros del COI para favorecer la candidatura de Salt Lake City en los Juegos de Invierno del 2002. La prensa, sobre todo la anglosajona, lanzó duras acusaciones de corrupción, tráfico de influencias y *lobby* selecto contra el organismo olímpico y el propio Samaranch. Se puso en marcha una comisión interna de investigación y diez miembros fueron expulsados u obligados a dimitir. También se

constituyó una Comisión de Ética, formada por miembros del COI, atletas y personalidades exteriores y presidida por el juez y directivo olímpico Kéba MBaye. Al final de su presidencia impulsó la creación de la Comisión COI 2000, que debía proponer los cambios necesarios en estructuras, reglas y procedimientos a fin de afrontar el nuevo siglo que estaba a las puertas.

En Moscú, en la misma ciudad en donde fue elegido en 1980, dejó, en el 2001, la presidencia del Comité Olímpico Internacional y fue nombrado presidente de honor vitalicio. Su sustituto fue el belga Jacques Rogge. En paralelo, su hijo Juan Antonio Samaranch Salisachs fue elegido miembro del COI, algo que provocó más de una crítica —«Hice lo que tenía que hacer», sentenció con posterioridad—. El año anterior, durante los Juegos de Sidney, había fallecido su esposa Bibis. Desde hacía algún tiempo llevaban vidas separadas, excepto cuando el protocolo olímpico lo exigía. El presidente del COI tenía entonces una amante clandestina, la exmodelo y pintora Luisa Sallent.

Juan Antonio Samaranch murió en abril del 2010 en su ciudad natal a causa de una parada cardiorrespiratoria. Su capilla ardiente fue instalada en la Generalitat de Cataluña —el antiguo edificio de la Diputación, que él presidió— y el funeral tuvo lugar en la catedral de Barcelona. Rezaba el telegrama que los reyes de España mandaron a los hijos del finado: «Hemos recibido con gran pena la noticia del fallecimiento de vuestro padre, de quien siempre guardaremos el recuerdo de la amistad con la que nos distinguió y de las múltiples ocasiones y acontecimientos que hemos compartido. Os enviamos un fuerte abrazo y nuestro más sentido pésame. Los Juegos de Barcelona fueron una concreción de sus cualidades y un legado extraordinario para la ciudad, para Cataluña y para toda España, que, junto a su contribución personal a favor de la proyección internacional de España y del entendimiento entre los pueblos, le sitúan como uno de nuestros españoles más universales».

IV

Los deportes olímpicos. El programa de Barcelona 92 constaba de 28 disciplinas deportivas, 25 de ellas en la competición oficial. Eran las siguientes, ordenadas alfabéticamente según las siglas al uso en

el movimiento olímpico: tiro con arco, atletismo, béisbol, baloncesto, bádminton, boxeo, piragüismo, ciclismo, hípica, fútbol, esgrima, gimnasia, balonmano, *hockey*, judo, pentatlón moderno, remo, tiro olímpico, natación —incluyendo saltos, natación sincronizada y waterpolo—, tenis, tenis de mesa, voleibol, halterofilia, lucha y vela. A las 23 de Seúl 88 se habían sumado el bádminton y el béisbol, que cuatro años antes eran solamente deportes de exhibición y demostración. En algunos casos se aumentaron las pruebas: el piragüismo en aguas bravas, por ejemplo, ausente desde Múnich 72, o el judo femenino. Hubo, en consecuencia, más medallas: 815, frente a las 739 de Corea. Con gran diferencia, el mayor número de deportistas correspondía al atletismo: 1765 del total de 9959 participantes en los Juegos, 1132 hombres y 633 mujeres. Destacaban en este sentido, asimismo, la natación, el remo, el ciclismo, la vela y el judo. Los tres deportes que figuraban en el programa en calidad de demostración eran la pelota vasca, el *hockey* sobre patines y el taekwondo. Integraron el equipo de España 489 deportistas, de los cuales menos de un tercio fueron mujeres.

Las instalaciones. Los actos y pruebas de la Olimpiada tuvieron lugar en distintas instalaciones de la Ciudad Condal, pero también en otras partes de Cataluña y España. En total, más de tres decenas. Cuatro áreas quedaban definidas en Barcelona. La más importante era la de Montjuic, que integraba un buen número de escenarios: el reconstruido Estadio Olímpico, sede de las ceremonias de inauguración y clausura de los JJ. OO., así como del atletismo y las llegadas de las pruebas de marcha y maratón; el Palau Sant Jordi, nuevo y polivalente; las Piscinas Bernat Picornell, espacio para natación, natación sincronizada y waterpolo, y la Piscina de Montjuic, con el waterpolo también y las pruebas de saltos de trampolín, que dieron lugar a preciosas fotografías de los deportistas en el aire sobre el fondo de la ciudad con la Sagrada Familia —precisamente, la cubierta de la obra que el lector tiene entre las manos se inspira en una de ellas—; y, por último, el Instituto Nacional de Educación Física de Cataluña (INEFC), el Palacio de Deportes, el Palacio de la Metalurgia y el Pabellón de la España Industrial (Sants). A los anteriores deben añadirse los

circuitos de *cros*, marcha y maratón (con salida, en este caso, desde la ciudad de Mataró). El segundo núcleo estaba situado en la Diagonal, e integraba los estadios del F. C. Barcelona (Camp Nou) y del R. C. D. Español (Sarriá), el Palau Blaugrana y el Real Club de Polo. Barcelona-Valle de Hebrón constituía el tercero, con cuatro instalaciones: el Velódromo, el Campo de tiro con arco, el Pabellón del Valle de Hebrón y el Tenis del Valle de Hebrón. Y otras cuatro en el área del Parque de Mar: el Puerto Olímpico, el Pabellón de la Mar Bella, el Polideportivo Estación del Norte y el Frontón Colón, espacios destinados, respectivamente, a la vela, el bádminton, el tenis de mesa y la pelota vasca.

Diferentes ciudades de la provincia de Barcelona se convirtieron en subsedes olímpicas y albergaron competiciones: Badalona (baloncesto en el Palacio de Deportes y boxeo en el Pabellón del Joventut), Granollers (balonmano en el Pabellón de Deportes), Mollet del Vallés (Campo de tiro olímpico), San Sadurní d’Anoia (ciclismo en ruta y *hockey* sobre patines), Hospitalet de Llobregat (Estadio de béisbol), Viladecans (Estadio de béisbol, igualmente), Castelldefels (Canal Olímpico), Seva (Club Hípico El Montanyà), Sabadell (fútbol en el Estadio de la Nova Creu Alta), Tarrasa (Estadio de *hockey*), Reus (Pabellón de Deportes), Vic (Pabellón del Club Patín Vic) y Montmeló (Circuito de la A-17). Otras dos localizaciones catalanas acogieron pruebas deportivas: el lago de Bañolas, en la provincia de Gerona (remo) y el flamante Parque del Segre de la Seo de Urgel (piragüismo en aguas bravas). Dos capitales de comunidades autónomas vecinas fueron subsedes, por último, en la competición futbolística: Valencia (Estadio Luis Casanova) y Zaragoza (Estadio de La Romareda).

El medallero de Barcelona 92. La selección que más medallas de oro obtuvo en los Juegos Olímpicos celebrados en la Ciudad Condal fue la del Equipo Unificado: 45, más 38 de plata y 29 de bronce; en total, 112. Figuraban, en segundo y tercer lugar, los equipos de Estados Unidos (37, 34, 37) y Alemania (33, 21, 28). A continuación encontramos en el medallero a China (16, 22, 16), Cuba (14, 6, 11) y España (13, 7, 2). El sexto puesto del equipo

nacional español y las 22 medallas eran excepcionales, nunca más alcanzados. Seguían en la clasificación Corea, Hungría, Francia, Australia, Italia, Canadá y Gran Bretaña. El número de comités olímpicos nacionales con recompensas de metal aumentó de los 52 de Seúl 88 a 64 en Barcelona 92. Los organizadores cuidaron exquisitamente las ceremonias de proclamación, con medallas diseñadas por Xavier Corberó, ramos de flores de Blai Puig, música de Carles Santos, vestidos de Antonio Miró y complementos de Chelo Sastre.

En Barcelona 92 se batieron numerosos récords del mundo y olímpicos. Entre los primeros destacan los de tiro olímpico, tiro con arco —la mayoría de la coreana Youn-Cheong Cho—, ciclismo, natación, halterofilia y atletismo, estos últimos todos correspondientes a deportistas estadounidenses. Por lo que a los olímpicos se refiere, sobresalen los conseguidos en tiro con arco y tiro olímpico, muy numerosos; atletismo y ciclismo —el del contrarrelojista español José Manuel Moreno, entre ellos—, y, asimismo, halterofilia —en gran parte batidos por integrantes del Equipo Unificado— y natación, entre ellos cuatro de la húngara Krisztina Egerszegi, dos del ruso Yevgeni Sadovi y uno del español Martín López-Zubero. Entre las prestaciones y triunfos que merecen una mención destacada pueden señalarse la victoria y récord del estadounidense Kevin Young en los 400 metros vallas; la actuación del equipo norteamericano de baloncesto, lleno de estrellas como Michael Jordan, Larry Bird o Magic Johnson; el oro en los 1500 metros femeninos de la argelina Hassiba Boulmerka; las dos medallas de oro del atleta estadounidense Carl Lewis; las tres de la nadadora húngara Egerszegi; las seis del gimnasta bielorruso Vitaly Scherbo, o, en el caso español, las importantes y variadas medallas obtenidas en vela o tenis, la carrera de Fermín Cacho en el Estadio de Montjuic y los oros de las selecciones de fútbol y de *hockey* sobre hierba femenino.

Los éxitos del deporte español. El equipo olímpico de España obtuvo un total de 22 medallas, además de numerosos diplomas olímpicos. De bronce, un par: Arantxa Sánchez Vicario, en tenis individual, y el atleta Javier García Chico, en salto con pértiga. 7 medallas fueron de plata. De ellas, cinco individuales: Antonio

Peñalver (decatlón), Faustino Reyes (boxeo peso pluma), Carolina Pascual (gimnasia rítmica), Jordi Arrese (tenis) y Natalia Via Dufresne (vela clase Europa). Otra para la pareja tenista de dobles formada por Conchita Martínez y la ya citada Arantxa Sánchez Vicario. Por último, una para la selección de waterpolo, entrenada por Dragan Matutinovic. En el equipo, que perdió la final ante Italia, estaban Manuel Estiarte, Daniel Ballart, Pedro García Aguado, Salvador Gómez, Marco Antonio González, Ruben Michavila, Miki Oca, Sergi Pedrerol, Josep Picó, Jesús Rollán, Ricardo Sánchez, Jordi Sans y Manel Silvestre.

De los trece oros de España, cuatro correspondieron a la vela: Jorge Calafat y Francisco Sánchez (clase 470), Patricia Guerra y Theresa Zabell (clase 470), José María van der Ploeg (clase Finn), Luis Doreste y Domingo Manrique (Flying Dutchman). Dos más fueron para el atletismo: Fermín Cacho, en 1500 metros, y Daniel Plaza, en 20 kilómetros marcha. Y otros dos para el judo: Miriam Blasco, en peso ligero, y, en semiligero, Almudena Muñoz. En ciclismo, en la modalidad de 1 kilómetro contrarreloj, se impuso José Manuel Moreno, y, en natación, Martín López-Zubero (200 metros espalda), primera y segunda medallas conseguidas por España, el 27 y el 28 de julio. Los restantes metales recompensaron a equipos. En primer lugar, al de tiro con arco formado por Juan Carlos Holgado, Alfonso Menéndez y Antonio Vázquez. En segundo, a la selección española femenina de *hockey* sobre hierba, compuesta por Mercedes Coghen, Sonia Barrio, M.ª Carmen Barea, Celia Corres, Natalia Dorado, Nagore Gabellanes, Mariví González, Anna Maiques, Eli Maragall, Maribel Martínez de Murguía, Nuria Olivé, Virginia Ramírez, M.ª Ángeles Rodríguez, Silvia Manrique, Teresa Motos y Maider Tellería. Entrenadas por José Brasa, vencieron en la final, celebrada el 7 de agosto en Tarrasa, a Alemania por 2-1, con goles de Barea y Maragall.

La selección de fútbol masculina, finalmente, que era en realidad una sub-23, la de la generación Cobi, obtuvo el oro olímpico. Se impuso al combinado de Polonia en la final celebrada en Barcelona, en un

Camp Nou lleno y sembrado de banderas españolas. El entrenador, Vicente Miera, alineó, aquel 8 de agosto, a los jugadores siguientes: Toni, López, Solozábal, Abelardo, Ferrer, Lasa —sustituido por Amavisca en la segunda parte—, Berges, Guardiola, Luis Enrique, Alfonso y Quico. Ganaron
2-3,
con un gol de Abelardo y dos de Quico Narváez —más adelante, Kiko—, el segundo de los cuales en el minuto final. La selección se había concentrado primero en Cervera de Pisuerga y después en Valencia. Todos los partidos antes de la final los había jugado en el Estadio Luis Casanova, venciendo a Colombia
(4-0),
Egipto
(2-0),
Catar
(2-0),
Italia en cuartos de final
(1-0)
y en las semifinales a Ghana
(2-0).
En mayo, el Chapi Ferrer y Pep Guardiola se habían proclamado, con el Barça, campeones de Europa en Wembley.

España hizo también un muy buen papel en los tres deportes de demostración de Barcelona 92: cuatro oros y cuatro platas para el equipo de pelota vasca; cuatro oros, una plata y un bronce en taekwondo, y, asimismo, una medalla de plata para la selección de *hockey* sobre patines. En definitiva, los Juegos Olímpicos de 1992 fueron un gran éxito para el deporte español. El secretario de Estado para el Deporte, Javier Gómez-Navarro, declaró a la prensa en la clausura que «el deporte español ha llegado a su nivel de madurez», algo que iba aún a consolidarse en Atlanta 96. De las cinco medallas de Los Ángeles 84 y las cuatro de Seúl 88, todas masculinas, se había pasado a veintidós, de las cuales ocho fueron femeninas. El 82 por ciento de las medallas olímpicas conseguidas por España, desde 1896 hasta hoy, se han logrado entre Barcelona 92 y Río 2016. Los éxitos deportivos y organizativos generaron orgullo patrio.

A la hora de explicar estos resultados no puede olvidarse ni el

empeño especial de país organizador ni la voluntad de no repetir los malos resultados del Mundial de Fútbol de 1982, el de Naranjito. La razón principal tiene que ver, sin embargo, con la creación, en 1988, del ADO, la Asociación de Deportes Olímpicos, un programa para ofrecer buenas condiciones económicas y de entrenamiento a los deportistas de élite, impulsado por el Consejo Superior de Deportes (CSD), el Comité Olímpico Español (COE) y RTVE. De cara a la preparación de los JJ. OO. de Barcelona se implicaron un total de veintidós empresas, que aportaron doce mil quinientos millones de pesetas. Los deportes que más recursos recibieron en el lustro anterior a Barcelona 92 fueron el atletismo, la natación y la vela. Javier Gómez-Navarro, que presidía el CSD desde 1987, recuerda cómo su ministro de tutela, Javier Solana, le comentó tras el nombramiento que la prioridad era la organización de los Juegos Olímpicos, pero que además resultaba imprescindible hacer un buen papel en lo deportivo. Y en ello se invirtieron muchos esfuerzos y dinero. Se contrataron, asimismo, algunos técnicos extranjeros. «El trabajo bien hecho se vio premiado por el éxito», sentenciaba en sus memorias Juan Antonio Samaranch.

V

Los Juegos Olímpicos de Barcelona se dieron por concluidos el domingo día 9 de agosto de 1992. De igual manera que en la inauguración, el 25 de julio, una ceremonia, en este caso de clausura, tuvo lugar en el Estadio Olímpico de Montjuic. Habían transcurrido dos semanas y un día. El acto final, que empezó a las diez de la noche y tuvo una duración de algo más de dos horas, estaba dividido en tres partes: «Apertura», «Los Juegos terminan» y «La fiesta». Unas sesenta y cinco mil personas llenaban el Estadio, que previamente ya había acogido la llegada de la maratón. Centenares de millones de personas estaban frente a los televisores en todo el mundo. Según los datos de la consultoría audiovisual Barlovento Comunicación, 5 183 000 espectadores en España. La inconfundible voz de Constantino Romero dio la bienvenida y pidió un aplauso para los voluntarios y participantes que estaban haciendo la entrada en el Estadio. Presentó, asimismo, a los músicos participantes: la Orquestra Ciutat de Barcelona, bajo la batuta de

Luis Antonio García Navarro, junto con el coro y la fanfarria de la ceremonia, dirigida por Carles Santos. La otra voz, dando entrada a artistas, espectáculos y discursos, alternando con Romero las lenguas oficiales, fue, como en la inauguración, Inka Martí.

Juan Carlos I y doña Sofía, junto con el príncipe de Asturias Felipe, entraron en la tribuna principal de autoridades mientras sonaba «Els Segadors», al que siguió la interpretación del himno español y el izado de las banderas de España, Cataluña y la Ciudad Condal. Ocupaban el palco cuatro de las cinco parejas que ya habían estado allí mismo para la ceremonia inaugural: los reyes de España, en las dos sillas centrales, acompañados a su derecha por los marqueses de Samaranch y por Pasqual Maragall y Diana Garrigosa, y, a su izquierda, por Narcís Serra —en lugar de Felipe González— y Jordi Pujol, con sus esposas respectivas, Conxa Villalba Ibáñez y Marta Ferrusola. Los otros miembros de la familia real se instalaron en una segunda fila de la tribuna.

Los tres componentes de Tricicle, Joan Gràcia, Paco Mir y Carles Sans, salieron a la pista del Estadio Olímpico, vestidos de atletas, acompañados por un pelotón, simulando una carrera llena de divertidos e ingeniosos gags. Lo importante es participar: este era, en el fondo, su coubertiniano mensaje. Al fino humor de este grupo catalán le siguió la actuación de veinticuatro caballos de la Sección Montada de la Guardia Urbana de Barcelona, que trotaron y evolucionaron al ritmo del *Concierto de Aranjuez* de Joaquín Rodrigo. En el programa oficial impreso figuraban, sin embargo, los équidos de la Real Escuela Andaluza del Arte Ecuestre de Jerez. Uno de los jinetes tuvo un percance, que las cámaras de televisión no captaron. La música de *El amor brujo* de Manuel de Falla —con la voz de la *mezzosoprano* Teresa Berganza— y la danza del *ballet* flamenco de Cristina Hoyos, ellas de rojo y ellos de negro, tomaron el relevo. Sonaron y bailaron la canción del fuego fatuo y la danza ritual del fuego.

La segunda parte de la ceremonia de clausura empezó con la entrada de los abanderados de las 172 delegaciones que habían participado en los JJ. OO. de Barcelona. No eran necesariamente los mismos de la inauguración y tan solo iban acompañados, como máximo, de una persona. Los atletas estaban presentes, pero acomodados en las gradas. Ingresaron mientras sonaba la «Oda» o

«Himno a la alegría» y cruzaron el Estadio, hasta instalarse en la parte trasera y en los lados del escenario. Abrían el desfile las banderas de Europa, España, Cataluña, Barcelona y la olímpica, y cerraba la abanderada de la delegación española, Mercedes Coghen, capitana del equipo femenino de *hockey* sobre hierba, que había obtenido una medalla de oro. Una vez todos en su sitio, se procedió a izar, mientras sonaban los himnos nacionales, las banderas de Grecia, país de fundación olímpica, y de Estados Unidos, que iba a acoger la próxima Olimpiada.

Pasqual Maragall y Juan Antonio Samaranch dejaron entonces el palco de autoridades y se dirigieron al escenario para pronunciar los discursos de clausura. En su parlamento, el alcalde de Barcelona quiso dirigirse a los «amigos de todo el mundo», usando las cuatro lenguas de aquellos JJ. OO. En catalán: Barcelona había vivido «días irrepetibles» gracias al deporte y a los deportistas, pero también a los voluntarios, los patrocinadores, los funcionarios públicos, el «genio creativo» de sus ciudadanos y la presencia de barceloneses y forasteros; durante unos días, Barcelona había sido una ciudad feliz y orgullosa de acoger a gente de «razas, lenguas y creencias varias». En francés: Barcelona había sido entusiasta y solidaria, aseveraba el alcalde, en un mundo inestable y desequilibrado, en el que la guerra no quiso saber nada de treguas. El sitio de Sarajevo y la petición de Maragall en la ceremonia de inauguración de cesar hostilidades estaban en la mente de todos. En 1993 la ONU restableció la tradición de la tregua olímpica, inspirada en las Olimpiadas de la Antigüedad griega.

En inglés: Maragall vinculaba los Juegos con la libertad, con la democracia y con la paz. En castellano: tras el deseo de que los próximos JJ. OO. fueran aún mejores, confesaba que «nos habéis hecho totalmente felices durante dieciséis días». En catalán, de nuevo: «Somos la capital de Cataluña, una antigua ciudad de la nueva España plural y de la nueva Europa que se une y se ensancha. Una ciudad iluminada por la llama de Olimpia y de Ampurias, que ahora vamos a traspasar a los Juegos Paralímpicos». En Barcelona, a fin de cuentas, concluía su alocución el alcalde de la ciudad organizadora, tenéis «Amics per sempre / Amis pour la vie / Friends for life / Amigos para siempre».

Al igual que Maragall, Juan Antonio Samaranch pronunció su

discurso alternando las lenguas oficiales. Comenzó dando las gracias, en catalán y castellano, a Barcelona, a Cataluña y a España, y prosiguió, en catalán, con las palabras más recordadas y significativas de su alocución: «Lo habéis conseguido. Estos han sido, sin duda alguna, los mejores Juegos de toda la historia olímpica». Los mejores Juegos de la historia: la ansiada frase que todos los organizadores olímpicos esperan de boca del presidente de turno del COI. Se escuchó en Barcelona, en 1992, aunque no en Atlanta cuatro años después —Samaranch, diplomático, solamente habló de «most exceptional»—. Volvió a pronunciarse en Sidney, en el 2000: los mejores Juegos de toda la historia olímpica, desbancando a Barcelona, y los últimos presididos por Samaranch. Por lo que a los JJ. OO. de Invierno se refiere, no fueron así considerados los de Albertville (Francia) en el mismo 1992, a pesar de las presiones recibidas, pero sí, en cambio, los de Lillehammer (Noruega) de 1994. Sea como fuere, Samaranch declaró a la agencia EFE que los Juegos de Barcelona «merecen una matrícula de honor en todos los aspectos». También en las notas diarias que siempre tomaba garrapateó, el 9 de agosto, en el mismo sentido: «Ha sido un gran día. He clausurado los Juegos Olímpicos en mi ciudad con un éxito clamoroso. El COOB 92 ha sabido estar a la altura. Los barceloneses han obtenido matrícula de honor. Si no existiera el Movimiento Olímpico, tendríamos que inventarlo». Ya en las anotaciones de dos días antes, el 7, avanzaba que «la sensación de que son los mejores Juegos Olímpicos de toda la historia es clara y se nota por doquier».

Regresemos en este punto, sin embargo, a la intervención oral del presidente del COI en la clausura. Siguieron los agradecimientos. De entrada, los oficiales: COOB 92, Ayuntamiento de Barcelona, Generalitat de Cataluña, Gobierno de España, COE, CSD. También a numerosas empresas nacionales e internacionales. El esfuerzo de todos había «hecho posible este éxito». Y, sin pausa, agregaba: «Barcelona no será la misma en el futuro. Tampoco nuestro deporte después de las grandes victorias obtenidas». A continuación vino el reconocimiento a los reyes de España: «El más sentido agradecimiento a Sus Majestades los Reyes, Don Juan Carlos y Doña Sofía, y a toda la familia real. Siempre han estado con nosotros, demostrando en todo momento su amor por el olimpismo

y su entusiasmo por el deporte». Muchos aplausos separaron ambas frases. Como no podía ser de otra manera, los voluntarios olímpicos eran asimismo sujeto de gratitud: «Gracias de todo corazón a los miles y miles de voluntarios. Nos sentimos orgullosos de vosotros. Nos habéis dado el mejor ejemplo de lo que es la juventud actual de nuestro país». En francés expresó su reconocimiento a los medios de información y, en especial, a la televisión, mientras que pasó al inglés para referirse a los atletas de todo el mundo, los protagonistas principales: «Su entusiasmo, su entrega y sus logros simbolizan lo mejor de este auténtico festival universal de amistad y paz». Expresó, por último, su agradecimiento a los miembros del COI, a las federaciones internacionales y a los comités olímpicos nacionales, los CON.

El marqués de Samaranch impuso al presidente del COOB y alcalde de Barcelona —«Se lo ha merecido», dijo— la Orden Olímpica de Oro. Enseguida pronunció las preceptivas palabras de cierre: «Hoy, 9 de agosto de 1992, en Barcelona, mi ciudad, declaro clausurados los Juegos de la vigésimo quinta Olimpiada de la era moderna». Mientras que en la frase anterior el presidente del COI usó el catalán para empezar y para terminar el castellano, pasó seguidamente al inglés, en cambio, para convocar «a la juventud del mundo» a encontrarse de nuevo, en 1996, en la americana Atlanta para la vigésimo sexta Olimpiada. Iban a ser los Juegos del Centenario. Volvió, como al inicio de su intervención, prevista en la Carta Olímpica, a dar las gracias, en catalán y castellano, a todos y, ahora en orden inverso, a España, a Cataluña y a Barcelona.

Maragall, con la ayuda del presidente del COI, hizo entrega al alcalde de Atlanta, Maynard Jackson, de la bandera olímpica. Un vídeo y un espectáculo de música y baile sirvieron como presentación de la sede de los JJ. OO. de 1996. Compareció la nueva mascota, Whatizit («¿Qué es esto?», buena pregunta), que nada tenía que ver con el mariscaliano y perruno Cobi. A continuación, Plácido Domingo interpretó el himno olímpico mientras la bandera de los cinco aros era arriada y recogida por dieciséis niños y niñas, que con ella abandonaron la pista. El violoncelista Lluís Claret y la soprano Victoria de los Ángeles interpretaron «El cant dels ocells», versionado por Xavier Monsalvatge, como paso previo a la extinción de la llama del

pebetero.

El ritmo se aceleró en la tercera parte de la ceremonia, que incluyó, como preludio, un admirable espectáculo de Els Comediants, en el que participaron centenares de actores, músicos, técnicos y extras. La compañía ya había participado antes en la Expo sevillana. En Barcelona, el tema central era el origen del mundo y el fuego como elemento omnipresente. Su director, Joan Font, declaró a la prensa que la actuación estaba inspirada en tres fiestas muy mediterráneas: las hogueras de San Juan, las Fallas y los Demonios. El Estadio Olímpico se llenó de planetas y estrellas hinchables, de fuegos de todo tipo —antorchas, hogueras, de artificio, petardos, incluso un volcán—, de dragones procedentes del bestiario tradicional de toda Cataluña y uno rojo mironiano diseñado por el artista Peret, de cantidades infernales de demonios y de seres fantásticos y monstruosos. La música la pusieron el grupo Koniec y Joan Albert Amargós: mucha percusión y metales. El festival del fuego de Els Comediants dejó al público, como ocurriera con la Fura dels Baus en la ceremonia de inauguración, boquiabierto. Al terminar, Sarah Brightman y Josep Carreras salieron al escenario. Interpretaron «Amigos para siempre», una canción compuesta, como vimos más arriba, por *sir* Andrew Lloyd Webber, con letra original de Don Black: «Amigos para siempre es nuestro canto de amistad. / Amigos para siempre es ser amigos de verdad. / Nada ni nadie nuestro lazo romperá. / Amigos para siempre». La letra está en inglés, excepto dos medias frases: «Amigos para siempre» y «Amics per sempre». Durante la actuación, como todas en *playback*, un zepelín surcó el cielo del Estadio Olímpico con un Cobi dibujado y el lema «Friends for life». Una parte del público se puso de pie, tarareó, cantó, bailó y se dio las manos, acabando por aplaudir a rabiar.

Sin dar un segundo de reposo, un barco hizo su aparición por la puerta sur, seguido por un grupo de músicos de la Banda Simfònica Unió Musical de Llíria, guiados por Carles Santos. De la nave, que comenzó a elevarse desde el centro del Estadio, emergió poco a poco un sonriente Cobi hinchable, con las manos arriba diciendo adiós. Al tiempo que la luminosa embarcación iba perdiéndose en el cielo, dejando caer una lluvia de pétalos plateados, empezaron los fuegos artificiales. En el magnífico espectáculo pirotécnico se

invirtieron diez toneladas de pólvora. Mientras sonaba la música de Carles Santos, el cielo de Barcelona volvió a llenarse de luces y de colores, de colores y de perfumes. Pudo contemplarse, asimismo, desde casi toda la urbe, en donde muchas personas salieron a los balcones. No pocas habían decidido desplazarse hasta la montaña de Montjuic para seguir parcialmente el espectáculo.

Los atletas y oficiales de las 172 delegaciones empezaron a bajar a la pista para el fin de fiesta, protagonizado por la rumba catalana de Peret, Los Amaya y Los Manolos. Después de unos primeros momentos de desconcierto —muchos atletas habían invadido el escenario y no resultó fácil, para voluntarios y servicio de orden, hacerlos bajar—, consiguieron encandilar y hacer disfrutar y bailar a los asistentes. El rey Peret estrenó «Gitana hechicera», cantándole a la Ciudad Condal: «Ella tiene poder. / Ella tiene poder. / Barcelona es poderosa, / Barcelona tiene poder». El sarao resultó grandioso. Ante todo el mundo, la vigésimo quinta Olimpiada concluía en Barcelona, lugar abierto, plural, mestizo, con elevadísimas dosis de satisfacción, de orgullo y de mucha mucha, alegría.

VI

Como el alcalde de Barcelona había dicho en su discurso de clausura de los Juegos Olímpicos, la llama pasaba a los Juegos Paralímpicos, que se celebraron entre el 3 y el 14 de septiembre de 1992. Era la novena edición. La primera tuvo lugar en Roma en 1960. Los Juegos Paralímpicos de Barcelona 92 compartían, como ya había ocurrido en Seúl 88, comité organizador con los Olímpicos. Participaron unos tres mil deportistas y alrededor de mil oficiales de equipo, pertenecientes a más de ochenta países distintos. Todos se instalaron en la Villa Olímpica/Paralímpica, previamente acondicionada y adaptada, y compitieron en los mismos escenarios de las Olimpiadas recién terminadas. Los Juegos Paralímpicos de Barcelona 92 tenían mascota propia, también mariscaliana: Petra, una chica sin brazos que formaba parte de la serie televisiva de animación *The Cobi Troupe*. Una parte muy importante de la financiación —unos cuatro mil millones de pesetas de la época— corrió a cargo de la Organización Nacional de Ciegos

Españoles (ONCE). En todo momento se mostró una voluntad de integración y normalización del colectivo discapacitado, algo que, sin duda, se consiguió. Los novenos Juegos Paralímpicos fueron un éxito. «Existe un antes y un después de estos Juegos», declaró Javier Conde, uno de los grandes triunfadores de Barcelona 92. Los atletas reclamaron, sin embargo, mejor trato en el futuro por parte de los organismos públicos. Tres años después, en 1995, nació el Comité Paralímpico Español.

La ceremonia de apertura se celebró el jueves 3 de septiembre de 1992 en el Estadio Olímpico de Montjuic. Fue algo más larga que la de los JJ. OO., empezando a las seis de la tarde. Las entradas se agotaron. Desde la presidencia, la reina Sofía declaró abiertos los Juegos. Juan Carlos I había disculpado su presencia por cuestiones de agenda. Acompañaron a la reina de España, en el palco, la infanta Cristina y la también reina Silvia de Suecia. No faltaron Pasqual Maragall, Juan Antonio Samaranch, Narcís Serra, Jordi Pujol y sus respectivas parejas. Los discursos estuvieron a cargo del alcalde de Barcelona —1992 iba a ser recordado «como un año mágico»—; el presidente de la Fundación ONCE, José María Arroyo, que leyó su texto en braille y reclamó la integración en el movimiento olímpico, y, finalmente, el máximo dirigente del Comité Coordinador de las Organizaciones Mundiales para los Discapacitados (ICC), Guillermo Cabezas. Todos usaron varias lenguas.

Las delegaciones nacionales recibieron muchos aplausos al ingresar en el Estadio, en especial la española. Su abanderado fue el atleta con parálisis cerebral Javier Salmerón. Se repitieron algunas músicas de la inauguración del 25 de julio. Josep Carreras interpretó el himno paralímpico mientras hacía su entrada la bandera y, tras la llegada de la llama, de nuevo el arquero Rebollo encendió el pebetero. Actuaron Salvador Távora, Montserrat Caballé y Joan Manuel Serrat. Intervino Gloria Rognoni, directora de las ceremonias paralímpicas, y se proyectó un mensaje del físico Stephen Hawking: «Todos somos especiales a nuestra manera, porque no existe un ser humano estándar o común. Todos somos diferentes. Algunos de nosotros hemos perdido la capacidad de usar partes de nuestros cuerpos debido a enfermedades o accidentes. Pero eso no tiene importancia. Es solo un problema mecánico. Lo

verdaderamente importante es que conservemos el espíritu humano, la capacidad de crear». El final de la ceremonia estuvo dedicado a las tradiciones catalanas, con gigantes, cabezudos, *castellers*, corales, *esbarts*, diablos, dragones y águilas, que se mezclaron en la pista con los deportistas.

El programa de competición estaba formado por dieciséis disciplinas deportivas: atletismo, baloncesto en silla de ruedas, *boccia* —los jugadores, en sillas de ruedas, intentan acercar lo más posible sus bolas de colores a la blanca que sirve de objetivo—, ciclismo, esgrima, fútbol 7, *goalball* —o golbol, un deporte creado exclusivamente para personas ciegas o con baja visión, en el cual dos equipos de tres intentan meter gol en la portería contraria lanzando a ras del suelo la pelota con la mano—, halterofilia masculina, *powerlifting* (levantamiento de potencia), judo masculino, tenis, tenis de mesa, tiro con arco, tiro olímpico y voleibol sentado y de pie. El tenis en silla de ruedas constituía una novedad en esta edición. En Barcelona se pusieron estrictos cupos de participación para aumentar el nivel de las competiciones, se ensayaron nuevos métodos de clasificación y, por vez primera, se aplicaron controles de dopaje. Se batieron 279 récords olímpicos.

España participó en todos los deportes programados, con un total de 299 deportistas, 217 hombres y 82 mujeres. Consiguieron 107 medallas y un quinto puesto global, por detrás de Estados Unidos (175), Alemania (171), Gran Bretaña (128) y Francia (106, 36 de oro). Ocupaban los puestos seis a diez: Canadá, Australia, Equipo Unificado, Países Bajos y Noruega. De los 107 metales obtenidos por los españoles, 34 eran de oro, 31 de plata y 42 de bronce; y, en otro orden de cosas, 48 correspondieron a deportistas ciegos, 47 a minusválidos físicos y 12 a paralíticos cerebrales. Destacaron, sobre todo, en atletismo para ciegos, con 35 medallas, y en natación para minusválidos físicos y para ciegos, con 28 y 9 respectivamente. Algunos paralímpicos españoles subieron varias veces al podio, entre ellos los atletas Purificación Santamarta y Javier Conde, con 4 medallas de oro cada uno, o el nadador Jesús Iglesias, con una de oro, dos de plata y tres de bronce.

La ceremonia de clausura tuvo lugar el 14 de septiembre en un Estadio de Montjuic nuevamente casi lleno. Los espectadores pudieron asistir a la final de la maratón en silla de ruedas.

Presidieron los reyes de España. Hubo discursos. Pasqual Maragall empezó el suyo con las palabras siguientes: «Termina la Olimpiada más completa: la de los Juegos, la de la ciudad y la gente; la de los Juegos Olímpicos y los Juegos Paralímpicos». Y acabó con un «hasta siempre y, si algún día, después de dar la vuelta al mundo, queréis regresar, aquí será siempre vuestra casa». Unas palabras que recuerdan las de un dicho popular y la bella canción de Sisa: mi casa es vuestra casa.

Se hizo entrega de la bandera paralímpica a los organizadores de los décimos Juegos Paralímpicos de Atlanta 96. La presentación de esta sede, con danza y canto, dio paso a un gran concierto en el que actuaron numerosos artistas, entre otros Tete Montoliu, Toti Soler, Sau, Farruco —un espectáculo quizá demasiado largo, que molestó a algunos de los presentes— o Víctor Manuel y Ana Belén. En la fiesta final de los Juegos Paralímpicos de Barcelona brillaron Los Manolos que, con su ritmo rumbero y sus canciones, desde «All My Loving» a «El meu avi» o «El ventilador», hicieron disfrutar a un público que movía los brazos al ritmo de la música, bailaba en sus sillas de ruedas o hacía la conga en las pistas. Aquel día estrenó el grupo su particular versión rumbera, llamada a tener un enorme éxito, mezclando castellano e inglés, un poco de catalán y mucho «nainonainoná», del «Amigos para siempre» que Sarah Brightman y Josep Carreras cantaron el 9 de agosto en la clausura de los Juegos Olímpicos.

Todas las Olimpiadas de la historia han tenido sus himnos y marchas. Incluso las imaginadas, como aquellas en las que participaron Astérix y Obélix en tierras griegas. El bardo de la irreductible aldea gala compuso una marcha olímpica para la ocasión, pero no pudo interpretarla. Se lo impidió, como tantas veces, el herrero. Como quiera que sea, en 1992, dos canciones adquirieron en especial esta condición. El himno de la vigésimo quinta Olimpiada, el «Barcelona» de Montserrat Caballé y Freddie Mercury, que, en realidad, era un prehimno, puesto que no pudieron entonarlo directamente durante la apertura y celebración de los Juegos, dejaba paso al «Amigos para siempre» de las dos ceremonias de clausura, que, también en realidad, fue un poshimno. Se oyó y triunfó en las listas de éxito europeas, ya sea en la versión Brightman-Carreras, ya sea en la de Los Manolos, en los meses

siguientes y permitió evocar aquellos emocionantes momentos pasados. Decir «amigos para siempre» era una manera de despedir a todos aquellos a los que se les había cantado, en otro momento, bienvenidos, pasad pasad. Los momentos mágicos no habían faltado en la Barcelona del verano de 1992. «Amigos para siempre» se convirtió en una canción para el recuerdo. No puede sorprendernos que fuera la música escogida por Juan Antonio Samaranch para su propio funeral, en el 2010.

2
LA DÉCADA PRODIGIOSA

I

Dos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona vio la luz, en el diario *La Vanguardia*, un artículo de Ernest Lluch titulado «Cataluña es Barcelona». En la pieza se abordaba un debate recurrente desde la nominación de la Ciudad Condal como sede olímpica, en 1986 —e, incluso, mucho antes—, que no era otro que la articulación Barcelona-Cataluña y de esta dupla con España. Empezaba Lluch con las frases siguientes: «Los catalanes vemos con cierta naturalidad el que Barcelona es Cataluña pero que casi es cierto el inverso, que Cataluña es Barcelona. Lo digo sin ningún tipo de exageración, puesto que bien conozco que el resto de Cataluña desempeña un papel muy importante, pero que para formar este conjunto histórico con tanta personalidad que es Cataluña, sin Barcelona no quedaría formado». No era comparable, sostenía el autor, ni con el caso de las Castillas y Madrid —una urbe en una comunidad autónoma pequeña— ni con las ciudades de la región valenciana o del País Vasco, sin capitalidad clara. Históricamente, tener una cabecera («cap i casal») como Barcelona ha sido un «gran fruto» para Cataluña, mientras que no puede subestimarse la importancia de «tener un entorno vertebrado lingüísticamente y socialmente» para la capital del principado.

Tras los prolegómenos, el artículo se centraba en aplicar la reflexión a un tema de rabiosa actualidad: la Olimpiada del 92, que constituía «una situación histórica absolutamente excepcional». Barcelona había recibido en poco tiempo inversiones por valor de un billón de pesetas: un tercio por parte del sector privado y el resto a cargo de las administraciones públicas, en especial el Estado central. Este último, afirmaba Lluch, «ha respondido esta vez de una

manera satisfactoria a las necesidades y a las demandas de los catalanes y de los barceloneses». La no concentración de los Juegos Olímpicos, a diferencia de lo ocurrido en otras ediciones, en la capital catalana y la importancia de las subsedes significaba que las inversiones habían afectado a toda Cataluña: «Se trata también de subrayar que Barcelona debe contar imprescindiblemente con el resto de Cataluña y que su alcalde es recibido afectuosamente». Con ello se reafirmaba el argumento inicial: «Cataluña es Barcelona, pero no solo Barcelona. Sin embargo, Barcelona ayuda y ha ayudado mucho a un futuro mucho más claro para toda Cataluña». Zaragoza y Valencia también iban a tener actividad olímpica.

En la última parte del texto se ponía encima de la mesa la relación de Barcelona y Cataluña con España bajo el prisma de la experiencia del evento olímpico. Ante todo, los números: al margen de las inversiones privadas en la financiación de los JJ. OO., las otras aportaciones se repartían entre el Estado (con casi un 35 por ciento), el Ayuntamiento barcelonés y otras entidades locales (18,3 por ciento), la Generalitat (12,1 por ciento) y la Comunidad Europea (que no llegaba al uno por ciento). Fuera cual fuese la opinión política de cada uno, sostenía, era necesario reconocer que los dineros de la Administración central habían sido decisivos. Además, según Lluch, «el que España colectivamente se lanzara a favor de la candidatura de Barcelona ha sido básicamente útil». Las ambiciones de tipo político o personal no deberían «socavar esta utilidad de España para Cataluña». Esto sería una irresponsabilidad: «Pienso que es posible no hacerlo manteniendo al mismo tiempo las señas de identidad». En el futuro iban a darse otras circunstancias internacionales en donde el apoyo del resto de España podría resultar decisivo (verbigracia, la Agencia Europea del Medicamento): «Prescindir de los votos españoles e hispánicos, ideología aparte, sería poco útil, poco eficaz».

Este artículo de julio de 1992 enlazaba, de algún modo, con otro que Lluch había publicado en el mismo diario unos años antes, el 19 de mayo de 1989: «Teorías sobre Barcelona: dos». También en aquel texto se percibían de fondo las recurrentes controversias en Cataluña entre convergentes y socialistas: «La polémica sobre los Juegos Olímpicos y Barcelona es interpretada como una disputa de dos personas, de dos instituciones o de dos partidos. No niego, ni

voy a negar, que existan elementos que tengan este origen en el fragor de la polémica pero pienso que lo que está en juego en el fondo son dos concepciones de Barcelona y de Cataluña». Los nacionalistas catalanes moderados, herederos del catalanismo rural pero de residencia urbana, aseveraba Lluch, detectaban dos problemas en la capital: el cosmopolitismo, que, evidentemente, iba a acentuarse con los JJ. OO., y la inmigración.

Frente a esta concepción se alzaba otra, que denominaba progresista, en la que «la dialéctica Barcelona-Cataluña no debe verse en los términos de que lo que una gana lo pierde la otra, sino que cuanto más potente sea el motor más potente será el vehículo». De ahí las críticas a los nacionalistas por el ataque al Área Metropolitana, por el freno a hoteles nuevos o por la poca colaboración en los Juegos. Afirmaba Lluch que «cortar las alas a Barcelona o eliminar el Área Metropolitana es menguar a Cataluña». Además, el impulso de Barcelona iba más allá de Cataluña y afectaba a los territorios limítrofes. El autor contraponía, en este sentido, la decisiva aportación del Estado a los JJ. OO. y la de la Generalitat. Las dos concepciones de Barcelona, de Cataluña y «de algo más», hoy como ayer, persistían, en definitiva, en el fondo —los «trazos definitorios»— de las actitudes de personas, partidos e instituciones.

En 1992 Ernest Lluch fungía como rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Madrid y Santander. El verano de aquel año fue para él agridulce, como bien explica Joan Esculies en la biografía que le dedicara en el 2018. Conformaba la cruz el fallecimiento, el 15 de agosto, de su hermana Montserrat, a la que estaba muy unido, tras un largo cáncer. La cara había sido la gran alegría por los Juegos Olímpicos de Barcelona, en los que el papel de los socialistas fue decisivo, tanto desde el Ayuntamiento de Barcelona como desde el Gobierno central. En algún momento de los años ochenta se rumoreó, incluso, que Lluch podía ser nombrado comisario del año olímpico.

Después de clausurarse el magno evento, *La Vanguardia* incluía otro artículo de Lluch, el 13 de agosto, que trataba, vinculándolo con la ya pasada Olimpiada, un tema que iba a convertirse en estelar en el siglo XXI: «¿Cataluña expoliada?». Se recordaba, de entrada, el billón de inversiones en los JJ. OO. y su reparto entre

administraciones para centrarse, acto seguido, en unas afirmaciones de Jordi Pujol según las cuales Cataluña podría organizar unos Juegos Olímpicos cada año con sus impuestos, puesto que, de cada cien pesetas pagadas fiscalmente al Estado, solamente sesenta regresaban a Cataluña. Por tanto, afirmaba el presidente de la Generalitat, nada había que agradecer. Lluch demostraba con datos —«sin ira y con estudio»— la falacia nacionalista y la falsedad de la idea de expolio fiscal: «Hablar de expoliación fiscal en consecuencia es algo bastante difícil si no se quiere andar por el camino de la imprecisión, incluso por los caminos de la demagogia. Por ello lamento mucho que informaciones sesgadas o poco sosegadas puedan ir creando en el interior de Cataluña lo que en mi infancia se llamaba "mala sangre"». Y añadía, clarividente y premonitoriamente, unas líneas más abajo, que «la queja continuada puede irse transformando en amonal ideológico».

En las dos últimas décadas del siglo XX, Ernest Lluch era una de las plumas habituales y más leídas en la prensa catalana y española en general. Destacan, entre los medios en los que colaboraba, por orden de frecuencia: *La Vanguardia, Cinco Días, El Periódico de Cataluña, El Diario Vasco* y *El País* (en la edición general y en las de Cataluña y la Comunidad Valenciana). En los sesenta y setenta publicó también en *Tele/eXpres* y *El Correo Catalán*. Lluch escribió mucho a lo largo de su vida demasiado corta. En un volumen editado por la fundación que lleva su nombre, en el 2006, se clasifican los escritos en cuatro apartados: 76 monografías, 180 contribuciones a obras colectivas, 357 artículos en revistas y, por último, 1406 artículos en la prensa. En total, más de dos mil textos. De las colaboraciones en periódicos, data la primera de 1962, publicada en *La Vanguardia Española*. Sobrepasan en algunos años las cien, en especial en el periodo 1993-1997.

Los dos últimos artículos tienen carácter póstumo, aparecidos el 23 de noviembre del 2000, dos días después de la muerte del autor: uno en la edición valenciana de *El País*, «També ens equivoquem», y, el otro, en *La Vanguardia*, «La productividad ¡demonios!». Ambos fueron escritos y enviados por Lluch horas antes de ser asesinado por ETA en Barcelona. Trató en la prensa todo tipo de cuestiones: de ayer y de hoy (y de mañana), políticas y económicas,

sociales y religiosas, literarias y deportivas, musicales y artísticas, de Cataluña y de España y del mundo. Ningún tema era realmente ajeno a sus intereses y a su voluntad de saber, de comprender y de comunicar. El fondo se imponía siempre a la forma, a veces poco cuidada —para Lluch, la escritura era un instrumento—. Nunca se resistió a una inmensa curiosidad y a su exhibición, ni rehusó una cierta provocación y el debate constructivo.

Nacido en Vilasar de Mar, en enero de 1937, Ernest Lluch Martín era el benjamín de tres hermanos, con Enric, el primogénito y futuro gran geógrafo, y Montserrat, alumbrados en 1928 y 1929. Era la suya una familia menestral y austera, que vivía para el trabajo, antifranquista y catalanista, aunque no nacionalista. El hijo menor heredó y mantuvo siempre una rigurosísima moral del trabajo —de tipo jansenista, decía él mismo—, hasta el punto de asegurar que «el hedonismo me da asco y la pereza me repugna». Los Lluch residieron, desde mediados de los cuarenta, en Barcelona.

Ernest Lluch se licenció en Ciencias Económicas y Comerciales en la Universidad de Barcelona, en 1961, a pesar de la presión paterna para que no estudiara y se dedicara al negocio familiar, lo que le obligó en los inicios a compaginar ambas actividades. Practicó atletismo e incluso obtuvo algunas victorias en competiciones de categoría júnior. Nemesi Ponsati fue su entrenador —y el de Romà Cuyàs— en el Club Natación Barcelona. Existe una fotografía suya, reproducida en numerosas ocasiones, compitiendo en el Estadio de Montjuic, que muchos años después, una vez remodelado, iba a acoger los JJ. OO. En las aulas universitarias destacó como estudiante, pero también, por sus dotes de liderazgo, como agitador. Desde 1959 empezó a colaborar en las revistas *Germinabit*, antes de integrarse en la redacción de la montserratina *Serra d'Or* —una colaboración que nunca cesó— y *Promos*. Fue alumno de Fabián Estapé, que iba a convertirse en su maestro, y de Jaume Vicens Vives.

Trabajó en el Servicio de Estudios del Banco Urquijo, que dirigía Ramon Trias Fargas, y en Edicions 62. Tras una breve estancia en la École Pratique des Hautes Études, en París, se incorporó, en 1963, a la Universidad de Barcelona como profesor no numerario, ayudante

de Estapé. Ello le obligaba a compaginar la enseñanza con otros trabajos, en la editorial Oikos-Tau o en despachos de arquitectos. Fue expulsado de la universidad en 1966, como su hermano Enric y tantos otros, tras los hechos de la Capuchinada. Buscó ocupación en el Servicio de Estudios de Banca Catalana —más adelante, por razones políticas, las relaciones con Jordi Pujol se deterioraron—, mientras colaboraba en *El Correo Catalán* y *Tele/eXpres*. También participó en los trabajos del plan director del Área Metropolitana de Barcelona. Gracias a Pedro Schwartz obtuvo, en 1968, un puesto de ayudante en la Universidad Complutense de Madrid. En septiembre de 1970 leyó su tesis doctoral, dirigida por Estapé: *El pensamiento económico en Cataluña entre el renacimiento económico y la revolución industrial: la irrupción de la escuela clásica y la respuesta proteccionista*. Apareció en forma de libro, en catalán y revisada, tres años después.

En 1970 se integró, como profesor agregado, a la Universidad de Valencia. Su interés y sus contactos —Joan Fuster, entre otros— con esta región eran anteriores y dieron como fruto los dos volúmenes de *econòmica del País Valencià*
L'estructura
, publicados el mismo año 1970, en los que Lluch fungía como director técnico. En sus años valencianos, vida académica y vida política avanzaron a la par. Investigó y publicó sobre la economía valenciana —*La via valenciana* (1976)— y se implicó a fondo con su nueva universidad, en donde consolidó el puesto, impulsó iniciativas, tuvo cargos y dejó muchos discípulos. Por lo que a la política se refiere, desempeñó un papel destacado en la conformación del socialismo valenciano posfranquista. Capitaneó la fundación de Socialistes Valencians Independents, con otros profesores universitarios, e iba a participar en la génesis del Consejo Democrático del País Valenciano, siendo detenido por la policía y procesado —les salvó, a él y a los demás, el indulto que siguió a la muerte de Francisco Franco—. Fue un miembro destacado del Partit Socialista del País Valencià (PSPV) en la etapa de lenta convergencia de los socialismos valencianos.

A las elecciones de 1977 Ernest Lluch concurrió como cabeza de lista de los socialistas en la provincia de Gerona, tras haber trasladado su afiliación del PSPV al PSC-Congrés —la unificación en

el PSC
(PSC-PSOE)
no se produjo hasta el año siguiente—. Como diputado participó en las comisiones de Asuntos Exteriores, Economía y Hacienda y Presupuestos y, asimismo, en la elaboración de los Pactos de la Moncloa. Tomó parte en las discusiones sobre los aspectos económicos y financieros del Estatuto de Cataluña. Tras la aprobación de la Carta Magna y la nueva convocatoria electoral, en 1979, Lluch revalidó el escaño en el Congreso por la misma circunscripción. En la nueva legislatura iba a actuar como portavoz del grupo parlamentario del PSC, sustituyendo en 1980 a Eduardo Martín Toval. Sus intervenciones acrecentaron el prestigio que ya acumulaba, entre los suyos y los adversarios.

Mientras tanto, en el Congreso del PSC de 1980 apoyó al grupo obrerista frente al unitario, también denominado a veces catalanista, de Raimon Obiols, que fue el que se impuso. Lluch acabó enfrentándose con la dirección socialista catalana a raíz de la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA), en 1982, puesto que dio su negativa a presentar las enmiendas del grupo al proyecto pactado por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión de Centro Democrático (UCD). Aunque fuera entonces acusado por algunos sectores de españolista, esta no resulta la clave de lectura adecuada para entender la actuación del diputado por Gerona. Como político eminentemente práctico, Lluch consideraba que se trataba de un gesto inútil, cuando lo adecuado era negociar una ley que, a su modo de ver, no vulneraba el *Estatut* y cuyo sentido general era correcto. Fue obligado, en cualquier caso, a dejar la portavocía, pero casi al mismo tiempo el grupo parlamentario del PSC dejó de existir, integrándose sus miembros en el único del PSOE.

En sus memorias, Jordi Pujol se muestra muy crítico con Lluch por la LOAPA —los socialistas actuaron «en detrimento de Cataluña», sostiene— y también con su etapa ministerial, pero no puede dejar de escribir: «Ernest Lluch es uno de los hombres más inteligentes que ha tenido Cataluña en los últimos años». Si bien nunca militó en el antipujolismo, Lluch puede ser considerado un tarradellista. Y, en otro orden de cosas, un juancarlista.

Tras la victoria del PSOE por mayoría absoluta en los comicios

legislativos de 1982, Felipe González formó Gobierno y puso en las manos de Ernest Lluch la cartera de Sanidad y Consumo. En estas elecciones había formado parte de la lista socialista de Barcelona, en el número dos, por detrás de Obiols. Su paso por el Ministerio dio como principal resultado la Ley General de Sanidad, que respondía a una voluntad clara de reformar y modernizar la sanidad española. Garantizaba la cobertura sanitaria de todos los españoles —y extranjeros residentes en España—, pasando de un sistema de Seguridad Social financiado por trabajadores y empresas a un Sistema Nacional de Salud, dependiente de los presupuestos generales del Estado. La reforma contemplaba la adaptación al sistema autonómico, así como un sustancial aumento del gasto público, que no fue fácilmente aceptado por los ministros a cargo de las cuestiones económicas. La apuesta por la atención primaria y la creación de los centros de salud, así como la atención a la salud mental, la planificación familiar y los trasplantes, constituyen aspectos muy relevantes. La ley fue promulgada en abril de 1986, tras muchas discusiones, versiones y oposiciones. El nombre de Lluch iba a quedar asociado, desde entonces, a la sanidad universal y de calidad en España, equiparable, como mínimo, a la de los sistemas de los otros países europeos.

Como número dos por Barcelona —Narcís Serra encabezaba la lista—, Ernest Lluch se presentó a las elecciones generales de 1986, en las que el PSOE revalidó la mayoría absoluta. En el nuevo Gobierno González no hubo ninguna cartera para él. El gran esfuerzo y las polémicas generadas por la nueva Ley General de Sanidad lo habían quemado parcialmente. Le supo bastante mal. Regresó al mundo universitario, a las pesquisas en bibliotecas y archivos e intensificó su ritmo de participación en prensa y revistas. Había conseguido hacía poco, siendo ministro, una cátedra de Historia de las Ideas Económicas en la Universidad de Barcelona, lo que dio mucho que hablar. Desde 1988 iba a escribir una columna semanal, todos los jueves, en *La Vanguardia*. Seguía como diputado en el Congreso, pero perdió el interés y la ilusión de los primeros tiempos. Buscaba nuevas metas.

En enero de 1989 tomó posesión como rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, un cargo que él mismo había solicitado a su amigo ministro Javier Solana. Renunció al escaño.

Durante su mandato, que se iba a alargar hasta 1995, renovó y dio un gran impulso a la institución, más allá de los clásicos encuentros santanderinos. En estos años se vinculó con San Sebastián y el País Vasco, fue en misión a los Balcanes y vibró con los JJ. OO. de Barcelona.

No abandonó su implicación ciudadana y política, aunque quizá más inclinada al País Vasco que a Cataluña. En el socialismo de su tierra natal consideraba que Pasqual Maragall, como aspirante a presidir la Generalitat, era un político poco realista. Lluch se manifestó siempre muy crítico con José María Aznar y el Partido Popular. En San Sebastián apoyó, en 1999, la candidatura de su amigo Odón Elorza a la alcaldía. Durante la campaña se produjo una escena muy comentada. Los radicales independentistas vascos intentaron boicotear un acto de Elorza en el que debía intervenir Lluch, con pancartas y gritos a favor de ETA. Ernest Lluch se dirigió a los protestatarios, valiente y en un tono poco habitual en él: «Gritad más, que gritáis poco. Gritad, porque mientras gritáis no mataréis y es buena señal, ya que estas son las primeras elecciones en las que no va a ser asesinado nadie. Y esto es un gran mensaje de alegría para este país, que hemos ganado a pulso». El otro socialista vasco con el que más congeniaba era Jesús Eguiguren; nada, en cambio, con Nicolás Redondo Terreros. Mientras que en Cataluña siempre se definió como profundamente catalanista frente al nacionalismo, en el País Vasco mostró más empatía con el nacionalismo democrático —incluso con Juan José Ibarretxe o Elkarri— que comprensión para con los vascos no nacionalistas o antinacionalistas, como Fernando Savater, Juan Pablo Fusi o Jon Juaristi, con alguno de los cuales entabló duras polémicas.

En el postrer lustro de su vida, antes de morir asesinado por ETA en noviembre del 2000, compaginó la docencia en la Universidad de Barcelona, la investigación, las tertulias radiofónicas —célebres fueron las que mantenía con Santiago Carrillo y Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, y con Lluís Foix y Baltasar Porcel— y las colaboraciones en la prensa. Repartió sus días entre la Ciudad Condal, Maià de Montcal y San Sebastián. En sus trabajos académicos y artículos periodísticos, Lluch se siguió interesando por infinidad de cuestiones. Al margen de todo lo relacionado con la economía y con la actualidad política, sobresalen tres asuntos: el

País Vasco, los derechos históricos —con Herrero de Miñón defendían el constitucionalismo útil— y el fenómeno de ETA, en especial la sociología de los terroristas; el austracismo supuestamente persistente en la Cataluña del siglo XVIII, una pesquisa que combinaba altas dosis de erudición y un excesivo presentismo paranacionalista; y, asimismo, el fútbol y el Barça —una de sus grandes pasiones—, en cuya campaña a la presidencia acabó implicándose, en el 2000, apoyando a Lluís Bassat frente a Joan Gaspart. Ernest Lluch fue un profesor universitario y un político, pero, por encima de todo, un gran intelectual.

II

Felipe González, que en 1982 se había convertido, tras ganar los socialistas las elecciones generales, en presidente del Gobierno de España, estaba sentado, diez años después, el 25 de julio de 1992, en la tribuna principal de autoridades del Estadio Olímpico de Barcelona. Seguía al frente del poder ejecutivo e iba a continuar así todavía cuatro años más. Estos últimos no fueron, sin embargo, sencillos. Comoquiera que sea, la tarde-noche de la ceremonia de inauguración de Barcelona 92, Felipe González había sido acomodado, junto a su esposa Carmen Romero, a la izquierda de los reyes de España, que ocupaban el centro del palco de honor. Compartían espacio con los Samaranch, con los Maragall y con los Pujol. El presidente del Gobierno comentó que lo que más le había gustado del acto eran «los movimientos en el interior del Estadio, que me han parecido magníficamente realizados».

Abogado, nacido en Sevilla en marzo de 1942, Felipe González Márquez —o, simplemente, Felipe, en buen número de ocasiones y circunstancias; Isidoro para los camaradas— se convirtió en líder del PSOE en 1974, en el vigésimo sexto congreso de esta formación, celebrado en Suresnes. Tenía treinta y dos años. El socialismo joven del interior se impuso al veterano del exterior que encabezaba el histórico Rodolfo Llopis. El partido, legalizado en 1977, concurrió a los comicios de aquel año y, desplazando en la izquierda al Partido Comunista de España (PCE), pasó a convertirse en la opción opositora a la UCD en un juego político de imperfecto bipartidismo. No variaron demasiado los resultados en 1979. Algunos elementos,

sin embargo, mostraban la evolución del PSOE en la vía adecuada para convertirse en partido de gobierno. El abandono del marxismo y el talante socialdemócrata no resultaron los menos decisivos.

La moción de censura contra Adolfo Suárez, en 1980, aunque no prosperara, encumbró a González como presidenciable, en un momento de desconcierto en la UCD, caída de popularidad del jefe del Ejecutivo, fuerte inestabilidad política y amenaza terrorista. A principios de esta nueva década, los socialistas se mostraban ante los españoles como un partido bien articulado territorialmente y unificado —a diferencia de UCD o el PCE—, con aires jóvenes y dinámicos y, asimismo, encabezado por un líder consolidado y prometedor, secundado desde la vicesecretaría general por el también sevillano e ingeniero Alfonso Guerra. Este último mostró sus habilidades en la sala de máquinas de la formación. El tándem González-Guerra resultó muy efectivo, dominando la política española hasta el principio del siguiente decenio.

El PSOE venció claramente y por mayoría absoluta en las elecciones legislativas del 28 de octubre de 1982. Se hizo con el 48,4 por ciento de los votos y 202 escaños en el Congreso, frente a los 107 del primer partido de la oposición —Alianza Popular, que había desplazado a UCD—. El lema «Por el cambio» atrajo votantes de toda la izquierda y del gran centro en unos comicios con altísima participación. La primera alternancia plenamente normalizada de la democracia clausuró la Transición.

El primer Gabinete González estaba integrado por dieciséis ministros: Alfonso Guerra (Vicepresidencia), Fernando Morán (Asuntos Exteriores), Fernando Ledesma (Justicia), Narcís Serra (Defensa), José Barrionuevo (Interior), Miguel Boyer (Economía y Hacienda), Julián Campo (Obras Públicas y Urbanismo), Carlos Solchaga (Industria y Energía), Joaquín Almunia (Trabajo y Seguridad Social), Enrique Barón (Transportes, Turismo y Comunicaciones), Carlos Romero (Agricultura, Pesca y Alimentación), Ernest Lluch (Sanidad y Consumo), José María Maravall (Educación y Ciencia), Javier Solana (Cultura), Tomás de la Cuadra-Salcedo (Administración Territorial) y Javier Moscoso (Presidencia). En julio de 1985 tuvo lugar una remodelación en la que lo más destacado fueron las salidas de Boyer, Morán y Barón, cuyas carteras pasaron a manos, respectivamente, de Solchaga,

Francisco Fernández Ordóñez y Abel Caballero. A Joan Majó le encargaron Industria y Energía.

Mientras que una buena parte de los países europeos estaba saliendo de la profunda crisis iniciada en 1974, España tardó algo más. Los años 1982 a 1985 no resultaron plácidos. Cuando los socialistas llegaron al Gobierno, el sector exterior, el déficit público, las tasas de paro y la inflación presentaban problemas serios. Las crisis industrial y bancaria no coadyuvaron a sosegar la inquietud general y acabaron por incrementar sensiblemente el gasto público. El ministro Boyer, situado en el ala más liberal del PSOE, tuvo que renunciar a las políticas expansivas del programa electoral —la experiencia francesa de 1981, con François Mitterrand, no iba a caer en saco roto— y centrarse en la lucha contra la inflación y el déficit. La estabilidad política era beneficiosa. Se empezó por devaluar la peseta y se incrementaron los impuestos, además de modernizar la Administración tributaria. Para el saneamiento de la economía y aplicar las medidas de reconversión industrial y de moderación de salarios pudo contarse con los agentes sociales. Esta política económica tuvo efectos positivos sobre las grandes variables, desde la inflación al déficit, pero generó costes negativos en el empleo. Los lunes al sol, las huelgas y las horas no trabajadas se multiplicaron. Entre 1984 y 1986 las tasas de desocupación se situaron siempre por encima del 20 por ciento. La promesa electoral de los ochocientos mil nuevos puestos de trabajo iba a quedar en nada.

A mediados de la década de los ochenta se produjo una recuperación de la actividad económica, que, al margen de los elementos internos —saneamiento financiero, reconversión industrial, ajuste energético—, se beneficiaba de la evolución mundial y de las expectativas generadas por el ingreso en la Comunidad Europea. Se abría entonces un periodo de notable y sostenido crecimiento, con aumentos de la producción cercanos al 5 por ciento, que iba a alargarse hasta finales de 1992. Deben destacarse aquí tanto el importante crecimiento de la inversión extranjera como la capacidad de generar empleo, aunque solamente pudiera reducirse la tasa de paro hasta el 16 por ciento como consecuencia de la entrada de muchas mujeres y jóvenes del *baby boom* en el mercado laboral. Las mejoras permitieron un

significativo aumento del gasto público, que se encuentra en la base del nuevo estado del bienestar y de las inversiones en infraestructuras en los años finales del decenio. La situación iba a estimular, no obstante, la cultura del pelotazo: de hecho, el ministro Solchaga se jactó de que España era el país en donde resultaba más fácil enriquecerse en menos tiempo.

Entre las iniciativas del primer cuatrienio del socialismo en el poder sobresalen todas las relacionadas con la integración europea y atlántica de España —más adelante se va a tratar este tema—, así como la profesionalización y modernización de las Fuerzas Armadas, abordadas por Narcís Serra con la Ley Orgánica de Defensa (1984), y el cierre definitivo de la tentación golpista, que en 1985 dio todavía algún susto. El combate contra el terrorismo constituyó uno de los mayores quebraderos de cabeza del momento, que se afrontó mejorando la eficacia policial y obteniendo una más franca colaboración francesa, pero también desde la ilegalidad de la guerra sucia —los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), verbigracia— y prácticas condenables como la tortura. La seguridad ciudadana preocupaba mucho a los españoles en la década de 1980. Hiciéronse esfuerzos destacados en el campo del orden público y la democratización de las fuerzas de seguridad del Estado. Asimismo, se introdujeron modificaciones en el Consejo General del Poder Judicial, vinculando su composición a la aritmética parlamentaria. En otro orden de cosas, acabó de configurarse el Estado de las autonomías, percibido desde los consolidados nacionalismos periféricos como un injusto «café para todos», con la aprobación de los estatutos pendientes y altos niveles de transferencias. La Ley General de Sanidad, impulsada por el ministro Lluch, la Ley Orgánica del Derecho a la Educación (LODE) y la ley que regulaba el aborto en tres supuestos, que generó no pocos encontronazos con la derecha y con la Iglesia católica, se cuentan entre los haberes de esta etapa.

El Gobierno González constituido en julio de 1986, después de un nuevo triunfo en las urnas con mayoría absoluta, era esencialmente continuista. Se mantenían en sus ministerios Guerra, Fernández Ordóñez, Ledesma, Serra, Barrionuevo, Solchaga, Romero, Caballero, Maravall y Solana, dando entrada a Javier Luis Sáenz Cosculluela (Obras Públicas y Urbanismo), Luis Carlos

Croissier (Industria y Energía), Joaquín Almunia (ahora, en Administraciones Públicas), Manuel Chaves (Trabajo y Seguridad Social), Julián García Vargas (Sanidad y Consumo), Matilde Fernández (Asuntos Sociales), Virgilio Zapatero (Relaciones con las Cortes y Secretaría del Gobierno) y Rosa Conde como portavoz. La composición fue modificada en el verano de 1987 y se incorporaron Enrique Múgica en Justicia, José Luis Corcuera en Interior —Barrionuevo pasó a Transportes—, José Claudio Aranzadi en Industria y Energía y Jorge Semprún en Cultura, haciéndose cargo Solana de Educación y Ciencia.

Tras las elecciones de 1989, el nuevo Consejo de Ministros presidido por Felipe González se constituyó, a principios de diciembre, sin modificaciones con respecto al de antes de los comicios. Fue en marzo de 1991 cuando se produjo una importante remodelación, que perfiló el equipo gubernamental que iba a vivir las celebraciones de Barcelona 92. El cambio tenía lugar en época de tensiones internas —renovadores versus guerristas— y a las puertas de un año lleno de grandes eventos. Narcís Serra sustituyó en la vicepresidencia del Gobierno a Alfonso Guerra, que había dimitido en enero, mientras que Solana se hacía cargo de Asuntos Exteriores y García Vargas, de Defensa. Entraban en el Gobierno: Tomás de la Cuadra-Salcedo (Justicia), José Borrell (Obras Públicas y Urbanismo), Luis Martínez Noval (Trabajo y Seguridad social), Pedro Solbes (Agricultura, Pesca y Alimentación), Julián García Valverde (Sanidad y Consumo) —sustituido, en enero de 1992, por José Antonio Griñán—, Alfredo Pérez Rubalcaba (Educación y Ciencia), Jordi Solé Tura (Cultura) y José Manuel Eguiagaray (Administraciones Públicas).

En la segunda y tercera legislaturas, aprovechando la favorable coyuntura económica, se ampliaron generosamente las prestaciones sociales, en paralelo al intento de flexibilizar el mercado laboral. A pesar de la firma del Acuerdo Económico Social, en 1986, con empresarios y sindicatos, las relaciones del Ejecutivo con estos últimos, incluida la UGT del socialista Nicolás Redondo, se deterioró. La flexibilidad laboral, así como la moderación de salarios, no eran aceptadas en fase creciente. La presentación del Plan de Empleo Juvenil y las propuestas sobre contratos temporales colmaron la paciencia sindical. UGT y CC. OO. convocaron una

huelga general para el 14 de diciembre de 1988 —el 14-D —, que fue un éxito y paralizó el país. Esta seria advertencia hizo que el Gobierno González intensificara el llamado «giro social» o «socialdemócrata». Una buena parte del gasto se cargó, vía presión fiscal, a las clases medias, que estuvieron detrás del progresivo fortalecimiento de la oposición liberal-conservadora. Las destacables inversiones en infraestructuras se financiaron mediante deuda pública. En el campo educativo debe destacarse el crecimiento del número de estudiantes universitarios y la aplicación de la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo de España (LOGSE, 1990), que convertía en obligatoria la educación hasta los dieciséis años. En el interior del Gabinete ministerial, la polaridad González-Guerra y sus respectivos ismos era cada vez más evidente y desestabilizadora. No era solamente una confrontación entre sensibilidades socialdemócrata y socialista, sino que afectaba también a las formas y a las personas. La lectura de *Federico Sánchez se despide de ustedes*, del entonces ministro Jorge Semprún, permite hacerse una buena composición de lugar. El estallido, en enero de 1990, del escándalo de corrupción de Juan Guerra, magnificado por prensa y oposiciones, acabó haciendo inviable la continuidad de su hermano en la vicepresidencia del Gobierno de España.

Los ministros y, en posición central, Felipe González atendieron a las muchas citas del año 1992. La contribución a todos los niveles del Gobierno central iba a resultar decisiva. La inversión del lustro precedente en infraestructuras, especialmente en Sevilla y Barcelona, merece una mención destacada. En abril de 1992 se inauguró la línea Madrid-Sevilla del AVE (Alta Velocidad Española). La coincidencia, en aquel año, de los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla, además de la capitalidad cultural europea de Madrid, supuso una oportunidad única para mostrar al mundo una España moderna, emprendedora y plenamente normalizada. Esta fue muy bien aprovechada. 1992 permitió exhibir, asimismo, el alto nivel adquirido en cuestiones deportivas y artísticas, en la arquitectura y el diseño.

El presidente del Gobierno, sevillano de nacimiento y corazón, y convencido impulsor de privilegiadas relaciones entre España y

América Latina, estuvo muy presente en la Expo. Como ya vimos, asistió a la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. También lo había hecho al acto del COI en Lausana, en 1986, en donde la Ciudad Condal fue proclamada sede de la Olimpiada. Pasqual Maragall insistió e insistió hasta conseguirlo, lo que llevó a Julio Feo, secretario general de Presidencia, a definirlo castizamente como alguien «más pesado que un burro en brazos». En cualquier caso, Felipe González consolidó en 1992 una imagen de estadista reconocido internacionalmente, que contaba ya en su haber un decidido compromiso europeísta, unas buenas relaciones con Helmut Kohl o George Bush, la implicación en los procesos de paz en Centroamérica y el padrinazgo, el año anterior en Madrid, de la Conferencia de Paz sobre el Próximo Oriente.

La cara oscura del gran año de 1992 en España está dominada por los signos inaugurales de una recesión, que iba a intensificarse el año siguiente, con una destacada caída de la producción y aumento del paro, alargándose hasta 1994. Una mirada más regionalizada permite, de igual manera, darse cuenta de que, por debajo del éxtasis general del 92, algunas partes de España vivían situaciones conflictivas y graves: los efectos del terrorismo etarra y sus corolarios mafiosos en el País Vasco, por ejemplo, o los de los ajustes en algunos sectores económicos, como en el caso de Cartagena, en donde la reconversión industrial y el cierre de instalaciones militares dio lugar a unas fuertes protestas que terminaron, el 3 de febrero de 1992, con enfrentamientos entre trabajadores de los astilleros Bazán y la policía —con más de cuarenta heridos— y con el incendio de unas dependencias del Parlamento regional de Murcia. El documental *El año del descubrimiento* (2020) aborda esta cuestión.

En la etapa 1993-1996, ya sin mayoría absoluta y dependiendo parcialmente de los pactos con los nacionalistas catalanes, se mantuvieron los pesos pesados del Gobierno anterior. Lo más significativo fue el nombramiento en Justicia de Juan Alberto Belloch, que, a partir de mayo de 1994, incorporó Interior a sus funciones. Pérez Rubalcaba asumió el Ministerio de la Presidencia. Entre los nombres nuevos estaban Cristina Alberdi, Javier Gómez-Navarro, Vicente Albero, María Ángeles Amador, Gustavo Suárez Pertierra, Carmen Alborch y Jerónimo Saavedra.

Además de la crisis económica, con sus ajustes consiguientes, este Ejecutivo tuvo que enfrentarse a una fuerte oposición política desde la derecha, pero también desde la izquierda liderada por Julio Anguita, en unos años que, acertadamente, fueron calificados como la legislatura de la crispación. A las divisiones internas en la familia socialista se sumaban, entre otros problemas: los asuntos de corrupción, de Juan Guerra a Mariano Rubio; el escándalo ligado a la guerra sucia y las actuaciones de los GAL, en cuya persecución el juez Baltasar Garzón —antiguo número dos de González en la lista electoral de Madrid en 1993— tuvo un destacado protagonismo, y, asimismo, el culebrón Luis Roldán, director de la Guardia Civil. Más adelante iban a sumarse los casos Filesa, sobre la financiación del PSOE, y el de los papeles del CESID, que se cobró la cabeza del vicepresidente Serra. Sea como fuere, todo lo que vino después de 1992 no impugna, de ninguna manera, la construcción imaginaria de una etapa, comenzada con la victoria aplastante de los socialistas en 1982 y coronada por los grandes eventos de 1992, que se asemejaba a una auténtica década prodigiosa.

III

La política exterior española durante la etapa socialista prosiguió o profundizó, en algunos aspectos, la línea marcada por los Gobiernos ucedistas de la Transición, mientras que, en otros, introdujo elementos sensiblemente disímiles. El proceso de universalización de las relaciones internacionales, como vía normalizadora y de superación del aislacionismo franquista, constituye un buen ejemplo de continuidad, con el decisivo reconocimiento de Israel en 1986 —y de Albania—. En el otro lado de la balanza encontramos, en cambio, el distinto enfoque con respecto a la integración en la OTAN, que iba a desembocar en un referéndum. Comoquiera que sea, Felipe González y los socialistas eran conscientes de la necesidad de una efectiva incorporación de España en el escenario europeo y occidental, así como de unas buenas relaciones con el mundo árabe y privilegiadas con América Latina. El papel desempeñado por el rey Juan Carlos I en este terreno resultó, a todas luces, fundamental. Cuatro personas ocuparon el Ministerio de Asuntos Exteriores: Fernando Morán

(1982-1985),
Francisco Fernández Ordóñez
(1985-1992),
Javier Solana
(1992-1995)
y Carlos Westendorp
(1995-1996).

Durante la corta etapa del último Gabinete ucedista, tras el 23-F y con Leopoldo Calvo-Sotelo al frente, tuvo lugar la entrada de España en la Alianza Atlántica. En este asunto los dos grandes partidos, UCD y PSOE, disentían, como quedó patente en la votación del Congreso, en noviembre de 1981: 186 votos contra 146. El 28 de dicho mes, el ministro de Asuntos Exteriores, José Pedro Pérez Llorca, se dirigió al secretario de la OTAN para comunicarle que España estaba ya preparada para recibir la invitación de ingreso en el organismo. A finales de mayo de 1982, España se convirtió formalmente en miembro de la Alianza Atlántica. Muchos puntos restaban, sin embargo, por concretar, lo que iban a tener que resolver los futuros ejecutivos. Hasta 1980 el tema había quedado aparcado, puesto que Suárez era consciente del rebote que, en amplios sectores políticos y sociales, generaba la OTAN y prefería que las reformas políticas y la nueva Constitución no resultaran contaminadas por ello.

En el programa electoral del PSOE, en 1982, el replanteamiento de la política de seguridad y defensa figuraba en lugar destacado. El lema «OTAN, de entrada, NO» era, además, francamente movilizador. Tras la victoria en las urnas, el Gobierno González mantuvo la promesa electoral de un referéndum sobre la permanencia en la Alianza, al tiempo que frenaba la integración en la estructura militar. Dos años después se presentó en el Congreso el *Decálogo para la Seguridad en España* y el presidente del Consejo de Ministros anunció una campaña de información pública, un debate parlamentario y una consulta en 1986. En este tiempo, la cúpula del partido pasó del no al sí. Los gobernantes socialistas se lanzaron a una campaña en apoyo a la continuidad en el seno de la OTAN. No eran razones nimias el impulso que esta cuestión podía tener en la tan deseada adhesión a la Comunidad Europea ni las

presiones de Estados Unidos y algunos otros países. Moderación y realismo hicieron el resto. La propuesta contemplaba los siguientes elementos, que matizaban la permanencia: no incorporación a la estructura militar integrada, reducción progresiva de la presencia militar estadounidense en España e interdicción de armas nucleares en el territorio. Las disensiones en el seno del Ejecutivo provocaron el cese del izquierdista Fernando Morán —nombrado embajador ante las Naciones Unidas— y la entrada, en su puesto, del exministro ucedista Fernández Ordóñez.

A principios de febrero de 1986 tuvo lugar el prometido debate en el Parlamento y el referéndum fue convocado para el 12 de marzo. A la derecha del PSOE se reclamó la abstención, mientras que, a su izquierda, el voto negativo. Las movilizaciones opositoras resultaron muy significativas. González llegó a conferir un cierto aire plebiscitario a la consulta, que supuso una victoria para el Gobierno y un refuerzo de su líder, con una tasa de participación cercana al 60 por ciento y un 52,5 de votos favorables contra el 39,8 del no. En Navarra, País Vasco, Canarias y Cataluña se impuso esta última opción. Sea como fuere, en los años siguientes se concretaron las modalidades específicas de contribución y, asimismo, se firmaron un nuevo convenio de defensa con Estados Unidos y el protocolo de adhesión a la Unión Europea Occidental. Una de las consecuencias de todo este proceso fue la efectiva modernización de las Fuerzas Armadas. España iba a participar, en los años noventa, en la fuerza multinacional durante la guerra del Golfo y en tareas de mantenimiento de la paz en los Balcanes, América central y África, además de incorporarse al Euroejército. En diciembre de 1995, Solana fue nombrado secretario general de la Alianza Atlántica.

Tanto o más importante que el dosier OTAN era, para la España democrática, el de la incorporación a la Comunidad Europea. Esta, que aquí rimaba con democratización y modernización, no se produjo efectivamente hasta el 1 de enero de 1986. El camino no resultó sencillo, especialmente debido a las reticencias y el obstruccionismo del vecino galo. El Gobierno español presentó en Bruselas, a mediados de 1977, la solicitud de apertura de negociaciones para la entrada en la Comunidad, que fue aceptada por unanimidad. Estas principiaron en febrero de 1979. A diferencia

de lo imaginado por los gobernantes ucedistas, iban a avanzar con lentitud ante las dudas sobre el impacto económico de una hipotética incorporación de España —y, no se olvide, también de Portugal— en los países miembros, en especial en el campo italiano y francés. No ayudaron tampoco las tensiones internas e institucionales en la Comunidad Europea.

El presidente de la República francesa, Valéry Giscard d'Estaing, exigió en 1980 la paralización de las negociaciones, con la excusa de que antes era necesario resolver el contencioso franco-británico sobre financiación. Como bien escribiera Santos Juliá, el mandatario francés siempre estuvo «más interesado en aconsejar cómo debían hacerse las cosas en España que en abrir las puertas de Europa». Los obstáculos del país vecino contribuyeron a un mayor acercamiento español a Estados Unidos. A pesar de los intentos del Gabinete Calvo-Sotelo, el desbloqueo no tuvo lugar.

Para los nuevos gobernantes socialistas, la integración y construcción europea era, de igual modo, una cuestión central. Vincularla a las contribuciones en defensa y seguridad occidental contribuyó decisivamente a allanar el camino. También el compromiso del nuevo presidente francés, el socialista François Mitterrand, y del canciller alemán, el conservador Helmut Kohl. Precisamente fue bajo la presidencia alemana, en 1983, cuando se dieron pasos decisivos. Algunas dudas en lo económico-social, sin embargo, persistían. Las negociaciones avanzaron notablemente en 1985, favorecidas por la presidencia italiana. A finales de marzo se anunció la conclusión de los contactos por parte de la delegación española, encabezada por el ministro Morán. El 12 de junio se firmaron, en Madrid y en Lisboa, los tratados de adhesión de España y de Portugal a la Comunidad Europea, convertida en la Europa de los Doce. Se trata, sin lugar a dudas, a pesar de costes e indecisiones, de uno de los hitos más importantes de la historia española del siglo XX.

En el primer semestre de 1989, España asumió por vez primera la presidencia de la Comunidad. Los días 26 y 27 de junio de aquel año la ciudad de Madrid acogió el Consejo Europeo. Tras la caída del Muro de Berlín y ante las dudas y reticencias de otros socios, Felipe González respaldó decididamente a Kohl en el proceso de

reunificación alemana, lo que fortaleció las relaciones bilaterales. Los apoyos al proceso de integración política y monetaria, que iban a conducir a finales de 1991, en el Consejo de Maastricht, al Tratado de la Unión Europea, resultaron explícitos. A cambio del reto que suponía para España en términos económicos y monetarios —integración de la peseta en el sistema monetario europeo—, esta se convertía en beneficiaria privilegiada de los llamados «fondos de cohesión». El Congreso aprobó por amplia mayoría, en octubre de 1992, el Tratado de Maastricht, en unos momentos en los que el sentimiento europeísta vivía ya unas primeras crisis nacionales.

La consolidación española en el marco europeo-occidental vino acompañada de un replanteamiento continuista, o todo lo contrario, según cada caso, de las relaciones con el resto de áreas del mundo. El legado del Franquismo con respecto a los países árabes resultaba, cuando menos, ambiguo. El envenenado tema del Sahara condicionaba todo vínculo con los estados magrebíes. En la Transición se intensificaron los contactos con Oriente Próximo, en especial Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Irak, Egipto y Jordania. Los motivos económicos pesaban mucho en esta línea de política exterior. Se sustentaron, asimismo, las reivindicaciones palestinas y no se reconoció a Israel, asumiendo las presiones de los países árabes.

En la etapa socialista se consolidó el papel de España en el norte de África, tanto en el campo de la economía como en el de la política de seguridad y paz. El entendimiento con Marruecos progresó: en 1989, Hassan II visitó oficialmente España y, dos años después, se firmó en Rabat el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación. El rey Juan Carlos I, con sus lazos personales estrechos con el monarca alauí, resultó un notable sostén. No pudieron evitarse, sin embargo, algunos momentos tensos en torno a Ceuta y Melilla, sobre todo tras la aprobación de sus estatutos de autonomía respectivos en 1995. Los nexos con el Cercano Oriente, en especial las monarquías del Golfo, se intensificaron también. Ello tenía lugar al tiempo que se regularizaban las relaciones con Israel. Fue, en concreto, el expreso deseo de ejercer una mediación en el conflicto árabe-israelí lo que convirtió a la diplomacia española en centro de atención mundial. Madrid acogió, entre finales de octubre y principios de noviembre de 1991, por expresa voluntad de los

implicados, la Conferencia de Paz sobre el Próximo Oriente. Estaba auspiciada por Estados Unidos y la Unión Soviética. Después del encuentro tuvieron lugar las primeras negociaciones directas entre Israel y sus vecinos árabes. En una tendencia ascendente desde 1989, el prestigio internacional de España quedó notablemente reforzado en aquel entonces, antesala de los eventos de 1992.

El año 1992 constituyó, precisamente, un momento clave, así como un horizonte de expectativas, por lo que a las relaciones de España con los países de América Latina se refiere. Iba a conmemorarse el quinto centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América, el denominado «Descubrimiento» o, en aras de la corrección política «Encuentro de dos mundos». En la ciudad de Sevilla se organizó la Exposición Universal, la popular Expo, dedicada a la era de los descubrimientos. En 1992 se celebró, asimismo, aunque en este caso en Madrid —Capital Cultural de Europa en aquel año—, la segunda Cumbre Iberoamericana los días 23 y 24 de julio. El 25 la mayoría de los mandatarios de los países participantes se desplazaron a Barcelona para asistir a la inauguración de los Juegos Olímpicos. Y, el 26, a Sevilla para visitar la Expo: era el día de Iberoamérica. Don Juan Carlos y Felipe González acompañaron a los quince jefes de Estado, entre los cuales estaba Fidel Castro —su visita al pabellón de Cuba resultó algo agitada por la protesta de núcleos opositores—, les ofrecieron un almuerzo y les despidieron con un «hasta luego». En su discurso, el monarca español les dijo que «cuenten siempre con España y los españoles». En el encuentro de Madrid, amén del refrendo de las bases fundacionales, se habían privilegiado un par de ejes: educación y modernización, con atención preferente a los programas de cooperación, y desarrollo social y humano.

En julio del año anterior había tenido lugar el encuentro inaugural de los veintiún países miembros: la I Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, celebrada en la ciudad mexicana de Guadalajara, en cuya declaración final se reconoció un espacio común iberoamericano de concertación política y cooperación. Este foro de diálogo permanente incluía, además de los países latinoamericanos y España, a Portugal y, más adelante, como número veintidós, a Andorra. Las cumbres han venido celebrándose anualmente hasta el 2014 y, desde entonces,

de manera bienal. Constituye el resultado más destacado del paso desde la vieja idea de Hispanidad a la de Comunidad Iberoamericana de Naciones. Tanto el Gobierno como el monarca españoles tuvieron en el proceso de conformación e impulso un muy destacado protagonismo. Desde la llegada a la Moncloa y enlazando con la línea de actuaciones ucedista, Felipe González y los socialistas habían hecho grandes esfuerzos por intensificar y afianzar las relaciones de todo tipo con América. En primer lugar, en el terreno de la ayuda al desarrollo, con la puesta en marcha de la Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica (SECIPI), en 1985, y, en 1989, de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). En segundo, apoyando los procesos de democratización y defensa de la paz y los derechos humanos en el Cono Sur y Centroamérica —el modelo de la Transición seguía siendo eso mismo, un auténtico modelo—. Pese a las excelentes relaciones con Castro, no hubo resultados, sin embargo, en el avance de las libertades en la dictadura cubana. Finalmente, se asumió la defensa de intereses latinoamericanos en el seno de la Comunidad Europea, lo que también favoreció positivamente su propia imagen internacional. España, para decirlo a la manera del ministro y diplomático Fernando Morán, ocupaba su sitio.

IV

El principal partido de la oposición al Gobierno socialista era, en 1992, el Partido Popular, liderado por José María Aznar. La formación, heredera de Alianza Popular (AP), había vivido un intenso proceso de renovación desde 1989. Durante la supuesta década prodigiosa socialista, entre 1982 y 1992, no acertó a convertirse en auténtica opción gubernamental. Las cosas, sin embargo, estaban cambiando, tanto por el impulso popular como por la recesión en el campo contrario. El PP iba a llegar a la Moncloa en 1996. La legislatura precedente, iniciada en 1993, fue muy bronca y accidentada. En sus memorias, escribe Aznar con respecto a la situación política en 1992: «Bajo la superficie optimista y exuberante de la España de los Juegos Olímpicos, la Exposición Universal y las celebraciones del Quinto Centenario del

Descubrimiento de América —eventos, todos ellos, de un éxito indiscutible—, se estaba gestando una crisis de enormes magnitudes que afloró con crudeza tras el verano del 92». Y agrega, a continuación: «Los intentos de González de tapar la crisis con los fastos tuvieron el efecto contrario y, cuando las luces de la fiesta se apagaron, la crisis estalló con una fuerza aún mayor».

Alianza Popular nació formalmente a finales de 1976 como federación de partidos. En realidad, se trataba de minúsculas agrupaciones; simples conjuntos de notables, en algún caso. Los grupos unidos en AP estaban encabezados, casi todos, por exministros franquistas —los que la prensa bautizó como Siete Magníficos—: Manuel Fraga (Reforma Democrática), Federico Silva Muñoz (Acción Democrática Española), Laureano López Rodó (Acción Regional), Licinio de la Fuente (Democracia Social), Enrique Thomas de Carranza (Unión Social Popular), Cruz Martínez Esteruelas (Unión del Pueblo Español) y Gonzalo Fernández de la Mora (Unión Nacional Española).

La nueva federación reunía a sectores procedentes del antiguo régimen, partidarios de reformas graduales y no esenciales, que habían quedado fuera del nuevo proyecto liderado por Adolfo Suárez. El rumbo de los acontecimientos les impulsaba a prepararse para unos futuros comicios y para un proceso más rápido de lo que habían imaginado. La mayoría de los partidos se disolvieron en AP en el marco del I Congreso Nacional, en marzo de 1977. El alma de Alianza Popular fue, desde el principio, Manuel Fraga Iribarne, que había fundado Reforma Democrática en el mismo año 1976 a partir de sociedades de estudios como GODSA (Gabinete de Orientación y Documentación S. A.).

Tras la muerte del dictador Franco, Fraga entró a formar parte del primer Gobierno de la monarquía, presidido por Carlos Arias Navarro, ocupando la vicepresidencia y la cartera de Gobernación. La dimisión forzada de Arias Navarro el primer día de julio de 1976 convirtió a Fraga, junto con José María de Areilza, en máximo aspirante a la sucesión. El cargo recayó finalmente en Suárez.

Los resultados de Alianza Popular en las primeras elecciones generales de la Transición, en junio de 1977, fueron bastante decepcionantes para sus impulsores: cuarto partido del arco parlamentario, con dieciséis escaños. José Ramón Montero atribuye

los resultados al «desconocimiento de la moderación ideológica del electorado español», que prefirió el centro-derecha de UCD y el centro-izquierda del PSOE. A pesar de que, en su I Congreso Nacional, AP se equiparara con los partidos populistas, centristas y conservadores europeos, lo cierto es que era percibida desde muchos sectores como una formación neofranquista. Según una encuesta del CIS, en 1978, los electores situaban a AP en una posición de 4,3 en una escala izquierda-derecha de cinco puntos.

Desde 1978 se hicieron algunos esfuerzos para desmarcar a Alianza Popular de la extrema derecha y de la imagen del Franquismo. En el II Congreso Nacional, celebrado en enero, se reeligió a Fraga como secretario general y Félix Pastor Ridruejo se convirtió en presidente de la formación. Las tensiones internas arreciaron en aquel año. El motivo principal fue la aprobación de la Constitución, entre cuyos siete padres se encontraba Fraga. Las divisiones entre pragmáticos e intransigentes en el interior de AP abocaron a una votación del texto constitucional en el Congreso harto inusual: cinco diputados votaron en contra, tres se abstuvieron y el resto lo hicieron a favor. Estos hechos dejaron huella. El ala más cercana a la extrema derecha se separó del partido.

La ocasión fue aprovechada para aplicar algo de moderación en AP, en especial a partir de diciembre de 1979, en el marco del III Congreso Nacional. Fraga resultó elegido presidente y el cargo de secretario general recayó, como símbolo de la renovación que se intentaba escenificar, en Jorge Verstrynge. Contribuyeron al cambio los resultados desastrosos —nueve escaños— en las elecciones de aquel mismo año de Coalición Democrática, que formaba AP con minúsculos partidos. En 1981 se produjo la victoria en las elecciones gallegas. Este tipo de movilizaciones y las oportunidades políticas que se abrían contribuyeron poderosamente a la aceptación del sistema autonómico por parte de la derecha. Además, algunos importantes políticos de UCD desembarcaron en AP.

En las elecciones de 1982, Alianza Popular —núcleo de Coalición Popular, en la que se integraron el Partido Demócrata Popular, del exucedista Óscar Alzaga, y algunas otras pequeñas agrupaciones— obtuvo cinco millones y medio de votos y 107

diputados, imponiéndose en un total de siete provincias. El desplome de UCD y el descenso electoral de la extrema derecha situaron a AP como primera fuerza de la oposición. A pesar del avance espectacular del partido, la preocupación era más que evidente. AP había sido capaz de atraer el voto de derecha y de extrema derecha, creciendo de manera espectacular aunque quedando muy lejos del PSOE, pero no consiguió captar eficazmente el voto de centro-derecha. La formación iba a tener dificultades para crecer y convertirse en auténtica alternativa. La fórmula fraguista de la mayoría natural se encontraba bien lejos de su materialización. Algo de razón tenía Javier Tusell cuando escribió que esta idea tenía dos inconvenientes, pues no era ni lo primero ni lo segundo, ni mayoría ni natural. El liderazgo de Fraga era para muchos el símbolo de que en España el pasado no había pasado.

La tarea opositora de los populares en la primera legislatura de la mayoría absoluta y aplastante del PSOE resultó más bien poco brillante. Y, en algún caso, como iba a ocurrir con la posición oportunista a favor de la abstención en el referéndum de la OTAN, fue de una inhabilidad política flagrante. En las elecciones de 1986, nuevamente con Coalición Popular, obtuvieron 105 escaños, dos menos que en 1982. Tras las elecciones, Alzaga y el PDP empezaron a desligarse de AP. Alberto Ruiz Gallardón pasó a ocupar la secretaría general. Tras los pésimos resultados en las elecciones autonómicas vascas de noviembre de 1986, Fraga presentó su dimisión.

El partido se vio abocado a un Congreso extraordinario, que tuvo lugar en febrero de 1987. El vencedor fue Antonio Hernández Mancha, que prometió cambios estratégicos y de talante en el partido, obteniendo el apoyo de las juventudes y órganos provinciales. Su liderazgo, no obstante, resultó un fracaso. Desde sus primeras intervenciones, en especial en la moción de censura contra González en abril de 1987, se percibieron los límites. Además, AP perdió a favor del PSOE, el mismo año, la presidencia de la Xunta de Galicia. El deterioro del partido y el malestar, agudizados con el paso de los meses, resultaban palmarios. Los populares empezaron a añorar a Fraga, su «auténtico» líder, que por aquel entonces ejercía como diputado en el Parlamento Europeo.

Manuel Fraga presentó su candidatura en el IX Congreso Nacional, en enero de 1989, y se impuso sin problemas. Francisco Álvarez Cascos fue elegido secretario general. Los principales puestos del nuevo organigrama correspondieron a Rodrigo Rato, Federico Trillo, Juan José Lucas, José María Aznar, Isabel Tocino, Abel Matutes, Félix Pastor Ridruejo, Miguel Herrero de Miñón y José Antonio Segurado. Fue el Congreso de la llamada refundación: Alianza Popular se convirtió en el Partido Popular. Y la gaviota o charrán azul empezó a surcar los cielos de la derecha. Se trataba de pasar página, rompiendo toda posible vinculación con el pasado y procediendo a una renovación generacional, pero de forma ordenada y bajo la mirada de aprobación del fundador y alma del partido, don Manuel. Algunas notables altas, como Rodolfo Martín Villa y Marcelino Oreja, contribuyeron a impulsar los cambios.

Ante las dos citas electorales que se avecinaban, generales y autonómicas gallegas, se tomaron importantes decisiones. Fraga iba a concentrase en Galicia, en donde venció por mayoría absoluta y se proclamó presidente de la Xunta. Mientras tanto, José María Aznar, un desconocido para muchos, excepto en Castilla y León, era investido como candidato para presidir el Gobierno de España. No era el candidato inicial de Fraga, que apostaba más bien, con los éxitos de Margaret Thatcher en mente, por Isabel Tocino, pero se dejó convencer tras la denominada «conjura de Perbes», en la que participaron Álvarez Cascos, Trillo, Rato y Lucas.

Nacido en 1953, José María Aznar, madrileño de buena familia, casado con Ana Botella y padre de tres hijos, es licenciado en Derecho e inspector de Finanzas. Comenzó su carrera política en 1979, en Alianza Popular de Logroño, convirtiéndose rápidamente en su secretario regional. Entre 1982 y 1987 fue diputado al Congreso por Ávila. En esa etapa ostentó diferentes cargos en el partido, casi siempre vinculados con el área de política autonómica. Elegido en 1985 presidente regional de AP en Castilla y León, se hizo con el gobierno de esta comunidad en 1987.

En las elecciones de octubre de 1989, Aznar obtuvo, pese a las prisas y lo poco conocido que era por aquel entonces a nivel nacional, unos resultados que mejoraban ligeramente los últimos de Fraga. Casi no hubo cambios en número de votos y en porcentaje, pero se sumaron un par de diputados más, 107 en total. El PP pasó

a ser la primera fuerza en muchas provincias: tres en Galicia, todas las de Castilla y León, y Madrid, Navarra, La Rioja, Baleares y Melilla. Los resultados eran, de hecho, vistas las circunstancias, un pequeño éxito. Aznar fue elegido portavoz en el Congreso. El paso siguiente, como había planteado el líder flamante, debía consistir en hacer recaer los cargos de jefe parlamentario y del partido en la misma persona.

En el X Congreso del PP, celebrado en Sevilla el 31 de marzo y el 1 de abril de 1990, Aznar fue elegido presidente en sustitución de Fraga. Desde su llegada a la cabeza del partido se separó de los seguidores de Hernández Mancha y de Fraga, así como de dirigentes como Herrero de Miñón, y aupó a un conjunto de políticos de su generación y a sus leales partidarios, integrados en el clan de Valladolid y en FAES (Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales), una entidad creada en 1989 a imagen de los *think tanks* americanos e impulsada, entre otros, por Miguel Ángel Cortés. No obstante, el cargo de secretario general lo ocupó el fraguista Álvarez Cascos. Su principal tarea, que realizó sin remilgos y con notable éxito, consistió en unificar y disciplinar internamente al partido, algo necesario tras el galimatías de los años ochenta.

Aznar logró cohesionar a los diferentes sectores —liberales, democristianos y derechistas, en especial— bajo un liderazgo fuerte. Y reclamó para el PP el centro político, una inequívoca legitimidad democrática y un encuadre europeo. El PP abandonó la Internacional Conservadora para ingresar en la Internacional Demócrata Cristiana. En el discurso pronunciado por Aznar en la clausura del X Congreso se encuentra el decálogo que el Partido Popular presentaba a los españoles: España, nación plural; recuperación de la ilusión colectiva y de la confianza; recuperación del crédito de las instituciones; un Estado eficaz; compromiso con la construcción europea; un nuevo estilo político y de gobierno; compromiso con la modernización del país; compromiso para cuidar la naturaleza; una sociedad solidaria, y, por último, una sociedad libre. El parlamento terminaba con la siguiente frase: «Un esfuerzo común: el Partido Popular; un objetivo común: esa gran nación que se llama España».

En el terreno ideológico, un par de elementos definían al José María Aznar del nuevo Partido Popular. En primer lugar, el

liberalismo. Aunque no pueda afirmarse que se trate de un puro y estricto liberal, sí que integró globalmente el liberalismo en sus anteriores planteamientos conservadores. Todo parece indicar que se familiarizó con el pensamiento liberal gracias a algunos integrantes del clan de Valladolid, que se reclamaban seguidores de Karl Popper, Raymond Aron y, sobre todo, de Friedrich von Hayek. El nacionalismo, en segundo lugar. Cierto es que Aznar nunca usa este término, al que otorga connotaciones profundamente negativas. Prefiere definirse como patriota. Al margen de nominalismos, el patriotismo o nacionalismo español constituye un elemento clave en su pensamiento y sus actuaciones. «Es, ante todo, un españolista», ha escrito Amando de Miguel.

En las elecciones generales de junio de 1993, Aznar se enfrentó nuevamente a González, que, pese a ganar, perdió la mayoría absoluta y se vio en la obligación de pactar con los nacionalistas catalanes. El PP obtuvo 141 escaños —frente a los 159 del PSOE—, con más de ocho millones de votos. El avance desde 1989 era más que evidente. El partido de Aznar se impuso en Galicia, Castilla y León, Madrid, La Rioja, Navarra, Comunidad Valenciana, Murcia, Baleares, Canarias y Ceuta. Estos comicios supusieron asimismo un avance significativo en Cataluña y en el País Vasco, dos regiones en las que los partidos nacionalistas, Convergència i Unió (CiU) y el Partido Nacionalista Vasco (PNV), disputaban con éxito al PP la centroderecha.

Fue en la legislatura de
1993-1996
cuando Aznar y el PP convirtieron en archifamoso el «Váyase, señor González». El PSOE hacía ya algún tiempo, como vimos más arriba, que había empezado a morir de éxito. Los populares intentaron aprovechar todos los escándalos para erosionar al Gobierno, contando con buenos aliados: algunos sectores de la prensa y la radio, en especial *El Mundo, ABC* y la COPE, e Izquierda Unida, que bajo la dirección de Julio Anguita intentaba escenificar una pinza contra el PSOE para presentarse como la izquierda de verdad. Aznar sufrió un atentado de ETA en abril de 1995. El blindaje de su Audi le salvó la vida. Las elecciones europeas de 1994 y las municipales y autonómicas de 1995 dieron el triunfo al PP. La pérdida del apoyo de CiU obligó a González a avanzar las generales.

El PP llegó a esta consulta electoral, en marzo de 1996, como una opción de centroderecha liberal y democrática, ofreciendo una imagen de partido unido y un liderazgo fuerte. Aznar supo contrarrestar su supuesta falta de carisma con pragmatismo y tenacidad, además de rodearse de eficaces colaboradores. El PP se convirtió en un partido de amplio espectro, consiguiendo ocupar el espacio desde la derecha extrema al centro.

El Partido Popular ganó las elecciones generales de 1996, obteniendo 156 escaños, frente a los 141 alcanzados por el PSOE. Con el 38,8 por ciento de los sufragios, el PP se quedó a menos de trescientos mil votos de los diez millones. Se impuso en todas las comunidades autónomas españolas, excepto Extremadura, Andalucía, Cataluña y País Vasco. De todas maneras, las previsiones de una amplia derrota del PSOE y el consiguiente triunfo por amplia mayoría del PP no se cumplieron. Pedro J. Ramírez hizo referencia a una «amarga victoria». Para poder formar gobierno, Aznar se vio en la obligación de pactar con los nacionalistas periféricos. La derecha, aunque ampliada hasta el centro, accedía al poder. 1996 fue, como había sido también 1982, un momento decisivo en la historia política española.

V

Barcelona. La designación de Barcelona como sede de la XXV Olimpiada tuvo lugar en una reunión del COI, en Lausana, el 17 de octubre de 1986. Tres días antes, un coche bomba explotó en la Ciudad Condal y segó la vida del agente Ángel González del Pozo, que vigilaba el cuartel de la Policía Nacional en la plaza de España. La fecha no era casual, a modo de aviso a las autoridades sobre la posibilidad de actuación de la banda terrorista en una localidad y en una región que seguramente iban a albergar en el futuro los Juegos Olímpicos. Entre los meses de octubre y diciembre de 1986 explotaron bombas en distintas empresas francesas de la ciudad. Aunque en marzo y abril de 1987 murieron otras dos personas en ataques con artefactos explosivos perpetrados por los etarras en Barcelona, el punto álgido de la espiral sin sentido de muerte y destrucción en tierras catalanas fue el atentado en el centro comercial de Hipercor, en la avenida Meridiana, el viernes

19 de junio de 1987. La explosión de un coche bomba, cargado con amonal y gasolina y colocado en el *parking* del establecimiento, provocó veintiún muertos y casi medio centenar de heridos. Entre los autores de la masacre estaban Domingo Troitiño y Josefa Mercedes Ernaga. El rechazo en Cataluña y en toda España ante este acto de barbarie fue generalizado. Cientos de miles de personas salieron a las calles para protestar. El horror de Hipercor afectó también a sectores afines a ETA. La organización terrorista acabó calificando la acción de «error».

Madrid-Zaragoza-Ordicia. Desde mediados de la década de los ochenta los atentados en grandes ciudades españolas fuera del País Vasco se multiplicaron, en especial con la técnica del coche bomba. Barcelona resulta un buen ejemplo, pero también Madrid o Zaragoza. Más o menos en el mismo momento se retomaron las campañas de verano contra centros turísticos en la costa mediterránea. ETA exigía la aceptación por parte del Gobierno de la Alternativa KAS, que incluía la independencia vasca y la revolución socialista. En el atentado en la plaza de la República Dominicana de la capital de España, perdieron la vida doce guardias civiles, el 14 de julio de 1986, al explotar un coche bomba al paso del autobús en el que se desplazaban. Otro iba a explotar al año siguiente, el 11 de diciembre, junto a la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza, con once muertos. Entre una y otra acción, el etarra Kubati, siguiendo órdenes del dirigente de la banda Pakito, asesinó el 10 de septiembre de 1986 a la histórica exmilitante reinsertada María Dolores González Katarain, alias Yoyes, cuando paseaba por Ordicia con su hijo de tres años. El aviso a los «traidores» era claro. Los años
1986-1987
resultaron tristemente sangrientos. Estas víctimas mortales constituyen solamente una parte de las más de ochocientas atribuibles a la organización terrorista vasca ETA (Euskadi Ta Askatasuna, «Euskadi y libertad»), surgida en 1959, en su despliegue de terror en España. En 1968 la banda se estrenó con sus dos primeros asesinatos, mientras que el último data del 2010. En total, 845 víctimas mortales, según el *Informe Foronda*, repartidas de la manera que sigue: 1968 (2), 1969 (1), 1972 (1), 1973 (6),

1974 (19), 1975 (14), 1976 (17), 1977 (11), 1978 (66), 1979 (80), 1980 (96), 1981 (32), 1982 (38), 1983 (40), 1984 (33), 1985 (37), 1986 (42), 1987 (52), 1988 (19), 1989 (18), 1990 (25), 1991 (45), 1992 (26), 1993 (14), 1994 (13), 1995 (16), 1996 (5), 1997 (13), 1998 (6), 2000 (23), 2001 (15), 2002 (5), 2003 (3), 2006 (2), 2007 (2), 2008 (4), 2009 (3) y 2010 (1).

Vitoria-Bilbao. El aumento exponencial de atentados y víctimas del terrorismo tras el final del Franquismo y en plena construcción y afianzamiento de un régimen democrático confirman la falsedad del supuesto antifranquismo etarra. El combate tenía lugar, durante la dictadura, contra España, y contra España siguió matando y destruyendo la banda terrorista en la época democrática. La voluntad totalitaria resulta nítida. La violencia de las distintas ETA (Militar, Político-militar, Comandos Autónomos Anticapitalistas), entre 1975 y 1981, dejó paso, a partir de 1982, a la de una única ETA, ETA-militar, que continuó matando, hiriendo, amenazando, intimidando, extorsionando, destrozando y creando terror. En 1983 surgieron los GAL, que asesinaron a una decena de militantes de ETA y a algunas víctimas más, que nada tenían que ver con esta organización. La guerra sucia fue apoyada desde el Ministerio del Interior del Gobierno del PSOE. Ello ha sido aprovechado a veces para sostener, desde posiciones nacionalistas, que eran violencias equiparables entre dos bandos. Al margen del número de víctimas, la violencia nacionalizadora de ETA y el apoyo social con el que contaba por aquel entonces no tenían equivalente ninguno en el contraterrorismo ilegítimo de los GAL. En 1987 nació oficialmente la Coordinadora Gesto por la Paz, aunque ya funcionara desde el año anterior, como reacción de la sociedad civil frente a la violencia, y dos años después el Pacto de Ajuria Enea unía a las fuerzas políticas vascas, excepto Herri Batasuna (HB), contra ETA.

Sabadell. Tras la desarticulación del comando Barcelona que había atentado en Hipercor, este fue de nuevo reconstituido. Lo integraban Joan Carles Monteagudo y Juan Félix Erezuma. El primero, que actuaba como jefe, se había incorporado a ETA tras el proceso de disolución de Terra Lliure, en la que había ingresado en 1983, formando parte de su sector más duro y siendo responsable de las relaciones y la colaboración en Cataluña con el mundo etarra.

Los terroristas asesinaron a seis policías nacionales en Sabadell, cuando se dirigían en un furgón, la tarde del sábado 8 de diciembre de 1990, al campo de fútbol de la Nova Creu Alta para la vigilancia del partido Sabadell-Málaga. Un coche bomba provocó una gran explosión a su paso y destrozó el vehículo. Los bomberos tuvieron dificultades para extraer los cuerpos de las víctimas. El presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, pidió a la población que «no se acobarde», a pesar de «la presencia entre nosotros de un núcleo de la ETA». Era la ciudad de Sabadell una de las subsedes de los JJ. OO. de 1992. El comando Barcelona había cometido, el mes anterior, otro atentado similar en San Carlos de la Rápita, aunque sin ocasionar víctimas.

Vic. Como en el caso de Sabadell, también Vic iba a ser una de las subsedes de Barcelona 92. ETA había amenazado reiteradamente con atentar contra intereses olímpicos. A veces, introduciendo algún matiz, como en 1988 en declaraciones al diario *Avui*: «en principio no hemos dicho que la Olimpiada sea un objetivo militar de ETA, tampoco hemos dicho que no vayamos a realizar acciones contra intereses en el Estado español en 1992». La organización terrorista deseaba repetir una masacre como la de Zaragoza en su pulso contra el Estado. En Vic se produjo, en mayo de 1991, un cruento atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil. El día 29 los etarras lanzaron un coche, un Renault 11, cargado de explosivos y con la dirección bloqueada por la rampa de acceso al patio interior de la casa cuartel, donde en aquel momento estaban jugando unos niños. En la tremenda explosión fallecieron diez personas, cuatro de las cuales niñas de entre siete y catorce años. Uno de los perpetradores, Juan José Zubieta, declaró en el juicio por los hechos, en 1993, que ellos no valoraban cuestiones de edad: «no es nuestro problema que los guardias civiles los utilicen [a los niños] como escudo». Entre los heridos había muchos menores. Todas las fuerzas políticas catalanas condenaron duramente el atentado. El lehendakari José Antonio Ardanza lo calificó de «salvajada, masacre y bestialidad». Las pesquisas de la Guardia Civil y la colaboración ciudadana permitieron localizar, al día siguiente, el escondite de los terroristas en un chalé de Lliçà
d’Amunt.

En el asalto murió el etarra Monteagudo y resultó herido Erezuma, que, aunque fue atendido inicialmente en el policlínico de Granollers, expiró en el traslado al Hospital Clínico de Barcelona. Detuvieron a Zubieta, el tercer miembro del comando, que se había incorporado a él en marzo. También a los necesarios colaboradores, entre ellos la gallega María del Pilar Ferreiro. HB y su entonces portavoz de la mesa nacional, Jon Idígoras, expresaron su solidaridad con Monteagudo y Erezuma, que «han convertido sus vidas en permanente entrega a la causa de la paz y la libertad». El mismo día 30 fue asesinado un policía en Basauri al explotar una bomba en su coche.

Barcelona. A pesar del refuerzo de las medidas de seguridad, mal iba a empezar el año 1992 en Barcelona. De hecho, ya el 13 de diciembre del año anterior dos policías nacionales, José Ángel Garrido y Francisco Javier Delgado, fueron asesinados a sangre fría por los pistoleros de ETA José Luis Urrusolo Sistiaga y Juan Jesús Narváez Goñi en un taller del barrio barcelonés de Les Corts. El 8 de enero de 1992 tirotearon un vehículo militar en el barrio barcelonés de Poble Sec. El comandante del Ejército del Aire Arturo Anguera Vallés falleció en el atentado y resultaron heridos un teniente y un soldado. Solamente ocho días más tarde, el 16, dos suboficiales del Ejército de Tierra murieron ametrallados por los terroristas vascos en las cercanías del cuartel del Bruc, en la Ciudad Condal. El 15 había sido asesinado en Valencia Manuel Broseta. El presidente del Gobierno de España, Felipe González, declaró que «el objetivo de los terroristas es hacer un chantaje al Estado en un año muy significativo, aunque naturalmente no lo vamos a consentir». El alcalde Maragall expresó su confianza en que lo ocurrido fuera el «canto del cisne de ETA». El 19 de marzo, un artificiero de la Guardia Civil (TEDAX) pereció en la explosión de un coche bomba en Lliçà d’Amunt.

En Sant Quirze del Vallés, horas después, el albañil Antonio José Martos falleció cuando se dirigía a trabajar como consecuencia de la explosión de otro coche bomba en un túnel de la autopista A-18.

La banda criminal no actuó durante los Juegos Olímpicos. Parece,

no obstante, que lo intentó. Los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado descubrieron unos días antes de la inauguración, en una de las revisiones de las instalaciones de Barcelona 92, un explosivo con temporizador colocado en la estructura del techo del Palau Sant Jordi. Nadie lo reivindicó ni tampoco se hizo público el hallazgo en aquel momento. Muchos años después, Rafael Vera se inclinaba por la autoría de un grupo vinculado a ETA. La Guardia Civil protegió 129 instalaciones en Cataluña durante los JJ. OO., mientras que el Ejército de Tierra lo hacía con 65 objetivos estratégicos.

Madrid-Argel-Sevilla. Entre 1988 y 1992, ETA planteó un pulso al Estado con la intención de forzarlo a su reconocimiento como interlocutor y a una negociación ventajosa. Poner muertos y destrucciones encima de la mesa resultaba decisivo. El Gabinete González aceptó negociar con ETA en Argel en 1989, pero las conversaciones fracasaron. Los JJ. OO. de Barcelona y la Expo de Sevilla se convirtieron en objetivos desde el primer momento. Creían, desde ETA y su entorno, que los gobernantes españoles iban a encontrarse en una situación de debilidad como consecuencia de la coincidencia de tantos grandes acontecimientos y no podrían soportar la presión internacional para obligarlos a negociar. El dirigente Fitipaldi daba las siguientes instrucciones a sus *gudaris*, en julio de 1991: «Tened en cuenta que en vacaciones y en las movidas veraniegas os resultará muy fácil desplazaros como legales y que no es tan difícil colocar unos petardos en Barcelona, Sevilla o Madrid». 1992 fue adquiriendo un halo mítico. La seguridad fue, desde el primer momento, una de las grandes preocupaciones de los organizadores de ambos eventos y del Gobierno de España. Cabe recordar, para contextualizar la cuestión, que el secuestro del empresario Emiliano Revilla, en 1988, había dejado en las arcas de ETA mil doscientos millones de pesetas, que alimentaron sus actividades durante años. Además, el nuevo Gobierno socialista francés, en el mismo año, con Pierre Joxe al frente de Interior, frenó las acciones contra ETA de su antecesor en el ministerio, el conservador Charles Pasqua. También en 1988, el nuevo ministro de Justicia español, Enrique Múgica, optó por la política de dispersión de presos. ETA confirmó en 1990, en el diario *Egin*, que la Expo era uno de sus objetivos más importantes. En Sevilla

explotaron varios artefactos entre aquel año y el siguiente: una carta bomba en la Comisaría de la Expo 92, en 1990; un paquete bomba, en junio de 1991, en la cárcel de Sevilla, que provocó cuatro muertos y numerosos heridos, o, asimismo, la colocación de varios artefactos explosivos, en diciembre de 1991, en la provincia de Sevilla, uno de ellos en el lujoso hotel Alfonso XIII de la ciudad hispalense. La capital andaluza vivió en alerta permanente en 1992. Sea como fuere, la Guardia Civil impidió un atentado de grandes dimensiones en esta población al detener en un control, el 2 de abril de 1990, al etarra de nacionalidad francesa Henri Parot, jefe del fantasmal comando itinerante de la banda, al volante de un Renault 14 cargado de amonal.

Bidart. El 29 de marzo de 1992 cayó la cúpula de ETA en una vivienda de Bidart, una población costera francesa a medio camino de Biarritz y San Juan de Luz, a unos veinte y pocos kilómetros de la frontera con España. Grupos especiales de la policía francesa detuvieron, sin encontrar resistencia, a José Luis Álvarez Santacristina (Txelis), Francisco Múgica Garmendia (Pakito) y Joseba Arregi Erostarbe (Fitipaldi o Fiti). Fue un golpe muy importante en la lucha contra ETA, que tuvo que reducir sus acciones, tardó en reconstruir su aparato central y mostró, tanto a los suyos, afectados por la desmoralización, como a los demás, su vulnerabilidad. A principios de 1992, Txelis se mostraba todavía convencido, como anotó en su ordenador, que estaban ganando la batalla contra el Gobierno español y el débil Estado en aquel «año insignia». La operación de Bidart, preparada durante meses por la Guardia Civil y dirigida por el coronel Enrique Rodríguez Galindo, mostró justo lo contrario. Mikel Albisu, alias Antza, se convirtió en el nuevo jefe político de la banda. En opinión del entonces ministro del Interior, José Luis Corcuera, las detenciones salvaron los eventos de 1992.

San Sebastián-Mondragón-Ermua. Desde mediados de la década de los noventa, ETA aplicó la estrategia bautizada como socialización del sufrimiento —prevista en la ponencia *Oldartzen*, de HB—. La violencia callejera aumentó con la *kale borroka*. La organización criminal optó por atentar contra objetivos principalmente sensibles,

en especial políticos no nacionalistas, a la búsqueda de mayor eco mediático. El 23 de enero de 1995 asesinaron a Gregorio Ordóñez en un bar de la parte vieja de San Sebastián. Era parlamentario vasco por el PP y teniente de alcalde del Ayuntamiento de dicha ciudad. Otro edil popular, de Ermua en este caso, Miguel Ángel Blanco, fue secuestrado y ejecutado el 13 de julio de 1997, días después de la liberación del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara —el secuestro más largo de la historia de ETA, 532 días — en un zulo de Mondragón. En el País Vasco y en toda España se sucedieron las manifestaciones multitudinarias por la paz y contra ETA. Fue una reacción popular sin precedentes, fruto del hartazgo por la violencia: el espíritu de Ermua. No obstante, bajo el paraguas de un supuesto «conflicto vasco», los etarras siguieron asesinando y generando víctimas, terror y miedo —ese miedo de los ochenta y los noventa en el interior del País Vasco, tan bien representado en la magnífica novela *Patria* (2016), de Fernando Aramburu— hasta el último momento. La definitiva derrota debe ser atribuida a la eficacia y firmeza del Estado de derecho, así como a la creciente presión ciudadana. En el 2011 ETA anunció el «cese definitivo de su actividad armada».

Barcelona. Como en toda España, después de 1992 los atentados de ETA continuaron en el principado, con la excepción de los años del final de siglo. Entre 1975 y el 2001 el movimiento terrorista provocó en Cataluña más de medio centenar de muertes. La primera en la Ciudad Condal, en junio de 1975, tras el atraco a una sucursal del Banco de Santander: el agente de policía Ovidio López perdió la vida en el enfrentamiento con el comando etarra. La última víctima mortal fue el *mosso d’esquadra* Santos Santamaría, el 17 de marzo del 2001 en Rosas, al explotar un coche bomba frente al hotel Montecarlo, unos minutos antes de lo anunciado por un comunicante anónimo en nombre de la banda criminal. El martes 21 de noviembre del 2000, en Barcelona, Ernest Lluch era asesinado por ETA. Hacia las nueve y media de la noche aparcó el coche en el garaje y, al apearse, el pistolero José Ignacio Krutxaga, que le estaba esperando, le descerrajó dos tiros en la cabeza a corta distancia. En *ETA en Cataluña* (2005), Florencio

Domínguez afirma que no le mataron «por su condición de defensor del diálogo, sino pese a ella». El impacto de aquel cobarde y vil asesinato fue enorme en la sociedad barcelonesa, catalana y española.

3
EL CANTO DEL CISNE

I

PEDIGÜEÑO CHARNEGO SIN TRABAJO
OFRECIENDO EN CATALUÑA
UN TRISTE ESPECTÁCULO TERCERMUNDISTA
FAVOR DE AYUDAR

Este es el texto del primero de los seis carteles que el protagonista de la novela *El amante bilingüe*, de Juan Marsé, exhibe en las calles de Barcelona mientras toca un viejo acordeón. Está sentado, en este caso, «en una esquina mugrienta y helada del Raval, lejos de su barrio, vestido con harapos», con el cartel colgado sobre el pecho e interpretando «briosos pasodobles». Los transeúntes le han arrojado algunas monedas.

El amante bilingüe vio la luz en 1990, pocos meses después de la desaparición de dos de los más próximos colegas y amigos de Marsé: Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma. Fue la obra ganadora del Premio Ateneo de Sevilla, patrocinado entonces por la editorial Planeta. En la novela se narra el proceso de degradación y desdoblamiento de Juan Marés, abandonado por su esposa Norma Valentí tras haber sido pillada in fraganti en la cama con un limpiabotas. Esta, hija de familia rica y catalanista, sociolingüista al servicio de la normalización del catalán emprendida, en los años ochenta, por la Generalitat, tiene debilidad sexual por los charnegos —palabra muy usada, sobre todo en el Franquismo y la Transición democrática, para nombrar, casi siempre de forma despectiva, a los españoles pobres emigrados a Cataluña en busca de trabajo y que no hablaban en catalán—: «Charnegos de todas clases. Taxistas, camareros, cantaores y tocaores de uñas largas y ojos felinos. Murcianos que huelen a sobaco, a sudor, a calcetín sucio y a vinazo.

Guapos, eso sí». La activa defensa y promoción de la lengua catalana resulta perfectamente compatible, en este sentido, con la pasión por «una lengua charnega lamiendo su cuerpo catalanufo»; Norma milita en el catalanismo, sentenció Manuel Vázquez Montalbán en *El País*, «solo de cintura para arriba».

De la infancia de Juanito Marés tenemos noticia por un par de cuadernos, incluidos en las dos partes de la novela: hijo de Rita Beni, una excantante lírica alcoholizada, y del Mago Fu-Ching —en realidad, Rafael Amat—, vivió de pequeño en lo alto de la barcelonesa calle Verdi, en una ladera contigua al parque Güell. Estuvo en Villa Valentí, la torre modernista de los padres de Norma, en su barrio, antes de que esta naciera —cuando se conocieron, en una protesta contra el proceso de Burgos, cuatro años antes del lance de la pillada en casa, él tenía treinta y siete y ella veintitrés—, contorsionado como la Araña-Que-Fuma y recitando versos en una aventura de agridulce regusto.

En un tercer cuaderno, a manera de primer capítulo, se relata el episodio del limpiabotas, una tarde de noviembre de 1975. Una década después, en lo que va de la extinción del Franquismo al pujolismo triunfante, Marés sigue residiendo en el apartamento que había compartido con Norma en Walden 7, en Sant Just Desvern, al lado de Barcelona, y continúa, asimismo, prendado de ella. Al igual que el emblemático edificio de Ricardo Bofill, construido en los años setenta y en el que se desprenden las losetas de la fachada —una imagen, la de un sueño progre que «se desvanece», recurrente en la novela—, también Marés está instalado en la degradación, desfigurado por unas quemaduras provocadas por un cóctel Molotov en botella de Tío Pepe y tocando y mendigando en las calles de la Barcelona antigua y ramblera: «Este edificio se cae a trozos, como mi vida».

Un catalán Juan Marés desdoblado en el charnego Juan Faneca, recuerdo de un amigo de infancia, y con dos identidades en pugna interna, se lanza a la conquista y seducción de Norma. El bilingüe Marés-Faneca acaba retornando a los paisajes urbanos de su infancia —la calle Verdi y la pensión Ynes, con la nieta ciega de doña Lola, Carmen— y acostándose con Norma: «Ahora que todo había terminado, Faneca sintió que le invadía un sentimiento de alivio y culpabilidad». *El amante bilingüe*, que estuvo a punto de

titularse *Corazón bilingüe*, constituye una parodia de la dualidad cultural de Cataluña, una clara mofa y crítica de un cierto nacionalismo y sus sueños húmedos normalizadamente monolingües. Pero es mucho más que eso. Contiene la obra, en un retorno a unos lugares que ya no existen, mucha tristeza, soledad y resignada desesperación. Las páginas de esta polifónica novela, que tomó algo de inspiración en la historia real del pintor barcelonés Luis Claramunt y que recibió bastantes buenas críticas, están recorridas por los fantasmas de la otredad: «Si te conviertes en otro sin dejar de ser tú, ya nunca te sentirás solo».

FILL NATURAL DE
PAU CASALS
BUSCA UNA OPORTUNIDAD

Juan Marés muestra este cartel en las Ramblas, junto a la boca del metro Liceo. Se ha trasladado allí puesto que en la esquina del Raval, en donde se había instalado con el anterior, transcrito al principio de este capítulo, la recaudación ha resultado exigua. Ahora, simplemente, le da la vuelta al rótulo y aparece un nuevo texto, mientras interpreta al acordeón el «Cant dels ocells» de Pau Casals. El dinero recolectado se multiplica por más de siete. Un señor, sin embargo, le afea en catalán que el rótulo está mal escrito —«oportunitat», con tes, no «oportunidad»— y al responder Marés en castellano, aquel se exclama: «Esta sí que es buena: ¿hijo de Pau Casals y no habla catalán? ¡Vaya, vaya!». «Verá usted, es que me crie en Algeciras con mi madre, que era una criada que había servido en casa del maestro y gran patriota…», inventa Marés, ante el escepticismo y desconfianza del sujeto.

La distancia que va de Juan Marés a Juan Marsé es mínima, con dos simples letras que intercambian su lugar al final de una palabra. Juan Faneca era el nombre del futuro escritor antes de ser acogido, con poco más de un mes de vida, por la familia Marsé, Pep Marsé y Berta Carbó. Nacido en enero de 1933 en Barcelona, Juan Marsé era hijo de Domingo Faneca y Rosa Roca, que falleció como consecuencia de unas complicaciones durante el parto. El dúo Marés-Faneca representa una unicidad desdoblada «al otro lado del espejo», como reza la dedicatoria inicial del autor en *El amante bilingüe*. Los nombres de los personajes del libro constituyen, como

resulta habitual en la obra marsiana, todo un mundo.

En el caso de Norma Valentí i Soley aparece un triple guiño del escritor. Comparte, en primer lugar, el segundo apellido, Soley, con el presidente de la Generalitat, Jordi Pujol i Soley. Asimismo, el primero, Valentí, coincide con el de una guapa filóloga, escritora y traductora catalana con la que, a principios de la década de 1960, Marsé tuvo una breve relación, Helena Valentí. Era hija del filólogo Eduard Valentí Fiol y estuvo ligada sentimentalmente con Gabriel Ferraté y Juan Antonio Masoliver Ródenas. Falleció en diciembre de 1990, a los cincuenta años, pocas semanas después de la aparición de la novela de Marsé. Finalmente, y sobre todo, el nombre: Norma se llamaba la protagonista de la primera y más destacada campaña de promoción y sensibilización lingüística de la Secretaría de Política Lingüística de la Generalitat de Cataluña. Se lanzó a principios de la década de los ochenta con el lema «El català, cosa de tots», aunque popularmente sea más conocida como «la campaña de la Norma». Este era el nombre de una chica de doce años, dibujada por Juste de Nin (Esquerrà), que empezaba a hablar con todo tipo de personas, invitándolas a utilizar el catalán. Norma protagonizó numerosas historietas gráficas, con guion de Avel·lí Artís-Gener (Tísner), publicadas en los periódicos de la época. La primera Ley de Normalización fue aprobada en 1983. Lo que se conoce como «normalización» pretendía revertir una sustitución lingüística, a fin de que la lengua perjudicada —el catalán— recuperara el estatus de «plena» o «normal». Los sociolingüistas tuvieron un papel fundamental.

En la novela, Norma Valentí, que había estudiado Filología catalana en la universidad, ejerce como sociolingüista en las oficinas del Plan de Normalización Lingüística. Algunas mañanas, en concreto, «le divertía atender por teléfono las consultas de los charnegos sobre la actual Campaña de Normalización Lingüística». De esta circunstancia se aprovecha un enamorado y patético Juan Marés, haciéndose pasar por comerciante charnego en busca de asesoramiento de la *Xeneralitá*, para llamar y escuchar su voz («Su voz de leche caliente se introdujo en sus venas como un dulce veneno»). El inmediato superior de Norma es Jordi Valls Verdú, un «sociolingüista independentista», un «papanatas monolingüe», con

«su dicción ortodoxa nasal y su alta y campanuda condición de centinela lingüístico en prensa y radio, en el doblaje de películas y en los programas de TV3, la televisión autonómica». Valls Verdú es, asimismo, el amante de la rica heredera de los «catalanufos» Valentí, con la que mantiene una «aventura marrana y monolingüe».

Difícil resulta no relacionar a Jordi Valls Verdú con Francesc Vallverdú, el sociolingüista, poeta y ensayista catalán que estuvo al frente, desde mediados de la década de 1980, de los servicios lingüísticos de la Corporació Catalana de Ràdio i Televisió y persona clave en la ideación del proyecto normalizador y de su aplicación en los medios de comunicación —muy particularmente, en TV3—. Además, Vallverdú fue el autor, en 1982, de una dura reseña acusatoria en *El Món* contra Marsé y su novela *Un día volveré*, afirmando que «el hecho de que un catalán escriba en castellano en Cataluña comporta unas responsabilidades, y él parece ignorarlas». En el cuento «Noches de Bocaccio», publicado en la revista *El Urogallo* en 1986 y que formó parte, inicialmente, del volumen *Teniente Bravo* (1987), Juan Marsé ya hizo referencia a «el quisquilloso y avispado erudito y sociolingüista Francesc Vallverdú, periscopio siempre arriba salvaguardando las contaminadas costas de la prosa catalana traicionada».

Resulta interesante constatar cómo muchos de los progres marxistas de la década de 1970, en la órbita del PSUC, no tuvieron demasiadas reticencias a la hora de integrarse en las redes del nacionalismo dominante en la Cataluña del decenio siguiente o de coquetear con ellas tras la caída del Muro de Berlín. Ernest Lluch acuñó para algunos de ellos, en unos lúcidos artículos publicados en *La Vanguardia* en 1994, el término pujolistas-leninistas. De hecho, ya en 1977 la revista marxista-catalanista *Taula de Canvi* había publicado las respuestas a un cuestionario sobre la anomalía que suponía un escritor catalán escribiendo en castellano, atribuyendo todos los males a la dictadura franquista y a la burguesía patria e ignorando que desde la época medieval, en los territorios catalanes, los escritores se habían expresado en múltiples lenguas —no solamente en catalán y en castellano, sino también en latín, en occitano o en italiano—. Estos autores, se preguntaba, ¿eran escritores castellanos o españoles residentes en Cataluña? Y, en el

colmo del sectarismo, se lanzaba otra cuestión: «¿Hay que considerarlos como fenómeno coyuntural a liquidar a medida que Cataluña asuma sus propios órganos de gestión política y cultural?». No pocos optaron en sus respuestas por la liquidación a corto plazo, como Jordi Carbonell o el poeta Salvador Espriu. «Si nuestra liquidación significa la salvación de Cataluña, adelante con este genocidio», espetó Francisco Candel. Manuel Vázquez Montalbán, miembro de la redacción de la revista, mostró su arrepentimiento por dicha encuesta. Francesc Vallverdú fue uno de los participantes. Juan Marsé se negó a responder.

MÚSICO EN EL PARO
REUMÁTICO Y MURCIANO
ABANDONADO POR SU MUJER

En una maloliente esquina de la catedral de Barcelona, sentado en el suelo sobre hojas de periódico, Juan Marés toca el acordeón con un cartel colgado en el pecho en el que se puede leer este texto, escrito a mano. Le acompaña Cuxot, que, como siempre, dibuja sentado en una silla de tijera. El supuesto mendigo interpreta «Siempre está en mi corazón»: «Su repertorio habitual en esta zona urbana, alrededor de la plaza del Rey, la catedral y la plaza de Sant Jaume, siempre fue a base de Mozart y Rachmaninov y algo de Pau Casals, pero últimamente los viejos y románticos boleros le obsesionaban. El acordeón empezaba a tener demasiados años, pero sonaba bien, era un Hohner ligero y más sentimental de lo conveniente. Norma, Norma… Dicen que la distancia es el olvido, pero yo no concibo esa razón».

La novela *El amante bilingüe* fue adaptada, como otras obras de Juan Marsé, al cine. La película se estrenó en 1993. Era la tercera vez, tras *Si te dicen que caí* y *La muchacha de las bragas de oro*, que Vicente Aranda se atrevía con la literatura marsista. Los dos papeles principales de la película correspondieron a Imanol Arias, desdoblado en Juan Marés y Faneca, y por la bella actriz romana Ornella Muti como Norma Valentí. Entre otros actores, sobresalían Javier Bardem, que interpretaba al limpiabotas charnego pillado in fraganti en la cama con Norma por Marés, y Loles León como la vecina Griselda. El actor Joan Lluís Bozzo se metió en la piel del sociolingüista, rebautizado como Eduard Verdú, aunque en los créditos finales de la película se indique Valls Verdú.

Al autor y cinéfilo Juan Marsé la película no le gustó. Cierto es que el escritor fue siempre muy crítico con las distintas adaptaciones a la gran pantalla de sus obras. En el caso de *El amante bilingüe*, Vicente Aranda sostuvo que la película era mejor que la novela: «Creo que, en sus novelas, Juan a veces pierde el hilo». Marsé, en una de sus pocas declaraciones sobre el tema, aseguraba: «Lo mejor de la película es el culo de Ornella Muti». El guion adaptado por Aranda introducía algunos cambios significativos en la historia, en algunos casos rozando lo políticamente correcto —el cóctel Molotov que destroza la cara de Marés en las Ramblas ya no ha sido arrojado por un grupo de «exaltados nacionalistas catalanes», sino por unos fachas

españolistas—, mientras que aumentando, en otros, la carga de vulgaridad erótica, como se aprecia en la sustitución del alarido de Marés-Faneca tras copular con Norma, que remitía a la infancia del protagonista («Hi ha cap peeeeeell de coniiiiiiill…», tal como gritaba por las calles del barrio el trapero comprador de pieles de conejo), por la demanda de ella de que se mee dentro de su sexo («Pixa’t dins»).

MÚSIC CATALÀ
EXPULSADO DE TVE EN MADRID
AMB 12 FILLS I SENSE FEINA

El texto bilingüe de este cartel, con un músico catalán sin trabajo y una docena de hijos, expulsado de TVE en Madrid, es exhibido por Juan Marés mientras interpreta «La Santa Espina» al acordeón, sentado en el suelo frente a los almacenes Jorba, en el Portal del Ángel. La escena forma parte del décimo capítulo de la segunda parte de *El amante bilingüe*. Su compañero, el retratista Cuxot, «le aconsejó cambiar el rótulo, demasiada coña, le dijo, pero a muchos viandantes les causaba lástima o les hacía gracia y dejaban caer monedas».

En la edición del 2008, el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, más conocido como Premio Cervantes, la distinción más importante de las letras hispánicas, fue concedido a Juan Marsé. Lo habían recibido en los dos años anteriores, 2006 y 2007, Antonio Gamoneda y el argentino Juan Gelman, respectivamente, e iban a sumarse en los dos siguientes el mexicano José Emilio Pacheco y Ana María Matute. En el acto de recepción, celebrado el 23 de abril del 2009 en la Universidad de Alcalá de Henares, el galardonado pronunció, arropado por su familia y en presencia de los reyes y el presidente del Gobierno de España, el preceptivo discurso. Afirmó, entre otras cosas más: «Como saben ustedes, soy un catalán que escribe en lengua castellana. Yo nunca vi en ello nada anormal. Y aunque creo que la inmensa mayoría comparte mi opinión, hay sin embargo quien piensa que se trata de una anomalía, un desacuerdo entre lo que soy y represento, y lo que debería haber sido y haber quizá representado». La dualidad cultural y lingüística de Cataluña, que enriquecía en su opinión a todos, era algo de ayer y de hoy: «yo la he vivido desde que tengo uso de razón, en la calle y en mi propia casa, con la familia y con los amigos, y la sigo viviendo».

EXSECRETARIO DE POMPEU FABRA
CHARNEGO Y TUERTO Y SORDOMUDO
SUPLICA AYUDA

Un Juan Marés de personalidad cada día más desintegrada y suplantada por Faneca toca pasodobles y coplas andaluzas en las Ramblas: «Puesto que el astroso músico callejero era también, en el fondo, un personaje inventado, empezó a ser expoliado: algunas mañanas no era capaz de articular una palabra en catalán, tocaba el acordeón con el parche en el ojo y patillas, y parecía ausente». Las otredades de uno, otras caras en lugar de caretas, como reza la cita maireniana de Antonio Machado que abre la primera parte del libro. Marés-Faneca lleva un cartón en el pecho en el que, con rotulador rojo, ha escrito el texto anterior, en una nueva muestra de ironía y de un cierto cachondeo que mezcla lo socialmente charnego con los tótems de la

patria catalana.

Nada es banal en la literatura de Marsé, un autor que, en palabras escritas por Valentí Puig un par de días después del fallecimiento del autor de *El amante bilingüe*, en julio del 2020, «marcó la diferencia entre la literatura y la fantasmagoría, entre la superficie sin sustancia y el tacto de lo gloriosamente real».

Juan Marsé afirmó en muchas ocasiones, igualmente como el escritor Jorge Semprún, que su patria no era la lengua, sino el lenguaje. Además de numerosísimos artículos en castellano, publicados desde finales de la década de 1950, en revistas míticas como *Bocaccio* o *Por Favor*, o bien en el diario *El País*, Marsé utilizó este idioma para todos sus cuentos y novelas. Como apuntara su buen amigo Joan de Sagarra, dirigiéndose directamente a él desde las páginas de la prensa: «En ti se da una curiosa paradoja: escribes en castellano y tus novelas explican mejor nuestra sociedad que muchas novelas escritas en catalán».

La obra novelística de Juan Marsé es amplia, conformada por una quincena de títulos: *Encerrados con un solo juguete* (1960), *Esta cara de la luna* (1962), *Últimas tardes con Teresa* (1966), *La oscura historia de la prima Montse* (1970), *Si te dicen que caí* (1973) —vio la luz en México y tardó unos años en hacerlo en España—, *La muchacha de las bragas de oro* (1978), *Un día volveré* (1982), *Ronda del Guinardó* (1984), *El amante bilingüe* (1990), *El embrujo de Shanghai* (1993), *Rabos de lagartija* (2000), *Canciones de amor en el Club Lolita's* (2005), *Caligrafía de los sueños* (2011), *Noticias felices en aviones de papel* (2014) y *Esa puta tan distinguida* (2016). Ocho de las anteriores novelas han sido adaptadas al cine.

EL TORERO ENMASCARADO
AGRADECE A LOS CATALANES
SU PROVERBIAL HOSPITALIDAD

Juan Faneca toca el acordeón de Juan Marés en una esquina de la plaza Lesseps. Ha abandonado las Ramblas y prefiere lugares más cercanos al barrio de la infancia y a la vieja pensión Ynes, en la que se aloja, en lo alto de la calle Verdi. La Barcelona marsiana se conjuga casi siempre en pasado. Viste el personaje un traje de luces esmeralda y oro y un antifaz negro. El Torero enmascarado, un papel que el niño Marés había representado recitando pasodobles y cuplés en las varietés del cine Selecto, interpreta ahora sardanas y «El cant dels ocells» de Pau Casals. Lo hace de pie, con un cartel colgado del cuello en el que puede leerse el texto de agradecimiento que se acaba de reproducir: «Contra todo pronóstico, la combinación traje de luces/música catalana, el contraste entre la torería y la sardana atrajo la atención y las simpatías de los viandantes y la recaudación era buena, aunque no tanto como antes».

Juan Marsé prestó escasa atención e intentó que las Olimpiadas de Barcelona 92 le afectaran lo mínimo posible. Vio, sin embargo, la inauguración, en la que le pareció

que había imperado el *savoir faire*; poner «Els Segadors» a la entrada de los reyes «fue muy astuto» y «debió desmontar a los independentistas», le comentó por teléfono al periodista Eugenio Madueño, añadiendo que lo que menos le gustó fue el exceso de lírica en la ceremonia.

Desde el año anterior, la familia Marsé se había instalado en un piso de la calle Sicilia, cerca de la Sagrada Familia. En mayo de 1992 vio la luz en las páginas del diario *La Vanguardia* un cuento breve de su autoría, en el que se reelaboraban materiales de unos artículos de *Por Favor* de la segunda mitad de los setenta: «El jorobado de la Sagrada Familia». En el texto, las alusiones irónicas habituales a Baltasar Porcel, las referencias olímpicas y a las transformaciones que Barcelona estaba viviendo —«la maravillosa o prodigiosa ciudad que está de moda», «esta dinámica y excitante o exultante ciudad», la «remodelación, despiojado y desvenereado o desparmanganatado» del antiguo Barrio chino— no faltaban. Tampoco a «la pavorosa fachada de la Pasión» del templo y sus esculturas, que, por lo que parece, no gustan a un Gaudí redivivo, partidario de parar las obras. Esta es, como mínimo, la teoría del inspector Bohifill (¿Bofill-Bohigas?), encargado del caso, a fin de explicar las acciones de un loco jorobado que ahuyenta con grandes aspavientos a los visitantes del monumento inacabado, ya se trate de grupos de japoneses, de la universitaria Romy Kruger, de nacionalistas catalanes que desean comprobar si los trabajos continúan «en català» o del Comité Olímpico Internacional al completo, con Juan Antonio Samaranch a la cabeza. La policía está actuando para resolver el problema antes de la llegada a la Ciudad Condal de la llama olímpica. Un texto ingenioso, a fin de cuentas, divertido y, en algún momento, descacharrante.

Con posterioridad, Marsé corrigió y amplió el título del cuento para que el desaguisado del escultor Josep Maria Subirachs en la fachada de la Pasión no pasara en absoluto desapercibido: «El jorobado de la Sagrada Familia o cómo acabar con la obra de Subirachs sin ofender la dignidad de la piedra».

En el último capítulo de *El amante bilingüe*, que se sitúa cronológicamente en el verano de 1989, tres años después de la definitiva desaparición de Marés, el Torero enmascarado —debajo del antifaz, el parche negro— se instala en la plaza de la Sagrada Familia para interpretar sardanas: «Los primeros días fue objeto de mofa, pero él no se inmutó y su figura espigada y animosa no tardó en hacerse popular. Contrastando con la mascarada fraudulenta de las nuevas esculturas de la fachada de la Pasión, una fantasmagoría deplorable de piedra inanimada, el charnego fulero se erguía vivo y auténtico con su traje de luces verde y oro y su acordeón sentimental». Un día de domingo se le aproxima un señor con las manos en la espalda y aires de suficiencia y le pregunta: «Escolti, perdoni. De què se’n fot vostè?». ¿De qué se está burlando? Faneca deja de tocar y contesta, en una peculiar mezcla lingüística, «sin esperanza y sin resentimiento»:

—Pué mirizté, en pimé ugá me’n fotu de menda yaluego de to y de toos i així finson vostè vulgui porque nozotro lo mataore catalane volem toro catalane, digo, que menda s’integra

en la Gran Encisera hata onde le dejan y hago con mi jeta lo que buenamente puedo, ora con la barretina ora con la montera, o zea que a mí me guta el mestizaje, zeñó, la barrexa y el combinao, en fin,

s'acabat

l'explicació

i el bròquil, echusté una moneíta, joé, no sigui tan garrapo ni tan roñica, una pezetita, cony, azí me guta, rumbozo, vaya uzté con Dió y passi-ho bé, senyor.

Con esta híbrida oda al mestizaje pone punto y final Juan Marsé a la novela *El amante bilingüe*. Sin esperanza y sin resentimiento. La Cataluña bilingüe y mestiza iba a vivir, en cualquier caso, su particular canto del cisne en 1992.

II

En sus memorias, el presidente de la Generalitat de Cataluña entre 1980 y el 2003, Jordi Pujol, dedica algunas páginas a los Juegos Olímpicos de Barcelona bajo el epígrafe «El compromiso con los Juegos». Recordemos que en la famosa tarde-noche del 25 de julio de aquel año estaba sentado, junto con su esposa Marta Ferrusola, en uno de los laterales de la tribuna principal de autoridades del Estadio Olímpico de Montjuic. A su lado, Felipe González y Carmen Romero. En el centro, los reyes de España. A la derecha de estos últimos, los marqueses de Samaranch y Pasqual Maragall y Diana Garrigosa. A Pujol parece que le encantó la ceremonia inaugural, que calificó de magnífica, según recogía al día siguiente *El Mundo Deportivo*. Aseguró, asimismo: «Nunca había visto ceremonias de unos Juegos, pero sin duda esta ha sido la mejor de todas las celebradas. A mí me han gustado más las cosas de raíz catalana, por supuesto».

Sostiene Pujol que les dijo al alcalde Narcís Serra y al presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, inmediatamente después de que estos le plantearan en 1982 la posibilidad de organizar unos Juegos Olímpicos en Barcelona, que podían contar con el sostén de la Generalitat. Con todo el apoyo político, precisa más adelante en sus memorias, y, si resultaba necesario y posible, con el económico. Recuerda una conversación con el propio Samaranch, años antes, de presidente de la Diputación de Barcelona y miembro del COE a banquero, en la que aquel le dijo que mientras Franco viviera unas Olimpiadas en la Ciudad Condal eran imposibles. Barcelona necesita periódicamente un acontecimiento estimulante, afirma Pujol, activador de energías colectivas. Unos Juegos Olímpicos, en la época de la televisión, «podían ser el gran estímulo, podían reproducir el gran poder de agitación y renovación que había conocido Barcelona los años 1888 y 1929 con la celebración de las Exposiciones».

Sostiene Pujol que él era plenamente consciente de que el titular del acontecimiento deportivo iba a ser la ciudad, no el Estado ni la región. De ahí que correspondiera al Ayuntamiento de Barcelona liderar políticamente los Juegos. El Estado, en cambio, no debía inmiscuirse demasiado, aunque iba a recibir presiones para conseguir las inversiones necesarias para la ciudad. La Generalitat se ponía al servicio del Ayuntamiento para ejercer estas presiones, así como para contribuir económicamente en las obras necesarias y para «ayudar a crear un estado de ánimo positivo en todos los sectores sociales de Barcelona y Cataluña». Pasqual Maragall, el nuevo alcalde de

la Ciudad Condal desde fines de 1982, sigue contando Pujol, deseaba que los Juegos constituyeran el pretexto para una gran transformación urbanística. El *President* estaba de acuerdo en ello y sugirió que la sede del magno acontecimiento no se limitara a Barcelona, implicando a otras ciudades catalanas en el desarrollo de algunas competiciones deportivas bien enraizadas en ellas. A Maragall le pareció bien.

Sostiene Pujol que, desde el principio, el firme compromiso de la Generalitat de Cataluña estaba condicionado a que «la bandera catalana tuviese un lugar preeminente, nada oculto, y que el catalán, con el castellano, fuese una de las lenguas oficiales, juntamente con el francés y el inglés, que son preceptivos». Maragall y Samaranch mostraron su acuerdo. No obstante, aunque acabara cumpliéndose escrupulosamente en los anuncios luminosos y los altavoces del Estadio Olímpico, en el caso de la bandera la cosa fue menos clara, con travesura de Pasqual Maragall —«muy típica de él»— incluida.

Sostiene Pujol que pronto empezaron a creer que la candidatura barcelonesa tenía muchas posibilidades de ganar. La presencia de Samaranch al frente del COI era fundamental. Además, en Barcelona y en Cataluña las cosas se estaban haciendo bien. La candidatura de París generó inquietud, aunque no al presidente de la Generalitat. La capital francesa tenía un poderoso enemigo en el interior, que no era otro que el presidente de la República, François Mitterrand. El alcalde Jacques Chirac iba a disputarle en algún momento el puesto y Mitterrand no permitiría que nada contribuyera a mejorar la imagen de su rival. Pujol asegura que la oposición más peligrosa para una candidatura olímpica es siempre la interior: «Pero el Gobierno de la Generalitat, CiU y yo mismo éramos lo bastante patriotas como para no caer en este juego». Y, acto seguido, añade que Barcelona y Cataluña tuvieron suerte, puesto que el Gobierno de la Generalitat y la oposición en el Ayuntamiento estaban en manos de los convergentes, que actuaron en todo momento con patriotismo. Una actitud que, «con toda sinceridad», confiesa el autor, los socialistas no hubieran tenido si la situación fuese la inversa.

Sostiene Pujol que desde el Ayuntamiento de Barcelona se montó una campaña de carácter local y popular para apoyar la candidatura barcelonesa. Un día, sin embargo, Samaranch convocó una reunión con Pujol, Maragall y el representante del Gobierno de España —en verdad, Pujol dice de Madrid— en la organización de la candidatura, Javier Solana. Allí, el presidente del COI les comunicó que, a partir de aquel momento y con la debida discreción, él iba a intervenir personalmente en la orientación de la candidatura. Y aprovechó para explicarles cómo se hacían de verdad las cosas: la elección de la sede no era fruto de un voto democrático, sino que dependía de un centenar de electores, a los que debía ganarse para la causa. Era necesario, por tanto, invitarles a la ciudad, pasearles para ver las obras olímpicas, hacer contactos y transmitirles seguridad en el proyecto. Samaranch incorporó al Comité Organizador, asimismo, a un par de personas de su confianza: Carlos Ferrer Salat y Leopoldo Rodés.

Sostiene Pujol que así fue cómo los representantes de los comités olímpicos empezaron a llegar a la Ciudad Condal. El guion siempre era el mismo: visita a las obras con el alcalde, que después los recibía en el Ayuntamiento; entrevista con el presidente de la Generalitat, y, por la noche, una cena en casa de Rodés, con «su mujer, sus cinco hijos y el perro». Jordi Pujol cuenta en sus memorias que con todos los visitantes procedía de igual manera, esto es, empezando por interesarse por el

país que representaban: «Yo tengo conocimientos sobre muchos países. Son evidentemente superficiales, pero, bien administrados, suficientes para impresionar». Después les hablaba de Cataluña, de Barcelona y del compromiso adquirido en el proyecto.

Sostiene Pujol que con la obtención de los Juegos Olímpicos iba a quedar demostrado que Barcelona y Cataluña dan saltos adelante a trompicones. Gracias a ellos, las obras de la Ronda de Dalt, que eran responsabilidad del Gobierno autonómico, terminaron más rápidamente de lo esperado. En cambio, el Eje Transversal, que no pasaba por Barcelona, acumuló retrasos. Vuelve a insistir en la necesidad de dejar el partidismo a un lado ante la oportunidad que se estaba ofreciendo: «Hacer es más importante que deshacer». Además de la colaboración era obligado, por parte de la Generalitat, que los Juegos tuvieran lugar en un ambiente de paz —a pesar de la actividad de ETA— y signo positivo.

Sostiene Pujol que la tentación de utilizar Barcelona 92 para emprender acciones para mostrar al mundo la existencia de Cataluña era poderosa: «Yo estaba de acuerdo con esto en un ciento por ciento, pero quería evitar como fuese que las exteriorizaciones pudieran ser perjudiciales para el acontecimiento». La silba al rey el día de la inauguración del Estadio Olímpico, el 8 de septiembre de 1989, creó inquietud en algunos sectores: «La magnitud de las protestas sorprendió a todo el mundo. También a mí. Probablemente habría sido menor si el Rey no hubiese llegado con una hora de retraso, pero de todas maneras la exteriorización sonora fue un toque de alerta que nos hizo insistir a todos, también al Gobierno de la Generalitat y a los sectores nacionalistas en general, en el compromiso de evitar escenas de confrontación».

Sostiene Pujol que, a pesar de todo lo anterior, era necesario encontrar la manera de hacer saber al mundo que Cataluña existía a través de los Juegos y de su cobertura televisiva. Además de imprimir folletos, de publicar mensajes de información en la prensa extranjera y de la utilización del catalán en el Estadio, una gran exhibición de banderas catalanas debía ser el signo externo más visible. Con el objeto de neutralizar la presencia de la señera, denuncia el autor de las memorias, el Ayuntamiento se inventó una bandera híbrida, que animó a colgar en los balcones, y TVE hizo todo lo posible por esconder la simbología catalana. El *President* dio, en consecuencia, la orden a los militantes convergentes de ocupar espacios en la carretera con banderas catalanas al paso de la maratón, que se desarrolló entre Mataró y el Estadio Olímpico. Las cámaras de televisión tuvieron, por fuerza, que enfocarlas. Ya antes de la celebración de los Juegos, algunos grupos de jóvenes —entre ellos, dos de sus hijos— habían mostrado en distintos puntos de la geografía del principado, al paso de la antorcha olímpica, pancartas y camisetas con la inscripción «Freedom for Catalonia». No es cierto, asegura, que él hubiera animado a sus retoños en este sentido, pero tampoco los desautorizó.

Sostiene Pujol que existía, en los ambientes oficiales, cierta inquietud por lo que pudiera pasar el día de la inauguración de los Juegos de Barcelona 92: «El único que estaba tranquilo en el palco era yo». Él sabía que las consignas de contención que había dado a los suyos iban a ser respetadas: «Creo que fue una conducta correcta por parte de la Generalitat y de los sectores nacionalistas del país». La conclusión de Jordi Pujol es que los Juegos Olímpicos fueron un éxito y resultaron muy útiles para Barcelona y para el conjunto de Cataluña: «El Comité Organizador y la ciudad de Barcelona tuvieron una actuación brillante, empezando por su alcalde. Realmente

muy brillante. Y es un orgullo para mí poder decir que todo el mundo colaboró en ella con la máxima eficacia, responsabilidad y lealtad».

Unas memorias son, evidentemente, unas memorias. El Narciso de tinta, en especial si procede del territorio de la política, construye y expone su verdad. La realidad no fue tan de color de rosa como Jordi Pujol la cuenta desde su situación de expresidente todavía «molt honorable», ni tampoco tan desinteresada y leal la colaboración olímpica. Los nacionalistas catalanes y Pujol entre ellos siempre temieron los efectos de unos Juegos Olímpicos en Barcelona, tanto por lo que a una posible españolización de Cataluña se refiere, como por un eventual éxito que incrementara las oportunidades políticas de Maragall y los socialistas en una futura disputa por la máxima institución autonómica. Las buenas palabras no siempre estuvieron acompañadas de acciones y actitudes de idéntico nivel: no se dieron facilidades en el terreno de las infraestructuras (puerto, aeropuerto, rondas, metro), ni se rebajó el nivel de crítica desde la oposición interior en el Ayuntamiento —como mínimo, hasta la derrota de Josep Maria Cullell frente a Maragall en 1991—. La presidencia de la Generalitat estuvo, por fin, mucho más implicada —financiación incluida— en la campaña *Freedom for Catalonia* y otras por el estilo de lo que sostiene Pujol.

III

El Estatuto de Autonomía de Cataluña fue aprobado en 1979. En determinados puntos, como educación, cultura, política lingüística, sanidad u obras públicas, las competencias eran mucho más amplias que en el Estatuto de la Segunda República, mientras que en orden público o justicia eran inferiores. Se mantenían las diputaciones provinciales y los gobiernos civiles. Muchas cuestiones quedaban abiertas para ser reguladas en el futuro por el *Parlament*. Cataluña era definida como una nacionalidad y el catalán como lengua propia, cooficial junto con el español. El 25 de octubre de 1979 se celebró el referéndum sobre el Estatuto. La participación fue bastante más baja que en las votaciones sobre la Constitución, superando ligeramente la abstención el 40 por ciento. Casi nueve de cada diez votantes se inclinaron por el sí.

En las primeras elecciones al Parlamento catalán con vigencia del *Estatut*, celebradas el 20 de marzo de 1980, Convergència i Unió (CiU) obtuvo 43 diputados, encabezados por Jordi Pujol. Convergència Democràtica de Catalunya (CDC), que había absorbido a la Esquerra Democràtica de Catalunya (EDC) de Ramon Trias Fargas, se coaligó con Unió Democràtica de Catalunya (UDC) para crear CiU. Esta formación se situó por delante del PSC-PSOE, con 33 diputados (Joan Reventós), el comunista PSUC con 25 (Josep Benet), Centristes de Catalunya-Unió de Centre Democràtic (CC-UCD) con 18 (Anton Cañellas), ERC con 14 (Heribert Barrera) y el Partido Socialista de Andalucía-Partido Andaluz con 2 (Francisco Hidalgo). Quedaron fuera de la cámara algunos personajes que habían tenido un papel destacado en la izquierda nacionalista e independentista de la Transición democrática, como Jordi Carbonell o Lluís Maria

Xirinachs. Muchas previsiones erraron y las izquierdas perdieron la hegemonía de la que habían disfrutado en años precedentes. El *President* Josep Tarradellas —que, en 1977, había proclamado su famoso «Ciutadans de Catalunya, ja soc aquí»— se retiró, dejando paso a su sucesor electo.

Jordi Pujol, una persona culta y de notable talla política, nacido en Barcelona en 1930, se convirtió en presidente de la Generalitat en 1980 e iba a ostentar el cargo a lo largo de más de veintitrés años. El pujolismo fue un momento fundamental en la nacionalización de Cataluña. Al frente de dicha institución catalana, Pujol y los nacionalistas convergentes se dedicaron con plenitud, para decirlo con una expresión cara a este político y que condensa a la perfección sus ideas, a la tarea de construir Cataluña. Al fin y al cabo, «construir Cataluña» era la continuación lógica de «hacer país» —uno de los lemas identificadores del pujolismo—, que ocupara a este político desde su juventud. De ahí que, en el primer volumen de sus memorias, desde su llegada al mundo hasta la elección al frente de la principal institución catalana de autogobierno, se incluyera, en la edición en castellano, el subtítulo «Historia de una convicción».

A principios de la Transición democrática, Pujol gozaba, en amplios sectores de la sociedad catalana, en especial en el interior, de gran prestigio, que resultaba de la acumulación de los resultados de sus actividades más o menos resistencialistas durante el Franquismo: la campaña contra el director de *La Vanguardia Española*, Luis de Galinsoga, que había espetado públicamente la frase «Todos los catalanes son una mierda» a la salida de misa en la parroquia barcelonesa de San Ildefonso, el 21 de junio de 1959, y que acabó siendo destituido por el Gobierno, a principios del año siguiente, después de meses de pérdida de lectores y anunciantes en el diario; los hechos del Palau de la Música, en mayo de 1960, las torturas padecidas y la condena a prisión en un consejo de guerra; el proyecto de Banca Catalana, como banco nacional, a partir de la adquisición, en marzo de 1959, por parte de un grupo de empresarios e inversores —Florenci Pujol, su hijo Jordi y el cuñado Francesc Cabana representaron un destacado papel— de Banca Dorca; el apoyo financiero a todo tipo de actividades culturales, como la *Gran Enciclopèdia Catalana*, o, asimismo, una frenética actividad por toda la geografía catalana, formando grupos y estableciendo contactos.

Para mucha gente, Pujol era una persona totalmente entregada a la causa de Cataluña, que por ello había sufrido, como Enric Prat de la Riba a principios del siglo XX o Lluís Companys tras la Guerra Civil, el paso por la cárcel, y a la que había dedicado su patrimonio. Ninguna anécdota refleja mejor la voluntad de Jordi Pujol de estar en todo momento al servicio de Cataluña que la del día de su boda con Marta Ferrusola. En los brindis, Pujol aseguró que su pasión primera y fundamental era Cataluña y que, en consecuencia, esta iba a pasar en muchas ocasiones por delante de esposa e hijos. La fórmula no era pura retórica. Acaso sea esta la clave para entender algunas de las cuestiones que tanto se han debatido en los últimos años sobre las relaciones entre la familia Pujol, el dinero y el poder. En la segunda mitad de la década de 1970, en plena negociación del acuerdo CDC-EDC para concurrir juntos a las legislativas constituyentes, Trias Fargas, inteligente profesor, político liberal y líder de la segunda formación, le espetó en una

conversación a Pujol: «yo me he metido en política para servir un poco a Cataluña, pero tú has venido a salvarla».

En 1980, Jordi Pujol formó gobierno en minoría, aunque con el apoyo parlamentario de ERC y también de

CC-UCD.

Barrera, que había conseguido hacer renacer el viejo partido de Francesc Macià y Lluís Companys, aunque manteniendo una cierta indefinición ideológica, asumió la presidencia del *Parlament*. El primer Gobierno Pujol, que funcionó hasta 1984, contaba con un adjunto a la presidencia, Miquel Coll Alentorn, de Unió Democràtica, y un total de once consejerías. Destacaban, entre otros, Ramon Trias Fargas (Economía y Finanzas), Joan Vidal Gayolà (Gobernación) —sustituido más adelante por Macià Alavedra—, Josep Maria Cullell (Política Territorial y Obras Públicas) o Max Cahner (Cultura y Medios de Comunicación).

La tarea fundamental de este Gobierno consistió en conseguir un máximo de competencias —la parte catalana de la comisión mixta de traspasos Estado-Generalitat estuvo presidida por Miquel Roca Junyent—, lo que en un primer momento, hasta febrero de 1981, no resultó difícil puesto que Adolfo Suárez necesitaba los votos de CiU en el Congreso. La otra obra gubernamental destacada, en estos primeros años ochenta, fue la puesta en funcionamiento de la nueva Administración autonómica. La amplia oferta de empleo público iba a favorecer un flamante clientelismo nacionalista.

Tras el fallido golpe de Estado del

23-F

y la formación del Gobierno Calvo-Sotelo, el proceso autonómico se ralentizó, aprobándose, con el apoyo de PSOE y UCD, la LOAPA. Pujol se arrogó el papel de gran defensor de las competencias amenazadas e hizo un amplio despliegue de victimismo, que iba a tener efectos muy negativos en el Partido Socialista, tildado de sucursalista y anticatalán —y más, si cabe, tras el peliagudo caso Banca Catalana—. Cataluña no podía ser una sucursal: esta era la idea central lanzada con notable éxito desde 1980. Era un lenguaje nuevo que distinguía entre una CiU defensora de Cataluña y unos partidos, en especial el socialista, dependientes de las decisiones de Madrid. Lo nacional e identitario colonizó la política en el principado, permitiendo la expedición de certificados de buenos o males catalanes.

Jordi Pujol fue reelegido, en 1984, como presidente de la Generalitat. Esta vez con mayoría absoluta. CiU obtuvo en las elecciones al Parlamento catalán 72 escaños, mientras que el

PSC-PSOE,

con Raimon Obiols como cabeza de lista, se quedaba en 41. Los excelentes resultados convergentes contrastaban con los mediocres de los comunistas, inmersos en luchas intestinas; de ERC, anclada en una cierta vaguedad, que llevó a parte de su electorado a hacer una opción de pragmatismo nacionalista votando a CiU —a pesar de todo, Pujol ofreció a ERC entrar en el Gobierno—, y, finalmente, de los socialistas, afectados por la resaca de la LOAPA y el indecente uso patriótico pujolista del caso Banca Catalana.

Lo ocurrido el 30 de mayo de 1984, el día de la reelección de Pujol, iba a marcar un antes y un después en la historia política de Cataluña. Allí se apuntaló el pujolismo.

Fue, en palabras del *President*, «un acto histórico». La querella interpuesta por el fiscal general del Estado contra él y otros exdirectivos de Banca Catalana devino ataque y «jugada indigna» contra Cataluña. El consejero áulico Lluís Prenafeta y el periodista Alfons Quintà pusieron TV3 al servicio de la movilización. El líder del PSC, Obiols, fue insultado y atacado a la salida del Parlamento, entre gritos de «Mateu-lo, mateu-lo» y «Obiols, botifler», que contrastaban con los de «Jordi, Jordi», «Pujol, Pujol», «Som una nació» y «Català sí, bilingüisme no». Miles de personas ocuparon las calles. Tras un paseo triunfal, Jordi Pujol salió al balcón del edificio de la Generalitat, en la plaza de Sant Jaume, con Marta Ferrusola a su derecha, para dirigir un encendido mensaje a los concentrados: «Con un pueblo no se juega». Líder y pueblo-nación ya eran uno. El mito Pujol recibía su bautismo de masas. El Gobierno central, *de Madrit*, había cometido una indignidad, agregó en su papel martirial, pero «a partir de ahora, cuando alguien hable de ética y de moral, seremos nosotros, no ellos». Todo estaba dicho. Solamente quedaba gritar «Visca Catalunya» y cantar el himno de la patria.

Convergència mantuvo claramente la situación de dominio en los comicios autonómicos de 1988. También en 1992, el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona, en unas elecciones que se avanzaron unos meses para que no coincidieran precisamente con estos. Al margen de Pujol, en esta convocatoria encabezaban las listas Raimon Obiols por los socialistas, Àngel Colom por ERC, Rafael Ribó por Iniciativa, y Alejo Vidal-Quadras por el PP. La titularidad de una consejería de la Generalitat se conjugó por vez primera en femenino en 1992: Maria Eugènia Cuenca, al frente de Gobernación.

En las elecciones de 1995, sin embargo, CiU perdió diez diputados —CiU (60), PSC-PSOE (34), PP (17), ERC (13) e IC-Els Verds (11)—, necesitando apoyos para seguir gobernando. En 1999 CiU obtuvo 56 escaños, por delante del PSC-Ciutadans pel Canvi, con Pasqual Maragall a la cabeza, que se quedó con 52 a pesar de haber obtenido más votos. Los apoyos convergentes a los Gobiernos socialista de González y popular de Aznar pasaron factura. Las de 1999 fueron las últimas elecciones a las que concurrió Jordi Pujol como cabeza de lista y candidato a la presidencia de la Generalitat.

A lo largo de las dos décadas finales de la centuria se conformó un modelo electoral dual en Cataluña, con CiU como vencedora en los comicios autonómicos y el PSC-PSOE en los generales, dejando en todos a la formación pujolista en segundo lugar. Por lo que a los convergentes se refiere, Roca Junyent fue, entre 1977 y 1995, el portavoz del grupo parlamentario catalán en el Congreso. Este se embarcó, a mediados de la década de 1980, en la fallida operación reformista —u operación Roca— con Antonio Garrigues Walker. El Partido Reformista Democrático constituyó un fiasco y no consiguió ni un solo escaño en las elecciones legislativas de 1986. En 1992 tuvo lugar el punto álgido del enfrentamiento Pujol-Roca en el seno de CiU.

Otra dualidad evidente se desprende del pulso entre los vecinos de la plaza de Sant Jaume, que dio lugar a un sinfín de conflictos: la Generalitat en manos convergentes y el Ayuntamiento de Barcelona —además de la Diputación— en las de los

socialistas. Tras Narcís Serra, Pasqual Maragall fue alcalde de Barcelona entre 1982 y 1997, sustituido entonces por Joan Clos y, en el 2006, por Jordi Hereu. A pesar de que CiU presentara a algunos pesos pesados —Trias Fargas, Roca Junyent en 1995, Cullell— como candidatos a alcalde de la Ciudad Condal, nunca puso realmente en peligro, hasta el 2011, la hegemonía del PSC.

No faltaron entre 1980 y el 2003 enfrentamientos de las instituciones autonómicas catalanas con el Estado —numerosos han sido los recursos presentados ante el Tribunal Constitucional— y con algunos ayuntamientos catalanes, en especial el de Barcelona y los de su cinturón industrial, mayoritariamente en manos de la izquierda. Con la Ley de Ordenación Territorial (1987) se suprimió la Corporación Metropolitana de Barcelona, percibida desde la Generalitat como un contrapoder socialista, y se crearon los poco efectivos consejos comarcales.

No resulta sencillo establecer un balance de los años del pujolismo. Importantes fueron los trabajos y proyectos de los gobiernos catalanes en el terreno de las infraestructuras y de los servicios públicos, complementados por los esfuerzos de los ayuntamientos, así como las actuaciones en el campo de la sanidad, la proyección exterior, el desarrollo industrial, las universidades o la enseñanza. Las contribuciones a la modernización de España y, en algunos momentos de la década de 1990, a su gobernabilidad y estabilidad, con beneficiosos acuerdos puntuales —como la cesión de cuotas progresivamente mayores del IRPF o la agilización de traspasos—, pero sin participación en los ministerios, deben ser también destacadas.

En el plato negativo de la balanza figuran los excesos del clientelismo y de una Administración sobredimensionada, unos medios de comunicación de régimen, las limitaciones de los proyectos culturales —perfectamente compatibles con grandes inversiones, que resultan innegables, pero que han creado una sociedad más provinciana y ensimismada y menos universalista por la vía nacional— y la alargada sombra de la corrupción. Escándalos como el del Palau de la Música, que provocó el embargo de la sede central de la antigua Convergència, el llamado caso Pretoria o bien la comisión parlamentaria por la que ha desfilado la extensa familia Pujol en pleno, en febrero y marzo del 2015, constituyen segura y solamente la punta de un iceberg que todavía resiste al calentamiento global. El mito Pujol, en cualquier caso, como bien explicó el periodista Lluís Bassets, se ha hundido.

Los veintitrés años de pujolismo terminaron en el 2003. Se había construido Cataluña o, como mínimo, una de las Cataluñas posibles. Un país, a fin de cuentas, mucho más nacionalizado. Este es uno de los principales éxitos de los Gobiernos de Pujol en la Generalitat y un elemento clave para entender muchas de las cosas que sucedieron en Cataluña entrado ya el siglo XXI. La nacionalización o renacionalización de la sociedad constituyó el elemento central de la misión de construir Cataluña a la que se libró el pujolismo —*Construir Catalunya* era el título, precisamente, de un libro publicado por Pujol, en 1979, en el que se recuperaban algunos de sus escritos de las décadas anteriores—, desde las instituciones autonómicas, a partir de 1980. Lo hicieron posible el reclamo funcionarial, las estructuras culturales bautizadas como nacionales y el control de los medios de comunicación, o bien leyes como la de Normalización Lingüística y la de creación de la Corporació Catalana de Ràdio i Televisió (CCRTV). O, asimismo, la puesta en funcionamiento de nuevas estructuras policiales autonómicas: los Mozos de Escuadra, los *Mossos*.

La primera ley de normalización fue aprobada por el Parlamento de Cataluña, el 6 de abril de 1983, con 105 votos a favor y una única abstención. Su objetivo prioritario, además de mostrar de manera explícita el apoyo institucional al uso social del catalán, era la recuperación de la lengua en el terreno oficial, en los medios de comunicación públicos y en el sistema educativo. En este último, la ley establecía las bases para el uso vehicular habitual de la lengua catalana, impedía de manera explícita la segregación de los alumnos por motivos de lengua y convertía el catalán en la lengua del sistema educativo, aunque se garantizaba algo de presencia del castellano y el conocimiento de las dos lenguas oficiales. Estas políticas lingüísticas tuvieron resultados felices para sus promotores. La aplicación no estuvo exenta de polémica. En 1998, una nueva Ley de Política Lingüística sustituyó a la de 1983, con la voluntad de consolidar y ampliar los efectos normalizadores. Al margen de la aplicación de la ley, el Gobierno catalán organizó varias campañas de promoción y sensibilización lingüística.

Entre las estructuras culturales destacan, además de los museos, el Arxiu Nacional de Catalunya (1980), el Museu d’Història de Catalunya (1986) y, asimismo, el Teatre Nacional de Catalunya, cuyas actividades empezaron en 1996, siendo Josep Maria Flotats su director-fundador. La segunda institución responde desde su creación al alto valor que el nacionalismo concede a la historia y al control de sus relatos y está al servicio de la tarea de patentizar la identidad nacional catalana. El pujolismo dio fuertes alas al relato nacional-nacionalista construido por los historiadores al servicio del catalanismo. El uso y el abuso de la historia, además de la mentira descarnada y burda, constituyen características fundamentales de los nacionalismos.

La primera emisión de TV3 tuvo lugar, en pruebas, la víspera del 11 de septiembre de 1983, mientras que en enero de 1984 empezó la programación normal. El Canal 33 iba a sumarse en 1988. Los recursos invertidos en crear, mantener y desarrollar una televisión catalana, en catalán y nacional han sido ingentes, a la altura de la misión que se le había atribuido. Como escribió Pujol en sus memorias, «en nuestro proyecto de país, una radio y una televisión públicas tenían que ayudar a defender la lengua y a construir consciencia de nacionalidad»; esto es, contribuir «a vertebrar el país a fuerza de transmitir unos valores que nos resultan propios», siendo «una herramienta de conciencia, de construcción y de identificación de país». TV3 contó desde el principio con una programación generalista para todos los públicos y un plantel de grandes profesionales. La apuesta por la producción propia y el desarrollo de la cultura y lengua catalanas han caracterizado su funcionamiento. Las retransmisiones deportivas, con especial atención al Barça, las telenovelas, los informativos y los programas infantiles constituyeron, en el siglo XX, los pilares principales de la oferta.

En octubre de 1990 se hizo público en *El Periódico* y *El País* un documento que el Gobierno de Cataluña y las altas instancias de CiU debatían, por aquel entonces, como programa ideológico para el decenio finisecular. Coordinado por Ramon Juncosa, se había elaborado a partir de unas notas de Jordi Pujol. Era una fuerte apuesta por seguir con el proceso de nacionalización en todos los ámbitos e, incluso, intensificarlo. En uno de los anexos se incluía una lista de algo más de ochenta «agentes actuantes» en el terreno del «pensamiento», en los que se confiaba para la

tarea patria: Baltasar Porcel, Pilar Rahola, Francesc-Marc Àlvaro, Vicenç Villatoro, Salvador Cardús, Quim Monzó, Oriol Pi de Cabanyes, Xavier Bru de Sala, Modest Prats, Josep Maria Ballarín, Josep Benet, Joan B. Culla, Josep Termes, Josep Maria Salrach o Josep Maria Solé i Sabaté.

Entre los objetivos generales del documento destacaban los que siguen: elección y divulgación de los conceptos que permitan el fortalecimiento del pueblo catalán («ser más cultos, más modernos, más cívicos, más solidarios, más europeos, amar el trabajo, gusto por el trabajo bien hecho, constatar las raíces, vigencia de los valores cristianos…»); divulgación de la historia y del hecho nacional catalán; Cataluña-Países Catalanes como nación europea emergente; concienciar a los catalanes de la necesidad de tener más hijos para garantizar la personalidad colectiva; Cataluña como nación discriminada; Cataluña como pueblo que camina en busca de su soberanía dentro del marco europeo.

En el terreno de la enseñanza se recomendaba impulsar el sentimiento nacional catalán de profesores, padres y estudiantes. Para ello era imprescindible el correcto conocimiento de la lengua, la historia y la geografía de Cataluña y los Países Catalanes, o bien catalanizar la enseñanza, además de reorganizar el cuerpo de inspectores para que vigilaran el cumplimiento de la normativa en este terreno. El objetivo principal para los medios de comunicación dependientes de la Generalitat debía ser la eficaz transmisión del «modelo nacional catalán». Introducir «gente nacionalista» en los lugares clave, potenciar el diario *Avui* y crear una agencia de noticias catalana de espíritu nacionalista y gran solvencia eran formas de conseguirlo. A la Administración se le reclamaba identificarse con los valores nacionales (sociedad civil, eficacia, austeridad, etcétera). Finalmente, para los elaboradores del texto, era imprescindible dar a conocer Cataluña y los Países Catalanes en todo el mundo y catalanizar las actividades de carácter lúdico y las deportivas. Por lo que a estas últimas se refiere, se insistía en intensificar la campaña para la creación de un Comité Olímpico Catalán y trabajar por el respeto, en los Juegos Olímpicos de 1992, de «la lengua y la identidad nacional catalana».

IV

En una de las llamadas patéticamente enamoradas de Juan Marés al servicio de asesoramiento lingüístico de la Generalitat, en *El amante bilingüe*, a fin de poder escuchar un ratito la voz de su amada Norma, aquel se hace pasar por Juan Tena Amores, comerciante de Hospitalet con un pequeño negocio de accesorios automovilísticos. Ha decidido poner sus rótulos en catalán, ya que con harta frecuencia «los gamberros de la Crida» le ensucian con espray los que ahora tiene en castellano, y se ha animado a telefonear a la *Xeneralitá*. Ante las dudas de la sociolingüista sobre una traducción y la necesidad de hacer una consulta, le suelta: «Es muy urgente. Esos hijos de puta de nacionalistas de la Crida y del Moviment Terra Lliure son capaces de prenderle fuego a mi establecimiento, los cabrones…». Norma Valentí le reprende y le pide que no insulte ni descalifique a nadie, a lo que el susodicho Tena Amores (ten amores, te enamores), «un pobre murciano, un charnego ignorante», añade que «esos desalmados de Terra Lliure me la tienen jurada, zeñora, me quieren acojonar».

El grupo terrorista Terra Lliure surgió en 1978 con el objetivo de formar un Estado

socialista independiente de los llamados Países Catalanes. Josep de Calassanç Serra, alias Cala, hijo del historiador Serra Ràfols y hermano de Eva y Blanca Serra, estrechamente vinculadas también al mundo del independentismo radical, fue uno de los primeros dirigentes de Terra Lliure. Cala fue expulsado en 1983. En diciembre de 1978, cinco activistas, entre ellos el también fundador Frederic Bentanachs, recibieron adiestramiento por parte de miembros de ETA, que, como regalo de fin de curso, les proporcionaron algunas pistolas, fusiles y balas y unos kilos de goma-2.

El grupo terrorista se dio a conocer en junio de 1981, en un acto organizado por la Crida (Crida a la Solidaritat en Defensa de la Llengua, la Cultura i la Nació Catalanes) en el Camp Nou, a través del lanzamiento de octavillas, en las que se definía como una organización revolucionaria que luchaba por la independencia de los Países Catalanes y hacía un llamamiento a sumarse al combate. Desde un punto de vista político, Terra Lliure surgía de escisiones del PSAN (Partit Socialista d'Alliberament Nacional dels Països Catalans) y se vinculaba a IPC (Independentistes dels Països Catalans) —fundado en 1979 y que dirigían Carles Castellanos, Josep M. Cervelló y las hermanas Serra— y, más adelante, al Emedeté (MDT, Moviment de Defensa de la Terra), creado en 1984. El sectarismo estaba al orden del día y las rupturas de los grupúsculos resultaban violentísimas.

Algunos de los militantes de otra banda activa en los setenta, el Exèrcit Popular Català (EPOCA), se integraron, en torno a 1979-1980, en Terra Lliure. A EPOCA, inspirado por Josep Maria Batista i Roca y fundado por Jaume Martínez Vendrell, un veterano militante de Estat Català, se le atribuye el asesinato de José María Bultó, presidente de la empresa química Cros, en 1977, y, al año siguiente —aunque los hechos resultan algo más confusos—, del exalcalde de Barcelona Joaquín Viola, junto con su esposa Montserrat Tarragona. Una bomba adosada en el pecho destrozó los cuerpos de Bultó y Viola. En julio de 1977 fueron detenidos Carles Sastre, Àlvar Valls, Montserrat Tarragó y Josep Lluís Pérez, acusados del asesinato de Bultó. Se les aplicó, al cabo de unos meses, la Ley de Amnistía. Tras la apelación del ministro del Interior y el asesinato de los Viola se intentó encarcelarlos de nuevo, pero se fugaron antes a Francia.

Sastre fue detenido en 1985, junto con Tarragó y Jaume Fernández Calvet, y condenado a treinta años de prisión como coautor del asesinato de Bultó. Al año siguiente se le absolvió del asesinato de Viola y Tarragona por falta de pruebas, a pesar de que el hijo de la pareja reconoció a Sastre y a Tarragó como dos de las personas que entraron aquel día en su casa. Finalmente, en 1987, se le condenó a dieciocho años más de prisión por pertenencia a banda armada —EPOCA, Terra Lliure— y tenencia de armas. Cumplió once. En 1996 salió de la cárcel, aunque sin aceptar la reinserción. Ni él ni Tarragó ni Valls han pedido nunca perdón a las familias de sus víctimas.

En 1981, miembros de Terra Lliure secuestraron a Federico Jiménez Losantos, que en aquel momento era profesor en un instituto de Santa Coloma de Gramanet y uno de los promotores del *Manifiesto de los 2300* —en el que se denunciaba la discriminación lingüística de los castellanohablantes en Cataluña y las nuevas políticas de inmersión—, y le pegaron un tiro en una pierna. Pere Bascompte fue el

principal perpetrador de la acción. Fue detenido, pero huyó a Francia aprovechando un error administrativo y no regresó a España hasta la prescripción de todos los sumarios pendientes con la justicia. El activista Jaume Fernàndez Calbet, fundador de la banda junto con Bascompte, Cala y Bentanachs, justificó *a posteriori* el atentado como una acción para frenar una «maniobra lerrouxista», congratulándose de que varios de los firmantes del manifiesto se fueran de Cataluña.

Terra Lliure cometió, a lo largo de los años ochenta, numerosos atentados contra oficinas bancarias, juzgados, intereses económicos españoles y franceses y miembros de la policía y el Ejército. Una bomba colocada en los juzgados de las Borjas Blancas mató, en 1987, a una vecina del edificio. Varios de sus activistas fallecieron manipulando explosivos y casi tres centenares de detenciones, por parte de los cuerpos de seguridad del Estado, afectaron a sus militantes y simpatizantes. La eficaz actuación policial iba a sumarse a las deficiencias organizativas y disputas internas. Terra Lliure no consiguió, en ningún momento, una conexión real con la sociedad, que era extremadamente reacia a la lucha armada. Los efectos negativos de la actividad criminal de ETA en Cataluña, desde la masacre de Hipercor hasta el atentado cruento contra la casa cuartel de la Benemérita de Vic, incidieron negativamente en una organización que intentaba, sin conseguirlo siempre, no provocar víctimas mortales.

En la tercera asamblea de Terra Lliure, en julio de 1988, se aprobó un plan de acciones centradas en los Juegos Olímpicos de Barcelona. No todos los miembros de la banda mostraron su acuerdo, reflejo de la crisis que se vivía ya en el seno del independentismo. El acto más celebrado fue el atentado con artefacto explosivo, en el puerto de la Ciudad Condal, contra la réplica más o menos afortunada de la colombina carabela *Santa María*, en mayo de 1990. Ya lo habían intentado antes, pero solamente ahora se salieron con la suya, provocando graves desperfectos y la retirada de este reclamo turístico. No faltaron, en 1991 y 1992, artefactos explosivos colocados en juzgados, agrupaciones políticas, estaciones de Renfe u oficinas de Telefónica y del INEM de toda la geografía catalana. El 29 de junio de 1992 atentaron contra dependencias de Banesto —una entidad vinculada a los JJ. OO.— y dejaron un artefacto frente a la Oficina Olímpica de Bañolas. El temor de las autoridades políticas y policiales a una acción de Terra Lliure antes o durante los JJ. OO. no era un tema menor.

La banda criminal independentista abandonó la lucha armada en 1991, aunque algunos de sus militantes se resistieron —no cesaron, como acabamos de ver, las acciones— y unos pocos, como Joan Carles Monteagudo, alias Andreu, ya habían entrado a militar en ETA. La disolución formal tuvo lugar en 1995. Al año siguiente todos los presos y condenados se beneficiaron de los indultos. Las maniobras de Àngel Colom, que desde 1989 ocupaba la secretaría general de ERC, permitieron que una parte de los militantes de Terra Lliure, así como miembros de Catalunya Lliure y de la rama juvenil Maulets, ingresaran en el partido. Sobresalían, entre ellos, Pere Bascompte o Xavier Vendrell. Colom declaró a Europa Press, en julio de 1991, que la autodisolución de Terra Lliure era «una buena noticia para todos los catalanes y el futuro de Cataluña».

En la segunda mitad de los años ochenta habían ingresado en la moderada ERC, dirigida por Joan Hortalà y Heribert Barrera, un par de grupos de activistas: unos, procedentes de Nacionalistes

d'Esquerra

y de Entesa dels Nacionalistes

d'Esquerra,

justo cuando la mayoría de esta última entidad participaba en la creación de Iniciativa per Catalunya; los otros, provenientes de la Crida, una plataforma creada en 1981 como movimiento cívico de respuesta al *Manifiesto de los 2300* e impulsora de grandes movilizaciones, como la campaña *Som una Nació* —unas cien mil personas reunidas en el Camp Nou— o la protesta, en 1982, contra la LOAPA. Entre los flamantes militantes destacaban Àngel Colom, Ernest Benach y Josep-Lluís Carod-Rovira.

El tono independentista subió en el partido y se produjo una neta radicalización. Los recién llegados fueron adquiriendo poder y, en alianza con algunos núcleos históricos, se hicieron, tras innumerables peleas, con el control del aparato. La victoria colomista en 1989 provocó la ruptura de la formación y la creación, por parte de los disidentes encabezados por Hortalà, de Esquerra Catalana, que, en 1993, se integró en Convergència. Àngel Colom era, por encima de todo, un activista. Como dirigente político mostró actitudes mesiánicas y pobreza intelectual. El nuevo proyecto de ERC consistió en impulsar el independentismo y aumentar y rejuvenecer la militancia.

En la campaña electoral catalana de 1992, los republicanos introdujeron un mensaje de largo y triste recorrido: el del expolio de Cataluña por parte de España. Los resultados en las urnas, sin embargo, no mejoraron. Por esta razón, la dirigencia se propuso, en 1993, rebajar el tono radical y hacer un fichaje estrella, que no tardó en estrellarse: la ínclita y después telebasurera Pilar Rahola. Las tensiones internas aumentaron en los años siguientes, así como el amplio descontento interno hacia el tándem Colom-Rahola. Ambos acabaron por abandonar ERC, en otoño de 1996, y fundar el fracasado Partit per la Independència, antes de terminar en CiU o en su órbita mediática. El resto de facciones de ERC se unieron para asegurar la continuidad del partido y Carod-Rovira accedió a la secretaría general. Desde entonces se marcaron más las distancias con CiU que en épocas anteriores y se fueron incubando elementos que iban a hacer posible, años después, un Gobierno tripartito en la Generalitat.

Coincidiendo con las acciones terroristas del 29 de junio de 1992, algo menos de un mes antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona, se inició la mal llamada «operación Garzón» —Baltasar Garzón no fue, en esta ocasión, el único juez que actuó— con el arresto, en distintos puntos de la geografía catalana, de independentistas acusados de pertenecer o haber pertenecido a Terra Lliure. La operación había empezado bastantes meses antes y la Guardia Civil llevaba casi dos años de investigaciones, incluyendo la infiltración de un topo. El anuncio de abandono de las armas de la banda, en 1991, no detuvo las pesquisas. Los detenidos entre finales de junio y mediados del mes siguiente superaban las cuatro decenas. La mayoría denunció torturas en dependencias policiales. Uno de ellos, Marcel Dalmau, se autolesionó gravemente. El macrojuicio contra veinticinco de los independentistas tuvo lugar en 1995, con un total de dieciocho condenados. La pena más alta fue para Josep Musté. Algunos se habían acogido, con anterioridad, a la fórmula jurídica de arrepentimiento y reinserción.

El independentismo hizo circular una versión complotista, que se mantiene hasta hoy

mismo, según la cual todo había sido decidido en una reunión ultrasecreta en la localidad alemana de Baden-Baden —las fechas oscilan entre 1989 y 1991— a la que asistieron el rey Juan Carlos I, el presidente del Gobierno de España Felipe González, el ministro de Defensa Narcís Serra, el ministro del Interior José Luis Corcuera, el presidente de la Generalitat Jordi Pujol y el alcalde de la Ciudad Condal Pasqual Maragall. Los dos brazos ejecutores de tamaño contubernio habrían sido el juez Baltasar Garzón y el director general de la Guardia Civil, Luis Roldán. Las protestas ante las detenciones en el mundo independentista catalán, en especial en la provincia de Gerona, y en la izquierda más radical no tardaron. Según Colom, era «la agresión más importante que ha sufrido Cataluña en la última década». La Crida y otras organizaciones prepararon un acto de protesta en el Palau de la Música a mediados de julio. Cierto es que, en el marco de esta importante operación contra el terrorismo, no todo se hizo bien, ni mucho menos, pero se evitó mucho mal.

V

Terrorismo y contraterrorismo al margen, los nacionalistas catalanes llevaron a cabo, desde la nominación de Barcelona, en 1986, como sede de los Juegos del 92, numerosas acciones reivindicativas y polémicas. Una atención especial merece la campaña emprendida desde algunos sectores contra Mariscal y la mascota olímpica. Como vimos en el prólogo, el jurado del concurso organizado por el COOB para elegir la propuesta de mascota para los JJ. OO. se inclinó, el 11 de enero de 1988, por el proyecto presentado por el diseñador Javier Mariscal. La decisión fue ratificada en la reunión de la ejecutiva de la entidad olímpica el día 29 del mismo mes de enero. La mascota era un perro o, como declaró entonces el consejero delegado del COOB, Josep Miquel Abad, un «perro, bicho o lo que sea». No fue bautizada como Cobi hasta mayo de 1988. En el concurso había sido presentada como Gos Juli, adaptación del garririano-vinçoniano perro Julián del autor. Mariscal, entre tanto, siguió con sus actividades y compromisos, entre ellos un viaje, en enero, a Valencia para presentar unas sábanas que había diseñado para Industrias Burés.

El 21 de enero de 1988 el diario valenciano *Las Provincias* publicó unas declaraciones de Mariscal. No están claras las circunstancias de la entrevista: la periodista vio el filón anticatalanista, tan caro al periódico, y el autor alegó informalidad, descontextualización y unas copas de más tras una agradable cena. Sea como fuere, bajo un gran titular en el que Mariscal aseguraba que él no existía para la Generalitat catalana, se reproducían algunas de sus respuestas. Entre ellas, la siguiente: «Lo mejor de Barcelona es su mezcla de gentes, de razas, de culturas. Su vertiente de ciudad abierta es magnífica, pero el Sr. Pujol cultiva el sentido pueblerino, lo cerrado, el "seny". Jordi Pujol es horrible, no mide más de 1,40 y si fuera por él todos tendríamos que hacer "catalanismo", "patria" y todo eso». Justo antes, a la pregunta «¿Qué es lo más horroroso de Barcelona?», Mariscal había contestado: «Que pretende tener "sis milions" de personas. Y no llegan. También es horrible que haya tantos catalanes». La espontaneidad y el deseo de ser gracioso iban a jugarle esta vez una mala pasada al diseñador, en pleno periodo preelectoral en Cataluña y de enfrentamiento más o menos patente entre los vecinos de la plaza de Sant Jaume, con la organización de la Olimpiada como ocasional campo de batalla.

La televisión pública catalana, TV3, y el diario nacionalista *Avui* se hicieron

inmediatamente eco de las palabras de Mariscal, en lugar destacadísimo y sacándolas de su contexto. Toda la prensa se ocupó del tema, al tiempo que brotaban cartas al director protestando por la ofensa. El diseñador ha calificado en alguna ocasión aquellos días como el periodo más negro de su vida. Renunció, ante el ambiente creado y las llamadas amenazantes que recibía tanto en el portero automático como por teléfono, a salir a la calle. Decidió, asimismo, guardar silencio.

La polémica subió de tono tras la ratificación por parte de la ejecutiva del COOB, el viernes 29 de enero, de la propuesta perruna de Mariscal como mascota de Barcelona 92. Se «lamentaba profundamente», sin embargo, «de ser ciertas las declaraciones de Mariscal, que las hubiera realizado». El mismo día se firmó el convenio de servicios lingüísticos, que definía las cuatro lenguas de los Juegos de Barcelona: castellano, catalán, inglés, francés. El asunto Mariscal fue abordado en la reunión del domingo del consejo nacional de Convergència Democràtica, que expresó por unanimidad su «disgusto y rechazo» ante la decisión del COOB. Las palabras de Mariscal eran tachadas de «insultantes para los ciudadanos y las instituciones de Cataluña». Miquel Roca Junyent se encargó de transmitirlo a los medios.

El lunes 1 de febrero, Jordi Pujol terció en la polémica desde su puesto institucional. Además de confirmar que los representantes de la Generalitat habían votado contra el diseño de Mariscal, ya antes de sus declaraciones, sentenciaba el *President*: «Un país tiene derecho a defenderse de los insultos y a rechazar los insultos que se le aplican como colectividad». El caso Mariscal había pasado a convertirse en un auténtico «asunto de país». Pasqual Maragall se vio en la necesidad de pronunciarse, en una emisora de radio, para asegurar que «elegimos un diseño, no unas declaraciones».

Mientras tanto, la presión pública del nacionalismo aumentaba, con el diario *Avui*, TV3 y la Crida como arietes. Abad y el COOB, con su centralita colapsada y amenazas de bomba, exigían de Mariscal un gesto. La situación era explosiva —«Un perrito que nace caliente», titulaba *El País* uno de sus editoriales— y por la cabeza del artista pasó la posibilidad de marcharse de su ciudad adoptiva. Finalmente, sin embargo, decidió ceder: «Sabía que era una bajada de pantalones, pero la cosa se puso muy cuesta arriba y yo me encontré sin elección». El 2 de febrero habló con algunos periodistas y acudió, por la noche, al popular programa *Àngel Casas Show* de TV3, en donde fue severamente interrogado y humillado. Al día siguiente apareció en las páginas del *Avui* un artículo firmado por él, «No sóc anticatalanista», que, según su biógrafo Llàtzer Moix, fue escrito en la redacción del propio diario. Entre otras cosas más, mostraba su arrepentimiento y se declaraba partidario de la normalización lingüística y la recuperación de la catalanidad.

Jordi Pujol, en tanto que presidente de Cataluña, dio por cerrado el asunto el jueves 4 en declaraciones a TV3. Consideraba satisfactorias para el pueblo catalán las explicaciones y rectificaciones de Mariscal, en especial en el artículo del diario *Avui*: «Celebro que haya hecho un artículo claro y contundente, diciendo que se equivocaba, sin matices, dando la cara y pidiendo perdón». Dejaba caer también, como por casualidad, que, si el dibujante no hubiese rectificado, «nadie podría criticar al pueblo de Cataluña, que habría pedido que se le diera satisfacción […] y hubiera habido un movimiento muy importante». Roca Junyent afirmó, en la misma

línea, que las declaraciones y el artículo de Mariscal eran «una rectificación muy contundente y clarificadora» y, por consiguiente, daban satisfacción a los ofendidos.

A pesar de las palabras del *President*, desde ERC aseguraron que estas no les obligaban a nada y la Crida decidió continuar con su campaña de boicot a la mascota de Mariscal. Desde el principio, esta entidad solicitó al COOB que reconsiderara su fallo. Tras la ratificación del diseño por parte de la entidad, insertaron en la prensa un anuncio llamando al boicot activo a partir de un par de acciones: telefonear a la sede del COOB para protestar y exigir la retirada de la mascota —incluían el número de teléfono— y expresar de manera gráfica (con espráis, pintura o adhesivos) el rechazo a Mariscal, a su mascota y, asimismo, a Barcelona 92. La manifestación convocada para el viernes 5 de febrero fue un fiasco, con menos de medio millar de personas protestando. Una pequeña caravana de coches y motocicletas circuló desde la plaza de Sant Jaume hasta Montjuic. En una de las pancartas podía leerse: «Mariscal, el animal eres tú, ¡no tu perro!». Jaume Lorés aludía, en *La Vanguardia*, a los radicales gritones: «Estos aprendices nostálgicos de almogávares que a veces adquieren visos de gadafitos con barretina y alpargatas, en vez de preocuparse por cosas serias no se les ocurre nada más que lanzar una campaña molesta contra Mariscal. Con un trasfondo político evidente. O tan solo marañero».

El alcalde Pasqual Maragall responsabilizó a la Generalitat de la polémica orquestada contra la mascota olímpica, que era, en su opinión, la cobertura para «un ataque frontal a la organización de los JJ. OO. de 1992». Denunciaba la doblez de algunos sectores que, al tiempo que apoyaban públicamente la Olimpiada, aprovechaban cualquier ocasión para crear recelos y suspicacias sobre la tarea del Comité Organizador. No era otra cosa lo ocurrido a partir de las declaraciones de Mariscal, usadas desde el Gobierno catalán para «renovar un clima de reservas y desconfianzas». Entre las reticencias de la Generalitat, enumeraba el bloqueo del hotel de Miramar, la oposición al metro de Montjuic, la negativa a ceder un edificio público para la oficina olímpica o el no cerrar el anillo viario de Barcelona para los cinturones. Reclamaba Maragall «una auténtica lealtad olímpica», que era lo que necesitaba verdaderamente la ciudad. El mismo día 4, el líder del PSC Raimon Obiols pedía cerrar el asunto, no sin recordar que el artículo que se había obligado a escribir al diseñador «parece una autocrítica, como si estuviésemos en un país estalinista». Desde la Generalitat, el consejero de Industria y Energía, Macià Alavedra, negaba al día siguiente los reproches de Maragall y le acusaba de politizar de manera irresponsable los Juegos Olímpicos. El alcalde de Barcelona hacía, asimismo, un llamamiento a dejar enfriar la polémica.

Jordi Solé Tura publicó en el diario *El País*, el 10 de febrero, el artículo «Cataluña y el “caso Mariscal”». Una frase del primer párrafo era bien contundente: «Creo sinceramente que lo que acaba de suceder en Cataluña es el episodio político más grave de los últimos años y/o más preñado de consecuencias negativas». A diferencia de aquellos que opinaban que el presidente Pujol y su partido habían decidido terminar con la campaña ante el temor de que pudiera escapárseles de las manos, el columnista afirmaba que si lo habían hecho era porque ya consiguieron los objetivos que buscaban. En primer lugar, sacar réditos electorales, ante los comicios autonómicos de finales de mayo, con el recurso ya habitual en los nacionalistas de presentarse como los grandes defensores del pueblo catalán amenazado u ofendido.

En segundo, desestabilizar al COOB, puesto que quedaba fuera del control de los convergentes. Solé Tura insistía, en este sentido, en que, desde que empezara la campaña por la candidatura olímpica de Barcelona, la actitud de la formación pujolista y de la Generalitat «ha sido de reticencia contenida o explícita, y en todo caso, de pasividad en los asuntos que requieren una mayor y más activa colaboración entre todas las instituciones». La campaña contra la mascota mariscaliana era el último eslabón de «un rosario de maniobras, de acusaciones veladas o abiertas y hasta de negativas a asumir las responsabilidades específicas de la mayoría que gobierna la Generalitat».

Lo recién ocurrido —desde la protesta organizada a la absolución solemne, pasando por una autocrítica humillante— «había creado un clima de auténtica histeria y de irracionalidad entre amplios sectores», que amenazaba la convivencia cívica y la libertad de expresión. El asunto Mariscal no era fortuito, sino un ensayo general de una línea de actuación política impulsada por Pujol. Solé Tura citaba aquí otros casos, que le conducían a la siguiente conclusión: «A partir de ahora queda, pues, claro que para ser considerado catalán no basta ya con vivir y trabajar en Cataluña, sino que además se requiere manifestar fidelidad al presidente Pujol por activa y por pasiva [...]. La definición exacta de lo que es ser catalán queda, pues, en manos del propio presidente Pujol, que puede decidir si una persona es hostil a Cataluña o no y puede otorgarle o negarle el perdón, con las consiguientes consecuencias personales y profesionales». Esto ocurría, agregaba el autor del clásico y polémico *Catalanisme i revolució burgesa* (1967), en una sociedad pluralista y tolerante como la catalana y era fruto del tipo de identidad nacional, de pueblo asediado y siempre pendiente del enemigo exterior de turno —en dictadura o en democracia—, fomentada desde el nacionalismo gobernante.

Los cultivadores de esta dialéctica permanente amigo-adversario, sostenía el que fuera uno de los padres de la Constitución, exigían «la defensa a ultranza, la unidad sin fisuras en torno a los dirigentes del país», y todo lo justificaban, «incluso la limitación del pluralismo político y cultural». Las frases finales del texto sonaban a aviso para navegantes: «Por eso, lo que está en juego, lo que hay que defender, es la idea misma de una Cataluña plural, diversa y tolerante, a prueba de irracionalidades colectivas y de mesianismos y capaz de asumir con tranquilidad todas las implicaciones del pluralismo, entre ellas, el derecho a la frivolidad. Esta es, a mi entender, la principal enseñanza de lo ocurrido y la principal advertencia de lo que puede ocurrir si las cosas no cambian».

VI

En las memorias de Jordi Pujol, a las que he dedicado unas páginas en este capítulo, el político catalán habla de eficacia, responsabilidad y lealtad con respecto a Barcelona 92, al tiempo que reconoce la participación de dos de sus hijos en la campaña *Freedom for Catalonia*, asegurando que no los había animado a ello, pero tampoco desautorizado. Mucha vaselina parece contener esta versión *a posteriori* de lo realmente ocurrido. Ya en mayo de 1989 el economista Jacint Ros Hombravella hablaba del «síndrome antiolimpiada de Barcelona 92» de Pujol. El estadista hace esfuerzos por esconder al activista que siempre ha llevado dentro,

pugnando ansiosamente por salir. Ello iba a resultar evidente en los actos de inauguración de la V Copa del Mundo de Atletismo, el 8 de septiembre de 1989, en el renovado Estadio Olímpico de Montjuic.

Eran varios los grupos nacionalistas que deseaban valerse de la ocasión para reivindicar o protestar. Desde la Crida a la Solidaritat, liderada por Jordi Sànchez, se hizo un llamamiento para acudir al Estadio para silbar y abuchear al himno español y a la familia real. Los jóvenes de ERC ansiaban también hacerse notar. La Asociación para la Delegación Olímpica de Cataluña, fundada en 1987, quería aprovechar el momento para reclamar el reconocimiento de un Comité Olímpico de Cataluña (COC). Las juventudes de Convergència (JNC), con Carles Campuzano, Lluís Recoder y Jordi Martí al frente, esperaban instrucciones de sus mayores. Pujol dio órdenes, tras convencer a Roca Junyent, de que se compraran, a cargo del partido, algunos centenares de entradas para el acto destinadas a miembros de la JNC. Se introdujeron a escondidas, también, más de mil señeras en el recinto deportivo. La voluntad del *President* era llenar el Estadio Olímpico de banderas catalanas. En un comunicado, la JNC invitaba a los ciudadanos a «hacer saber que somos una nación que lucha por su libertad».

Asimismo, un grupo de jóvenes pujolistas muy bien conectados en *Palau* y que, más adelante, iban a integrarse en Acció Olímpica, se preparaban para dar la nota; entre ellos, algunos vástagos de Pujol y el hijo de Prenafeta, Oriol. Aprovechando sus altas conexiones, asegura José Antich en *El Virrey*, estos metieron en el Estadio Olímpico el día de la inauguración una gigantesca bandera catalana, escondida en el maletero del coche oficial del presidente de la Generalitat. No se atrevieron, sin embargo, a la hora de la verdad, a sacarla. Otro gran estandarte, que portaban Joaquim Forn, Marc Prenafeta y Laura Masvidal, no pudo ser introducido en el Estadio.

Las circunstancias que confluyeron la tarde del 8 de septiembre de 1989 en Barcelona favorecieron los intereses de los distintos grupúsculos nacionalistas: la intensa lluvia que tuvieron que soportar los espectadores, los clamorosos fallos organizativos y la media hora de retraso en el arribo de la familia real, debida a la llegada tardía del avión de don Juan Carlos. La inauguración estaba prevista para las seis de la tarde. Desde hacía ya un rato, algunos jóvenes nacionalistas —y algún veterano presente en todas las salsas catalanísticas, como Josep Espar i Ticó— gritaban y silbaban. Muchas banderas catalanas se exhibían reivindicativamente en las gradas. Los convergentes y miembros de la Crida las seguían repartiendo en el exterior del recinto deportivo. También silbatos. Desde la plaza de España hasta Montjuic el suelo había quedado cubierto de octavillas, en catalán e inglés, con el «Freedom for Catalonia» o vivas a una Cataluña libre y referencias a esta como nación oprimida. La policía incautó señeras con palos grandes, lo que iba a ser transformado en enésimo agravio a la bandera. Algunas autoridades empezaron a temer que las cosas pudieran descontrolarse.

La entrada de los reyes de España y del príncipe de Asturias en el palco de honor fue recibida con abucheos por parte de centenares de nacionalistas de toda condición. Los aplausos de una parte de los asistentes y el silencio de muchos otros pasaron casi desapercibidos. No se oía el himno español, apagado por los silbidos. Se abrieron pancartas, sobre todo una grande con el lema «Freedom for Catalonia». Desde encima de la tribuna que ocupaban los reyes se lanzaron octavillas, con un texto revisado

previamente por Prenafeta padre, según Antich, y pagadas, seguramente, con el fondo de reptiles de Presidencia. Destacaba por su entusiasmo Oleguer, el benjamín de los Pujol. Aparecieron algunas banderas independentistas, rápida y contundentemente retiradas por la policía. Televisión Española cortó unos minutos la emisión. Hubo gritos a favor del Comité Olímpico de Cataluña y estallaron unos cohetes cerca. No formaban parte del espectáculo, sino que habían sido lanzados desde el cementerio de Montjuic por tres miembros de la Crida, detenidos por las fuerzas del orden. Un portavoz de esta entidad declaró a la agencia EFE que las protestas eran solamente «un ensayo de las que se realizarán en 1992». Maragall fue silbado durante su parlamento.

Las caras largas y de preocupación entre casi todas las autoridades eran bien visibles, desde el alcalde Maragall hasta la familia real, sin olvidar a Narcís Serra, Javier Solana o Juan Antonio Samaranch. Este último explicitó poco después su inquietud, como dirigente del COI, tanto por las infraestructuras como por las cuestiones de orden político. Aunque el presidente de la Generalitat salió más bien satisfecho del Estadio Olímpico, consciente de que el símbolo de Cataluña había sido visto por miles de espectadores en todo el mundo, no tardó en comprender que una tempestad institucional se avecinaba. No solamente empezaron a llegarle mensajes sobre el malestar de la Casa Real, sino que el delegado del Gobierno le comunicó que obraban en poder de la policía imágenes de su hijo pequeño entre los jóvenes que abuchearon al rey.

El Gobierno González calificó los acontecimientos del Estadio Olímpico como «lamentables y penosos». «Negativos y lamentables», en opinión de Maragall. Josep Maria Sala, secretario de organización del PSC-PSOE, aseguró que los incidentes eran «especialmente graves» y ponía de relieve el papel de Convergència como apoyo a los agitadores y la falta de compromiso olímpico de Pujol y los suyos. El líder de la oposición municipal, Josep Maria Cullell, respondía a Sala y afirmaba que los verdaderos problemas eran los de organización. En la misma línea se posicionó Unió por boca de Josep Antoni Duran Lleida. Roca Junyent desmintió toda relación de su partido con los percances. Mientras tanto, la prensa se hacía eco de la desazón en la cúpula del Estado y en instituciones catalanas no controladas por el nacionalismo.

Jordi Pujol intentó frenar el escándalo declarando, el 11 de septiembre, que se había sentido incómodo con los hechos del viernes anterior, especialmente por razones personales, puesto que «siento un afecto personal por el rey». No fue suficiente, lo que acabó obligándole a forzar a las juventudes convergentes a emitir un comunicado, el 12, en el que negaban haber participado en el abucheo a la familia real. El mismo día se hizo público un mensaje oficial en el que el Gobierno de la Generalitat reiteraba su adhesión al rey y a la Corona, condenaba los actos hostiles de la inauguración y confirmaba su total apoyo a los Juegos Olímpicos de Barcelona. Cabe recordar que el día anterior, la Diada, Terra Lliure perpetró un atentado contra el cuartel de la Guardia Civil en la subsede olímpica de Bañolas, que produjo graves heridas a dos agentes. El grupo criminal aseguró que era una respuesta ante los ultrajes de la bandera española a la catalana del día 8. Entre los consejeros catalanes reunidos el 12 de septiembre hubo alguna reticencia para con el mensaje propuesto, en especial de Josep Miró i Ardèvol —nombrado, al año siguiente, presidente del fantasmagórico COC—, pero nadie protestó. Jordi Pujol necesitaba en aquel

momento recomponer sus relaciones con la Casa Real y mostrar en público su compromiso con Barcelona 92.

Las múltiples experiencias de septiembre de 1989 no iban a caer en saco roto. Todos, desde los jóvenes activistas del nacionalismo catalán hasta las fuerzas del orden, sin olvidar al COOB y el propio Jordi Pujol, sacaron sus particulares conclusiones pensando ya, evidentemente, en la gran cita del verano de 1992. Entre los nacionalistas catalanes tomó cuerpo la campaña *Freedom for Catalonia*, reuniendo personas, sobre todo jóvenes, provenientes de distintos grupos o entidades, desde la JNC hasta la Crida. Marc Prenafeta ha explicado que el lema surgió en una reunión con Jordi Pujol júnior, Joaquim Forn y su padre Lluís Prenafeta, mano derecha de Pujol en el Gobierno de la Generalitat hasta 1990, y estaba inspirada en la campaña *Freedom for Mandela*. Antes de 1992 podía vérselos con sus banderas y pancartas en partidos de fútbol, baloncesto y otros deportes, especialmente en las actuaciones del equipo de fútbol americano Barcelona Dragons, que algunas televisiones estadounidenses retransmitían.

Pujol no estaba dispuesto a renunciar a su papel activista, aprovechando la oportunidad histórica facilitada por Barcelona 92, pero no deseaba que la cuestión pudiera volver a descontrolarse, con nuevas afrentas a la Casa Real o actos potencialmente ofensivos. En este sentido, el *President* pidió a Ramon Juncosa que ordenara al convergente y presidente de Òmnium Cultural, Josep Millàs, la creación oficial de Acció Olímpica, a principios de 1992, como asociación vinculada a esta entidad cultural. De este modo, se ofrecía cobertura legal a los *freedom*, además de mucho dinero —se barajaron cifras por encima de los ciento cincuenta millones de pesetas—, a cambio de un cierto control y supervisión de sus actividades.

El 3 de febrero de 1992 se presentó oficialmente Acció Olímpica (AO) en el Colegio de Abogados de Barcelona, con la asistencia en primera fila de Marta Ferrusola y el presidente del COC, Miró i Ardèvol. Intervinieron, entre otros, el vicepresidente de Òmnium Jordi Bonet, el presidente de la Unión de Federaciones Deportivas Catalanas Enric Piquet, el pedagogo Joan Triadú, el rapsoda Celdoni Fonoll y el futbolista Pep Guardiola. Se leyó también una encendida carta de Rahola. Desde Acció Olímpica se pretendía que los balcones se llenaran de banderas catalanas durante los Juegos, que la señera no fuera ultrajada por las fuerzas de seguridad, que el catalán constituyera la lengua oficial preferente y que tanto los deportistas catalanes como los voluntarios llevaran distintivos especiales. La lengua y los símbolos de Cataluña debían tener el tratamiento adecuado correspondiente a país organizador. Al terminar los parlamentos, el medio millar de asistentes entonó el «Cant de la senyera» y «Els Segadors».

En algunos periódicos apareció aquellos días un anuncio con el manifiesto de la campaña Acció Olímpica, firmado por federaciones deportivas, entidades y personas, desde el obispo de Solsona y mosén Josep M. Ballarín hasta Miki Moto y Lloll Bertran. El texto, que insistía en que «1992 puede ser el punto de partida que permita resituar definitivamente a Cataluña entre las naciones libres», terminaba con el párrafo siguiente: «Los JJ. OO. deben ser un gran éxito. Un éxito de organización y un éxito deportivo. Pero si la personalidad nacional de Cataluña no está presente en todas partes, no serán un éxito completo. Evitarlo es la razón principal que nos inspira».

Se trataba, en buena medida, de asegurar la catalanidad de los JJ. OO., evitando las

salidas de tono de los más exaltados, desde ERC y la Crida al independentismo más radical, próximo a Terra Lliure, y a grupos anticapitalistas. Estos últimos contaban con una fábrica de ideas y ocurrencias en torno al «boletín antiolímpico» de Barcelona, *Dissidències*, anticapitalista y anticolonial, e impulsaban la campaña NO 92, en la que popularizaron la imagen de un gato negro o de un almogávar agrediendo al pobre perrito Cobi. Un par de personas aseguraban el contacto directo de AO con *Palau*: los primogénitos del *President* y del exsecretario general de Presidencia, Jordi Pujol Ferrusola y Marc Prenafeta. En puestos destacados se encontraban, asimismo, Joaquim Forn, Marc Puig, Oriol Carbó, Albert Jiménez y Toni Rovira, todos participantes en los incidentes de septiembre de 1989. Forn era una de las caras más visibles.

Los chicos *freedom* concentraron buena parte de sus esfuerzos en el recorrido de la antorcha olímpica. Algunos pocos ya estuvieron agitando en Grecia. En la recepción en Ampurias, el 13 de junio de 1992, presidida por Pasqual Maragall, Javier Solana y Jordi Pujol —Samaranch no pudo asistir—, fallaron todos los dispositivos de seguridad. No solamente se mostraron pancartas desde algunas embarcaciones de vela latina que acompañaron a la que transportaba la antorcha —David Madí, entonces un activista gritón, iba en una de ellas—, sino que un miembro de la Crida consiguió colocar una pancarta con la leyenda «Freedom for Catalonia» ante el pebetero que acogía la llama, mientras un saxofonista interpretaba, como el acordeonista Marés en la novela de Marsé, el «Cant dels ocells». Las cámaras lo captaron con toda nitidez. No faltaron silbidos para Solana y Maragall.

La polémica estaba servida. El socialista Sala calificó la irrupción del miembro *cridaire* en la ceremonia de Ampurias como una muestra de «violencia moral y de presión», acusando a Pujol y a otros líderes de CDC de alentar las acciones de «grupos minoritarios y marginales» y de estar detrás de AO. Maragall pidió mesura a los grupos radicales «para no dañar la imagen de Cataluña». «De la reivindicación a la grosería —la Crida en Empúries— solo hay un paso», sentenciaba el periodista Enric Juliana.

Josep Miquel Abad se responsabilizó de los errores cometidos por la empresa privada de seguridad a cargo del acto de Ampurias, mientras que el secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera, declaraba que tanto la policía como la Guardia Civil habían aprendido de los incidentes —el malestar era importante— e iban a actuar, a partir de entonces, con la necesaria contundencia. Un buen ejemplo fue el espectacular despliegue de unos cuatrocientos agentes de la Benemérita con tanquetas y un helicóptero en la ciudad de Bañolas al paso de la antorcha, además de guardias municipales y *mossos*. Los radicales no pudieron hacerse ver, aunque sí se mostraron bastantes banderitas de Acció Olímpica en las aceras del recorrido. Desde ERC se consideró una «ocupación albanesa del territorio» y la Crida anunció la edición de quince mil carteles con la leyenda «Que se'n vagin» («Que se vayan»). Estos dos grupos mantenían reuniones periódicas de seguimiento con AO y COC.

En los relevos de la antorcha olímpica del 18 de junio, en la etapa Vic-Seo

de Urgel, participaron como voluntarios Jordi, Mireia, Josep, Pere, Oleguer y Oriol, seis de los siete hijos de Jordi Pujol y Marta Ferrusola. Parece que fue esta última la encargada de apuntarlos. La foto de la jornada mostraba a Oleguer Pujol corriendo al lado de su novia con una bandera catalana y de Albert Jiménez con la pancarta del «Freedom». AO había previsto una gran concentración en la etapa de Montserrat, el 19, que TV3 iba a retransmitir en directo, pero no consiguieron hacerla realidad. Se vieron muchas señeras, pancartas con el «Freedom for Catalonia» y algunas esteladas. Maragall recibió insultos —*botifler*— al final del acto, mientras era entrevistado por TV3.

El alcalde y presidente del COOB envió un «segundo aviso» al presidente de la Generalitat tras los incidentes de Montserrat —el primero, en Ampurias—, acusándole de doble juego, de apoyar a los de Acció Olímpica y de saltarse el espíritu del acuerdo alcanzado entre ambos para el recibimiento y recorrido por tierras catalanas del fuego olímpico. Mientras tanto, Pujol pidió a los responsables de la seguridad olímpica que no se pusieran nerviosos ante las manifestaciones catalanistas que se estaban produciendo y celebró la «afirmación patriótica, positiva y alegre» con motivo del paseo de la antorcha. Duran Lleida negó toda implicación de Pujol y de CiU en las manifestaciones de signo independentista. La cuerda institucional se estaba tensando. Peligraba aquella famosa paz olímpica simbolizada por el comunicado conjunto de Pujol y Maragall del 12 de junio, la víspera de los hechos de Ampurias, en el que se felicitaban por la catalanidad de los JJ. OO. y su importancia para el prestigio de Barcelona y Cataluña, e invitaban, asimismo, «al pueblo de Cataluña a manifestar su apoyo entusiasta a este gran evento».

Pujol y CDC continuaban en su línea habitual. En palabras de Juliana: «Convergència con un cirio en cada altar. Pactando con el COOB, y preparando manifestaciones a través de Acció Olímpica». Aunque una encuesta de TV3 mostraba que más de tres de cada cuatro catalanes consideraban que los símbolos de Cataluña iban a estar debidamente representados en los Juegos, AO, ERC, COC y la Crida siguieron protestando y presionando. A principios de mayo amenazaron al COOB y al COI con movilizaciones si no aceptaban nuevas condiciones catalanizadoras, como izar la señera si el atleta triunfador era catalán o reconocer al COC. En este punto Pujol consideró que se iba demasiado lejos y censuró dichos propósitos. Acció Olímpica, por consiguiente, se echó atrás. Unos días después el presidente de la Generalitat dio consignas claras a los suyos con respecto a la inauguración de los JJ. OO.: nada de silbar o abuchear banderas, himnos o al rey, ni nada de violencia.

Jordi Pujol se mostraba satisfecho: la exhibición de banderas catalanas en el recorrido de la llama olímpica, sobre todo gracias a las juventudes convergentes, era considerada un éxito; la campaña publicitaria de la Generalitat en diarios y revistas de todo el mundo, con más de setecientos millones invertidos, poniendo de relieve que Barcelona era la capital de Cataluña, estaba resultando efectiva; la documentación para los periodistas que iban a llegar a Barcelona, elaborada por las instituciones autonómicas y por Òmnium Cultural, estaba a punto, y, finalmente y no menos importante, todo posible desbordamiento parecía controlado. A pesar de todo, en el último momento fueron abortadas dos acciones de los *freedom* en la ceremonia de inauguración del 25 de julio. En primer lugar, se localizaron dos pancartas con el «Freedom for Catalonia» de marras poco antes del comienzo de la ceremonia —algunas versiones se refieren a camisetas—, que escondían unos

participantes en el espectáculo de la Fura dels Baus. Josep Miquel Abad tuvo que intervenir. Asimismo, no acabó cuajando el intento de saboteo de la señal televisiva en el momento en que Juan Carlos I debía dar por inaugurada la vigésimo quinta Olimpiada, insertando un mensaje reivindicativo. El técnico de TVE cambió en algún momento de opinión. Se descartó también el uso de un ultraligero para lanzar propaganda sobre el Estadio Olímpico.

Como quiera que sea, parece que la satisfacción de Jordi Pujol por las movilizaciones de los *freedom* y por los actos del día 25 fue agriándose con el paso de los días. Se sentía mal con el protagonismo de Serra y Maragall al lado del rey Juan Carlos, que se multiplicaron en sus apariciones públicas, en especial si de apoyar o animar a algún deportista o equipo español se trataba. Además, tanto él como otros dirigentes nacionalistas se sintieron incómodos, ofendidos o perplejos, o todo al mismo tiempo, ante la multitud de banderas españolas exhibidas con total normalidad en los JJ. OO. Contemplar el Camp Nou mancillado por este símbolo «de los otros» les ponía malos. Pujol intentó removilizar a los suyos de cara a la ceremonia de clausura, el 9 de agosto de 1992. Se hicieron ingentes esfuerzos para multiplicar el número de señeras y también se intentó que algunos deportistas catalanes las exhibieran en la ceremonia. Lo segundo no funcionó, con la única excepción visible del 4 del Barça. Las rumbas festivas, bilingües y mestizas de Peret, Los Amaya y Los Manolos se impusieron, aquel día, al ensimismamiento, la obsesión monolingüe y la supuesta pureza catalana representada por Pep Guardiola. ¿Fue un espejismo?

A fin de cuentas, los Juegos Olímpicos de Barcelona, en julio y agosto de 1992, pudieron desarrollarse con toda tranquilidad. Las medidas de seguridad resultaron plenamente efectivas. A pesar de las campañas, protestas, reticencias e indignaciones de variable intensidad de los nacionalistas catalanes contra las Olimpiadas, los catalanes en general —y, entre ellos, los catalanistas e, incluso, no pocos nacionalistas— las vivieron con intensidad, disfrutaron de ellas y se sintieron profundamente orgullosos de haber podido asistir y participar en un momento a todas luces excepcional.

4
ELLA TIENE PODER

I

Ahí está, esa hechicera gitana,
con su poder te llenará de ilusión.
También cambiará tu vida,
pues sus hechizos son buena suerte:
salud, amor y fortuna,
si se lo pides con devoción.
Para el mal de amores: rumbas y flores.
Pa subir al cielo: vente al Paralelo.
Para ahogar las penas: fuente Canaletas.
Pal que busque novio: mercao San Antonio.

La canción «Gitana hechicera», que empieza con estas dos estrofas, fue estrenada en la ceremonia de clausura de los Juegos de Barcelona, el 9 de agosto de 1992. Peret la interpretó en el escenario del Estadio Olímpico, acompañado por dos grupos de rumba catalana, género al que pertenece la composición: Los Amaya y Los Manolos. En ella se mezclaba el catalán y el castellano, en la normalidad de una sociedad con dos lenguas propias, fatal e intencionadamente fracturada con posterioridad. El tema cautivó desde el primer instante e iba a pasar a adquirir el estatus de canción inmortal, harto versionada y con variantes en la letra adecuadas a cada ocasión. Con motivo de la pandemia de la COVID-19, en el 2020, por ejemplo, el Ayuntamiento de Barcelona invocó por enésima vez los versos de «Gitana hechicera», una canción que, como la ciudad a la que está dedicada, tiene poder.

El célebre artista, que había vuelto a los escenarios en 1991 tras una etapa de retiro de casi un par de lustros, en la que se dedicó de lleno, como hermano y, entre 1984 y 1989, como pastor, a la evangélica Iglesia Filadelfia, recibió el encargo de componer la

pieza expresamente de los organizadores del evento olímpico. No era la primera canción que iba a dedicar a la Ciudad Condal. De 1975 data «Voy *pa* Barcelona» («Voy *pa* Barcelona, / *pa* mi tierra voy»), que conformaba la cara B del single *Dime por qué*. Los versos postreros constituyen una auténtica declaración de amor a la urbe catalana: «Mi Barcelona querida, / yo te adoro, / yo te amo, / y en mis sueños / te recuerdo, / novia del Mediterráneo». Por lo que a «Gitana hechicera» se refiere, aseguró Peret, en alguna ocasión, que se trataba de «la canción que he trabajado más a conciencia». Pasó horas y más horas en el estudio de grabación. Inspirada en otra pieza anterior suya, de la etapa de conversión religiosa, que rezaba «Cristo tiene poder, / Cristo tiene poder, / Jesucristo es poderoso, / Jesucristo tiene poder», colaboró en su gestación la familia del artista, en especial su esposa Santa, sus hijos Pere y Rosa y su nuera Mami.

Gitana hechicera, marabú,
hechicera gitana, marabú.
Tan llena de gracia, marabú.
Más guapa que el sol.
Gitana hechicera, marabú,
hechicera gitana, marabú.
Romántica reina, marabú,
la que nos parió.

Pere Pubill Calaf, universalmente Peret, nació en Mataró en marzo de 1935 y vivió sus primeros años en las chabolas de un espacio conocido como los Corrales. Fueron momentos de hambre y miseria. Tras la Guerra Civil, los Pubill se instalaron en Barcelona, en la calle Salvadors, una travesía de la calle de la Cera, cerca del mercado de San Antonio. Su familia, como tantas otras de la comunidad gitana catalana, tanto en Barcelona como en Hospitalet de Llobregat, Mataró, Figueras o Lérida, se dedicaba a la venta ambulante. A su padre, apodado el Mig Amic (Amigo a medias), le dedicó una bonita canción en catalán, una rumba pop, en 1968, «El Mig Amic» —«Teixits venia el meu pare / per la comarca de Vic, / i la gent que li comprava / li deien el Mig Amic»—, que interpretó al año siguiente en Televisión Española. Se abre el tema a un ritmo endiablado, facilitado por las palmas y la guitarra ventiladora, con un recordado estribillo: «Enredant

per'lla,
/ enredant
per'qui,
/
d'aquesta
manera / em va pujar a mi». Asimismo, en la película *Amor a todo gas* (1969), dirigida por Ramón Torrado, Peret, el taxista protagonista de esta comedia musical, cantaba el tema en homenaje a su progenitor.

Emilio Pubill, impecable con americana y corbata, se encontraba entre el público del programa *A su aire*, emitido por Televisión Española el 19 de noviembre de 1974, en el que Peret, con gran bigote y acompañado de sus dos palmeros habituales en aquel momento —Toni Valentí, con sus gafas inconfundibles, y Peret Reyes— y unos pocos músicos cantó en directo «El Mig Amic». La dedicó explícitamente a su padre, que, muy emocionado, no pudo contener las lágrimas. Algo antes de esta había interpretado una canción en caló, «Chaví» («Muchacha»). En las palabras introductorias, en castellano, recordando un tema y dejando paso al otro, del caló al catalán, afirmaba: «Yo tengo tres idiomas: español, caló y catalán». El programa de televisión, de algo más de media hora, fue grabado en un abarrotado cine Padró de la calle de la Cera, número 31. En 1976, el artista compró una finca en las afueras de Mataró, bautizada como Can Mig Amic, en recuerdo del padre que acababa de fallecer. «El Mig Amic» es, seguramente, una de las grandes composiciones de Peret —también de las más demandadas, tanto en sus actuaciones en España como en América Latina— y una de las mejores nuevas canciones catalanas de la segunda mitad del siglo XX.

Es la que sueña despierta,
ama y se deja querer.
Tan mujer y tan hermosa,
de ahí le viene su poder.
Ella tiene poder.
Ella tiene poder.
Barcelona es poderosa,
Barcelona tiene poder.

Hasta casi cumplir los treinta, Peret compaginó la música con la venta ambulante. Desde pequeño había estado pegado a una guitarra e iba a actuar por vez primera en público, a los doce años, en el barcelonés teatro Tívoli. Muy recordados son sus pasos por locales de la costa catalana, por el Villa Rosa de Barcelona o el madrileño El Duende, que regentaban el torero Gitanillo de Triana y su suegra Pastora Imperio. Acompañó también muchas veces a la guitarra a la bailaora flamenca la Camboria. Mientras tanto, poco a poco se fue fijando su particular y novedoso estilo rumbero. Desde la segunda mitad de la década de 1960, Peret iba a encadenar éxitos y sus temas sonaban corrientemente en radios, televisión y cines, además de resultar imprescindibles en guateques, saraos, fiestas populares, discotecas y festivales. Empezó ya entonces a hablarse del rey de la rumba: el rey Peret.

Entre 1963 y 1966 grabó, entre otros temas, tanto propios como adaptaciones, y en varios EP (grabaciones con cuatro canciones, muy comunes en la época): «Ave María Lola», «La bamba» («Yo no soy marinero, / tampoco capitán, / que soy gitanito, / moderno y de capital»), «La noche del hawayano», «El gitano fino» («fino, fino, filipino»), «Belén, Belén», «Rumba *pa* ti» («Yo soy el rey de la rumba, / el que a la gente arrebata»), «Don Toribio» o «El muerto vivo». En el caso de esta última pieza, escrita por el colombiano Guillermo González Arenas, se trata de una afortunada adaptación de Peret, que ha acabado convirtiéndose en uno de sus grandes éxitos. Al original «No estaba muerto, estaba de parranda», que cantaban el Trío Venezuela o el cubano Rolando Laserie, en la rumba catalana se añadía el tan coreado «Y no estaba muerto, no, no, / que estaba tomando cañas, lereleré». Con posterioridad, han versionado e interpretado la canción peretiana desde Los Manolos hasta Joan Manuel Serrat y Joaquín Sabina, sin olvidar, entre algunos más, a Melody, Muchachito Bombo Inferno, Marina —de Ojos de Brujo—, Sabor de Gràcia o Metallica.

La nueva rumba, gestada en los años sesenta en la comunidad gitana de la calle de la Cera, en el barrio del Portal, ha recibido adjetivaciones varias: rumba gitana, rumba catalana o rumba pop. No existe unanimidad ni sobre su naturaleza ni sobre sus orígenes. La confusión entre rumba catalana como género creado por Peret y rumba catalana como la rumba que se hace en Cataluña —con

figuras estelares como el gitano de Gracia Antonio González el Pescaílla, marido de Lola Flores, de estilo más aflamencado— no ayuda en nada. No pueden fijarse, en mi opinión, líneas puras. Aunque en algunas ocasiones se incluya la rumba catalana entre los palos menores del flamenco, en realidad tiene mucho más en común con el pop. Las influencias del mambo y la música cubana y del *rock*, de Pérez Prado y de Elvis Presley, resultan evidentes. Como rezan los versos de una bella canción de Gato Pérez («Rumba de Barcelona», 1978), que hizo también algún acercamiento al género, la rumba nace en la calle, hija de Cuba y de un gitanillo. Añadía Peret que no debía confundirse ni con la rumba flamenca ni con la salsa; se trataba, sostenía, de «una guitarra a ritmo de ventilador y dos gitanitos haciendo palmas».

La guitarra de Peret es la española, que usaba también como percusión golpeando la madera —el ventilador, como lo bautizara el ya citado Gato Pérez—; junto con los palmeros, uno en tiempo y el otro en contratiempo, constituyen la base de la rumba catalana. No se trata ni de la guitarra ni de las palmas flamencas. «Las palmas llevan el son / de ese ritmo sabrosón», canta Peret en «Tócale las palmas». Nunca dejó de experimentar musicalmente: de estar acompañado únicamente por un par de palmeros —artistas como Chacho, Huesos, Joanet, Toni Valentí o bien Peret Reyes—, se fue rodeando, con el paso del tiempo, en combinaciones más o menos acertadas, de no pocos músicos, orquestas y coristas. Hablando de los años sesenta, afirmaba en el 2010 Kiko Veneno: «La música pintaba bien entonces. De hecho, el producto más genuinamente español y más internacional fue Peret, que fue algo trascendental en la música española y mundial. Para mí, Peret era como los Beatles». Era, se repetía en los medios de la época, el gitano yeyé.

En 1967 Peret grabó «Una lágrima», adaptación de un vals a la rumba catalana, que se convirtió poco después en canción del verano. También sacó a la calle su primer LP, simplemente titulado *Peret*. En aquellos años y los siguientes muchos de sus temas causaron sensación: «El gitano Antón», «Corazón de madera», «Saboreando», «A mí las mujeres ni fu ni fa», «Mi santa», «Chabola», «Tócale las palmas», «Dime por qué», «Tracatrá», «Quién me puede asegurar» («que los gitanos engañan, y no lo hacen los demás»), «Lo mato» y tantas y tantas otras. Sostenía Manuel Vázquez Montalbán,

en un artículo publicado en 1969, que Peret había triunfado a todos los niveles: «gusta al consumidor de Manolo Escobar y gusta al consumidor de Michel Foucault». Los modernísimos de Bocaccio le abrieron las puertas de par en par. A lo largo de toda su carrera, Peret llegó a registrar como propias más de dos centenares de canciones —no faltan, evidentemente, algunos temas olvidables— y vendió millones de discos. Las segundas versiones de «Borriquito», en 1971, y, al año siguiente, de «Es preferible» («reír que llorar / y así la vida se debe tomar») constituyeron grandes éxitos también en el extranjero, en especial en Alemania, Países Bajos y América Latina. Con «Canta y sé feliz» participó en el Festival de Eurovisión de 1974, celebrado en Brighton, acompañado, además de su inseparable guitarra y una orquesta, por Toni Valentí, Joanet, Peret Reyes y sus primas Selu y la Payoya.

Su paseo de Gracia: es su poder.
Los niños que lloran: es su poder.
Sus justas palabras: es su poder.
La flor de las Ramblas: es su poder.
De par en par a todos les abre su corazón,
sin excepción de razas ni de color.
Humildes trabajadores,
grandes poetas que le han cantado al amor.
Una Sagrada Familia
se ha levantado en su interior.

A principios de la década de 1980, en una etapa de un cierto cansancio personal y de aires musicales e identitarios nuevos, Peret vio una luz y cambió radicalmente de vida. Tras su intenso paso por el culto, como es conocida entre los gitanos españoles la Iglesia Filadelfia, regresó a los estudios de grabación —en un primer momento, para producir al dúo Chipén y a otros artistas de la rumba, que vivía tiempos mortecinos— y a los escenarios a principios de los noventa. En 1991 lanzó el tema «Yo soy la rumba»: «Cuando me pongo a tocar / y mi guitarra da el son, / la gente corre a bailar / porque la rumba soy yo». Los Juegos Olímpicos de Barcelona, en 1992, constituyeron un momento muy especial. Con posterioridad, Peret nunca iba a dejar de componer, cantar y grabar: elepés como *Que disparen flores* (1995), el incomprendido *Jesús de Nazareth* (1996), el álbum de duetos *Rey de la rumba*

(2000), *Que levante el dedo* (2007) o *De los cobardes nunca se ha escrito nada* (2009), y, asimismo, música para películas, como *Marujas asesinas* (2001).

En 1998 recibió de manos de Jordi Pujol, presidente de la Generalitat de Cataluña —un dirigente al que admiró, a pesar de su mala opinión general de la clase política—, la Cruz de Sant Jordi; el Ayuntamiento de Barcelona le concedió, en el 2008, la Medalla de Oro al Mérito Artístico, y, en el 2011, fue condecorado por el Gobierno de España con la Medalla al Mérito en las Bellas Artes. No escapó, casi al final de su vida, a la ola procesista catalana y actuó en el Concert per la Llibertat, organizado por Ómnium Cultural, en el 2013, en el Camp Nou. Cantó, entre banderas estrelladas y gritos del público a favor de la independencia, una versión arreglada y rebautizada de «Gitana hechicera», en donde la que tenía poder era Cataluña. Otra época, otros vientos, otras ilusiones o desilusiones…

Pere Pubill Calaf, universalmente Peret, falleció a finales de agosto del 2014 como consecuencia de un cáncer de pulmón. Estaba preparando, en aquel entonces, un nuevo álbum, que vio la luz póstumamente: *Des del respecte / Desde el respeto*. La capilla ardiente con sus restos mortales se instaló en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona. Peret pidió que sus amigos entonaran en su entierro la canción «El muerto vivo». De hecho, en la pieza «Porque yo me iré», de 1993, una preciosa rumba catalana cubanísima, con homenajes a Antonio Machín y Benny Moré incluidos, lo había apuntado ya: «El día que yo me muera, / no lloren ni den la lata, / y canten “El muerto vivo / que estaba tomando cañas”. / Mi cariño y mis canciones / al irme les dejaré, / para que sigan bailando / con la puntita del pie».

Ella tiene poder.
Ella tiene poder.
Barcelona es poderosa.
Barcelona tiene poder.
¡Barcelona!
¡Barcelona!
¡Barcelona!

Confesaba Peret que aquel 9 de agosto de 1992 fue «uno de esos días que recuerdas toda tu vida, claro». Nada que ver, sin duda, con

su participación en los actos inaugurales, dos décadas antes, de los Juegos Olímpicos de Múnich 72, que acabaron tiñéndose de negro luto como consecuencia del terrorismo. Los organizadores de los actos de la Ciudad Condal habían decidido poner fin a la fiesta de clausura por rumbas y para ello recurrieron al rey Peret y a varios grupos, que él mismo eligió: uno veterano, Los Amaya, dos hermanos gitanos familiares de la gran Carmen Amaya, que habían tenido sus grandes momentos de éxito en la década de 1970 y principios de la siguiente, y otro, Los Manolos, de reciente creación y cuyo primer disco se había materializado en 1991. También pensaron, en un primer momento, en los Gipsy Kings, pero los contactos con el grupo de gitanos franceses de origen español no cuajaron. Todos juntos en el escenario, al fin y al cabo, alternaron algunas de sus más celebradas canciones: «Yo soy la rumba», «Borriquito» y «Una lágrima», de Peret; «Vete» («Vete, me has hecho daño, vete») y «Caramelos», de Los Amaya, y, asimismo, «All My Loving» —una adaptación «nainonainoná» de los Beatles—, «Una aventura» y «El meu avi», de Los Manolos.

En la actuación surgió un imprevisto, que los artistas tuvieron que capear mientras no dejaban de cantar. La organización no había ofrecido otra opción que el *playback*. Muchos deportistas invadieron el escenario, que no estaba preparado para soportar tanto peso, y no fue fácil obligarlos a bajarse a pesar de los ruegos por megafonía de Constantino Romero. Aseguran algunos que entonces se rozó el desastre. En cualquier caso, los instantes álgidos del espectáculo iban a llegar con la interpretación de «Gitana hechicera», que cantaron juntos Peret, Los Amaya, los tres de negro, y Los Manolos, con sus trajes setenteros de variados colores, secundados por palmeros, músicos y bailaoras, entre los cuales había muchos familiares del cantante de Mataró. La actuación de Peret y los suyos que cerró los Juegos de Barcelona constituyó un grandioso fin de fiesta, que aprovecharon desde la pista deportistas y voluntarios olímpicos, desde las gradas un público entregado y desde sus casas, en muchos lugares del mundo, millones de telespectadores. Ella tiene poder: un emotivo y mestizo canto, a fin de cuentas, a la ciudad que organizó en 1992 unos Juegos Olímpicos modélicos.

II

Ocupaba la alcaldía de aquella ciudad poderosa, en 1992, Pasqual Maragall. El día de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona, el 25 de julio, se sentó, junto con su esposa Diana Garrigosa, que llevaba un vestido de tonos rojos y un bolso blanco, en uno de los extremos de la tribuna principal de autoridades del Estadio Olímpico de Montjuic. En la otra punta estaban instalados el presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, y Marta Ferrusola. En el centro se situaban los reyes de España, Juan Carlos I y doña Sofía. A diestra de los monarcas, entre ellos y los Pujol, se colocaron protocolariamente el presidente del Gobierno, Felipe González, y su mujer Carmen Romero; y, a siniestra, entre los reyes y los Maragall, se encontraban el presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, y su consorte Bibis Salisachs. De la ceremonia de apertura dijo Maragall a los periodistas que había resultado impactante y «extraordinaria», añadiendo, en la línea de lo manifestado desde el inicio de la aventura olímpica, que era «importante para Barcelona y Cataluña y positiva para toda España».

Pasqual Maragall se había convertido en alcalde de la ciudad de Barcelona el 2 de diciembre de 1982, sustituyendo a Narcís Serra, nombrado ministro de Defensa en el primer Gobierno González. Era teniente de alcalde desde 1979. En su toma de posesión pronunció un discurso al que dio el título de «Por una Barcelona olímpica y metropolitana», sintetizando las dos grandes líneas maestras de lo que iba a ser su acción en el Ayuntamiento de Barcelona. La primera estuvo coronada por el éxito, mientras que la segunda quedó claramente frustrada. Del tiempo pasado al frente de la llamada Casa Gran, escribió en sus memorias: «Fui alcalde de mi ciudad durante quince años inolvidables, durante los cuales Barcelona, sin duda, se transformó totalmente».

En el discurso de toma de posesión, afirmaba Maragall: «Soy hijo de una ciudad y de una familia que se parecen. Soy un hijo devoto y dolorosamente enamorado. No tengo otros títulos que esta procedencia. Y el de haber estado a la altura de lo que mis padres y mis conciudadanos me han enseñado». Nacido en Barcelona el 13 de enero de 1941, fue el tercero de ocho hermanos de una familia

de la burguesía ilustrada, hijos de Jordi Maragall y Basilisa Mira y nietos del poeta Joan Maragall. Estuvo siempre muy ligado a Ernest, dos años menor. La familia ha sido siempre un marco fundamental para Pasqual Maragall, en una sociedad de familias como la barcelonesa —y la catalana, por extensión—. Contrajo matrimonio, en diciembre de 1965, con Diana Garrigosa. Tuvieron tres hijos: Cristina, Airy, Guim.

Ingresó en la Universidad de Barcelona, en 1957, para cursar la carrera de Derecho, que, a partir del año siguiente, iba a compaginar con Ciencias Económicas. En esos años compartió aulas y amistad con Xavier Rubert de Ventós, Isidre Molas, Guerau Ruiz-Pena, Narcís Serra, Miquel Roca Junyent, José Antonio García Durán, Conxa Aguirre o Josep Maria Vegara. La mayoría se integraron, bajo la tutela de José Ignacio Urenda y José Antonio González Casanovas, en la sección universitaria de Acció Democràtica Popular de Cataluña, embrión del Front Obrer de Catalunya (FOC). Maragall vivió buena parte de los años universitarios inmerso en la militancia política. Hasta el punto que, según se cuenta, a alguno de los exámenes acudió Narcís Serra haciéndose pasar por él. El FOC, un partido socialista revolucionario, ligado al Frente de Liberación Popular (FLP), nació en 1961 y desapareció a principios de 1970. A Maragall, alias Simón, se le encargó su reconstrucción tras la caída de casi toda la dirigencia en 1962. Asegura en sus memorias que fue más rebelde que revolucionario.

En 1965, después de terminar sus estudios, Maragall empezó a trabajar en el Ayuntamiento de Barcelona. Entró como economista en el Gabinete Técnico de Programación, que había puesto en funcionamiento el alcalde José María de Porcioles. Se lo había propuesto uno de sus profesores, Jacint Ros Hombravella, que era ayudante de Fabián Estapé. En 1966 pasó unos meses en París con Diana Garrigosa, recién casados, en un viaje de novios, conspiración y aprendizaje, gracias a una beca del Estado francés para estudiar política de planificación regional y sectorial. En Barcelona colaboraba, asimismo, en el Servicio de Estudios del Banco Urquijo, que dirigía Ramon Trias Fargas, e impartía clases en la Universidad Autónoma de Barcelona como ayudante de Josep M. Bricall. En 1968 pasó a ser funcionario del Ayuntamiento tras unas

oposiciones. Entre 1971 y 1973 se trasladó con la familia a Nueva York. Había conseguido una beca en la New School of Social Research. En estos dos años preparó un máster, al tiempo que moderaba algunas de sus posiciones en el marco del socialismo. Todos sus biógrafos reconocen la importancia de Estados Unidos para Maragall, tanto en lo político como en lo personal. Tras el retorno al Ayuntamiento colaboró en los trabajos de elaboración del Plan General Metropolitano.

Participó, en 1974, en la fundación de Convergència Socialista de Catalunya, en donde confluyeron antiguos foquistas, como Urenda, Molas, Serra o él mismo, y el Movimiento Socialista de Joan Reventós y Raimon Obiols, además de otras personas vinculadas a la Assemblea de Catalunya, Comisiones Obreras e, incluso, al izquierdismo maoísta, como Eduardo Martín Toval. En 1976 crearon el Partit Socialista de Catalunya (Congrés), que, junto con la Federación Catalana del PSOE y el Partit Socialista de Catalunya (Reagrupament), confluyeron, dos años después, en el Partit dels Socialistes de Catalunya
(PSC-PSOE).

Aunque en 1977 Maragall fuera el candidato de los socialistas para ocupar la Consejería de Política Territorial y Obras Públicas del Gobierno, en la Generalitat provisional del presidente Josep Tarradellas, recién retornado, al final el nombramiento recayó en su amigo Narcís Serra. Al histórico político republicano le inspiraba más confianza el serio y educado Serra, moderado y de buena familia, que un Maragall con fama, por aquel entonces, de informal y algo radicalizado. La decepción le impulsó a pensar en una nueva estancia en Estados Unidos, que materializó en la Johns Hopkins University de Baltimore. Allí iba a impartir clases de economía urbana como profesor invitado. Defendió su tesis doctoral, sobre el precio del suelo urbano en Barcelona entre 1948 y 1978, en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Regresó a casa en enero de 1979, a petición de los dirigentes socialistas catalanes, en tanto que principal experto en cuestiones municipales y conocedor del funcionamiento interno del Ayuntamiento de Barcelona. Pero no accedió a presentarse a la alcaldía de la ciudad. Aceptaba ir en la lista, pero no encabezarla. Narcís Serra fue el candidato. Las elecciones dieron la victoria al

PSC y este se convirtió en el primer alcalde democrático del posfranquismo en la Ciudad Condal. Asumió Maragall una de las tres tenencias de alcaldía: Organización y Reforma Administrativa. Las otras dos estaban ocupadas, en virtud del pacto alcanzado entre las principales fuerzas, por el convergente Josep Maria Cullell (Economía y Hacienda) y el comunista Josep Miquel Abad (Urbanismo). Su tarea principal —e ingente— consistió en modernizar la Administración pública local. Ante todo, intentar averiguar cuánta gente trabajaba realmente en la Casa Gran. Y, a continuación, lanzar una reforma en profundidad: reordenación de categorías, recalificación funcionarial, racionalización de la plantilla, aumento de la jornada laboral —hasta las treinta y cinco horas— y control de asistencia y puntualidad. Se creó muchos enemigos. La ruptura del pacto municipal por parte de los nacionalistas, en 1981, hizo que Maragall asumiera el área de Hacienda.

La salida de Serra hacia Madrid como ministro —y de Ernest Lluch—, en 1982, dejó la alcaldía en manos de Maragall. Era un momento delicado, puesto que no faltaban demasiados meses para las elecciones municipales. Maragall tenía dudas, como en 1979, a las que se sumaban las de algunos dirigentes y ediles socialistas por ser poco conocido, por informal y por su aspecto negligente, sobre todo en el vestir, que desesperaba a los asesores de imagen. Al final, en los comicios de mayo de 1983 mejoró los resultados de 1979, de dieciséis a veintiún concejales, y se impuso a Ramon Trias Fargas, al que admiraba y respetaba. De hecho, triunfó en todas las elecciones municipales a las que concurrió, a pesar de los pesos más o menos pesados presentados por CiU: Cullell, en 1987 y 1991, y Roca Junyent, en 1995. Nunca, sin embargo, con mayoría absoluta, lo que obligó a los socialistas a tejer pactos.

En la década de los ochenta se extendió como la pólvora la campaña difamatoria del «Maragall borracho», sobre todo antes de los comicios de 1987, hasta que la cercanía y éxitos de Barcelona 92 borraron poco a poco su circulación. Todo apunta a una estrategia muy bien preparada, aprovechando el estilo desgarbado y poco convencional del alcalde. Maragall señaló en varias ocasiones a los despachos de Convergència como lugar del engendro. Comoquiera que sea, Pasqual Maragall fue alcalde de Barcelona entre 1982 y

1997. Y, poco a poco, se afirmó como un político carismático y con dotes de liderazgo. Se convirtió, desde finales de la década, en uno de los hombres políticos de moda, nacional e internacionalmente.

Heredó todos los dosieres de Narcís Serra, entre ellos, de manera muy destacada, el olímpico. Serra confirmó a un preocupado Juan Antonio Samaranch que todo iba a seguir igual con su sustituto. Los primeros contactos habían tenido lugar en 1979 entre el entonces flamante alcalde de Barcelona y el embajador español en Moscú, también barcelonés, además de miembro del COI. Samaranch explicó a su interlocutor que en 1980 iba a presentarse a la presidencia del Comité Olímpico Internacional. Si era elegido, como esperaba, la ocasión resultaría inmejorable para que la Ciudad Condal deviniera sede de una Olimpiada. Serra aceptó el reto e hizo pública, pocas horas después del nombramiento de Samaranch a la cabeza del COI, en julio de 1980, que Barcelona deseaba organizar unos JJ. OO.

En los primeros momentos, ni la UCD ni el PSOE ni tampoco el Comité Olímpico Español mostraron demasiado entusiasmo. El Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo se opuso radicalmente. Un par de circunstancias cambiaron la situación: la entrada de Serra en el Gobierno González en 1982 y, sobre todo, el decidido apoyo público del rey Juan Carlos I, ya en 1981, al proyecto. Romà Cuyàs, vinculado desde su juventud al atletismo, fue el autor del informe de viabilidad de los Juegos y primer comisario olímpico, antes de ser nombrado secretario de Estado para el Deporte, en 1982, y, al año siguiente, presidente del COE
(1983-1984).
A finales de los ochenta se reincorporó a los equipos de organización de Barcelona 92.

Pasqual Maragall consideró, desde el primer momento, que los Juegos podían ser puestos al servicio de una gran transformación de Barcelona. La ciudad necesitaba, sin duda, modernizarse, reactivarse y prepararse para el futuro. Algunos cambios llevaban algunas pocas décadas ya en cartera. Maragall iba a poder hacer realidad muchas cosas que el alcalde Porcioles ya había imaginado en su tiempo. Los empresarios catalanes aportaron dinero, en una primera fase, para lanzar el proyecto y apoyaron resueltamente la iniciativa. Destacaron, entre ellos, Leopoldo Rodés y Carlos Ferrer

Salat, que iban a tener gran protagonismo hasta 1992. Josep Miquel Abad, presidente de la Feria de Barcelona desde 1983, pilotó mucho tiempo la oficina de candidatura. Los Juegos Olímpicos no podían ser una simple «maragallada», nombre que han recibido las muchas ocurrencias de Pasqual Maragall a lo largo de su carrera política, en ocasiones geniales, en otras visionarias y, con harta frecuencia, demasiado iluminadas y alejadas de la realidad. No lo fueron. En un decenio se invirtió cerca de un billón de las antiguas pesetas, la ciudad se transformó, los Juegos fueron «los mejores de la historia» y Barcelona, y con ella Cataluña y España, ofrecieron al mundo una poderosa imagen de creatividad y modernidad, que las reafirmaba en todos los mapas.

El 17 de octubre de 1986 se decidió, en la reunión del COI en Lausana, que la organización de la vigésimo quinta Olimpiada, en el año 1992, iba a corresponder, como anunció su presidente, Juan Antonio Samaranch, «à la ville de…» Barcelona, pronunciando en un catalán barcelonés el nombre de la ciudad (*Barsalona*). Esta candidatura se impuso en la tercera vuelta a la de París, la otra gran favorita, que había hecho una espléndida presentación, con Jacques Chirac a la cabeza. Quedaron también fuera Belgrado, Brisbane, Birmingham y Amsterdam. La vencedora para organizar, en el mismo año, los Juegos de Invierno fue la francesa Albertville, que quedó por delante de Sofía y Falun. La delegación de Barcelona 92, en la que estaban, entre otros, Pasqual Maragall, Narcís Serra, Alfonso de Borbón Dampierre —presidente del COE—, Josep Miquel Abad, Jordi Serra —jefe de la Oficina Olímpica—, Romà Cuyàs, Josep Lluís Vilaseca —director general de Deportes de la Generalitat—, Xavier Rubert de Ventós, Antoni Dalmau —presidente de la Diputación de Barcelona—, Leopoldo Rodés o Ramon Trias Fargas, no pudo contener su alegría. Estaban, como puede apreciarse en fotos y grabaciones, exultantes.

Samaranch afirmó, en rueda de prensa como presidente del COI, que estaba plenamente convencido de que la Ciudad Condal era «capaz de organizar unos grandes Juegos». Para Ferrer Salat, empresario y miembro del COI, Barcelona 92 iba a permitir un avance de cien años para la urbe, en especial en el terreno urbanístico. Según Maragall, la designación debía servir también «para crear un eje fraternal» con Sevilla, que iba a organizar el

mismo año una Exposición Universal, y trabajar «para que los acontecimientos que tendrán como escenario ambas ciudades sirvan para catapultar a España hacia su puesto en la escena internacional».

En la victoria de Barcelona influyeron varias cuestiones: un buen trabajo previo de persuasión —Rodés tuvo en ello un papel central — y un atractivo dosier olímpico; la casi imposible elección de dos sedes del mismo país para un mismo año (Albertville-París); la unanimidad institucional y el entusiasmo popular que estaban detrás de la candidatura —con miles y miles de inscritos optando a convertirse en voluntarios olímpicos—, y, por último, aunque para muchos lo fundamental, el apoyo y garantía de Samaranch, que, sin romper nunca la neutralidad y las exquisitas maneras, asoció sin explicitarlo su propia tarea e influencia en el COI al triunfo de la ciudad. Podría añadirse un último factor, aunque de orden histórico: España nunca había acogido unos Juegos y Barcelona acumulaba derrotas, a lo largo del siglo XX, en el intento de ser sede olímpica. Perdió la opción de 1924 frente a París —el barón de Coubertin influyó claramente— y la de 1936, que recayó en Berlín. A ello debe añadirse el fiasco de la Olimpiada Popular, una alternativa antinazi, de 1936. Parece que también intentó postularse para 1940, en unos Juegos que no tuvieron lugar como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, la candidatura para 1972 nunca llegó al COI, puesto que el COE presentó en su lugar el dosier de Madrid.

De la euforia en la Ciudad Condal, aquel día de otoño de 1986, tras las palabras de Samaranch en el Palais de Beaulieu, en Lausana, han quedado algunas imágenes imborrables: la ciudadanía celebrando la nominación en la plaza de Cataluña, la recepción aquella misma noche en el aeropuerto de Barcelona de la expedición que se había desplazado a tierras suizas, la gran fiesta en la avenida María Cristina, los gritos cariñosos de «¡Pasquis, Pasquis!», la composición política del escenario en donde todos estaban muy contentos —pero unos más felices que otros— o, en especial, los saltos de alegría de Maragall con una gabardina negra que parecía algo inapropiada para el tiempo de aquella noche, una noche que era preludio de otras noches mágicas que vivir en el futuro.

En lo inmediato, sin embargo, la unidad institucional aparente era la antesala de numerosos desencuentros. *La Vanguardia* publicaba, al día siguiente, tres breves mensajes de González, Pujol y Maragall. Para este último era imprescindible mantener la unidad, al tiempo que definía la tarea que realizar como «poner al día nuestra ciudad, que Barcelona suba definitivamente al tren del desarrollo, siempre mirando hacia el siglo XXI». Pujol, por su parte, hablaba de desafío para el pueblo de Cataluña y de doble salto hacia delante: el de la modernidad y el de la catalanidad («Los Juegos no han de servir para descatalanizar Cataluña, han de servir para que una Cataluña más rica y más llena sea profundamente catalana»).

Después de la nominación oficial era imprescindible nombrar y poner en funcionamiento un comité organizador de los Juegos. No iba a resultar sencillo. De hecho, los estatutos del COOB 92 no se firmaron hasta el 12 de marzo de 1987. Lo hicieron los representantes del Ayuntamiento de Barcelona, la Generalitat de Cataluña, el Gobierno de España —Javier Solana— y el Comité Olímpico Español, que por aquel entonces presidía Alfonso de Borbón, duque de Cádiz —poco después iba a ocupar su puesto, por más de una década, Ferrer Salat—. Al día siguiente se constituyeron la Asamblea General del COOB 92 y otros órganos de gobierno, y Josep Miquel Abad fue elegido como consejero delegado y máximo ejecutivo del Comité Organizador. Maragall asumía la presidencia del organismo.

Como mínimo tres cuestiones generaron disensos y retrasaron el proceso constitutivo. En primer lugar, el choque entre el modelo público o público-privado (en torno al 70-30 por ciento), defendido desde el Ayuntamiento, y el privado, que tanto Samaranch y el COI como los sectores empresariales preferían. Maragall mantuvo siempre que el protagonismo debía tenerlo la ciudad de Barcelona y su principal institución representativa. Ello implicaba un predominio de lo público. Es lo que recibió el nombre de «modelo Barcelona». El segundo elemento de enfrentamiento entre las partes fue el papel, sobre todo en lo económico, que debían tener la Generalitat —con Pujol y los nacionalistas en actitud poco cooperativa— y el Gobierno español.

Finalmente, los nombres. La opción del alcalde Maragall para el cargo máximo del COOB 92 era muy clara y, a pesar de las muchas presiones recibidas y los candidatos sugeridos por unos y otros, nunca cedió: Abad. Una vez superado este primer momento crítico, otras diferencias de criterio entre unas y otras instituciones iban a hacer acto de presencia, pero el marco básico estaba ya fijado.

Mientras que en Lausana, en 1986, Maragall se hizo con los tan deseados JJ. OO. para la ciudad mediterránea, al año siguiente tuvo que asumir la desaparición de uno de los instrumentos que posibilitaban su ambiciosa política desde el Ayuntamiento: la Corporación Metropolitana de Barcelona. Se la llevó por delante la Ley de Ordenación Territorial, aprobada por el Parlamento catalán en 1987 a instancias del Gobierno de la Generalitat. El alcalde había usado con insuficiente habilidad una institución de carácter técnico como ariete político para sobrepasar el marco municipal. Algunos autores —y el propio Maragall— vincularon directamente, con razón sin duda, 1986 con 1987. Cierto es que Jordi Pujol no deseaba contrapoderes de ningún tipo y menos aún si estaban en manos de sus adversarios socialistas. Intentar hacer sombra desde el Ayuntamiento de la Ciudad Condal a la Generalitat de Cataluña, como Maragall realizó en repetidas ocasiones inintencionadamente o a sabiendas, era calificado por Pujol como antipatriótico y sectario. Además, el *President* tampoco estaba dispuesto a facilitar el ascenso de alguien que pudiera convertirse en un poderoso rival. El PSC se opuso a presentar, como exigía Maragall, un recurso ante el Tribunal Constitucional. El Gobierno catalán se quedaba, entre otras, con las competencias urbanísticas de la Corporación, algo que iba a permitirle controlar parcialmente las grandes obras olímpicas.

El tiempo pasaba y Barcelona avanzaba lentamente en su transformación. El año 1988 introdujo un elemento más de presión: los Juegos Olímpicos de Seúl cedían el paso a la nueva sede de 1992. Poco antes, Barcelona 92 se había dotado de dos de sus principales símbolos: el logotipo y la mascota. En los respectivos concursos convocados salieron ganadoras las propuestas de Josep Maria Trias, con un diseño de aires mironianos, y de Javier Mariscal, con su simpático y perruno Cobi. Imagen corporativa e imaginario popular estaban destinados a ser uno mismo. Manuel Fonseca fue nombrado director general de Deportes del COOB 92.

La bandera olímpica llegó a la ciudad y una gran fiesta fue organizada para recibirla. A pesar de algunas dudas y de discrepancias lógicas entre los distintos socios del proyecto sobre financiación, emplazamientos, prioridades, adjudicaciones y otros temas, se respiraba ilusión.

No obstante, la posterior destitución del secretario general del COOB 92, Jaume Clavell, nombrado el año anterior y falto de sintonía, con el paso de los meses, con Maragall y Abad, y la reestructuración del organismo abrieron la puerta, en otoño de 1988, a un enfrentamiento con el COI, el COE y los empresarios, ante el silencio de la Generalitat. Se trataba de tomar posiciones de cara a los años decisivos. En cualquier caso, ya no había marcha atrás. El representante gubernamental en el COOB 92, Javier Gómez-Navarro, tuvo un rol notorio a la hora de mediar y recuperar la unidad. Más inversiones del Estado y más diplomacia barcelonesa ante el COI ayudaron a ello.

Del optimismo relativo, pese a todo, de 1988 se pasó, sin embargo, a un pasajero pesimismo al año siguiente. El 8 de septiembre de 1989, la inauguración del renovado Estadio Olímpico de Montjuic, una de las obras deportivas emblemáticas de los Juegos de 1992, fue un auténtico desastre: retrasos, lluvia, inundaciones, silba al himno español, abucheos a los reyes, boicoteo nacionalista. El acto constituía la apertura de la V Copa del Mundo de Atletismo. Todo retransmitido por televisión. La mayoría de las autoridades, excepto Jordi Pujol, calificó los hechos como lamentables. La crisis, como se explica en otras partes de este libro, no resultó pequeña, ni tampoco nimias sus consecuencias. Jordi Parpal, teniente de alcalde de Urbanismo y presidente de la sociedad encargada de las obras, fue forzado a dimitir. El COOB 92 y todos los implicados en el proyecto olímpico recibieron un serio toque de atención.

HOLSA, el *holding* olímpico, que a través de una sociedad anónima se hizo cargo de la administración y la financiación de las inversiones en instalaciones y equipamientos para los Juegos, nació en 1989. Estaba formado por dos sociedades, AOMSA (Anella Olímpica) y VOSA (Vila Olímpica), y por IMPUSA (Instituto Municipal de Promoción Urbanística). Mientras que la Administración del Estado asumía una participación del 51 por

ciento, el 49 por ciento restante correspondía al Ayuntamiento. La propuesta de que fueran las tres administraciones implicadas las que intervinieran a partes iguales no encontró eco en Pujol y la Generalitat. Como dijera tiempo después Gómez-Navarro, las Olimpiadas las pagaron el Estado y el Ayuntamiento de Barcelona, mientras que la aportación de la Generalitat fue poca y «ambivalente» la actitud de su presidente. Felipe González y el ministro Carlos Solchaga fueron enormemente solicitados por Maragall. El profesor y economista Santiago Roldán, rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo —sustituido en ese cargo por Ernest Lluch—, fue nombrado para encabezar HOLSA. El *holding* acabó sumando una inversión de 174 mil millones de pesetas, intereses financieros al margen.

En otro orden de cosas, los ingresos por patrocinios comerciales de Barcelona 92 se triplicaron con respecto a anteriores ediciones y los derechos de las retransmisiones televisivas dejaron 65 mil millones. El éxito negociador, obra de Abad, no fue demasiado apreciado ni por el COI ni por Samaranch, que lo consideraban excesivo y un mal precedente. El COOB 92 terminó en 1992 con un pequeño superávit. El Gabinete de Programación del Ayuntamiento de Barcelona estimó el esfuerzo inversor en Barcelona 92 en 753 708 millones de pesetas: 530 898 públicos y 222 810 privados. Los dos paquetes principales correspondían a las áreas olímpicas y subsedes y a las comunicaciones. Las inversiones públicas se repartieron de la manera siguiente, en números redondos: 48 por ciento, el Gobierno de España; 20 por ciento, el Ayuntamiento de Barcelona y otros; 19 por ciento, la Generalitat, y 12 por ciento, el COOB 92. El impacto económico total para el periodo 1987-1992, derivado de los efectos multiplicadores del impacto económico directo de los Juegos en la economía española —inversión más consumo, público y privado, en total unos 854 mil millones—, se calcula que se situó en unos tres billones de las antiguas pesetas, equivalentes al 0,9 por ciento del PIB. Sostienen algunos autores que los Juegos retardaron la profunda crisis de 1993.

Barcelona se convirtió, entre 1988 y 1992, en una gran obra. Llegaron a hacerse simultáneamente cerca de trescientas intervenciones de construcción. Constituyen, quizá, esas obras que

visita y esas zanjas en las que va cayendo el simpático protagonista de la novela de Eduardo Mendoza, *Sin noticias de Gurb*, de 1991, en busca de su compañero extraterrestre, Gurb, ambos en misión en la Tierra. La nueva Villa Olímpica y Montjuic, junto con Valle de Hebrón y la prolongación de la Diagonal, conformaron las principales áreas renovadas en clave olímpica de la ciudad. Las rondas de circunvalación, el aeropuerto, las infraestructuras de telecomunicaciones —la Torre de Collserola, diseñada por Norman Foster, o la de Santiago Calatrava en Montjuic—, el puerto, las instalaciones deportivas, los muy necesarios colectores del agua de la lluvia o incluso los centros multiconfesionales —la parroquia del Patriarca Abraham— recibieron, asimismo, una particular atención. La campaña «Barcelona ponte guapa» incidió, en especial, en las fachadas de los edificios de la ciudad y los monumentos.

Siguiendo la idea maragalliana de unos Juegos al servicio de la ciudad, algunas obras no eran necesariamente olímpicas, pero sí imprescindibles. Fue el caso, por ejemplo, de la regeneración de un degradadísimo centro histórico de Barcelona, que el alcalde había prometido en las elecciones de 1987. Iba a ocuparse de ello un por aquel entonces escasamente conocido concejal socialista en el Ayuntamiento, médico de profesión: Joan Clos, futuro alcalde de la ciudad. Por un lado, se incrementó la vigilancia policial y las intervenciones de los servicios sociales, al tiempo que se cerraban decenas y decenas de pensiones ilegales. Por otro, se creó la empresa mixta PROCIVESA (Promoció de Ciutat Vella, S. A.), que permitió comprar fincas antiguas para, en buena parte, ser demolidas y crear un mejor entorno urbano con nuevas plazas, jardines y equipamientos. La construcción de edificios de viviendas y museos y el traslado a la zona de instalaciones universitarias contribuyó a la transformación del distrito. La limpieza del Barrio chino iba en el paquete. En la regeneración se invirtieron muchísimos millones de pesetas.

El escritor Manuel Vázquez Montalbán, muy crítico con José María de Porcioles, Juan Antonio Samaranch, Pasqual Maragall y los que él llamaba «señoritos» —en un artículo de *El País*, tras la muerte del primero y las palabras del tercero en sus funerales— y, asimismo, con los Juegos Olímpicos, publicó en 1993 *Sabotaje olímpico*, una novela protagonizada por Pepe Carvalho —

posiblemente una de las peores que escribió—. En esta obra apuntaba que, como consecuencia de los cambios provocados por Barcelona 92, «la ciudad se ha hecho la cirugía estética y de su rostro han desaparecido importantes arrugas de su pasado».

El día de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona, el 15 de julio de 1992, todo estaba a punto. A pesar de la inquietud mostrada, en algunos momentos, por el COI y su presidente, las obras y las instalaciones estuvieron terminadas y preparadas para acoger a la familia olímpica. El espectáculo de apertura resultó magnífico, como pudieron ver muchos millones de personas en sus televisores y unos miles en directo. No hubo crasos errores y la seguridad, en la que se habían invertido muchos esfuerzos, no dio lugar a reproches de ningún tipo. La XXV Olimpiada constituyó un éxito o, en palabras mil veces citadas de Juan Antonio Samaranch en la clausura, «los mejores Juegos de la historia». En septiembre, los Juegos Paralímpicos hicieron subir otro peldaño de gloria. Barcelona, con su poder cantado por Peret, lo había conseguido. Barcelona, Cataluña y España ya no serían nunca más, desde entonces, las mismas.

III

Después del gran éxito de 1992, Pasqual Maragall empezó a acariciar la idea, secundado por su inseparable hermano Ernest, de dejar la alcaldía en 1993 o al año siguiente, antes de las nuevas elecciones municipales de 1995, y preparar el asalto a la presidencia de la Generalitat de Cataluña. La plataforma cívica maragallista Catalunya Segle XXI —liberal y catalanista—, creada en 1993, se ubicó en la base del proyecto. Al final todo quedó en nada al conocerse que el próximo candidato convergente al Ayuntamiento iba a ser Roca Junyent. Los socialistas temieron perder la Casa Gran y presionaron a Maragall para que se presentara de nuevo. Las encuestas sobre la batalla de la Generalitat tampoco infundían demasiado entusiasmo. Acabó aceptando y continuó como alcalde tras imponerse en los comicios municipales. En las autonómicas, el contrincante de Jordi Pujol fue el alcalde de Gerona Joaquim Nadal.

En la primera mitad de la década de los noventa, en paralelo a

la empresa olímpica, Maragall se implicó de lleno desde Barcelona en la política europea. De hecho, desde su llegada a la alcaldía cuidó mucho este aspecto, dotándose de una acción internacional propia de la ciudad, paralela a la que se hacía desde el otro lado de la plaza de Sant Jaume. La reivindicación de una Europa de las ciudades constituye uno de los elementos clave, fundiendo europeísmo y municipalismo, del pensamiento maragalliano. En 1991, media docena de poblaciones españolas y francesas crearon la Red C-6 (Barcelona, Zaragoza, Valencia, Palma de Mallorca, Toulouse, Montpellier) como representación de lo que Maragall bautizó como el «norte del sur». Impulsó también la red de ciudades Eurocities y fue presidente, desde finales de 1991, del Consejo de Municipios y de Regiones de Europa. Compitió directamente a escala europea con Pujol, lo que provocó irritación y desencuentros. Maragall se implicó mucho, tras los Juegos, y con él el Ayuntamiento de Barcelona, en la solidaridad con Sarajevo: incluso se designó esta ciudad como distrito 11 de Barcelona en 1995. En marzo de 1996 fue elegido presidente del Comité Europeo de las Regiones.

Comoquiera que sea, Maragall dejó definitivamente la alcaldía en septiembre de 1997 y cedió la vara de alcalde a su delfín, en aquel momento, Joan Clos. Después de su reelección, dos años antes, había emprendido una notable reforma del Ayuntamiento, que combinaba lo administrativo y lo político, inspirada por su hermano y edil Ernest y ejecutada por Clos. El objeto básico era reducir poder y competencias de los concejales y atribuírselas a técnicos gerentes sin vinculación con el partido. La reforma generó un cierto caos interno, pero además enfrentó por enésima vez a un Maragall siempre heterodoxo, progresivamente nacionalista y más receptivo a la adulación que a cualquier crítica o disenso, con el PSC y su federación de Barcelona. Le frenaron Antonio Santiburcio, Joan Ferran y Josep Maria Sala. Perdió la batalla, previo escándalo Movilma, con la exclusión de su hermano de la dirección socialista barcelonesa a fines de 1996. Haber osado tocar a su querido Ernest hizo que Pasqual Maragall anunciara la decisión definitiva de dejar la Casa Gran.

Tras la salida del Ayuntamiento, se instaló con su familia en la capital de Italia, en donde impartió clases en la Università Roma

Tre, que combinó con algunos cursos en Nueva York y Barcelona. Fue una época de desconexión y reflexión. A mediados de 1998 anunció, finalmente, que iba a presentarse a la presidencia de la Generalitat. En las elecciones autonómicas de 1999 encabezó la lista de PSC y Ciutadans pel Canvi, una plataforma de apoyo al candidato presidida por Josep Maria Vallès. Obtuvieron más votos que CiU, pero menos escaños: 52 frente a 56. Los de 1999 fueron los últimos comicios a los que concurrió Jordi Pujol. Entre 1999 y el 2003, Maragall presidió el grupo socialista en el Parlamento de Cataluña. Durante esta legislatura, en el 2001, presentó una moción de censura contra Pujol, que no prosperó. Un año antes Maragall fue elegido presidente del PSC, mientras que José Montilla se convertía en secretario general, sustituyendo, respectivamente, a Raimon Obiols y a Narcís Serra.

En las elecciones catalanas del 2003, la lista de Maragall —de nuevo, PSC-Ciutadans pel Canvi— volvió a vencer en número de votos, con un 31,16 por ciento frente al 30,94 de CiU, pero estos últimos se impusieron en escaños: 46 a 42. El resto de puestos en el Parlamento catalán se distribuyeron de la siguiente manera: 23 para ERC, 15 para el PP y 9 para IC-Esquerra Alternativa. Los independentistas de ERC, liderados por Josep-Lluís Carod-Rovira, y los excomunistas verdes sumaron sus diputados a los de los socialistas y formaron un Gobierno tripartito, fundamentado en el llamado pacto del Tinell. Pasqual Maragall se convirtió a mediados de diciembre del 2003, algo inesperadamente para buen número de observadores, en el nuevo presidente de la Generalitat de Cataluña. En su primer Gobierno los socialistas se quedaron con ocho consejerías, mientras que a ERC le tocaban media docena y un par a ICV-EA.

El principal problema entre el 2003 y el 2006 fue la propia composición gubernamental y las dificultades para armonizar la pluralidad de intereses partidistas. La experiencia del *Tripartit*, según Maragall, constituyó «un estallido de ilusión y de contradicciones».

Terminaban veintitrés años de pujolismo. En sus memorias, *Oda inacabada*, del 2008, Maragall apunta sobre su antecesor: «En algún sentido he reconocido ser no solamente su heredero, sino también su alumno, después de que nuestros caminos se

entrecruzaran con intermitencia durante medio siglo». Las relaciones entre las familias Pujol y Maragall habían sido muy buenas durante bastante tiempo, en especial en las décadas de 1960 y 1970. El escultismo había hecho que los dos futuros mandatarios catalanes entraran en contacto. Las fuertes tensiones políticas de los ochenta y de los noventa ya eran agua casi pasada. Además, el exalcalde que accedió en el 2003 a la máxima institución catalana no era simplemente un catalanista, tal como él y otros socialistas se habían definido durante mucho tiempo, sino un nacionalista con todas las letras. El federalismo diferencial maragalliano, base esencial de su ideario, y la supuesta nación de naciones se estaban tiñendo de nacionalitarismo. La Cataluña diversa y mestiza de los Juegos Olímpicos de 1992, que Maragall simbolizaba, se había transformado, al cabo de una década, en una Cataluña exclusivamente catalanista que el mismo personaje deseaba volver a representar.

La elaboración de un nuevo estatuto de autonomía constituyó el gran proyecto de Maragall en la Generalitat. Se trataba de reformar el texto estatutario de 1979 a fin de aumentar las cotas de autogobierno y la definición nacional. Esta tarea ocupó casi toda la legislatura. El *Estatut* fue sometido a referéndum en Cataluña, en junio del 2006, con una abstención superior al 50 por ciento y casi tres de cada cuatro votantes optando por el sí. El alto abstencionismo no parece casual si tenemos en cuenta que el Estatuto respondía más a las necesidades de la clase política que a las de la ciudadanía, bastante indiferente en este tema hasta que fue impelida a movilizarse por la vía de la crispación, el victimismo y la defensa de la patria amenazada. La no constitucionalidad de algunas partes del *Estatut* resultaba evidente, incluso para el propio Maragall.

Todos los grupos políticos, en Cataluña primeramente, pero asimismo en el resto de España, aprovecharon la apertura de la caja estatutaria de Pandora para sus propios intereses: desde unos socialistas necesitados de reafirmar el poder recientemente conseguido (2003 en Cataluña, 2004 en España) hasta CiU y el PP, formaciones con dificultades para aceptar sus respectivas derrotas, sin olvidar una ERC crecida y dispuesta a jugarlo todo, en un ejercicio de maximalismo táctico, a fin de avanzar en la ruta

independentista. Entre todos alimentaron un monstruo que constituye la antesala de eso que hemos venido en llamar el *procés*.

En el caso particular de Maragall y su círculo próximo, como máximos impulsores del desaguisado estatutario, un par de elementos merecen ser tenidos en cuenta. Por un lado, el renovado Estatuto de Cataluña podía haber sido el hito aglutinador y definidor de su presidencia, algo grande que recordar en el futuro, como ocurriera con los Juegos Olímpicos en la etapa de la alcaldía. Pero no lo fue. De otro, un *Estatut* con mayores cotas de autogobierno constituía, en buena medida, una reivindicación del marchamo catalanista de los socialistas, quitándose de encima, finalmente, la vieja mancha de malos catalanes que el pujolismo había conseguido imponerles desde la época del caso Banca Catalana. Maragall había logrado igualarse con Pujol. Era la manera de decir que ya nadie más iba a poder acusarle de no ser suficientemente patriota. La carrera por formar parte del panteón de la patria permitió el rearme nacionalista de CiU y ERC y, a la postre, iba a acabar casi llevándose por delante al PSC.

Pocos días después del referéndum del Estatuto de Autonomía catalán, en cualquier caso, un Pasqual Maragall cada vez más cuestionado por el PSOE, el Gobierno central y el propio PSC anunció la renuncia a la reelección y su retirada política. Los socialistas eligieron como nuevo candidato a la Generalitat a José Montilla, exalcalde de Cornellá de Llobregat y ministro de Industria, Turismo y Comercio en el Gobierno Rodríguez Zapatero. En noviembre del 2006, Montilla se convirtió en presidente de la Generalitat, en una prolongación del Gobierno tripartito entre socialistas, independentistas y rojo-verdes. Al año siguiente, Maragall dejó la presidencia del PSC y anunció que iba a trabajar en el proyecto de crear un Partido Demócrata Europeo. Impulsó la Fundación Cataluña Europa. Acabó dándose de baja, asimismo, de su formación política.

El 20 de octubre del 2007, el gran alcalde de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 anunció en rueda de prensa, en el Hospital de Sant Pau, que padecía un principio de Alzheimer. Al año siguiente se creó la Fundación Pasqual Maragall para dar apoyo a la investigación científica sobre esta enfermedad.

IV

El mar y la Villa Olímpica. Dos años después del final de los Juegos de Barcelona 92, Pasqual Maragall afirmaba, en el prólogo del libro *El vol de la fletxa*, dedicado a la reinvención de la Ciudad Condal en el decenio 1982-1992, que no era cierto, como algunos afirmaban en un contexto económico difícil y de «una cierta deslealtad», que se hubieran excedido con la Olimpiada: «No ens vam passar». No nos pasamos, escribía el alcalde, sino que aprovecharon una ocasión nada habitual: «Aprovechamos la oportunidad histórica para transformar determinadas partes componentes de una ciudad de 2000 años sin que el espíritu de la ciudad y de la historia tuviera que mudar. Devolvimos, eso sí, una ilusión y un orgullo colectivos a una ciudad que había sido derrotada y que había padecido muchos años de especulación, de falta de inversiones y de negligencia». Y, a renglón seguido, añadía: «Acabamos la ciudad: abriéndola al mar, recuperando definitivamente Montjuic como un área de ocio y de cultura, llenando el vacío urbano de Valle de Hebrón, poniendo calidad en la periferia, haciendo que los barrios fueran también, definitivamente, ciudad. Y mejoramos la conectividad —con las nuevas rondas, que no separan, sino que "cosen", conectan las diferentes partes de la ciudad y su área metropolitana—, las comunicaciones y las telecomunicaciones».

Abrir la ciudad al mar constituyó uno de los principales retos urbanísticos de Barcelona 92. Lo que vino en denominarse el área de Parque de Mar, con una superficie de ciento treinta hectáreas, fue la parte más remodelada de la urbe, incluyendo, entre otros, el Puerto Olímpico y la Villa Olímpica. La recuperación de más de cinco kilómetros de costa, junto con la de las playas urbanas, constituyó un logro fundamental de aquel momento. El cambio de imagen y los beneficios comerciales y turísticos de algunas de estas intervenciones fueron mayúsculos, hasta casi llegar, en el siglo XXI, a morir de éxito. El Puerto Olímpico, diseñado por un equipo dirigido por el ingeniero Joan Ramon de Clascà, acogió las competiciones de vela de los JJ. OO. y estaba destinado a ser el nuevo puerto deportivo de la capital catalana. Disponía de un gran

edificio administrativo. La entrada del Puerto Olímpico quedaba delimitada por dos altísimos edificios: la Torre Mapfre, obra de Iñigo Ortiz y Enrique León, y el hotel Arts. A sus pies, el gigantesco y emblemático *Pez dorado* de Frank Gehry. El Paseo Marítimo se convirtió en un lugar insuperable para mirar el mar Mediterráneo.

La Villa Olímpica, de cuarenta y cinco hectáreas, se convirtió después de los eventos de 1992 en un nuevo barrio de la ciudad de Barcelona. Mientras tanto, en los Juegos Olímpicos y en los Paralímpicos, entre julio y septiembre de aquel año irrepetible, sirvió de lugar de residencia para los deportistas. La ciudad sede se había comprometido ante el COI, tras su elección en octubre de 1986, a alojar a la familia olímpica. En concreto, para deportistas y oficiales de los equipos se requería una villa específica. Se construyó en el Poblenou. Otras dos se planificaron en subsedes alejadas de Barcelona —Bañolas y la Seo de Urgel— y otras tantas para los medios de comunicación —Valle de Hebrón y Montigalá, en Badalona—, además de la de Parque de Mar, destinada a jueces y árbitros. La Villa Olímpica de Barcelona, la más importante, era una ciudad en la ciudad, con todos los servicios y una capacidad para unas quince mil personas. Estaba dividida en un par de zonas: la residencial (viviendas, despachos, locales médicos) y la internacional (servicios comunes, centro comercial, playas). Los residentes disponían de servicio permanente de restauración. Los pisos podían acoger de dos a doce personas, aunque lo más habitual era una ocupación por parte de seis u ocho.

Constituyó una obra fundamental, que integraba la vertiente olímpica y la ciudadana, además de contener una enorme proyección de futuro. Hubo algunas otras propuestas para la ubicación de la Villa Olímpica, destacando San Cugat del Vallés o la zona del Prat de Llobregat, pero Maragall y sus consejeros no tenían demasiadas dudas. Era una ocasión perfecta para la aplicación del modelo Barcelona. De la construcción de las viviendas se encargó la empresa Vila Olímpica S. A. (VOSA), encabezada desde 1986 por Ramon Boixadós. Se hizo a precio de mercado. Antes de todas las actuaciones urbanísticas, en esa zona abundaban los talleres y viejas fábricas, además de vías férreas. Renfe, presidida precisamente por el figuerense Boixadós entre 1983 y 1985, aceptó y asumió parcialmente su desmantelamiento. Las negociaciones de

expropiación no fueron complicadas —con Ferrer Salat, entre otros, que allí tenía sus laboratorios farmacéuticos—, a diferencia de las mantenidas con promotores inmobiliarios y constructores. El diseño general fue obra de los arquitectos Oriol Bohigas, Josep Martorell, David Mackay y Albert Puigdomènech. Bohigas, en particular, delegado de Urbanismo del Ayuntamiento de Barcelona entre 1980 y 1984 y persona que merecía gran confianza a Maragall, tuvo un papel decisivo.

El anillo olímpico. En Barcelona 92 se utilizaron numerosas instalaciones deportivas, más de treinta, en la Ciudad Condal sobre todo, pero también en las llamadas subsedes. Se citan en el primer capítulo de este libro. En Barcelona quedaron definidas cuatro grandes zonas: Montjuic, Diagonal, Valle de Hebrón y Parque de Mar. La más importante y emblemática fue, sin duda, la primera. El conjunto de instalaciones deportivas construidas o remodeladas para la vigésimo quinta Olimpiada en la montaña de Montjuic se conoce como *anella olímpica*, en catalán, o anillo olímpico. En este espacio sobresalen el Estadio Olímpico, el Palau Sant Jordi, las remodeladas Piscinas Bernat Picornell y la Piscinas de Montjuic y, asimismo, el edificio del Instituto Nacional de Educación Física de Cataluña (INEFC), proyectado por Ricardo Bofill. Además de las instalaciones específicamente deportivas, debe destacarse la torre de telecomunicaciones diseñada por Calatrava. El Palau Sant Jordi estuvo a cargo del arquitecto japonés Arata Isozaki y se construyó entre 1985 y 1990, con gestión de la empresa AOMSA. Tenía capacidad para quince mil espectadores sentados y destacaba por su complejidad técnica y tecnológica.

Del Estadio Olímpico de Montjuic se trata en múltiples ocasiones en estas páginas, puesto que fue el lugar en donde tuvieron lugar algunas pruebas atléticas y las ceremonias de apertura y clausura de los Juegos Olímpicos y de los Paralímpicos de Barcelona 92. Además, fue escenario, en su inauguración en 1989 tras una profunda remodelación, de hechos más bien desagradables. Únicamente cabe añadir que su construcción terminó en 1929, obra de Pere Domènech Roura, a punto para la Exposición Universal de Barcelona. Un equipo de arquitectos, formado por Federico Correa, Alfons Milà, Joan Margarit —también poeta, recién fallecido—,

Carles Buxadé y el italiano Vittorio Gregotti, proyectó su total remodelación, en unos trabajos que se alargaron desde 1985 hasta 1989. La gestión de la obra estuvo a cargo de AOMSA. Tuvo un coste de unos ocho mil millones de pesetas, aportados por el Consejo Superior de Deportes en su mayor parte y el COOB 92. Del viejo Estadio se conservaron la fachada neoclásica y los grupos escultóricos de Pablo Gargallo. Cerca del Estadio Olímpico se inauguró, en el 2007, el Museo Olímpico y del Deporte Juan Antonio Samaranch —el nombre del expresidente del COI se añadió en el 2010—, gestionado por la Fundación Barcelona Olímpica.

Las subsedes. Los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 se celebraron, evidentemente, en la capital de Cataluña, pero otras ciudades barcelonesas, catalanas y españolas acogieron también algunas pruebas. La Ciudad Condal era la sede central, pero otras quince poblaciones la complementaron como subsedes y vivieron, asimismo, más o menos trascendentes procesos de urbanización o modernización: Badalona, Castelldefels, Granollers, Hospitalet de Llobregat, Mollet del Vallés, Sabadell, Sant Sadurní d’Anoia, Tarrasa, Vic y Viladecans, en la provincia de Barcelona; Reus, Bañolas y la Seo de Urgel, en las provincias de Tarragona, Gerona y Lérida, respectivamente, y, por último, Valencia y Zaragoza. Acogieron un total de nueve deportes: baloncesto (Badalona), béisbol (Hospitalet de Llobregat y Viladecans), boxeo (Badalona), fútbol (Sabadell, Valencia y Zaragoza), balonmano (Granollers), *hockey* sobre hierba (Tarrasa), piragüismo (Castelldefels y Seo de Urgel), remo (Bañolas), tiro olímpico (Mollet del Vallés) y, como deporte de demostración, *hockey* sobre patines (Sant Sadurní d’Anoia, Vic y Reus).

Las subsedes se eligieron, en la mayor parte de los casos, en función de las tradiciones deportivas locales y la existencia de asociaciones deportivas y aficionados —la importancia histórica del baloncesto en Badalona o del *hockey* en Tarrasa—, por sus instalaciones o condiciones singulares —el lago natural de Bañolas — o por la especial buena sintonía con algunas administraciones municipales, sin olvidar algo importante en la visión maragalliana

del mundo como eran las dimensiones metropolitana y corono-aragonesa de Barcelona. Como vimos anteriormente, en algunas, las más alejadas de la Ciudad Condal, se pusieron en funcionamiento villas olímpicas específicas. Las subsedes con residencia recibieron, en total, unos treinta y un mil millones de pesetas, y el resto algo más de quince mil. Para casi todas las poblaciones afectadas, Barcelona 92 supuso la ocasión para emprender trabajos de infraestructura y dotarse de nuevas instalaciones deportivas, que han resultado muy útiles para el día de después. En Badalona, por ejemplo, además del nuevo Pabellón Olímpico, se urbanizó Montigalá, con unas residencias para periodistas que dieron lugar a un nuevo barrio, se mejoraron las conexiones internas y se ampliaron los laterales de la autopista. Por eso, el alcalde de Badalona en 1992, Joan Blanch, podía considerar en una entrevista, veinte años después, los Juegos Olímpicos de Barcelona como el acontecimiento más importante de la historia de la ciudad. Si para la sede principal, el 92 significó la apertura al mar, para la Seo de Urgel lo fue al río Segre. Los ejemplos podrían, sin duda, multiplicarse. La XXV Olimpiada, la de Barcelona, no solamente transformó la capital catalana.

Los voluntarios. Sin ellos nada hubiera sido posible. Constituyeron la prueba más palpable de la comunión ciudad-Juegos-ciudadanos. La figura del voluntario era relativamente nueva en las Olimpiadas: existían desde Múnich 72, pero no adquirieron un papel importante hasta Los Ángeles 84 y Seúl 88. El Centro del Voluntariado de Barcelona se instaló en la Fuente Mágica de Montjuic. Antes de la nominación de 1986 ya se habían recibido unas sesenta mil solicitudes de inscripción en el programa de voluntarios olímpicos, que aumentaron hasta más de cien mil con posterioridad. La selección y la formación debían ser las claves del éxito. Se estima que en el programa formativo se invirtieron unos mil millones de pesetas. La financiación estuvo a cargo de la empresa automovilística Seat, que firmó una carta de intenciones con el COOB 92 en junio de 1988. En los cursos de formación básica participaron un total de 35 642 personas, más 91 coordinadores y 456 profesores. Se hacían en Barcelona y en las subsedes e integraban personas de toda España, con amplia mayoría de los

menores de treinta años. Después se pasaba a una preparación específica para el lugar de trabajo y otra sobre las infraestructuras e instalación de destino. Todo ello complementado con un programa motivacional, que incluía becas, revistas, fiestas, programas de radio y premios.

Los voluntarios participaron en todas las tareas de organización de Barcelona 92. Se editó un *Manual del voluntario olímpico* y una tarjeta resumen de sus derechos y deberes, denominada el «10 × 10 del voluntario». El primer derecho consistía en «recibir el reconocimiento social y del Comité Organizador por la acción voluntaria y desinteresada», mientras que el décimo y último era poder recurrir al defensor del voluntario, puesto para el que fue nombrado Andreu Clapés. Entre los deberes: «comportarse como embajador de la ciudad, del país y del movimiento olímpico» (número 1), «ser amable, educado, cortés y optimista», además de guardar las buenas maneras y no fumar en público —eran unos Juegos sin humo— (número 4) o «ser participativo» (número 6). Se diseñó un uniforme para contribuir a su reconocimiento público: un chándal de color blanco con todos los logotipos necesarios. Durante cuatro años se publicó la revista *Voluntarios'92*. Según el ya citado Clapés, en la Ciudad Condal se movilizaron unos treinta y cinco mil voluntarios en los Juegos Olímpicos, en julio y agosto, y otros quince mil en los Juegos Paralímpicos, en septiembre, lo que puede ser considerado un «hito» y una «gesta». Juan Antonio Samaranch, en nombre del COI, les agradeció su trabajo en el discurso de clausura de los JJ. OO.: «Gracias de todo corazón a los miles y miles de voluntarios. Nos sentimos orgullosos de vosotros. Nos habéis dado el mejor ejemplo de lo que es la juventud actual de nuestro país».

La Olimpiada Cultural. La candidatura olímpica de Barcelona incluía la celebración de un amplísimo programa cuatrienal de iniciativas culturales, lo que significaba un plus de competitividad. Recogíase, de esta manera, un elemento característico de los JJ. OO., que era el de establecer lazos entre cultura y deporte en el marco del olimpismo. Mientras que en un primer momento se ocupó de ello la División Cultural del COOB 92, con un presupuesto

de 3500 millones de pesetas, en noviembre de 1988 se constituyó Olimpiada Cultural S. A. (OCSA), con naturaleza jurídica de sociedad privada del COOB 92. No es ajena a estos cambios y a las resistencias encontradas ante una decisión que limitaba sus funciones la destitución de Jaume Clavell, a la que más arriba me he referido. Presidía OCSA el alcalde Pasqual Maragall, con Leopoldo Rodés como vicepresidente, Pep Subirós en el puesto de consejero delegado y Margarita Obiols en el de directora ejecutiva. Las dimisiones, más adelante, de Rodés y Subirós fueron contrarrestadas por la incorporación en la cúpula, como vicepresidente ejecutivo, de Romà Cuyàs.

La Olimpiada Cultural, que iba a durar los cuatro años que mediaban entre Seúl 88 y Barcelona 92, se inauguró el 8 de octubre de 1988 con el conjunto de actos denominado Pórtico de la Olimpiada, con motivo de la recepción de la enseña olímpica proveniente de Corea. Uno de ellos era La Nit (La Noche), que acogió, entre otras, una recordada actuación de Freddie Mercury y Montserrat Caballé, que cantaron, entre otras, la famosa «Barcelona». A cargo todavía de la División de Cultura del COOB 92, las actividades tuvieron algo menos de suceso de lo esperado. El día 8 se inauguró también, en el Edificio de las Aguas y con presencia de los reyes de España, la exposición *Barcelona, la ciutat i el 92*. Cada uno de los años siguientes destacó por un aspecto temático concreto: 1989 fue el año del deporte (exposición *Planeta Esport*, por ejemplo), 1990 el de las artes (exposiciones *El Quadrat d'Or* y *El Modernisme*) y 1991 el del futuro (proyecto de diseño *Casa Barcelona*). Todos estaban complementados por un festival de otoño. La culminación del proyecto llegó, como es lógico, en el año 1992, especialmente a través del Festival Olímpico de las Artes, celebrado durante los Juegos, con más de doscientas actividades entre abril y agosto.

Curiosamente, se utilizaron dos logotipos distintos para la Olimpiada Cultural: uno, hasta 1992, obra de Josep Maria Trias —como el logotipo de Barcelona 92—, y otro, diseñado por Leopoldo Pomés, en 1992. Contó también con mascota propia, la Nosi, perteneciente a la *troupe* mariscaliana de Cobi y Petra. La verdad es

que la pobre Nosi fue muy poco exhibida. Puede decirse que la Olimpiada Cultural, a diferencia de los Juegos, no resultó un claro éxito. Tanto la preparación como el contenido dejaron algo que desear y pasó, en el global de Barcelona 92, demasiado desapercibida. Nunca se consiguió realmente una simbiosis entre la cultura de la Olimpiada Cultural y el olimpismo de los Juegos, que, no puede olvidarse, son también, en gran medida, cultura.

V

Un par de años después de verse forzado a dejar la presidencia de la Generalitat de Cataluña, Pasqual Maragall dio a la luz sus memorias: *Oda inacabada* (2008). El título se inspiraba en el poema *Oda infinita*, de su abuelo el poeta Joan Maragall: «Tinc una oda començada / que no puc acabar mai». Esta oda empezada, que nunca puede terminar, simboliza bien una abrupta salida de la política, sin continuidad debida a cuestiones de salud. Uno de los capítulos del libro está dedicado a la aventura de los Juegos Olímpicos, con el título «Lo que es bueno para Barcelona…», una referencia a un par de frases que el alcalde de la Ciudad Condal repitió en muchas ocasiones en aquellos tiempos: «Lo que es bueno para Barcelona es bueno para Cataluña. Lo que es bueno para Cataluña es bueno para España». Pasqual Maragall desgrana, en *Oda inacabada*, algunos de sus recuerdos sobre Barcelona 92.

Sostiene Maragall que el día 25 de julio de 1992 se llevó un buen susto. Diez minutos antes del inicio de la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos, Josep Miquel Abad le comunicó que los servicios de información de la policía habían detectado, entre los figurantes del espectáculo de La Fura dels Baus, a unos radicales dispuestos a boicotear la función exhibiendo el lema de marras «Freedom for Catalonia». Portaban, según esta versión, camisetas. El alcalde consideró perfectamente creíble el intento de boicot, teniendo en cuenta lo ocurrido en Ampurias y en Montserrat con la antorcha olímpica. Y afirma que se expresó de esta manera (todas las traducciones son mías): «Ve tú personalmente y diles que si alguien se atreve a hundir este acto, Maragall en persona va a estrangularlos». Parece que los aprendices de saboteador se dejaron convencer.

Sostiene Maragall que el éxito colectivo de los JJ. OO. de Barcelona superó todas las previsiones. Añade, sin embargo, que no siempre «todo había sido tan bonito». En la época de los contactos primerizos entre Samaranch y Narcís Serra no mostraron ninguna voluntad de apoyar la iniciativa ni el Gobierno ucedista de Calvo-Sotelo ni el PSOE ni el COE. Las oposiciones cesaron tras la declaración pública del rey Juan Carlos I. A partir de aquel momento —faltaban cuatro años para la designación y diez para una hipotética inauguración— ya solo quedaban «las trabas inherentes a todo gran proyecto que difícilmente puede contentar todas las expectativas y despierta, en ocasiones, las desconfianzas más elementales». Sea como fuere, Maragall heredó la ilusión de Serra por un proyecto que iba a suponer una inversión global de cerca de un billón de pesetas y permitir «una transformación radical de la ciudad, una transformación como nunca se había visto».

Sostiene Maragall que el 17 de octubre de 1986, en Lausana, fue una jornada «inolvidable». Barcelona se impuso a París como sede de los JJ. OO. de 1992. Los días anteriores no resultaron fáciles, puesto que crecía la admiración por la candidatura parisina. El discurso de Jacques Chirac causó un gran impacto. Maragall se muestra muy agradecido con Felipe González por haber asistido a la sesión de presentación de la candidatura barcelonesa: «Su intervención, sus garantías, contrarrestaron eficazmente el efecto Chirac». Poco después llamó al rey para transmitirle la buena noticia: «El monarca me saludó entonando un sensacional “Barcelona, Barcelona, oé, oé, oé” antes de intercambiarnos las pertinentes felicitaciones y quedar para vernos inmediatamente».

Sostiene Maragall que los integrantes de la expedición barcelonesa regresaron a casa aquella misma noche. En el avión brindaron con cava. También Trias Fargas, exconsejero de la Generalitat y jefe de la oposición convergente en el Ayuntamiento de Barcelona, que «supo poner los intereses de Cataluña por encima de los intereses partidistas». Insistir en ello es, evidentemente, una manera de decir que no todos lo hicieron. Es difícil no pensar en Jordi Pujol. En el aeropuerto fueron recibidos por un grupo numeroso de ciudadanos eufóricos. Afirma que se dejó llevar por la emoción en la concentración popular en la avenida María Cristina de Montjuic, ante la gente que vibraba con el éxito de su ciudad:

«Di botes de pura alegría, otra de las imágenes del día, esta la más conocida, a pesar del estado febril de mi resfriado, que justificaba mi aparición enfundado en una gabardina negra y larga de Roser Marcé».

Sostiene Maragall que al día siguiente, temprano, viajó a Madrid para entrevistarse con el rey, tal como habían acordado la víspera por teléfono. Define el clima del encuentro como distendido y eufórico. La familia real estuvo en todo momento a disposición de los Juegos: «La Corona había sido hasta entonces, y lo fue hasta el final, una gran aliada de Barcelona. Se lo he agradecido al rey en varias ocasiones, pública y personalmente, y aquí lo repito de nuevo». Su primera conversación en profundidad con don Juan Carlos había tenido lugar en diciembre de 1983, en un viaje a Nueva York: «Durante el vuelo con la comitiva tuvimos seis horas de franca conversación, en la que el rey y la reina demostraron un gran interés por el proyecto olímpico de Barcelona y manifestaron su apoyo incondicional». Maragall, que ya tenía una muy buena impresión del monarca desde el 23-F de 1981, recuerda asimismo otros agradables encuentros posteriores.

Sostiene Maragall que tras visitar al rey en la Zarzuela se desplazó a la Moncloa para visitar al presidente del Gobierno. Aquella misma tarde, en televisión, Felipe González calificó al alcalde como «gota malaya» por su obstinación. Por aquel entonces se calculaba que la organización de los Juegos iba a costar unos cinco mil millones. «Así que cinco mil millones, ¿eh, tío?», irónicamente pero con gracia, le espetó González días después de la clausura, seis años después. El Estado acabó aportando 230 mil millones, un 37,4 por ciento de la inversión del sector público en las infraestructuras del evento, sin incluir los cien mil millones de Telefónica. Comoquiera que sea, en términos políticos, según Maragall, los Juegos no resultaron caros para el Gobierno, sino todo lo contrario: «Si se hiciera un análisis riguroso coste-beneficio de toda la operación olímpica, estoy convencido de que los resultados serían indiscutiblemente favorables para Barcelona, pero también para Cataluña y para España».

Sostiene Maragall que González le pidió, al día siguiente de la

nominación en Lausana, que fuera a Sevilla. El presidente del Gobierno estaba inquieto por los efectos negativos que la «euforia catalana» podía tener en Andalucía, que preparaba la Expo 92. Reconoce que compartía esta preocupación. Al cabo de unas semanas hizo dicha visita: «Existía una gran desconfianza e hice todo lo posible para combatir ese estado de ánimo». Dio su apoyo sincero, por ejemplo, al proyecto del AVE Madrid-Sevilla, aunque «desde Cataluña a veces no se entendiera». Asimismo, González tuvo algunas intervenciones decisivas en materia de seguridad para el proyecto de los Juegos, algo que preocupaba enormemente a la familia olímpica.

Sostiene Maragall que, en una cena conmemorativa de la nominación olímpica, celebrada en Barcelona en el 2006, Samaranch le pidió disculpas, en el brindis, por la presión seguramente excesiva a la que sometió al COOB 92. No fue fácil la relación entre ellos, pero ambos deseaban «los mejores Juegos de la historia» y acabaron estableciendo un vínculo razonable y eficiente. Muchos pensaban, con el presidente del COI en posición destacada, que el modelo que seguir era el privado de Los Ángeles 84. Ello contrastaba con la voluntad política del alcalde y, añade, con la propia historia de Barcelona: «Se trataba de preservar el protagonismo de la ciudad y de su Ayuntamiento en la organización del proyecto más importante que Barcelona se había planteado en las últimas décadas y en el que se confiaba para consolidar una nueva ciudad que debía transformarse urbanísticamente, dotarse de nuevos equipamientos y rearmarse por lo que a su autoestima colectiva se refiere. Un programa que solo podía ser público».

Sostiene Maragall que, pocos días después de la elección de Ferrer Salat como nuevo miembro del COI —«un empresario catalán del que guardo un grato recuerdo»—, él nombró a Abad como responsable del organismo que dirigía la candidatura. A mediados de 1985 se entraba en una etapa ejecutiva y el perfil de Abad era el adecuado, añadiéndose a la lista de impulsores del dosier olímpico desde los inicios: Romà Cuyàs, Armand Carabén, Joan Mas Cantí. Aunque aceptaran la nueva designación, esta desagradó profundamente a Samaranch y al sector privado.

Sostiene Maragall que las mayores dificultades aparecieron después de la nominación, en la génesis del Comité Organizador. En

la fase promocional las cosas resultaron más fáciles: «Samaranch es un maestro de las formas y demostró habilidad y cuidado en el desarrollo de su posición presidencial. Eso le preservó de cualquier acusación de partidismo en favor de su ciudad». El alcalde de Barcelona respetó siempre su posición e intentó no comprometerle. En cualquier caso, «resulta excesivo pretender que Samaranch se jugó la carrera olímpica por la candidatura barcelonesa. No forma parte de su manera de ser». Sus consejos fueron muy útiles para preparar la estrategia promocional y, más adelante, lo fue también su permanente presión. Los empresarios agrupados alrededor de Rodés y Ferrer Salat mantuvieron una actividad encomiable; la plataforma empresarial Asociación Olímpica Barcelona 92 aportó, a los gastos de la candidatura, unos mil millones.

Sostiene Maragall que, en una conversación mantenida con el secretario de Estado de Seguridad, Rafael Vera, tras un viaje a París para negociar una mayor implicación del Gobierno francés en la lucha contra ETA, este le transmitió «muy educadamente, que los franceses le habían pedido si no era posible reducir un poco la presión de la candidatura de Barcelona a los Juegos Olímpicos del 92».

Sostiene Maragall que el alumbramiento del COOB 92 fue complicado. Y las tensiones, enormes: en primer lugar, entre partidarios de los modelos público y privado, y, en segundo, en torno al protagonismo del Estado y de la Generalitat. Las muestras de desconfianza hacia la capacidad municipal y de Josep Miquel Abad para dirigir el proyecto no escasearon. Ahora, afirma, todo el mundo reconoce la profesionalidad de este último, pero no era así en aquella época. Entre los temas que generaron grandes discusiones se citan el emplazamiento de la Villa Olímpica y de las instalaciones de tenis, la construcción de los ramales del segundo cinturón —denominados «pata norte» y «pata sur»—, el plan de hoteles, las instalaciones de vela, la fórmula para adjudicar las grandes operaciones urbanísticas o, asimismo, el supuesto déficit.

Sostiene Maragall que el domingo 9 de octubre de 1988, en la fiesta de recepción de la bandera olímpica procedente de Seúl, proclamó ante el público reunido, como forma de exteriorizar la preocupación del momento y de los meses anteriores: «Cataluña, confía en Barcelona, que te hará quedar bien. España, confía en

Barcelona, que te hará quedar bien. Nosotros sabremos cumplir con nuestra responsabilidad».

Sostiene Maragall que, en el terreno económico, el Estado hizo un gran esfuerzo y muy pequeño la Generalitat de Cataluña. Era, de alguna manera, una contradicción: «Barcelona era considerada de cerca como un peligroso contrapoder, mientras que desde lejos se la respetaba, y Europa la utilizaba como referencia».

Sostiene Maragall que, aunque algunos eran partidarios de demoler el viejo Estadio de Montjuic para construir otro nuevo, él pensaba lo contrario. Recuperarlo tenía un sentido histórico. Sea como fuere, la inauguración del Estadio remodelado en 1989 constituyó «un desastre inapelable y doloroso, aunque instructivo para mejorar el rumbo». Fue un día desafortunado, tristísimo, un auténtico «golpe de Estadio». Los nacionalistas acudieron decididos a cargarse el acto —explica Maragall el encuentro con su amigo Josep Espar i Ticó, pujolista acérrimo, armado con silbatos—, pero además se les ofrecieron todas las excusas: retraso del monarca, lluvia torrencial, defectos de la obra e inundación de una parte de las instalaciones. La ciudad organizadora de los Juegos de 1992, a tres años de su celebración, «ofreció una imagen deplorable retransmitida por las televisiones de todo el mundo». Maragall terminó enfadado, decepcionado y alarmado. Había que empezar de nuevo, dejando alguna dimisión por el camino: el damnificado fue Jordi Parpal. Era una injusticia, pero se necesitaba un cabeza de turco. Además, a raíz del desastre, los socios olímpicos volvieron a inquietarse. Tres años después, no obstante, los silbidos se convirtieron en aplausos.

Sostiene Maragall que la ubicación de las competiciones de vela en Barcelona, y no en Mallorca, constituyó uno de los grandes aciertos de los Juegos. La ciudad podía tener un nuevo puerto sin costes. Otra obra fundamental fue la Villa Olímpica. Se trataba de aprovechar los JJ. OO. «para abordar urgencias urbanísticas, para modernizar Barcelona». La materialización de todas las obras emprendidas «significaron una mejora de la autoestima de los barceloneses y la proyección mundial de una ciudad renovada».

Sostiene Maragall: «Los Juegos Olímpicos fueron para Barcelona el aprendizaje del éxito, la convicción probada de todos los ciudadanos de que somos capaces de plantearnos retos ambiciosos y

complejos. Demostramos que Barcelona puede arrastrar a toda Cataluña y tender puentes muy fructíferos con España. Fueron los dieciséis días más intensos de la historia reciente de la ciudad, con unas formidables derivaciones en el terreno de la autoestima y la ambición, de renovación urbanística e infraestructuras modernas, y de consideración por parte de visitantes de todo el mundo cada vez más numerosos». Pero era, sin duda, algo más: «El éxito impresionante de los Juegos Olímpicos de Barcelona simbolizó también, de algún modo, el fruto de los primeros veinticinco años de democracia y de autonomías en España, la modernización del Estado y de los servicios públicos, el proceso de integración en Europa y en el mundo occidental, el fortalecimiento de la economía privada. El visible empuje que el Gobierno socialista de Felipe González imprimió a la modernidad de las ciudades españolas tuvo en Barcelona su principal escaparate». A fin de cuentas, los Juegos Olímpicos «nos hicieron mejores como ciudadanos y como país, más maduros como sociedad, más preparados para enfrentarnos a los problemas y a nuevos objetivos de futuro».

Sostiene Maragall que durante los JJ. OO. de 1992 no se pudo conseguir la anhelada tregua olímpica en los conflictos armados que afectaban a Europa y al mundo y, en especial, a la antigua Yugoslavia. Barcelona iba a liderar, sin embargo, la campaña de solidaridad con Sarajevo.

Sostiene Maragall que siempre consideró su papel de alcalde y presidente del COOB 92 como el de un director a la americana o anglosajón, un *chairman*, que no es el primer ejecutivo. Era imposible que él lo controlara todo, por lo que practicaba un complejo sistema de delegaciones. Su tarea en la organización de los Juegos podía sintetizarse en tres puntos: resistir a las tentaciones de despolitización y de toda operación ejecutiva, así como disponer de un punto de vista de síntesis. La etapa olímpica llevó consigo una efervescencia económica y un descenso importante del paro. Maragall valora, en especial, la transparencia: «En un momento en el que todos los niveles de gobierno del Estado, los mismos partidos, sufrían todo tipo de pequeños o grandes escándalos, me parece ahora milagroso que la actividad del COOB no diese pie a ningún tipo de corrupción». La vigilancia y el rigor moral fueron considerados entonces por muchas personas como «puritanismo

excesivo».

Sostiene Maragall que, a pesar de que a veces puedan verse como una suerte de contrapoder, en el mundo de hoy las ciudades tienen una gran fuerza. Constituyen una esperanza desbordante: «Con el balance de los Juegos Olímpicos en la mano, pude afirmar [en un artículo] que el milagro de las ciudades españolas fue la base del asentamiento de la democracia y la estabilidad de un sistema político baqueteado por crisis sectoriales, estructurales y por innovaciones políticas formidables en los últimos quince años». «La ciudad es la gente» constituyó, además de un lema electoral, un perfecto resumen, asegura, de su etapa como alcalde.

Unas memorias son unas memorias… Al margen del relato perfecto de una realidad perfectible que emana de las palabras escritas por Pasqual Maragall, extraigo sobre todo una conclusión: las ciudades y los ciudadanos tienen poder. El gran Peret estaba en lo cierto: Barcelona tiene —o, quizá, visto lo visto, tuvo— poder.

5
LA VUELTA AL MUNDO

I

El escritor y periodista Valentí Puig residía, en 1992, en Londres. Se instaló en dicha ciudad en septiembre de 1990, tras ser nombrado corresponsal del diario *ABC* en la capital inglesa, en donde permaneció hasta mediados de 1993. Estuvo muy atento en 1992 a la política británica —con una nueva victoria electoral de los *tories* y de John Major—, así como a la crisis de la construcción europea posterior a Maastricht. Viajó bastante, incluso fuera de Gran Bretaña, ya sea a Dublín o Belgrado, ya sea a los Estados Unidos a fin de cubrir para el periódico la campaña de las elecciones que llevaron a Bill Clinton a la presidencia, imponiéndose a George Bush y al multimillonario Ross Perot. Pasó, en algún momento del año 1992, asimismo, por la Ciudad Condal. En su estancia para participar en el jurado del Premio Ramon Llull de la editorial Planeta, anotaba: «La Barcelona preolímpica —o a punto de convertirse en olímpica—. Al contrario de lo que sospechaba, no se respira un aire *nouveau riche*, sino de ciudad que da un gran paso adelante, y lo aprovecha razonablemente».

Estas palabras pertenecen al dietario de Valentí Puig de los años londinenses, escrito en catalán y titulado *La bellesa del temps*, que vio la luz en el 2017. Entre los múltiples géneros cultivados por el autor, en castellano o en catalán, el de los dietarios resulta especialmente fecundo y espléndido. Sus diarios personales anteriores a 1990 han sido publicados en varios volúmenes: *Bosc endins. Dietaris*
1970-1979
(1982), *Matèria obscura. Dietaris*

1980-1984
(1991) —ambos volúmenes fueron reeditados en uno solo en el 2003, con el título *Porta incògnita*—, *Rates al jardí. Dietari 1985*
(2011) y *Dones que dormen. Dietaris*
1986-1990
(2015). A los anteriores debe agregarse *Cent dies del*
Mil·lenni
(2001).

La bellesa del temps no es un dietario sobre Londres, se nos advierte de entrada, sino en o desde Londres. Instalado en la antigua capital imperial, reflexionando sobre la felicidad y la imposibilidad, según Pascal, de conseguirla, apuntaba Puig: «Quizá la felicidad no existe, solamente instantes y estados vitales. No creo que podamos esperar mucho más, pero parece bastante ya. Me maravilla tener un sustrato de vida feliz al lado de una insatisfacción crónica. Leer, escribir. Andar por Londres, leer grandes diarios, ver la BBC: aprender». En las páginas del libro se relatan descubrimientos y encuentros —sobre todo con su casi vecino Guillermo Cabrera Infante, un escritor al que admiraba y con el que estableció una estrecha relación—; se trata de comidas y bebidas, de paseos y visitas, de personas y personajes del presente y el pasado —de Roger Scruton a Agatha Christie—; se comentan lecturas y exposiciones, así como noticias políticas y económicas; se exponen, en fin, pensamientos e intuiciones.

Como no podía ser de otra manera en una persona que se «siente bien en todas partes y en ninguna», sabio cosmopolita que vive a fondo en el presente —manera única de entender el pasado y pensar el futuro—, las referencias a España son limitadas en este dietario. Además de la citada al principio del capítulo, sobre Barcelona, solamente añadiré otras dos. La primera, también de 1992, a una cena y tertulia en Palma de Mallorca con Ernest Lluch y Baltasar Porcel, tras la presentación de un libro de este último, auténtica bestia negra de Juan Marsé. En la larga conversación con Lluch quedó sorprendido por sus muchas coincidencias: «Sobre todo, no lo veo como un político, sino como un intelectual, uno de aquellos intelectuales que en los países más consolidados participan en la política, aunque sea de forma excéntrica. Estamos de acuerdo: la Cataluña bilingüe, la interrelación de catalán y castellano, una

España más flexible y, por tanto, más sólida y unida. Todavía le gusta conversar, en un mundo de monologuistas». La otra corresponde a algunas alusiones del autor a Felipe González y al PSOE. Sobre el presidente del Gobierno de España opinaba, en 1991, que era de centroizquierda, no un socialdemócrata, y sostenía que los políticos socialistas, a diferencia de los intelectuales del mismo signo, eran cada vez menos socialistas y más pragmáticos, reconciliados con las cosas reales.

Algunas brillantes y, aparentemente, simples frases contienen un mundo: «En Piccadilly Circus, muchos viajeros jóvenes se sientan en los escalones de la estatua de Eros como si no se dieran cuenta de que hacer de *hippy* ya no significa nada»; «¿Cuánto tiempo tendrá que pasar en España hasta que llamarse conservador ya no sea considerado reaccionario o franquista?» (1990); «El cosmopolitismo es una suerte de onanismo redecorado»; «Ganara quién ganara la guerra civil española, al final habría una dictadura»; «El progresismo es una superstición»; «Los grandes cómplices del totalitarismo soviético fueron los intelectuales de Occidente»; «Europa no es un accidente geográfico, sino una noción espiritual que funda Occidente» (1991); «El afán por conocer personas adultas de las cuales pueda aprender alguna cosa es uno de mis fracasos»; «Vete a saber si Balzac no bajará un día del pedestal que le hizo Rodin y repartirá collejas entre los novelistas posmodernos» (1992); «En realidad, todos los males empezaron con la guitarra eléctrica» (1993).

Valentí Puig dedicaba algunos comentarios a la construcción europea. Tras el no de Dinamarca al tratado de Maastricht, en 1992, por ejemplo, se preguntaba: «¿De la gran ingeniería institucional al minimalismo arquitectónico?». Más adelante, tras el sí escaso de Francia: «Maastricht recuerda los fracasos de la arquitectura funcional: las casas que Le Corbusier construyó como “máquinas para vivir” y resultan impropias para la vida». Mostraba en varios pasajes su admiración por George Bush y por Margaret Thatcher, dos políticos que resultaron derrotados, en sus países respectivos, en aquellos inicios de la década fin-de-siglo. Del primero apuntaba, en 1992, que era un gran internacionalista. De la segunda, dos años antes, opinaba que había sido uno de los mejores primeros ministros de la centuria y que a ella se debía la parcial recuperación

de la presencia internacional de Gran Bretaña. Memorable era el calificativo que le merecía el discurso de despedida de Thatcher en la Cámara de los Comunes.

La monarquía británica ocupa numerosas páginas de esta obra apasionante, de exquisito intitulado atinente a la belleza del tiempo. En anotaciones de 1990 constataba el alto grado de afecto de los británicos a la Corona, a pesar «del sector frívolo de la familia real». Al cabo de dos años las notas se centraban inicialmente en los cuarenta años de Isabel II en el trono, en la capacidad de autopreservación de la monarquía británica y en esta como «el código nuclear de la nación». Poco después empezaban los escándalos: divorcio de la princesa Ana —miembro importante del Comité Olímpico Internacional—, conflictos matrimoniales de los duques de York, el libro del «periodista parasitario» Andrew Morton sobre Diana, separación de los príncipes de Gales. Valentí Puig era muy severo con Fergie, una *hooligan*, una «borrica mal educada y silvestre». En noviembre de 1992, el incendio del castillo de Windsor «culmina un año de desventuras». Con *annus horribilis*, la reina había encontrado una buena fórmula: «El año que era la celebración de los cuarenta años del reinado de Isabel II al final habrá sido el *annus horribilis*». En 1993 incluía aún una digresión sobre el lamentable espectáculo ofrecido por Diana y Carlos: «Que la monarquía pierda las formas es un preámbulo equívoco para el siglo XXI que se acerca».

Nacido en Palma de Mallorca, en 1949, Valentí Puig se licenció en Filología Inglesa en la Universidad de Barcelona y pasó un curso, en 1971-1972, en Londonberry como profesor asistente de español. A pesar de haber vivido en Madrid, Londres y, sobre todo, Barcelona, siempre ha mantenido una relación especial con su Mallorca natal. En la etapa preautonómica fue director general de Educación y Cultura del Consejo General Interinsular, precedente del Gobierno Balear. Tiene una larga trayectoria en el campo del periodismo, desde el editorialismo hasta el análisis político, sin olvidar la crítica literaria. Entre los diarios en los que ha colaborado destacan *ABC, La Vanguardia, El País, Diario de Mallorca, Economía Digital* o *Crónica Global-El Español*. También deben citarse las revistas *El*

Temps o *F. La revista del Foment*, una excelente publicación con ediciones castellana y catalana que dirigió entre el 2014 y el 2018.

Se ha distinguido en géneros varios, desde la poesía y la novela hasta el cuento, el ensayo, el dietarismo, el columnismo y el periodismo en todas sus modalidades. Es uno de los escritores e intelectuales más completos, incisivos y lúcidos del panorama catalán y español de las últimas décadas. Practica un bilingüismo literario acorde a una concepción de una Cataluña normal y real, esto es, esencialmente plural. En una de las entradas del año 1991 de sus dietarios, anotaba: «La pregunta que me importa no es por qué escribo en catalán o en castellano, sino por qué escribo, y la respuesta no es clara».

Ha publicado ocho novelas: *Complot* (1986), *Somni Delta* (1987), *Primera fuga* (1997), *La gran rutina* (2006), *Barcelona cau* (2012), *La vida* és *estranya* (2014), *El bar de*
l'AVE
(2017) y *Barcelona 2101* (2018). Y dos volúmenes de narrativa breve —*Dones que fumen* (1983), *Maniobres privades* (1999)—, agrupados en *Tot contat* (2012), que integra asimismo cuentos escritos con posterioridad. Por lo que a la poesía se refiere, estos son los títulos editados: *madur*
L'estiu
(1985), *Blanc de blancs* (2000), *Molta més tardor* (2004), *Passions i afectes* (2007), *Altes valls* (2010), *Dormir mil anys* (2015), *Oratges de la memòria* (2017) y *La segona persona* (2020). En el 2011 vio la luz *Capital del otoño. Antología bilingüe*
1985-2010
.

Si en el caso de la novela, la narrativa breve y la poesía, además de los dietarios, predomina el catalán en su escritura, en los ensayos y en el periodismo lo hace el castellano. Entre 1987 y el 2004 dio a la imprenta los libros que siguen: *Dublín* (1987), *Palma* (1989), *Vicis del temps* (1990), *Annus horribilis* (1993), *Lady Hamilton* (1994), *Progres* (1994), *Una literatura particular* (1997), *de*
L'home
l'abric

(1998), *Cuando sea rey. Consejos a un futuro monarca* (1998), *Els geòmetres i la*
novel·la
(1999), *Diccionari Pla de literatura* (2000) y *de Cuvier. Cap a on va la cultura catalana*
L'os
(2004). De los títulos anteriores debe resaltarse el par dedicado al escritor Josep Pla: *de*
L'home
l'abric
, que obtuvo el Premio Josep Pla de prosa en catalán —uno de los muchos que ha recibido a lo largo de su carrera literaria—, y el *Diccionari Pla de literatura*, un diccionario cuya selección y prólogo se deben a Puig. Admirador de Pla, suyas son algunas de las páginas más precisas e interesantes dedicadas al escritor ampurdanés. Es autor, también, de *Por un futuro imperfecto* (2004), *La fe de nuestros padres* (2007), *Moderantismo* (2008), *Lo que va de siglo* (2012), *Los años irresponsables* (2013) y *Memoria o caos. Por la continuidad de la tradición cultural de Occidente y contra la desmemoria de nuestros días* (2019).

En las páginas finales del dietario *La bellesa del temps*, correspondientes a 1993, apuntaba Valentí Puig: «Dándole vueltas a los libros que no hago, me ha venido a la mente un ensayo de cosas vistas que puedo sin duda escribir. Es un *tour*
d'horizon
del año 1992, *annus horribilis*, y no solamente para la casa de Windsor. Podría aprovechar alguna de las crónicas de corresponsal y las notas del dietario sobre Yugoslavia, de Thatcher a Major, elecciones americanas, Maastricht, el incendio del castillo de Windsor. Llamada a Josep M. Castellet. Le ha parecido bien. Buen inicio de año, y más ahora que hemos decidido ir a vivir a Barcelona».

El libro *Annus horribilis* apareció el mismo año 1993 en Edicions 62. Contenía una oportuna nota preliminar: «A pesar de que 1992 fuese un "annus horribilis", el autor quiere que quede constancia de que a él no le ha ido del todo mal». No para todo el

mundo el 92 fue horrible, sino, a veces, incluso, justo al revés. En las primeras páginas ofrecía Valentí Puig una rápida radiografía de aquellos doce meses: «Como corresponsal o enviado especial de *ABC*, en el año 1992 pude ver de cerca algunas elecciones y referéndums. Después del referéndum irlandés sobre Maastricht, la presidencia comunitaria británica tuvo también momentos álgidos, como en las cimeras de Birmingham y Edimburgo. Al final, se incendió el castillo de Windsor, como si fuera una recopilación de todas las desventuras de la familia real británica. La reina Isabel II ya lo había definido como "*annus horribilis*". Más en el exterior, los Juegos Olímpicos me parecían una réplica positiva al otro impacto —todavía incalculable— de la televisión global». Los eventos hispánicos de 1992 no iban a ser abordados en el libro, si exceptuamos la alusión anterior y otra vinculada con su estrecha relación con Cabrera Infante. El escritor exiliado había anunciado que en aquel año señalado renunciaba a viajar a España, puesto que para celebrar el día de América en la Expo de Sevilla se escogió el 26 de julio, fecha sagrada para los castristas. Se trataba, en su opinión, de una bofetada a todos los cubanos.

De las grandes cuestiones tratadas por Valentí Puig, desde la complicada situación en la ex-Yugoslavia hasta las elecciones estadounidenses y el dominio *tory* en Gran Bretaña, un par merecían, en particular, entrar en el universo del *annus horribilis*. Constituía la primera y más evidente la monarquía británica. Así lo consideró la reina Isabel II, «al volante del Rolls Royce de las monarquías». La lista de despropósitos era larga. Además de todos los que ya se han citado al tratar de los dietarios, el autor agregaba el toples de Sarah Ferguson, la conversación telefónica entre el príncipe Carlos y su amiga íntima o la entrada de un admirador de la reina en palacio burlando las medidas de seguridad. La prensa sensacionalista vivió un momento feliz. Además, la reina iba a tener que tributar a Hacienda. Todo ponía a prueba «la capacidad de permanencia de una monarquía con una razón de ser que pocos cuestionan». En cualquier caso, concluía, la monarquía británica era una obra maestra.

El segundo de los temas no podía ser otro que la construcción europea y el «*annus horribilis* comunitario». Quedó claro entonces que Europa, del Atlántico a los Urales, y Europa comunitaria

constituían cosas distintas. La europeidad era un producto de siglos «de historia y de guerra, de civilización y de caos». 1992 fue un año poco favorable para los acuerdos de Maastricht. Su espíritu, sentenciaba Puig, estaba muerto, aunque quizá pudiera salvarse la letra. El sí de Irlanda no era suficiente para compensar el no danés; el pequeño sí francés, tampoco. La Europa comunitaria de ese tiempo horrible fue remendada en la cimera de Edimburgo. La Comunidad Europea seguía siendo, en su opinión y a pesar de todo, una de las grandes operaciones de la época. Era necesario, sin embargo, más pragmatismo, así como evitar esquemas ajenos a la gran complejidad propia de Europa: «La impaciencia adolescente de algunos constructores de Europa es propia de una tecnocracia que no conoce las sombras de la historia».

Reconocía Valentí Puig que su estancia en Londres, a principios de los noventa, le había convertido en algo más euroescéptico. Y explicitaba un razonado conservadurismo: «Soy conservador porque no quiero que se pierdan las viejas recetas de cocina, las lecciones de la historia, la legitimidad de la propiedad privada, la memoria de nuestros antepasados, las convenciones del trato social, el respeto a la ley, la noción de autoridad, la lavadora automática, los viejos placeres de la civilización, las ideas de rigor y esfuerzo». En otro pasaje completaba la lista de argumentos:

> Creo en la necesidad rigurosa de orden público, precisamente porque creo que tenemos derecho al desorden privado, como una expansión de los espacios de la vida privada, disfrutando de la propiedad —gran consecuencia de la libertad— ante el colectivismo coercitivo. Soy conservador porque creo que la razón es falible y la tradición no es inútil. Entre lo racional y lo razonable, el pasado nos convierte en herederos de un empirismo que permite oponernos a las religiones políticas. Germen de abstracciones ideológicas, el romanticismo político es una patología, con Hitler en estado terminal. No resulta necesario haber vivido demasiado para suponer que la culpa casi siempre la tiene Rousseau. Desde la finitud y la imperfección del hombre, los conservadores viven sin mala consciencia su compromiso con la preservación de la ley y el orden, el horror a las utopías y el respeto por las fragilidades de la civilización. Definitivamente, soy conservador porque creo en la memoria.

«*Annus horribilis*» tiene por título, asimismo, uno de los capítulos

del libro que Valentí Puig publicó en 1998, *Cuando sea rey. Consejos a un futuro monarca*. Se trata de una obra escrita a cien años del llamado desastre de 1898, en un buen momento para España, en donde la historia no parecía que fuera a terminar mal, a diferencia de lo afirmado en los famosos versos de Jaime Gil de Biedma. Después de la Constitución de 1978, sostenía, «España vive la alternancia política, ingresa en la OTAN y forma parte de la nueva Europa. Compite en los mercados, construye carreteras, masajea su economía, invierte en el extranjero, da holgura a su sistema asistencial y educativo». Un día, en esta España, el príncipe Felipe sería proclamado rey. El autor adoptaba un estilo epistolar para aconsejarle sobre el mundo y sobre el país que hipotéticamente iba a encontrar al subir al trono: «Cuando sea rey, Alteza, muchas cosas habrán cambiado, avanzado ya el siglo XXI, pero la naturaleza humana —el poder, el sexo, la vanidad o la muerte— seguirá siendo la misma, salvo que la bioquímica logre excesivos portentos. Confucio velará por la estabilidad del mundo y España puede ser un país donde haya triunfado definitivamente la revolución de las clases medias. El oficio de rey no habrá variado mucho: encarnar la Jefatura del Estado, no gobernar pero reinar, ser símbolo de unidad y permanencia del Estado, llamar a consulta para proponer al Congreso un candidato a la presidencia del Gobierno, mando supremo de las Fuerzas Armadas con carácter emblemático, estar informado, aconsejar y estimular».

Recordaba Valentí Puig las vicisitudes del año 1992 en la monarquía británica. Esta experiencia le permitía aconsejar, con la inestimable ayuda del ínclito Walter Bagehot, al futuro monarca. Una lección importante extraíble del proceso vivido desde el año horrible hasta la muerte de Diana era que «la indebida exposición de la vida privada de una familia real puede ser una de las causas de su deterioro ante la opinión pública». Entonces el misterio, la magia y la reverencia, como apuntara Bagehot, desaparecían con efectos fatales para la monarquía. Y, acto seguido, añadía Puig: «Las cosas no le pueden ir bien a una monarquía cuando el sucesor es fotografiado desnudo bajo la ducha o cuando las salaces conversaciones con su amante —como le sucedió al príncipe Carlos con Camilla Parker-Bowles— son reproducidas literalmente en casi toda la prensa del país». Las revelaciones de la vida privada de los

royals resultaban necesarias para la prensa sensacionalista y la gran demanda del «nuevo sentimentalismo» incentivado por la figura de Lady Di. La gran pregunta ya no era si la monarquía podría sobrevivir a la democracia, sino si sobreviviría a los *paparazzi*.

A finales del siglo XX, sin embargo, el caso español era muy distinto del británico, el Palacio de la Zarzuela del de Buckingham: la monarquía había podido consolidar, según el autor, «una imagen distinta, afable y popular» gracias a sus «comportamientos, discreción y un cierto consenso». A pesar de ello, recordaba Valentí Puig en estos útiles y algo premonitorios consejos al rey de mañana, que «en la era de la comunicación global y de masas no basta con la mística y hay que confirmar día a día una popularidad de lo ejemplar». Ejemplaridad: un término esencial, primero en lo negativo y después en lo positivo, para entender la segunda década del siglo XXI en España, cuando el futuro monarca se convirtió finalmente en el monarca presente.

II

A diferencia de la monarquía británica, la española no vivió en 1992 un *annus horribilis*. Todo lo contrario. No resulta imprudente asegurar que, coincidiendo con los Juegos Olímpicos de Barcelona y, asimismo, con la Exposición Universal de Sevilla, Juan Carlos I y la familia real alcanzaron, en aquellos meses, uno de los puntos álgidos de su popularidad, tanto en España como en el escenario internacional. Existe el riesgo lógico, en una época como la actual, tan marcada por el presentismo y la memoria desmemoriada, de generalizar y extender nuestras apreciaciones sobre los últimos años del rey Juan Carlos I y de su reinado a toda su vida y permanencia en el trono. Un poco glorioso final no debería hacernos olvidar, sin embargo, que el último cuarto del siglo XX fue un momento histórico excepcional, en el que se consolidó una España democrática, moderna, estable y abierta al mundo. El monarca tuvo en ello un decisivo papel.

El 25 de julio de 1992, día de la apertura de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, el rey Juan Carlos I y su esposa doña Sofía ocuparon el centro de la tribuna principal de invitados del Estadio de Montjuic, junto con Juan Antonio Samaranch y Bibis

Salisachs, marqueses de Samaranch, y Pasqual Maragall y Diana Garrigosa, a su derecha, y, a su izquierda, Felipe González y Carmen Romero y Jordi Pujol y Marta Ferrusola. Tras los discursos del alcalde Maragall y del presidente Samaranch, el monarca español inauguró con las palabras siguientes, pronunciadas desde la misma tribuna, en catalán y castellano, la Olimpiada: «*Benvinguts tots a Barcelona*. Hoy, 25 de julio del año 1992, declaro abiertos los Juegos Olímpicos de Barcelona, que celebran la vigésimo quinta Olimpiada de la era moderna».

Juan Carlos de Borbón y Borbón nació en Roma en 1938, en plena Guerra Civil. Los Borbones españoles vivían exiliados desde 1931. Una década después, Alfonso XIII abdicó, antes de morir, y su hijo Juan se convirtió en el nuevo rey pretendiente. De su unión con María de las Mercedes de Borbón y Orleans nacieron Pilar, Juan Carlos, Margarita y Alfonso. Cuando la familia se mudó a Portugal, a mediados de la década de los cuarenta, el pequeño Juanito —así le llamaba cariñosamente la familia en su infancia— se quedó en un internado en Suiza. En noviembre de 1948 fue enviado a España, consecuencia de una entrevista mantenida por su padre y el general Francisco Franco en la que habían acordado que el niño podría continuar los estudios en tierras hispánicas. Don Juan aspiraba a la restauración de la monarquía y a un reconocimiento hacia su propia figura a través del hijo; el dictador, en cambio, pretendía tener bajo control y modelar a su conveniencia a un posible recambio.

Desde 1947, en virtud de la Ley de Sucesión, España se definía como reino, aunque con pocos monárquicos y sin rey, en puridad, a pesar de la actuación como monarca del dictador, que se arrogaba el privilegio de nombrar a su sucesor real. Esta ley fue primero aprobada por las Cortes y, más adelante, el 6 de julio de 1947, corroborada en un referéndum convenientemente orquestado. Casi cuatro lustros después, la Ley Orgánica de 1966 iba a fijar renovadas bases para la cuestión sucesoria. En un ensayo tan inteligente como enjundioso, *A cuerpo de rey* (2014), Jon Juaristi distingue, con los famosos reyes godos —los de la recitada lista de marras, que tanto apreciaban el Franquismo y el nacionalismo español— como referente, entre un monarca visigótico electivo (Franco) y un monarca visigótico hereditario (Juan Carlos I). Cita oportunamente Juaristi el intercambio de palabras entre Luis

Carrero Blanco y don Juan, cuando el primero fue a presentar, en Estoril, el proyecto de la ley de 1947. Tras la lectura del documento, el conde de Barcelona exclamó: «Esto es la monarquía electiva». La inmediata respuesta del almirante no dejaba lugar a dudas: «No, Alteza, en todo caso será una monarquía hereditaria “selectiva”».

El muchacho fue alojado en la finca Las Jarillas, cerca de Madrid. Allí se improvisó un colegio, dirigido por José Garrido, en el que estudiaban también su primo Carlos de Borbón Dos-Sicilias o Jaime Carvajal y Urquijo, hijo del propietario del sitio, el conde de Fontanar. Tras el primer año académico volvió a Estoril, no regresando a España después de las vacaciones debido al enésimo enfrentamiento entre don Juan y Franco. Sí lo hizo, en cambio, en 1950, junto con su hermano pequeño. En esta ocasión se instalaron en el Palacio de Miramar, en San Sebastián. Terminó el bachillerato en 1954. La formación recibida puede definirse genéricamente como católica y conservadora, como la dispensada en todas las aulas del país, aunque algo más abierta.

Entre 1955 y 1959, el futuro rey se preparó en las academias y escuelas de los tres ejércitos: la Academia General Militar de Zaragoza, la Escuela Naval Militar de Marín y la Academia General del Aire de San Javier. En las famosas conversaciones con José Luis de Vilallonga, don Juan Carlos se presenta como un rey «que ha recibido una sólida formación militar». En alguna ocasión ha sido definido, asimismo, como «cuartelero», esto es, una persona que se siente comodísima en el marco y ambiente militar. En las academias hizo numerosos encuentros y trabó amistad con jóvenes oficiales de su generación, que le resultaron muy provechosos a partir de 1975, momento en el que no solamente iba a convertirse en rey, sino también en cabeza del Ejército. A partir de esos años, el nombre compuesto Juan Carlos sustituye definitivamente al Juan o Juanito, en lo que parece haber sido una idea del propio «generalísimo». Unos breves estudios en la Universidad Complutense de Madrid, a principios de la década de 1960, completaron la etapa formativa del joven Borbón. Los cursos universitarios se combinaban con otros particulares, a cargo de un equipo de profesores encabezado por Torcuato Fernández-Miranda.

Don Juan Carlos se casó, en 1962, con Sofía de Grecia. Nacida

en 1938 e hija de Pablo de Grecia y Federica de Hannover, reyes del país heleno entre 1947 y 1964, esta pasó buena parte de su infancia en el exilio. La boda generó algunos problemas debido a la religión ortodoxa de la novia. La pareja iba a instalarse en el Palacio de la Zarzuela, no sin algunas dudas, pero como quería Franco. El papel desempeñado por doña Sofía ha sido muy importante desde el principio, con una fina capacidad para estar siempre a la altura del lugar que ocupa. El matrimonio tuvo tres hijos: Elena (1963), Cristina (1965) y Felipe (1968). Franco decidió reinstaurar la monarquía en 1969, aunque sin precisar ninguna fecha, y designó a Juan Carlos de Borbón como sucesor. El conflicto entre el conde de Barcelona y su hijo resultaba inevitable. La estrategia del futuro rey era entonces sustancialmente posibilista: aprovechar esa ventana de oportunidad podía significar dar un paso decisivo en la deseada recuperación de la monarquía.

Entre 1969 y 1975 la visibilidad del príncipe de España —título improvisado, distinto del histórico y dinástico príncipe de Asturias — aumentó y sus propósitos reformadores tomaron cuerpo. A mediados de 1970 recibía ya, de media, a más de un centenar de personas al mes, muchas de las cuales no vinculadas al régimen. Viajó bastante al extranjero, entrevistándose con monarcas, jefes de Estado y ministros. Sus parentescos reales —con Isabel II de Inglaterra y tantas otras testas más o menos coronadas— y el dominio de varias lenguas favorecieron los contactos. Cuenta Juan Luis Cebrián, en *Primera página. Vida de un periodista, 1944-1988* (2016), que el príncipe afirmó ante algunas personas que cubrían su viaje a Japón, en enero de 1972, que quería «una monarquía a la danesa, con un primer ministro socialista capaz de proclamar a Margarita como nueva reina». Con ocasión de la Marcha Verde, organizada en 1975 por Hassan II de Marruecos, don Juan Carlos, ante la pasividad gubernamental, se desplazó a El Aaiún para arengar y apoyar a las tropas del Sahara. No obstante, a la muerte del dictador, en noviembre de 1975, el príncipe seguía siendo, para muchos españoles, un desconocido.

El 22 de noviembre de 1975 fue proclamado rey de España con el nombre de Juan Carlos I. Tuvo que jurar los principios y leyes fundamentales del Movimiento, pero proclamó su voluntad de ser

rey de todos los españoles. De esta manera empezaba una aventura en donde nada estaba escrito de antemano. En un discurso pronunciado en Washington, en junio de 1976, afirmó que «la monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegura el acceso ordenado al poder de las distintas alternativas de gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados». La tarea era ingente y llena de obstáculos. En junio de 1977, sin embargo, se celebraron ya las primeras elecciones democráticas, que culminaban la primera fase de la Transición, abierta tras el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno de España en julio de 1976. La intervención del rey resultó decisiva en esta apuesta, tras una etapa en la que Carlos Arias Navarro prolongó la dictadura. El debate monarquía-república no tenía lugar; la clave era, en aquel momento, construir la democracia.

Don Juan Carlos y sus consejeros demostraron ser capaces de releer en clave posibilista y moderna las experiencias de otros monarcas y pretendientes de la dinastía borbónica. Y de aprender, sobre todo, de los errores de Alfonso XIII y don Juan —e, incluso, del cuñado, Constantino II de Grecia—. Aunque no puedan olvidarse los actores colectivos, en la transición de la dictadura a la democracia el papel de algunas individualidades iba a resultar determinante. La tríada formada por el rey Juan Carlos, el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, Torcuato Fernández-Miranda, y el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, constituye un excelente ejemplo.

La legitimidad de la persona —así como de la figura— que había accedido al trono en 1975 provenía, simple y nítidamente, de la voluntad del caudillo dictador. No fue una restauración, sino una instauración. La monarquía juancarlista consiguió, no obstante, construirse una legitimidad dinástica, constitucional, democrática y popular, fruto de un trabajo decidido y constante. La Corona se convirtió progresivamente en símbolo unificador y moderador en una España democrática y moderna. Las legitimidades democrática y popular, que la monarquía de Juan Carlos I fue acumulando a lo largo de la Transición, borrando poco a poco el estigma de sus orígenes franquistas, se unieron a la puramente dinástica y a la

constitucional. La primera fue adquirida en 1977 tras la renuncia de don Juan a sus derechos al trono. La legitimidad constitucional fue recuperada en 1978, en un referéndum que era algo más que una simple aprobación de la Constitución, pues implícitamente interrogaba también sobre la forma política del Estado: la monarquía parlamentaria. La Carta Magna fue sancionada por el rey el día 27 de diciembre. Ante los diputados y senadores reunidos, pronunció un discurso en el que se anunciaba que «la ruta que nos aguarda no será cómoda ni fácil».

El final de la Transición democrática iba a coincidir con el momento clave en el proceso de legitimación de la monarquía juancarlista. El 23 de febrero de 1981 tuvo lugar una intentona golpista, en un momento especialmente delicado por el declive del último Gabinete Suárez —distanciado ya notablemente del monarca —, los atentados etarras y el descontento del Ejército. La intervención del rey resultó decisiva para la desarticulación del golpe. Como garante de la Constitución y como comandante supremo, desmintió noticias falsas, deshizo confusiones y consiguió que los altos mandos militares se pusieran a sus órdenes. Pasada la una de la madrugada del día 24, Juan Carlos I, en impecable uniforme militar y rostro grave, hizo su aparición en televisión para mandar un mensaje a los militares y para transmitir un recado de tranquilidad y compromiso democrático. Se trata de una de las imágenes más recordadas del reinado.

En ningún momento se alejó Juan Carlos I del espíritu y la letra de la Constitución. Desplegó su poder arbitral y moderador en el interior, sin interferencias y con imparcialidad, en las etapas de gobierno de UCD, PSOE y PP. Mantuvo una especial relación con Felipe González. Desde el principio, el rey concentró buena parte de sus empeños en la tarea de ser el primer embajador de España, en especial en los países árabes, desde Rabat hasta Riad, y en el mundo iberoamericano, avanzando desde la idea obsoleta de «madre patria» a la de «patrias hermanas». Como afirmara hace mucho tiempo, «España sin América no es España, y viceversa». El europeísmo guio, al mismo tiempo, sus pasos. Sus esfuerzos e intervenciones privadas en distintos países del continente para avanzar en la integración europea de España, en especial en la republicana Francia de Valéry Giscard

d'Estaing
y François Mitterrand y en las monarquías del norte, resultaron muy importantes. También deben destacarse las buenas relaciones personales establecidas con los presidentes norteamericanos Ronald Reagan, George Bush y Bill Clinton. El rey ha sido un apoyo esencial a la acción exterior de los distintos gobiernos de la monarquía. Acabó perdiendo protagonismo, sin embargo, desde principios del siglo XXI.

Tres actividades de alcance internacional, en las que la Corona se implicó notablemente, merecen ser señaladas: la Conferencia de Paz sobre el Próximo Oriente, en 1991, y, al año siguiente, los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Expo de Sevilla. El Ayuntamiento de Barcelona, presidido por Pasqual Maragall, concedió en 1992 la Medalla de Oro de la Ciudad al rey Juan Carlos I por su importantísima contribución a la Olimpiada de aquel año. La recibieron igualmente la reina Sofía y el príncipe Felipe de Borbón, Felipe González, Jordi Pujol y Narcís Serra. La retirada de la medalla al monarca emérito, en el 2020, representa, en este sentido, un despropósito y una muestra de partidismo sectario e ignorancia histórica.

Sus tres hijos contrajeron matrimonios morganáticos: las infantas Elena y Cristina con Jaime de Marichalar y con el deportista Iñaki Urdangarin, en 1995 y 1997, respectivamente, y el príncipe Felipe, en el 2004, con la periodista Letizia Ortiz. Mientras que la boda de la hermana mayor tuvo lugar en Sevilla y la del heredero en Madrid, la infanta Cristina se casó en la catedral de Barcelona. El banquete posterior tuvo lugar, aquel sábado 4 de octubre, en el Palacio de Pedralbes. Desde 1981, las opiniones positivas por la actuación pública del monarca estuvieron, en todas las encuestas, casi siempre por encima del 80 por ciento, excepto a finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, aunque sin caer nunca por debajo del 70 por ciento. Los Juegos de Barcelona contribuyeron a mejorar y a consolidar su imagen y la de la familia real. España ha sido, hasta bien entrado el siglo XXI, un país de juancarlistas.

Según reza la Constitución de 1978, la monarquía parlamentaria es «la forma política del Estado español». El jefe del Estado es el rey, que no ejerce ningún poder político, pero sí tiene funciones y

deberes. No es elegido por el pueblo (conjunto de la ciudadanía), en el cual reside la soberanía, sino designado, por lo que carece de poder y responsabilidad políticos. De esta manera, sucesión hereditaria en la jefatura del Estado y principio democrático devienen compatibles política y teóricamente. De la soberanía exclusiva del rey en la vieja monarquía absoluta del Antiguo Régimen se pasó, en las constitucionales, a una soberanía compartida entre rey y parlamento; en las monarquías llamadas parlamentarias, en cambio, la soberanía reside en el pueblo o la nación. Cierto es que, desde un punto de vista exclusivamente teórico o ideológico, monarquía y democracia no son coincidentes. El principio hereditario constituye el principal escollo. Si de la teoría o la ideología pasamos, sin embargo, a las formulaciones reales y a la práctica, afirmar que monarquía y democracia son compatibles y hermanables no solamente resulta posible, sino imprescindible. Monarquía no implica necesariamente democracia —las del Golfo, por ejemplo—, pero tampoco república, como ejemplifican Rusia, Irán o Venezuela. Depende, como casi siempre, de cada caso.

La España de Juan Carlos I fue, a fin de cuentas, una monarquía parlamentaria democrática, como las británica, danesa, sueca u holandesa. Las evoluciones del caso español, sin embargo, no coinciden en lo cronológico con las de otras monarquías europeas. Las tensiones entre monarquía y democracia dieron lugar a dos soluciones en la Europa contemporánea: la transición hacia una monarquía parlamentaria, como en Gran Bretaña, Holanda o los países nórdicos, a veces impulsada por la propia institución o su titular; o bien, la caída de la monarquía y el paso a una república, como en Alemania con la República de Weimar o en España con la Segunda República, en 1931. La principal excepcionalidad española se encuentra en el hecho de la singular recuperación, en la segunda mitad del siglo XX, de la forma monárquica.

La erosión de la legitimidad popular condujo a la monarquía juancarlista, en el siglo XXI, a la crisis. Una monarquía parlamentaria como la española resulta mucho más vulnerable que las nórdicas o la británica, por falta de tradición e inexistencia de amplias capas de monárquicos designados como «biológicos». Necesita reafirmarse y legitimarse cada día. En una encuesta de

Demoscopia de inicios de este milenio, tres de cada cuatro interrogados se manifestaban de acuerdo con la siguiente aseveración: «más que la monarquía en sí misma, todo depende de cómo sea el rey». La opinión pública condicionaba la solidez monárquica a partir del apoyo a Juan Carlos I. Algunos problemas eran antiguos: falta de transparencia, escándalos económicos de personas vinculadas a la persona del rey, disfunciones familiares. La mayoría derivaban de los nuevos tiempos. Los errores evidentes (el caso de corrupción Nóos, las lujosas cacerías de elefantes, la mala gestión de las aventuras extramatrimoniales, manejos económicos poco claros); el exceso de confianza, madre de todas imprudencias, en una monarquía herida de éxito; la no adaptación a un siglo, el XXI, más plebeyo, más femenino, más ecológico, más virtual, y, asimismo, la situación de profunda policrisis en España desde el 2008 abocaron a un final no previsto.

Los años 2010 al 2014 sí conforman una etapa «horrible» de la monarquía. La suma de recesiones y apuros en el país, con sus lógicos efectos de hipersensibilidad e indignación, se sumó a las turbulencias provocadas por el rey y algunos miembros de su familia. El tratamiento mediático fue, como ya era habitual desde unos años antes, implacable y algunos grupos políticos populistas intentaron aprovecharse. Juan Carlos I pidió perdón a los españoles, en abril del 2012, a su salida del hospital, tras el accidente en Botsuana: «Lo siento mucho. Me he equivocado y no volverá a ocurrir». Era una muestra del grado de inquietud de la Casa Real ante el desastre, aunque reflejaba también el estrecho vínculo, en una monarquía parlamentaria, entre rey y ciudadanía. A pesar del compromiso de los dos grandes partidos y la cúpula empresarial, de las muestras de apoyo de los monárquicos convencidos y de los esfuerzos hechos por el equipo de comunicación de la Zarzuela, la imagen del rey no remontó. El viejo relato de la monarquía estaba fallando, en especial entre los jóvenes, y la épica no era ya, por aquel entonces, más que rutina. La salud precaria del monarca —las famosas «visitas al taller» no eran simples anécdotas— no ayudaba.

El reinado de Juan Carlos I llegó a su fin en junio del 2014. Lo anunció el propio monarca el día 2 en un discurso televisado para hacer partícipes a los españoles de su difícil decisión de abdicar la Corona. El 18 de junio, en el Salón de Columnas del Palacio Real de

Madrid, don Juan Carlos sancionó la Ley Orgánica de Abdicación, que fue refrendada por el presidente del Gobierno. La llamada Operación
2-J
fue un éxito. El día 19 de junio del 2014 se proclamó a su hijo rey de España: Felipe VI. Se inauguraba entonces una nueva época para la monarquía española.

III

Desde el primer momento, en 1981, el rey Juan Carlos I mostró su apoyo a la candidatura de Barcelona para organizar los Juegos Olímpicos de 1992. En un viaje oficial a la Ciudad Condal, en mayo de 1985, los reyes visitaron la Oficina Olímpica. Era la mañana del día 16 y los recibieron el alcalde Maragall y el presidente Pujol, máximos representantes del Consejo rector, formado por veinticinco miembros. Como recoge la prensa de la época, don Juan Carlos escribió las palabras siguientes en el libro de honor: «Al Consejo rector de la candidatura Barcelona 92 con mi afecto y, sobre todo, promesa de mi apoyo más firme para conseguir para España los Juegos Olímpicos de Verano 1992 y que Barcelona sea su sede». Los reyes recorrieron las salas en donde se exponían planos y maquetas de las futuras instalaciones, en especial las del Estadio remodelado de Montjuic.

La visita constituía, a fin de cuentas, un nuevo testimonio de patrocinio a la candidatura barcelonesa, que se sumaba a otras dos recientes: la recepción en el Palacio de la Zarzuela del Consejo rector y, asimismo, la aceptación de la presidencia del Comité de Honor de la candidatura de Barcelona 92. Siete años después, el 8 de julio de 1992, poco antes de las diez de la noche, el rey recibió en las puertas del Palacio Real de Madrid la antorcha olímpica, acompañado de su esposa y de algunas autoridades, en uno de los múltiples relevos que se hicieron en su recorrido por toda España. El día 25, finalmente, Juan Carlos I inauguraba los deseados Juegos Olímpicos de Barcelona.

La vinculación de la familia real con el deporte y, más específicamente, con el olimpismo no es ningún secreto. Uno o más miembros aseguraron su presencia en casi todas las Olimpiadas de

la etapa Samaranch, desde los Juegos de Invierno celebrados en 1988 en Calgary, a los que asistieron Juan Carlos I y doña Sofía, hasta Sidney 2000, cuando la reina estuvo acompañada de su hijo Felipe y de la infanta Pilar de Borbón. En todo momento han apoyado de manera cariñosa y entusiasta a los atletas y deportistas españoles en las competiciones internacionales. Más si cabe, todavía, en Barcelona 92. Circularon entonces muchas imágenes en las que animaban y vibraban con los triunfos del equipo olímpico de España en variopintas disciplinas. En los medios se popularizó el apodo de rey Midas atribuido a don Juan Carlos, puesto que parecía que cuando él estaba presente las prestaciones y los resultados de los deportistas españoles, y con ellos las opciones de medalla, eran mucho mejores. La infanta Pilar de Borbón, duquesa de Badajoz y hermana mayor del monarca, presidió la Federación Ecuestre Internacional y fue miembro del COI entre 1996 y el 2006.

Los integrantes de la familia real han competido olímpicamente en más de una ocasión, asimismo, en uno de los deportes preferidos por los Borbones españoles de los siglos XX y XXI: la vela. El abuelo de don Juan Carlos, el rey Alfonso XIII, fue uno de los principales impulsores de la vela deportiva en España. Por sus trabajos en la promoción de deporte recibió en 1911 del Comité Olímpico Internacional, presidido por el barón de Coubertin, un diploma olímpico. Su hijo, don Juan, se formó en la Royal Navy y surcó los mares desde la segunda mitad de la década de 1940 en el *Saltillo*, un yate cedido por su propietario, el abogado vasco Pedro Galíndez. En 1963 lo sustituyó el *Giralda*, construido en unos astilleros daneses. A bordo del *Saltillo*, don Juan Carlos recibió las enseñanzas de navegación de su padre, que complementó desde su adolescencia en el exilio portugués con las regatas en el *Sirimiri*, un pequeño crucero de la clase Tumlaren, adquirido en 1946 por el conde de Barcelona. Padre e hijo compartieron una auténtica y profunda pasión por el mar.

Don Juan Carlos participó en 1972 en los Juegos Olímpicos de Múnich, compitiendo en la clase dragón de vela con el *Fortuna*. Fue en aguas de Kiel, en el mar Báltico. El equipo español estaba entrenado por el danés Ib Andersen. Habían hecho la preparación en Barcelona y terminaron, con el entonces príncipe a la caña, en decimoquinta posición. A bordo del dragón lo acompañaban

Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Arión —había sido el abanderado español en los Juegos de México de 1968— y Félix Gancedo, que sustituyó en el último momento a Paco Viudes. Construida en 1962 en los astilleros daneses Borrensen, la embarcación, con casco de caoba, medía 8,90 metros de eslora.

Fue el primero de los *Fortuna* en los que navegó, para competición o recreo, el monarca. El velero, que con el paso del tiempo acabó abandonado en unos astilleros, fue restaurado en el 2011 en Arenys de Mar. Asumieron los costes un grupo de empresarios, amantes de la náutica y amigos del rey, encabezados por su compañero de aventuras y competiciones en los distintos y sucesivos *Bribón*, José Cusí —otro olímpico, por cierto, en la disciplina de tiro—. Estos hicieron entrega del *Fortuna* a don Juan Carlos, que lo donó al Museo Olímpico y del Deporte Juan Antonio Samaranch de Barcelona.

Antes de optar por la vela, en 1972, don Juan Carlos había ya barajado otra opción para participar en aquellas Olimpiadas, en un deporte en el que también destacaba: la hípica. Él mismo se lo contó, con las palabras siguientes, a José Luis de Vilallonga: «Cuando yo era todavía príncipe de España, Ordovás, nuestro jinete número uno de la época, me pidió que formara parte del equipo español de *jumping*. El ofrecimiento me entusiasmó, pero expliqué a Ordovás que, antes de aceptar, me era preciso pedir permiso a Franco. Así que fui a ver al jefe del Estado y le referí la propuesta de Ordovás. Franco me miró en silencio largo rato y me dijo —aquí don Juan Carlos imita a la perfección la voz peculiar del general—: "No, Alteza, no es posible". "Pero ¿por qué, mi general? Usted sabe que monto a caballo perfectamente y que no haré un mal papel en el equipo español. Entonces, ¿por qué…?". Me interrumpió con un gesto: "Porque si ganáis se dirá que es porque sois el Príncipe, y si perdéis, será muy malo para la imagen de España". Pensándolo bien, tenía toda la razón. De modo que no formé parte del equipo español de *jumping*».

El militar Manuel Ordovás había participado en la modalidad de salto de obstáculos en Helsinki 52 e iba a seguir vinculado mucho tiempo al equipo español, como jinete, jefe de equipo o asesor. Presidió en 1970, en otro orden de cosas, el Consejo de Guerra de Burgos. En cualquier caso, los problemas que planteaba una

participación individual del príncipe de España, como la de saltos, quedaban mejor resueltos en un deporte colectivo como la vela.

No solamente don Juan Carlos estuvo vinculado con los equipos olímpicos antes de convertirse en rey de España. Menos conocida es la presencia de la futura reina Sofía en los Juegos Olímpicos de Roma 60 como suplente en el equipo griego de vela. Dedicó muchas mañanas a entrenarse con su hermano Constantino, por aquel entonces príncipe. Resultan muy interesantes, en este sentido, sus confidencias a Pilar Urbano: «Cuando dijimos en casa que nos queríamos presentar, enseguida intervino el Gobierno, por tratarse del príncipe heredero, y de unos Juegos Olímpicos que habían nacido en Grecia. "El *diadokos* griego no puede correr el riesgo de perder. Si se presenta, tiene que ganar. Cualquier otra cosa, una medalla de bronce, sería un desastre". Así de tremendo se lo tomaron». El Gobierno de Konstantinos Karamanlis autorizó al final su participación.

La joven princesa de Grecia vivió emocionada la inauguración olímpica romana, puesto que su hermano Constantino fue el abanderado del equipo heleno, con cuarenta y ocho atletas en ocho deportes. Seguramente iba a acordarse de ello años después, en julio de 1992, al contemplar arrobada y emocionada desde la tribuna a su hijo Felipe, bandera en mano, al frente de la representación deportiva española. El príncipe Constantino —no subió al trono hasta 1964, a la muerte del rey Pablo— obtuvo en 1960 la medalla de oro en la categoría dragón, en el *Nereus*. Las competiciones de vela tuvieron lugar en el golfo de Nápoles. Desde el yate de unos amigos, doña Sofía no se perdió ninguna prueba. Así lo relataba, años después: «Oír el himno nacional de Grecia, con todo el estadio en silencio, y mi hermano en el podio con su medalla de oro… Para Grecia era importantísimo. No olvidaré la llegada a Atenas: había cinco filas de personas en cada arcén, desde el aeropuerto hasta el monumento al soldado desconocido, en el centro de la ciudad. Toda Atenas llena de gente. Se habían echado a la calle. Había un orgullo nacional colectivo maravilloso y emocionante». Curiosamente, a las competiciones y a la fiesta griega de celebración posterior en Nápoles asistieron los condes de Barcelona, junto con su vástago Juan Carlos, que por aquellos parajes andaban navegando.

Dos de los hijos de Juan Carlos I y doña Sofía han participado en una Olimpiada, en ambos casos en el equipo de vela y asumiendo, asimismo, el honor de ser los abanderados del equipo español: la infanta Cristina de Borbón y el entonces príncipe Felipe. La hermana mayor, Elena de Borbón, también ha practicado deporte de competición, aunque en el campo de la hípica y sin presencia olímpica. En los Juegos de Seúl 88, doña Cristina formó parte del equipo de vela, figurando como suplente en la categoría 470 femenina. Declaró a la agencia EFE que portar la enseña nacional en el desfile inaugural le había emocionado. No se perdieron aquel momento, desde la tribuna, ni la reina Sofía ni el príncipe de Asturias.

Cuatro años después, en los Juegos de Barcelona 92, Felipe de Borbón y Grecia hizo su entrada en el Estadio de Montjuic, la tarde-noche del 25 de julio, al frente de la delegación española. En julio del 2020, recordaba el rey aquel momento en el mensaje grabado con ocasión de la inauguración suspendida —y aplazada al año siguiente— de los Juegos Olímpicos de Tokio: «ser abanderado de tu país supone el orgullo inmenso de representar a nuestro deporte, a España, en la mayor y más importante convocatoria deportiva del planeta». Acto seguido, añadía: «Y significa, por supuesto, hacerlo en el ámbito de la competición donde, como equipo, buscamos lógicamente lograr el mayor número de medallas y las mejores marcas. Pero —aún más importante— ser abanderado significa representar internacionalmente a nuestra sociedad, con su principal símbolo, en lo que se refiere a los altos principios y valores que representa y a nuestras grandes aspiraciones colectivas». «Esto es verdaderamente emocionante…», reconocía el monarca pensando en aquellas vivencias de hacía casi tres décadas.

El príncipe de Asturias obtuvo, junto con sus compañeros de tripulación, el canario Fernando León Boissier —medalla de oro cuatro años después, en Atlanta, en la clase tornado— y el vigués Alfredo Vázquez, el sexto puesto y, por consiguiente, el diploma olímpico en Barcelona. Concursaron en la modalidad *soling* con el velero *Aifos* —Sofía al revés, en honor a la reina—. Cuenta en sus memorias olímpicas Juan Antonio Samaranch que una medalla del príncipe Felipe hubiera sido «la guinda del pastel» del éxito de aquellos Juegos y que incluso había barajado la posibilidad de que

fuera el rey Juan Carlos I quien se la impusiera a su hijo: «Por desgracia, ha sido un sueño que no ha podido convertirse en realidad».

IV

Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 representaban el segundo gran evento internacional que acogía la Ciudad Condal en el Novecientos. El otro había tenido lugar en 1929: la Exposición Internacional de Barcelona. Ambas magnas celebraciones se sitúan, frecuentemente, en una línea de continuidad que empieza con la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Constituyen tres momentos clave en la definición de la ciudad contemporánea y de su imagen ante el mundo. En todos los casos el patrocinio real fue decisivo: la regente María Cristina de Austria, Alfonso XIII, Juan Carlos I. Como bien ha afirmado Sergio Vila-Sanjuán, «la colaboración directa de la monarquía con la ciudad de Barcelona ha hecho posible sus tres momentos de mayor brillantez en varios siglos: las dos exposiciones universales de 1888 y 1929 y los Juegos Olímpicos de 1992». El mismo año de 1929 se celebró en Sevilla la Exposición Iberoamericana, complementaria, en buena medida, de la Internacional catalana.

La Gran Encisera albergaba, a principios de la década de los treinta, más de un millón de habitantes. Desde 1900 había casi duplicado la población. El desarrollo económico explicaba en buena medida el aumento, con un crecimiento migratorio muy destacable. Barcelona y las zonas colindantes, así como las cuencas de los ríos Llobregat y Ter, resultaban tentadoras por sus industrias. También las obras públicas y la Exposición Internacional de 1929 atrajeron a muchos operarios del resto de España. En el caso de la capital del principado, los inmigrantes procedían sobre todo de la región valenciana y de Murcia, seguidos de Aragón y Almería. Se calcula que en la construcción de las infraestructuras del certamen internacional, que se alargó casi un decenio, se emplearon alrededor de cuarenta mil trabajadores.

La Exposición Internacional de 1929 en Barcelona tuvo grandes efectos sobre la urbe. Se trataba de un viejo proyecto. De hecho, desde que terminó la Exposición Universal de 1888 existía la

voluntad, a pesar del déficit generado y algunas polémicas suscitadas, de hacer otra, en tanto que acicate para una nueva revitalización de la ciudad. En el primer programa municipal de la flamante Lliga Regionalista figuraba ya la propuesta de organizar una feria que sirviese de motor para transformar Barcelona en un gran centro metropolitano. Desde principios de siglo las propuestas, reuniones y comisiones menudearon. En 1913, en una de estas últimas, se impuso la idea de realizar una Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española, que iba a tener lugar en la zona de la montaña de Montjuic en 1917. Esta opción era una apuesta fuerte para el desarrollo urbanístico de la Barcelona futura. En el proyecto tuvieron un papel muy destacado el lerrouxista Juan Pich y Pon y los catalanistas Francesc Cambó y Josep Puig i Cadafalch. Fomento de Trabajo Nacional apoyó firmemente los proyectos.

Josep Puig i Cadafalch, arquitecto y futuro presidente de la Mancomunidad de Cataluña, elaboró los primeros proyectos de ordenación. La apertura prevista para 1917 y después para 1919 se retrasó hasta 1923, debido a los efectos de la Primera Guerra Mundial y la posguerra, y, finalmente, a 1929. Los gobiernos de la dictadura de Primo de Rivera se implicaron a fondo, a partir de 1925, en esta feria internacional, que debía convertirse en referente del progreso y modernidad de España. Se eliminó la simbología catalanista: así, por ejemplo, las cuatro columnas erigidas por Puig i Cadafalch en la avenida central, clara alusión a los cuatro palos o barras de la señera, fueron demolidas en 1928. De la proyectada Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española se pasó a una más adecuada Exposición Internacional, centrada en la trilogía industria, arte y deporte.

A lo largo de casi una década se construyeron la plaza de España, el Teatro Griego y la Fuente Mágica de Montjuic, obra de Carlos Buigas, que maravilló por sus juegos de luces y surtidores de agua. El Palacio Nacional fue el principal edificio del certamen, de estilo clasicista y con treinta y dos mil metros cuadrados, debido a Eugenio Cendoya y Enric Catà, con la supervisión de Pere Domènech Roura. Construido entre 1926 y 1929, alojó durante la Exposición la gran muestra *El arte en España*. Asimismo, tuvo lugar el ajardinamiento de Montjuic, obra de Jean-Claude Nicolas

Forestier, con la colaboración de Nicolau Maria Rubió i Tuduri. Destacaban los jardines de Laribal y la Font del Gat, la fuente del gato. El Pueblo Español, un recinto que pretendía ser una síntesis de la arquitectura de las distintas regiones de España a través de más de un centenar de edificios, calles y plazas, tuvo un espectacular éxito, que hizo que se conservase al finalizar la Exposición. Los pueblos etnográficos ya atrajeron gran atención en las exposiciones universales anteriores a la Gran Guerra: París (1900), Bruselas (1910) o Gante (1913). La construcción barcelonesa estuvo a cargo de Francesc Folguera y colaboraron el también arquitecto Ramon Reventós y los artistas Miquel Utrillo y Xavier Nogués.

El Pueblo Español era la muestra más clara de arquitectura regionalista en la Exposición de Barcelona. En la mayor parte de los casos, sin embargo, se impuso el neoclásico monumental o el estilo *beaux-arts* con toques de novecentismo local. En Sevilla, en cambio, el regionalismo fue predominante en la Exposición Iberoamericana, con Aníbal González como arquitecto jefe. En la feria barcelonesa se edificaron palacios para las secciones oficiales y pabellones para las demás. Por lo que a la participación internacional se refiere, destacaba el Pabellón de Alemania, obra maestra de Ludwig Mies van der Rohe. La ciudad, servicios y transportes incluidos —el metro, por ejemplo—, cambió sustancialmente. La mejora del asfaltado y el alcantarillado merece ser destacada. Se actuó, además, en el centro de la urbe: en la Gran Vía, la plaza de Cataluña o la calle Balmes. En las páginas del diario *La Vanguardia*, el 19 de mayo de 1929, se hacía referencia a una transformación de «pies a cabeza», a una auténtica «“toilette” de gala» en Barcelona.

Los reyes de España, Alfonso XIII y Victoria Eugenia, llegaron el sábado 18 de mayo por la mañana a la barcelonesa estación de Francia, recibidos por numerosas autoridades y gentío, y, desde allí, se dirigieron al Palacio de Pedralbes, en donde iban a instalarse. El monarca salió hacia las 12 en automóvil para ir a visitar la Exposición, en especial el Palacio Nacional, en cuyas salas iba a desarrollarse al día siguiente la ceremonia de apertura, y el Estadio de Montjuic, que, por lo que parece, le causó gran impresión por su cabida, solamente superada por el Estadio de Wembley, y distribución. Ese mismo día fueron arribando otras autoridades

nacionales, desde el dictador Miguel Primo de Rivera hasta la mayoría de los ministros del Gobierno, e internacionales.

La ceremonia de inauguración tuvo lugar el domingo 19 de mayo a las 12 del mediodía en el Palacio Nacional. Las crónicas de la época coinciden en decir que había mucha gente concentrada en toda la zona de Montjuic. En el recinto de la Exposición, puede leerse en *La Vanguardia*, se congregaron trescientas mil personas: «jamás en Barcelona se había visto un acto de magnitud y de importancia igual». La familia real llegó mientras la Banda municipal interpretaba el himno español, la «Marcha real», vistiendo Alfonso XIII uniforme de almirante de gran gala y condecoraciones y la reina un traje de color *beige*. En el acto tomaron la palabra el presidente del Gobierno, el alcalde de Barcelona y el director de la Exposición Internacional. Este último, Mariano de Foronda, marqués de Foronda, empezó recordando que el monarca había acompañado a su madre, la reina regente María Cristina, en 1888, en la inauguración de la Exposición Universal, que fue para la Ciudad Condal «una de las causas primordiales de su maravilloso desenvolvimiento». Desde entonces, añadió, «viene la ciudad sintiendo la nostalgia de la grandiosidad de aquellos actos, de la esplendidez de sus fiestas, del impulso en la prosperidad de sus industrias y en el desarrollo de sus relaciones comerciales».

El banquete oficial de la Exposición Internacional tuvo lugar por la noche, a partir de la diez menos cuarto, en el Palacio de Bellas Artes, en un guiño a 1888, cuando este fue edificado. La Banda municipal, dirigida por Joan Lamote de Grignon, amenizó la cena, en la que se sirvió el siguiente menú: caviar Malossol, caldo de ave concentrado con hojaldres al *parmesan*, filetes de lenguado «toisón de oro», chuleta de ternera de Ávila con champiñones frescos y patatas doradas, filetes de capón al huevo aliñado con puntas de espárragos, fresas con helado Victoria, pastas, dulces y frutas. Todo acompañado por los vinos Morales Pareja 1861 y Viña Tondonia especial 1913, y el champán Möet Brut Imperial 1917, además de distintos licores y aguas minerales.

Alfonso XIII hizo un breve discurso y brindis, en el que recordó que, mientras el certamen de Sevilla unía España con América, el de Barcelona hacía lo propio con Europa. Y terminó afirmando que felicitaba a la ciudad «por el gran esfuerzo que ha realizado y por el

éxito de su Exposición, y, al igual que mi Madre tuvo un gran placer en inaugurar la Universal de 1888, yo, su hijo, me congratulo de haber inaugurado la de 1929, y pienso que cuando a nuestros hijos les corresponda inaugurar otro Certamen, podrá Barcelona contar ya con dos millones de habitantes».

Al día siguiente, 20 de mayo, le tocó el turno al Estadio de Montjuic, un proyecto arquitectónico de Pere Domènech Roura. Tenía capacidad para casi sesenta y tres mil espectadores. De nuevo asistieron muchas autoridades, encabezadas por los reyes de España y su familia. No faltó el presidente del Comité Olímpico Internacional, el conde belga Henri de Baillet-Latour, y el del Comité Olímpico de Francia, marqués de Polignac. Tampoco el barón de Güell, miembro español del COI. El deporte constituía un elemento destacado de la Exposición Internacional de 1929. Además, Barcelona aspiraba a organizar una Olimpiada, la de 1936, que al final correspondió a Berlín. Aquel día, en cualquier caso, se celebraron pruebas atléticas y un partido de *rugby* entre las selecciones italiana y española, que se impuso por 9 a 0. Lo más esperado era, sin embargo, el fútbol: se enfrentaron una selección catalana y el Bolton Wanderers, campeón de la Copa inglesa. Ganaron los locales (Zamora, Walter, Alcoriza, Martí, Solé, Castillo, Vantolrà, Samitier, Cros, Padrón y Parera) por 4 a 0, con doblete de Josep Samitier.

En 1985, en el encuentro de Juan Carlos I y doña Sofía con el Consejo rector de la candidatura olímpica Barcelona 92, al que más arriba he hecho referencia, los reyes de España fueron obsequiados, entre otras cosas, con una colección de fotografías de aquellos actos de 1929 en el recinto deportivo de la montaña de Montjuic, con destacada presencia de Alfonso XIII y de su esposa Victoria Eugenia. Cuatro años después, en la inauguración algo accidentada del remodelado Estadio de Montjuic, pensando ya en los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, Juan Carlos I se sentó en el mismo sillón que había alojado las reales posaderas de su abuelo Alfonso XIII sesenta años antes.

El último pensamiento del monarca español en el brindis del día 19 de mayo de 1929 en Bellas Artes no iba a poder cumplirse. Dos años después se proclamó la Segunda República y Alfonso XIII y su familia se vieron en la obligación de exiliarse. La generación

siguiente, la de los hijos, nunca reinó. Solamente a fines de siglo, su nieto y rey Juan Carlos I pudo inaugurar un evento de dimensiones comparables: los Juegos Olímpicos de 1992. Comoquiera que sea, la Exposición Internacional de 1929 fue un éxito, a pesar de constituir un mal año a nivel internacional y de la parcial privación de libertades. Dejó un déficit muy importante en las arcas municipales. Barcelona se convirtió durante bastantes meses, en cualquier caso, en referente mundial. La Exposición contribuyó a consolidar su estatus de ciudad visitable y de ocio y atrajo muchos turistas a Barcelona.

De todas maneras, si hacemos caso a lo escrito en 1934 por el periodista Francisco Madrid, el inventor del topónimo Barrio chino para aludir a una de las zonas más degradadas del distrito quinto de la capital del principado —primero en unos reportajes en *El Escándalo* y al año siguiente, en 1926, en el *best seller Sangre en Atarazanas*—, lo que dio más fama a Barcelona en aquel entonces y cautivó a más visitantes no fue, en realidad, la Exposición Internacional de 1929, sino La Criolla y Cal Sagristá (o Casa Sacristán), un par de locales sitos en la calle Cid. La Criolla, en concreto, un *dancing* inaugurado en 1925 y que pervivió hasta que una bomba de la aviación italiana impactó de lleno en el lugar en 1938, se convirtió en el espacio más transgresor, cosmopolita y atractivo de la ciudad. Allí circulaban las drogas —en especial, la cocaína, llamada mandanga o, si era de especial calidad, mandanga chachi—, la homosexualidad y el travestismo se expresaban libremente, la prostitución era bienvenida y el baile entre personas del mismo o de distinto sexo al ritmo desenfrenado de una orquestina constituía, propiamente ya, un espectáculo.

La transgresión, alegría y libertad sexual formaban parte de una convulsa capital, con amplias zonas barriobajeras, que se convirtió en uno de los principales centros mediterráneos de la trata de blancas, de la prostitución y del consumo de drogas. La popularidad de la cocaína hizo que esta hiciera su entrada en la cultura popular de la época, como revela el *Tango de la cocaína* (1926) —«¡Cocaína! / ¡Sé que al fin me ha de matar! / ¡Me asesina! / ¡Pero calma mi penar!»—, con letra y música de los catalanes Pepe Amich (Amichatis) y Joan Viladomat.

La Criolla devino el centro de las *tournées des grans-ducs* en

Barcelona. La prensa y la literatura propiciaron este fenómeno. Londres, París y otras ciudades europeas habían vivido situaciones parecidas desde el siglo XIX, que suponían un descubrimiento de los bajos fondos urbanos, degradados y pintorescos, con sus prostitutas y rateros, curdas y navajazos, malos olores y peligrosidad. La expresión, en francés, aludía a los excesos y derroches de los grandes duques rusos en la ciudad del Sena y se aplicaba al grupo de turistas, locales o extranjeros, que, durante una noche, se lanzaban a la búsqueda de exotismo y nuevas sensaciones en un ambiente controladamente peligroso. En la novela *Vida privada* (1932), Josep Maria de Sagarra describía una visita de este tipo a La Criolla. El local, en el número 10 de la calle Cid, fue un lugar mítico, frecuentado por españoles de todos los sectores sociales y por turistas europeos. Unas semanas antes de la proclamación de la Segunda República, en una expedición con amigos al *dancing* barcelonés, Josep Pla anotó en el álbum de firmas del local: «Tienen un café lleno de vida, que es un gran elemento turístico y nos hace quedar muy bien». Era el 13 de febrero de 1931. El 15 de junio del mismo año, el periodista Sebastià Gasch garrapateaba en las mismas páginas la siguiente dedicatoria: «Al señor Antonio, cordialísimo amo de La Criolla, el único lugar de Barcelona que nos hace quedar bien ante los extranjeros». La Barcelona y el turismo de los tiempos de la Exposición Universal de 1929 tenían muchas caras.

De 1929 a 1992 cambió casi todo: de la dictadura a la democracia, pasando por la Segunda República, la Guerra Civil, el Franquismo y la Transición; de la monarquía constitucional terminal alfonsina a otra, parlamentaria juancarlista, en su momento álgido; de un Barrio chino exótico y con grandes espacios de miseria a un espacio remodelado y, para decirlo en palabras de Juan Marsé, «desvenereado o desparmanganatado»; de una Barcelona con más de un millón de habitantes a una ciudad de cerca de 1,7 millones, con unos municipios próximos que sumaban otros tres más. Sin embargo, de la Exposición Internacional de 1929 a los Juegos Olímpicos de 1992 tres elementos sufrieron más permanencias que variaciones: la voluntad por parte de las autoridades barcelonesas, con el apoyo gubernamental español, de organizar un gran evento para proyectar la ciudad hacia fuera y remodelarla internamente; la opción por la zona de la montaña de

Montjuic como espacio fundamental de los festejos e infraestructuras, y, finalmente, la coincidencia conmemorativa con Sevilla, con la Exposición Iberoamericana de 1929 y la Exposición Universal de 1992.

Mientras el rumbero Peret cantaba, en 1992, que Barcelona tiene poder, Los del Río agregaban que Sevilla tiene un color especial: «Sevilla tiene un color especial, / Sevilla sigue teniendo su duende, / sigue oliendo a azahar, / me gusta estar con su gente». Compusieron la canción César Cadaval, miembro del dúo Los Morancos, y Miguel Ángel Magüesín, más conocido como Doctor Keli, y la interpretó inicialmente Rafael Romero Sanjuán. Antonio Romero Monge y Rafael Ruiz Perdigones, Los del Río, relanzaron «Sevilla tiene un color especial» en 1991, convirtiéndola en un gran éxito. La canción, dedicada a esa Sevilla «tan cariñosa, tan torera y tan gitana, tan morena y tan hermosa», iba a ser el himno oficioso de la Expo 92. En 1993 superaron todas las expectativas con el mundialmente pegadizo «Macarena». Cuando el grupo de rumba catalana Sabor de Gràcia grabó el álbum-homenaje *Sabor a Peret*, del 2018, entre los artistas invitados se contaban Los del Río, que cantaron el famoso «Borriquito».

En esa ciudad de color especial se celebró, entre el 20 de abril y el 12 de octubre de 1992, la Exposición Universal de Sevilla, la Expo o la Expo 92, dedicada a la era de los descubrimientos. El proyecto había sido lanzado una década antes, primero a nivel local y, más adelante, nacional. En 1982 se presentó la candidatura de Sevilla a la Oficina Internacional de Exposiciones para organizar una Exposición Universal en Sevilla coincidiendo con el V Centenario del Descubrimiento de América. Aunque Chicago hubiera hecho ya otra propuesta para el mismo año de 1992, se aceptó la española con la intención de simultanearlas. Sin embargo, la ciudad estadounidense renunció en 1985 por problemas organizativos. En la primavera de 1992, en un año simbólicamente muy importante y coincidiendo con los Juegos Olímpicos de Barcelona, iba a inaugurarse el magno certamen.

La Expo de Sevilla transformó la ciudad andaluza. Destacaban todas las obras vinculadas con el transporte, con autovías y rondas, una nueva estación central de ferrocarriles —la estación de Santa Justa—, la llegada del AVE y la ampliación del aeropuerto. La feria

universal tuvo lugar en la margen derecha del río Guadalquivir, en la zona de la isla de la Cartuja. Participaron muchos países de todos los continentes, organismos internacionales, comunidades autónomas y empresas privadas. Se construyeron cerca de un centenar de pabellones. El Pabellón de España estuvo a cargo del arquitecto Julio Cano Lasso y el Pabellón de la Navegación fue obra de Guillermo Vázquez Consuegra. Los datos oficiales cifraban en unos cuarenta millones los visitantes a la Expo 92 en los 176 días, unos seis meses, en que permaneció abierta.

La coincidencia en el año 1992 de la Exposición Universal de Sevilla y de los Juegos Olímpicos de Barcelona, así como la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno y la capitalidad cultural europea de la ciudad de Madrid —con numerosas actividades, además de la consolidación del denominado «triángulo del arte» (museos Reina Sofía, Prado y Thyssen) y las inauguraciones de Casa de América y del Faro de Moncloa—, convirtieron a España en el centro de atención del mundo. Seis años antes, en el mensaje de Navidad de 1986, el rey Juan Carlos I advertía ya que en 1992 iban a tener lugar en España «grandes acontecimientos, que atraerán sobre nuestra Patria la atención del mundo entero. Debemos estar preparados para responder a esa cita, que no solo ha de servir para fortalecer el prestigio de España sino también para dar un paso adelante en el diálogo y la convivencia entre los pueblos del mundo». Un país renovado y remodelado, España, hacía definitivamente, como culminación de un largo proceso empezado en la Transición democrática, su presentación pública en sociedad. El resultado tuvo una excelente acogida.

V

España vivió, a lo largo del siglo XX, en una situación de notorio aislamiento, impuesto desde el exterior o por voluntad de sus propios dirigentes. Podríamos hablar, en puridad, de una salida del mundo de España. El momento decisivo fue, sin lugar a dudas, 1898, cuando una vieja potencia del pasado, España, abrió las puertas de par en par a una nueva del futuro, Estados Unidos, tras la guerra de Cuba. En cualquier caso, el Ochocientos resultó ya una centuria complicada para España, tras el hundimiento de la

Monarquía católica en 1808. El final del imperio dejó una nación en proceso de construcción, unas pocas colonias en América y Asia y, asimismo, un país inmerso en una larga y discontinua guerra civil. En 1898 se perdieron las últimas colonias —Cuba, Puerto Rico, Filipinas— y España pasó del estatus de potencia de segunda, excluida de la reconfiguración europea del Congreso de Viena tras las campañas napoleónicas, a potencia de tercera, sin nada de imperio en plena época de auge del imperialismo.

La Monarquía católica, entre dos continentes, quedó definitivamente sentenciada en la batalla de Ayacucho, a finales de 1824. Poníase punto y final a las guerras bautizadas como de independencia en la antigua América española, aunque en realidad fueran mucho más que eso y se asemejaran a auténticas guerras civiles, y el del surgimiento de nuevos estados y naciones, en lo que constituye uno de los momentos más fértiles en entes flamantes de la historia mundial. No existe ninguna continuidad nacional entre la época precolonial y el siglo XIX. Solamente Cuba y Puerto Rico, junto con las Filipinas y algunas otras minúsculas posesiones en el Pacífico, quedaron integrados en España hasta 1898 —y, durante unos pocos años, de 1861 a 1865, también Santo Domingo.

Entre 1808 y 1898, únicamente existió un momento en el que pareció que España podía y deseaba volver a intervenir en el escenario internacional y salir de la imagen orientalizada que desde los países occidentales, en especial Francia y Gran Bretaña, se estaba configurando de ella. Casos como la Cuádruple Alianza, en 1834, no eran, en realidad, acuerdos en igualdad, sino peticiones evidentes de ayuda en la fragilidad liberal, tanto de España como de Portugal, amenazadas por las fuerzas contrarrevolucionarias. Fue entre finales de la década de los cincuenta y en la primera mitad de la siguiente, en la época de los Gobiernos de la Unión Liberal, en la que algunas intervenciones coloniales se dieron la mano con un intenso proceso de nacionalización española. Entre ellas sobresalen la guerra de África, la campaña de Cochinchina (1857-1863), la reincorporación de Santo Domingo (1861-1865), las intervenciones en México entre 1857 y 1862, el enfrentamiento con Perú y Chile en la década de los sesenta y, finalmente, aunque

en otro orden de cosas, la respuesta frente a la cuestión italiana.

La política exterior pasó por encima de la supuesta subordinación a la Francia imperial, como muestran la salida de México o la prudencia ante la construcción italiana. La voluntad de asegurar la estabilidad gubernamental resultaba clara, por ejemplo, en Tetuán: por debajo de los discursos basados en el honor y la civilización, en la guerra de África se encontraban argumentos que tenían que ver con la necesidad de crear confianza política, la estabilidad del Gobierno o la posibilidad de obtener ventajas comerciales. Otro objetivo central era proteger los intereses coloniales, en especial frente a Estados Unidos. En esta clave deben interpretarse las campañas de Cochinchina, México y el Pacífico y la anexión de Santo Domingo. No se basaban en la conquista de nuevos territorios, sino en blindar, consolidar la soberanía y favorecer los beneficios que España poseía aún, sobre todo en Cuba. Los intereses antillanos condicionaron la política española en el siglo XIX, ya fuera en la etapa unionista de Leopoldo O'Donnell, ya fuese en la caída de la Primera República en 1874 o, en enero de 1875, en la instauración del régimen de la Restauración.

Comoquiera que sea, la pérdida de Cuba y Puerto Rico, en el océano Atlántico, de Filipinas, en el Pacífico, y la derrota frente a Estados Unidos en 1898 supusieron el final de España como pequeña potencia y confirmaron una imagen plenamente ligada a la idea de decadencia y a la insignificancia. Algunos de los estereotipos al uso no ocultaban su pertenencia a la tradición infamante de la leyenda negra. La guerra de Cuba contra los insurgentes de la isla y contra Estados Unidos, que terminó con la derrota española, significó la desaparición de los restos del viejo imperio colonial. Para España, las principales consecuencias del conflicto fueron grandes pérdidas materiales y numerosas víctimas, sobre todo provocadas por las enfermedades y las condiciones de vida de los soldados y los civiles; la desaparición de un mercado privilegiado para los comerciantes e industriales catalanes, una cuestión que tuvo efectos económicos menores a medio y largo plazo, pero otros mayores, en el corto, en el terreno de la política nacional; una sensación de humillación, en especial en el Ejército, que atizó en el inicio del siglo los conflictos entre militaristas y

antimilitaristas, y, finalmente, un cambio en el *statu quo* del país en el mundo.

España se convirtió en una potencia de tercer orden, profundamente ensimismada a lo largo del siglo siguiente. No estamos, sin embargo, ante una excepcionalidad hispánica. La crisis cubana tuvo lugar en una etapa en la que otros acontecimientos, como el ultimátum inglés a Portugal (1890), la derrota italiana en Adua (1896) o el incidente de Fachoda (1898), ponían de relieve las debilidades de los estados del sur de Europa. La otra cara de la moneda está representada por el imperialismo inglés o alemán y por el reposicionamiento estadounidense en toda América Latina, tras desalojar a España, en especial Centroamérica y México. En la época se dedicaron muchas páginas a tratar la supuesta decadencia de la raza latina frente a las anglosajonas. La expresión francesa *fin-de-siècle*, que alude habitualmente a una coyuntura crítica, a la que en muchas ocasiones se asocian términos como «decadencia», «depresión» o «pesimismo», encaja bien en el marco español y euroamericano, en el sentido guerrista del término, de aquel tiempo.

En un análisis con perspectiva resulta evidente que el 98, el llamado «Desastre», en mayúsculas, no acabó constituyendo ni una catástrofe ni una ruptura histórica mayúscula. Tras la pérdida de las colonias americanas y asiáticas, el norte de África se convirtió en el lugar ideal para que España se hiciera con un imperio de substitución en la era del imperialismo europeo. La mirada al sur no era nueva, como la popular guerra de África de 1859 y 1860 ponía de manifiesto. El Ejército español se implicó con fuerza en estas nuevas aventuras y el rey Alfonso XIII, al que muchos llamaron contemporáneamente Alfonso el Africano, las propició en todo momento. No iba a cambiar sustancialmente, sin embargo, el estado de las cosas. Las polémicas aventuras en el norte de África —con episodios derivados, como la Semana Trágica de 1909, o con algunas sangrantes derrotas padecidas, que tuvieron efectos decisivos sobre la política interna de finales de la década de 1910 y en la siguiente— no consiguieron volver a situar a España en el mundo de las grandes naciones.

Durante la mayor parte del siglo XX el aislamiento de España, más una imposición que un retraimiento, más forzado que deseado,

predominó, agudizado en mayor o menor medida según cada momento. La no participación española en las dos guerras mundiales es, en este sentido, significativa. En cambio, algunas de las grandes potencias fascistas y comunistas sí intervinieron directamente en la Guerra Civil. El Franquismo estuvo casi excluido internacionalmente hasta la década de 1950, cuando Estados Unidos y el Vaticano echaron una mano interesada a Francisco Franco. La dictadura hizo de la autarquía, además, uno de sus emblemas originarios. A pesar de los intentos hechos para incorporarse a organismos internacionales, estos fueron casi siempre rechazados. La llegada de turistas, que constituyó una buena noticia para la economía, no benefició de manera significativa, en cambio, los imaginarios extranjeros de la alteridad. La salida del Sahara acabó simbolizando bien la precariedad de la España franquista en el mundo. La dictadura contribuyó a presentar una imagen atrasada y precaria del país, que la falta de libertades multiplicaba. Los Pirineos constituían para muchas personas, al fin y al cabo, una frontera política y cultural que se presentaba infranqueable.

Entre las tareas principales que debieron abordar los gobiernos españoles de la Transición y de la democracia consolidada, en el último cuarto del siglo XX, la salida del aislamiento y la reintegración a Europa y al mundo fue decisiva. No era disociable, evidentemente, de la democracia, la modernización, la estabilidad y la libertad. La bien lograda incorporación, en la década de los ochenta, a la OTAN y a la Comunidad Europea iba a marcar una tendencia de profunda transformación. La entrada de lleno en el euro, en el 2000, constituye otro momento decisivo. Entre una y otra, los años 1991 y, sobre todo, 1992 descuellan como el punto álgido del cambio de posición y de imagen de España en el exterior. Madrid acogió, entre finales de octubre y principios de noviembre de 1991, la Conferencia de Paz sobre el Próximo Oriente, que reforzó el prestigio internacional del país. En 1992 coincidieron los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla, la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno y la capitalidad cultural de Europa en la ciudad de Madrid. España se presentó abiertamente como una nación y una sociedad democráticas, modernas, económicamente sólidas, avanzadas,

creativas y capaces de emprender y de intervenir en los problemas universales. El 92 fue todo lo contrario a un *annus horribilis*.

En particular, los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, la vigésimo quinta Olimpiada de la era moderna, mostraron a cientos de millones de personas en todos los rincones del planeta —la televisión fue una de las claves del evento— a una España, una Cataluña y una Barcelona admirables. Los JJ. OO. estuvieron coronados por el éxito. Como afirmara en la ceremonia de clausura el presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, fueron «los mejores Juegos de la historia». Para los barceloneses, los catalanes y los españoles constituyeron una inyección de autoestima y de normalidad. El evento era una buena síntesis de una sociedad y un país nuevos, reconformados desde la Transición, que reclamaban otra mirada desde el exterior, alejada de tópicos gastados, al tiempo que pedían un lugar más adecuado y activo en el concierto de las naciones. Como no podía ser de otra manera, algunas cuestiones candentes persistían, pero el producto global entusiasmaba. El día 25 de julio de 1992, la jornada de la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos en Barcelona, representó, a fin de cuentas, la vuelta al mundo de España.

Bibliografía [2]

AA. VV., «Escriure en castellà a Catalunya», *Taula de Canvi*, 6, 1977.

ACOSTA MENDOZA, CARINA, *Exposición Universal de Barcelona 1888. Idealización de una imagen de ciudad,* Madrid, Editorial Académica Española, 2018.

ALONSO, ROGELIO, FLORENCIO DOMÍNGUEZ y MARCOS GARCÍA REY, *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid, Espasa, 2010.

ÀLVAREZ, ALBERT, DAVID IGLESIAS y JOAN-ANTON SÀNCHEZ, *Sabor de rumba. Identitat social i cultural dels gitanos catalans*, Lérida, Pagès Editors, 1995.

ÁLVARO, FRANCESC-MARC, *Ara sí que toca! Jordi Pujol, el pujolisme i els successors*, Barcelona, Edicions 62, 2003.

ÁLVARO ZAMORA, MARÍA ISABEL (coord.), *Las exposiciones universales: arte y progreso*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2007.

AMAT, JORDI, *El hijo del chófer*, Barcelona, Tusquets, 2020.

—, *El llarg procés. Cultura i política a la Catalunya contemporània (1937-2014)*, Barcelona, Tusquets, 2015.

—, *Els laberints de la llibertat. Vida de Ramon Trias Fargas*, Barcelona, La Magrana-Fundació Comte de Barcelona-RBA, 2009.

ANDRADE BLANCO, JUAN ANTONIO, *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

ANGUERA, PERE, y MONTSERRAT DUCH, *Los gobiernos de la Generalitat. De Macià a Maragall*, Madrid, Síntesis, 2008.

ANTICH, JOSÉ, *El Virrey. ¿Es Jordi Pujol un fiel aliado de la Corona o un caballo de Troya dentro de la Zarzuela?*, Barcelona, Planeta, 1994.

ARAMBURU, FERNANDO, *Patria*, Barcelona, Tusquets, 2016.

ARÍSTEGUI, PILAR DE, *Sofía. La Reina*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.

AZNAR, JOSÉ MARÍA, *Memorias*, vol. I, Barcelona, Planeta, 2012.

—, *La España en que yo creo. Discursos políticos (1990-1995)*, Madrid, Noesis, 1995.

—, *España. La segunda transición*, Madrid, Espasa Calpe, 1994.

AZÚA, FÉLIX DE, «Barcelona es el “Titánic”», *El País*, 14 de mayo de 1982.

BASSA, DAVID, *L’operació Garzón. Un balanç de Barcelona’92*, Barcelona, Llibres de l’Índex, 1997.

BASSETS, LLUÍS, *La gran vergüenza. Ascenso y caída del mito de Jordi Pujol*, Barcelona, Península, 2014.

BUSQUET, JORDI, *Cobi al descobert. Un tòtem animat*, Barcelona, Parsifal Edicions, 1992.

CABRERA COBOS, MARTA, *El erotismo en la narrativa de Juan Marsé: un delicado equilibrio*, tesis doctoral, Madrid,

Universidad Complutense de Madrid, 2018.
CANAL, JORDI, *La monarquía del siglo XXI*, Madrid, Turner, 2019.
—, *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña*, Barcelona, Península, 2018.
—, *Historia mínima de Cataluña*, Madrid, Turner, 2015.
—, *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014.
—, (dir.), *Historia contemporánea de España*, 2 vols., Barcelona, Taurus-Fundación Mapfre, 2017.
CARRERAS, ALBERT, y XAVIER TAFUNELL, *Historia económica de la España contemporánea (1789-2009)*, Barcelona, Crítica, 2010.
CEBRIÁN, JUAN LUIS, *Primera página. Vida de un periodista, 1944-1988*, Barcelona, Debate, 2016.
CERNUDA, PILAR, *El Presidente*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
CLAUDÍN, VÍCTOR, *Sisa*, Gijón, Ediciones Júcar, 1981.
COAD, EMMA DENT, *Javier Mariscal. Diseñador* [1991], Barcelona, Gustavo Gili, 1992.
COOB 92, *Jocs de la XXV Olimpiada Barcelona 1992. Els resultats*, Barcelona, COOB 92, 1993.
—, *Paralímpics'92. Llibre oficial dels IXns. Jocs Paralímpics Barcelona 1992*, Barcelona, COOB 92-Enciclopèdia Catalana, 1993.
—, *Programa de la Cerimònia d'Inauguració*, Barcelona, COOB 92, 1992.
—, *Programa de la Cerimònia de Clausura*, Barcelona, COOB 92, 1992.
CUENCA, JOSEP MARIA, *Mientras llega la felicidad. Una biografía de Juan Marsé*, Barcelona, Anagrama, 2015.
CULLA, JOAN B., *Esquerra Republicana de Catalunya: Una història política 1931-2012.*

, Barcelona, La Campana, 2013.

—, (coord.), *El pal de paller. Convergència Democràtica de Catalunya (1974-2000)*, Barcelona, Pòrtic, 2001.

CUYÀS, ROMÀ (dir.), *Memoria Oficial de los Juegos de la XXV Olimpíada Barcelona 1992,* 4 vols., Barcelona, COOB 92, 1992-1993.

DEBRAY, LAURENCE, *Juan Carlos de España*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

DOMÍNGUEZ, FLORENCIO, *ETA en Cataluña. Desde Terra Lliure hasta Carod-Rovira*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.

—, *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988.

DUARTE, ÀNGEL, «Pasqual Maragall, de la familia como patria», en NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M., y FERNANDO MOLINA APARICIO (coords.), *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX,* Granada, Comares, 2011, pp. 309-329.

ELORZA, ANTONIO (coord.), *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

ESCULIES SERRAT, JOAN, *Ernest Lluch. Biografia agitador d'un intel·lectual*, Barcelona, La Magrana, 2018.

FABRÉ CARRERAS, XAVIER, *Arquitectura i ciutat a Universal de Barcelona, 1888 l'Exposició*

, Barcelona, Universitat Politècnica de Catalunya, 1988.

FEO, JULIO, *Déjame que te cuente*, Madrid, Espejo de Tinta, 2008.

FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, GAIZKA, y RAÚL LÓPEZ ROMO, *Sangre, votos y manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012.

FUENTES, JUAN FRANCISCO, *23 de febrero de 1981. El golpe que acabó con todos los golpes*, Barcelona, Taurus, 2020.

Fundació Barcelona Olímpica*, a Internacional de Barcelona 1929 L'esport l'Exposició*, Barcelona, Fundació Barcelona Olímpica, 2012.

GARCÍA DE BOCK, JUAN CARLOS, *La Exposición Universal de Sevilla, 20 años después*, Sevilla, Estípite Ediciones, 2013.

GARCÍA DELGADO, JOSÉ LUIS (ed.), *Rey de la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.

—, y JUAN CARLOS JIMÉNEZ, *Un siglo de España. La economía*, Madrid, Marcial Pons, 2011 (2.ª ed. ampliada).

GARRUT, JOSEP M.ª, *L'Exposició Universal de Barcelona de 1888*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1976.

GIMÉNEZ MUÑOZ, MARÍA DEL CARMEN, «La política sanitaria socialista durante el período de Ernest Lluch (1982-1986)», *Historia del presente*, 27, 2016, pp. 131-148.

GÓMEZ AMAT, DANIEL, *ETA i Catalunya. Des del primer contacte el 1962 fins a la reunió de Perpinyà*, Barcelona, Columna, 2004.

GÓMEZ-ZARZUELA ROS, IGNACIO, *El rey y el mar*, Barcelona, RBA, 2012.

GONZÁLEZ, FELIPE, *Mi idea de Europa*, Barcelona, RBA, 2010.

—, y JUAN LUIS CEBRIÁN, *El futuro no es lo que era: una conversación*, Madrid, Aguilar, 2001.

GOSCINNY, RENÉ, y ALBERT UDERZO, *Astérix aux Jeux Olympiques*, París, Dargaud, 1968.

GRANDAS, M. CARMEN, *Internacional de Barcelona de 1929 L'Exposició*, San Cugat del Vallés, Els Llibres de la frontera, 1988.

GRANJA, JOSÉ LUIS DE LA, SANTIAGO DE PABLO y CORO RUBIO POBES, *Breve historia de Euskadi. De los Fueros a nuestros días*, Barcelona, Debate, 2020 (nueva edición actualizada y ampliada).

GUERRA, ALFONSO, *Dejando atrás los vientos. Memorias, 1982-1991*, Madrid, Espasa, 2006.

—, y JOSÉ FÉLIX TEZANOS (eds.), *La década del cambio. Diez años de gobierno socialista, 1982-1992*, Madrid, Sistema, 1992.

HEINEMANN, UTE, *Novel·la entre dues llengües: el dilema català o castellà*, Kassel, Reichenberger, 1996.

HEREU, PERE, *Vers una arquitectura nacional*, Barcelona, Universitat Politècnica de Catalunya, 1987.

IBARRA BASTIDA, JOSÉ, *Cartagena en llamas. La crisis industrial de 1992*, Cartagena, Corbalán, 2016.

IGLESIAS, MARÍA ANTONIA, *La memoria recuperada. Lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas de sus*

años de gobierno, Madrid, Aguilar, 2003.

JIMÉNEZ REDONDO, JUAN CARLOS, *De Suárez a Rodríguez Zapatero: la política exterior de la España democrática*, Madrid, Dilex, 2006.

JUARISTI, JON, *A cuerpo de rey. Monarquía accidental y melancolía republicana*, Barcelona, Ariel, 2014.

JULIÁ, SANTOS, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

KIM, KWANG-HEE, *El cine y la novelística de Juan Marsé*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

KING, STEWART, «Desempeñar papeles y la desmitificación cultural en *El amante bilingüe* de Juan Marsé», *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 5 (1), 1999, pp. 73-85.

LLUCH, ERNEST, *Ernest Lluch opina. Articles de premsa*, 11 vols., Vilassar de Mar, Ajuntament de Vilassar de Mar-Fundació Ernest Lluch, 2004-2011.

—, *Bibliografia d'Ernest Lluch i Martín*, Vilassar de Mar, Fundació Ernest Lluch-CUIMPB, 2006.

—, *La Catalunya vençuda del segle XVIII*, Barcelona, Edicions 62, 1996.

—, «Leninistas pujolistas», *La Vanguardia*, 10 de febrero de 1994, p. 17.

—, «Pujolismo-leninismo», *La Vanguardia*, 13 de enero de 1994, p. 15.

—, «¿Cataluña expoliada?», *La Vanguardia*, 13 de agosto de 1992, p. 12.

—, «Cataluña es Barcelona», *La Vanguardia*, suplemento «Barcelona 92», 23 de julio de 1992, p. 6.

—, «Teorías de Barcelona: dos», *La Vanguardia*, 19 de mayo de 1989, p. 5.

—, *El pensament econòmic a Catalunya Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana (1760-1840).*

, Barcelona, Edicions 62, 1973.

LO CASCIO, PAOLA, *Nacionalisme i autogovern. Catalunya, 1980-2003*
, Catarroja-Barcelona, Editorial Afers, 2008.

LÓPEZ DE LERMA, JOSEP, *Cuando pintábamos algo en Madrid*, Barcelona, ED Libros, 2016.

LÓPEZ ROMO, RAÚL, *Informe Foronda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015.

LORÉS, JAUME, «Los que no quieren a Pujol», *La Vanguardia*, 3 de febrero de 1988, p. 5.

MADRID, PACO, *Sangre en atarazanas*, Barcelona, La Flecha, 1926.

MAINER, JOSÉ-CARLOS, y
SANTOS
JULIÁ,
El aprendizaje de la libertad La cultura de la Transición 1973-1986.
, Madrid, Alianza Editorial, 2000.

MARAGALL, PASQUAL, *Oda inacabada. Memòries*, Barcelona, La Magrana-RBA, 2008.

MARCOS, JESÚS MIGUEL, «Kiko Veneno: "Me sorprende cómo podemos ser tan hijos de puta"», *Público*, 8 de agosto de 2010.

MARÍAS, JULIÁN (coord.), *25 años del reinado de Juan Carlos I*, Barcelona, Planeta, 2000.

MARSÉ, JUAN, «Ceremonia de entrega del Premio Cervantes 2008. Discurso de Juan Marsé», https://www.uah.es/export/sites/uah/es/conoce-la-uah/la-universidad/.galleries/Premios-Cervantes/discurso_juanmarse_PC2008.pdf.

—, «El jorobado de la Sagrada Familia», *La Vanguardia*, 24 de mayo de 1992, suplemento «Barcelona Letras», p. 11.

—, *El amante bilingüe*, Barcelona, Planeta, 1990.

—, *Teniente Bravo*, Barcelona, Seix Barral, 1987.

MAURA, EDUARDO, *Los 90. Euforia y miedo en la modernidad democrática española*, Madrid, Akal, 2018.

MAURI, LUIS, y LLUÍS
URÍA,
La gota malaia. Una biografia de Pasqual Maragall, Barcelona,

Edicions 62, 1998.

MENDOZA, EDUARDO, *Sin noticias de Gurb*, Barcelona, Seix Barral, 1991.

MERCADER, JORDI, *La realidad de un sueño. Barcelona, sede de los Juegos Olímpicos de 1992*, Barcelona, Grijalbo, 1987.

MIGUEL, AMANDO DE, *Retrato de Aznar con paisaje de fondo*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

MILLER, DAVID, *Revolución Olímpica. Biografía olímpica de Juan Antonio Samaranch*, Barcelona, Península, 1992.

MOIX, LLÀTZER, *Mariscal*, Barcelona, Anagrama, 1992.

MOLINA, VIS, *Bibis Salisachs*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.

MONTERO, JOSÉ RAMÓN, «Los fracasos políticos y electorales de la derecha española: Alianza Popular, 1976-1987», en TEZANOS, JOSÉ FÉLIX, RAMÓN COTARELO y ANDRÉS DE BLAS (eds.), *La transición democrática española*, Madrid, Síntesis, 1989, pp. 495-542.

MORAGAS, MIQUEL DE, *El legado simbólico de Barcelona 1992, veinticinco años después*, Barcelona, Centre d'Estudis Olímpics i de l'Esport-UAB, 2010.

—, *La Olimpiada Cultural de Barcelona en 1992: luces y sombras. Lecciones para el futuro*, Barcelona, Centre d'Estudis Olímpics (UAB), 2008.

—, *Comunicació, identitats culturals i Jocs Olímpics: de l'experiència*

Barcelona'92, Barcelona, Centre d'Estudis Olímpics i de l'Esport-UAB, 2010.

—, y MIQUEL BOTELLA (eds.), *Barcelona: dels Jocs l'herència (1992-2002)*, Barcelona, Centre d'Estudis Olímpics i de l'Esport (UAB)-Ajuntament de Barcelona-Planeta, 2002.

MORÁN, FERNANDO, *España en su sitio*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

MURO, DIEGO, y SIMON VALL-LLOSERA, «¿Cuándo fracasa el terrorismo? El papel de la política antiterrorista, la fragmentación organizativa y los costes individuales en el final de Terra Lliure», *Revista Española de Ciencia Política*, 41, 2016, pp. 39-61.

NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ M. (coord.), *España en democracia, 1975-2011*, vol. 10 de la *Historia de España* dirigida por JOSEP FONTANA y RAMÓN VILLARES, Barcelona-Madrid, Crítica-Marcial Pons, 2017.

ORDÓÑEZ, MARCOS, *Gato Pérez*, Madrid, Ediciones Júcar, 1987.

OTERO, MIQUI, «Barcelona postal», *El Periódico*, 15 de octubre de 2019.

PEREIRA, JUAN CARLOS (coord.), *La política exterior de España Historia, condicionantes y escenarios*

(1800-2003).

, Barcelona, Ariel, 2003.

POWELL, CHARLES, *España en democracia,*

1975-2000

, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

PRENAFETA, LLUÍS, *L'ombra del poder*, Barcelona, Planeta, 1999.

PRESTON, PAUL, *Juan Carlos. El rey de un pueblo*, Barcelona, Debate, 2012 (edición actualizada).

PUCHADES, JUAN, *Peret. Biografía íntima de la rumba catalana*, Barcelona, Global Rhythm Press, 2011.

PUIG, VALENTÍ, «La importancia de ser Marsé», *Crónica Global-El Español*, 20 de julio de 2020.

—, *La bellesa del temps. Dietaris*

1990-1993

, Barcelona, Proa, 2017.

—, *Cuando sea rey. Consejos a un futuro monarca*, Barcelona, Planeta, 1998.

—, *Annus horribilis*, Barcelona, Edicions 62, 1993.

PUJOL, JORDI, *Memòries. De la bonança a un repte nou*

(1993-2011)

, Barcelona, Proa, 2012. [Hay trad. cast.: *Memorias. Años decisivos*

(1993-2011)

, Barcelona, Destino, 2012].

—, *Memòries. Temps de construir*

(1980-1993)

, Barcelona, Proa, 2009. [Hay trad. cast.: *Memorias. Tiempo de construir*

(1980-1993)

, Barcelona, Destino, 2009].

—, *Memòries (1930-1980)*, Barcelona, Proa, 2007. [Hay trad. cast.: *Memorias. Historia de una convicción*

(1930-1980)

, Barcelona, Destino, 2008].

—, *Construir Catalunya*, Barcelona, Pòrtic, 1979.

PUTX, DONAT, *Jaume Sisa, el comptador Converses*

d'estrelles.
, Barcelona, Empúries, 2015.

RAMÍREZ, PEDRO J., *Amarga victoria. La crónica oculta del histórico triunfo de Aznar sobre González*, Barcelona, Planeta, 2000.

REINARES, FERNANDO, *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*, Madrid, Taurus, 2001.

RESINA, JOAN RAMON, *Vocation of Modernity. Rise and Decline of an Urban Image*
Barcelona's
, Stanford (California), Stanford University Press, 2008.

RIERA, IGNASI, *Jordi Pujol: llums i ombres*, Barcelona, Angle Editorial, 2001.

RÍOS, PERE, *Banca Catalana: caso abierto*, Barcelona, Península, 2015.

RIVERA ANTONIO (ed.), *Nunca hubo dos bandos. Violencia política en el País Vasco*
1975-2011
, Granada, Comares, 2019.

RIVIÈRE, MARGARITA, *Clave K*, Barcelona, Icaria, 2015.

ROBERT I FERRER, MIQUEL, «En homenatge a Ernest Lluch: humanisme i esport», *Temps*
d'Educació
, 24, 2000, pp. 319-331.

RODRÍGUEZ FISCHER, ANA (ed.), *Ronda Marsé*, Canet de Mar, Candaya, 2008.

SAGARRA, JOSEP MARIA, *Vida privada*, 2 vols., Barcelona, Llibreria Catalònia, 1932.

SALLENT, LUISA, *Vidas y experiencias. Modelo, pintora, escultora y esposa nunca reconocida de Juan Antonio Samaranch: las memorias de una mujer que escogió su camino*, Barcelona, Martínez Roca, 2011.

SAMARANCH, JUAN ANTONIO, *Memorias olímpicas*, Barcelona, Planeta, 2002.

SÁNCHEZ, ALEJANDRO (dir.), *Barcelona modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*

1888-1929:
, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
SÀNCHEZ-MÚSTICH, CÈLIA, *Peret. El alma de un pueblo*, Barcelona, Península, 2005.
SEMPRÚN, JORGE, *Federico Sanchez vous salue bien*, París, Grasset, 1993. [Hay trad. cast.: *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1993].
SILVA, LORENZO, MANUEL
SÁNCHEZ
y
GONZALO
ARALUCE,
Sangre, sudor y paz. La Guardia Civil contra ETA, Barcelona, Península, 2017.
SIMÓN, JUAN ANTONIO, «La Exposición Internacional de Barcelona en 1929 y su utilización propagandística», *Diacronie*, 18 (2), 2014, *online*.
SINTES, MARÇAL, *Què pensa Ernest Lluch*, Barcelona, Proa-Dèria, 2001.
SISA, JAUME, *Els llibres galàctics*
1966-2018
, 2 vols., Barcelona, Anagrama, 2019.
—, *Pregó Festes de La Mercè 08*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2008.
SOLÉ-TURA, JORDI, «Cataluña y el "caso Mariscal"», *El País*, 10 de febrero de 1988.
SOTELO VÁZQUEZ, ADOLFO, «Historia y discurso en *El amante bilingüe* de Juan Marsé», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 488, 1991, pp. 141-150.
SOTO CARMONA, ÁLVARO, y
ABDÓN
MATEOS
(dirs.), *Historia de la época socialista. España:*
1982-1996
, Madrid, Sílex, 2013.
STORM, ERIC, *La construcción de identidades regionales en España,*

Francia y Alemania,
1890-1939
, Madrid, Ediciones Complutense, 2019.

SUBIRÓS, PEP, *et al.*, *El vol de la fletxa. crònica de la reinvenció de la ciutat*
Barcelona'92:
, Barcelona, Electa-CCCB, 1994.

TARRADELLAS, JOSEP, *Ja sóc aquí. Record retorn*
d'un
, Barcelona, Planeta, 1989.

TRUÑÓ, ENRIC, *La ciutat de les anelles. a la Barcelona olímpica*
L'esport
, Barcelona, Edicions 62, 1987.

TUSELL, JAVIER, *El aznarato. El gobierno del Partido Popular*
1996-2003
, Madrid, Aguilar, 2004.

—, *et al.*, *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión,*
1996-2000
, Barcelona, Crítica, 2000.

TUSQUETS, ESTHER, y MERCEDES
VILANOVA,
Pasqual Maragall. El hombre y el político, Barcelona, Ediciones B, 2008.

UCELAY-DA CAL, ENRIC, *Breve historia del separatismo catalán*, Barcelona, Ediciones B, 2018.

URBANO, PILAR, *La Reina*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996.

VALLVERDÚ, FRANCESC, «Testimoniatge o mistificació en "Un día volveré"», *El Món*, 34, 6 de agosto de 1982, p. 17.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, MANUEL, *Sabotaje olímpico*, Barcelona, Planeta, 1993.

—, «El amante trilingüe», *El País*, supl. «Libros», 30 de septiembre de 1990.

—, «Los gitanos catalanes», *Triunfo*, 389, 15 de noviembre de 1969, pp. 14-17.

VEHILS, JOAN, *25 años/anys de Barcelona 92*, Barcelona, Ediciones B, 2017.

VÉLEZ-PELLIGRINI, LAURENTINO, *El estilo populista. Orígenes, auge y declive del Pujolismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 2003.

VERA, RAFAEL, *Las 19 puertas. Un relato autobiográfico*, Madrid, Espejo de Tinta, 2007.

VILA-SANJUÁN, SERGIO, *Por qué soy monárquico. Una historia familiar*, Barcelona, Ariel, 2020.

—, *Otra Cataluña. Seis siglos de cultura catalana en castellano*, Barcelona, Destino, 2018.

VILALLONGA, JOSÉ LUIS DE, *El Rey. Conversaciones con D. Juan Carlos I de España*, Barcelona, Plaza y Janés, 1993.

VILLAR, PACO, *La Criolla. La puerta dorada del Barrio chino*, Barcelona, Comanegra, 2017.

VILLAREJO, LUIS, (coord.), *Barcelona 92*, Madrid, LID Editorial, 2017.

YSÀS, PERE (ed.), «La época socialista: política y sociedad (1982-1996)», en *Ayer*, 84, 2011, pp. 13-127.

ZARZALEJOS, JOSÉ ANTONIO, *Felipe VI. Un Rey en la adversidad*, Barcelona, Planeta, 2021.

Notas

[1] «¡Oh, bienvenidos! Pasad, pasad. / Ahora ya no falta nadie…, o quizá sí, ya me doy cuenta, / que solo faltas tú. / También puedes venir si quieres. / Te esperamos, hay lugar para todos. El tiempo no cuenta, ni el espacio. / Cualquier noche puede salir el sol». < <

[2] Esta no es una bibliografía exhaustiva sobre los temas que se abordan en el libro, sino únicamente circunscrita a los materiales utilizados para su construcción. No se incluyen todos los artículos de prensa consultados de los diarios *El País, La Vanguardia, El Mundo Deportivo, Sport, ABC, Avui* o *El Periódico de Cataluña*. Solamente se han hecho algunas excepciones con textos de especial trascendencia. <<